



**EL CARNICERO
DE MONTECARMELO**

CHRIS ENDSJØ

El carnicero de Montecarmelo

CHRIS ENDSJØ

Para Ana, esa mujer extraordinaria, quien, a pesar de conocer lo que escribo cada noche una vez apagamos las luces de la casa, sigue permitiendo a nuestros cuatro pequeños acercarse a mí.

“How blessed are some people, whose lives have no fears, no dreads; to whom sleep is a blessing that comes nightly, and brings nothing but sweet dreams.”
Bram Stoker, Dracula

1

La noche que la policía le detuvo, Marcos Flecha estaba tomándose una cerveza con sus compañeros de equipo en el bar de Alicante, donde siempre se reunían cada vez que se iban a incorporar a una nueva misión.

Cuando los polis entraron por la puerta, Trujillo y Manazas estaban en la mesa de billar jugando una partida, y Pitis se había ido al baño. Flecha y TNT estaban sentados a la barra con un botellín de Mahou en la mano y de espaldas a la puerta, pero con un espejo delante que le daba a Flecha una perspectiva total del establecimiento a su espalda.

Flecha era uno de esos tipos que a primera vista casi podía pasar desapercibido.

Con su metro ochenta de altura no se podía decir que fuera especialmente alto, y con sus setenta y nueve kilos tampoco se podía decir que fuera especialmente grande, pero poca gente había en las GOE —y por tanto en todo el mundo— que estuviera en la forma física y con la preparación del capitán Flecha. Su pelo castaño oscuro estaba rapado al uno, como dictaban las normas del Ejército, pero él se permitía exceder la extensión de su flequillo de lo estrictamente reglamentario, para peinarse el tupé como única reminiscencia de su pasado rockabilly.

Eran sus ojos lo primero que le impactaba a uno cuando se cruzaba con Flecha por primera vez; eran de un azul profundo que llegaba hasta la médula. Eran unos ojos perspicaces, punzantes y expresivos que estaban cargados de inteligencia y de expresión. Unos ojos que hablaban, que ordenaban.

Unos ojos que mataban.

A su lado estaba sentado TNT, el sargento especializado en explosivos y el mejor tirador de precisión que Flecha había conocido en su vida.

TNT, en cambio, no podía pasar desapercibido en ninguna parte, a no ser que le encerrasen en una jaula con quince gorilas, claro está.

TNT era grande, inmenso.

Su cabeza afeitada de ogro no transmitía empatía. Decían sus antiguos compañeros de la legión, que solo tenía cariño a dos cosas en esta vida: su coche y su perro. Una noche encontró a su querido perro meando en la rueda de su querido coche en el aparcamiento del acuartelamiento Serrallo-Recarga en Ceuta. Cuentan que TNT sacó la pistola de la cartuchera, pegó dos tiros a su perro, y lo dejó tieso en el sucio suelo del aparcamiento.

A pesar de ese incidente, Flecha sabía que TNT tenía un gran corazón y, más importante aún, sabía que podía contar con él para lo que hiciera falta.

Flecha y TNT habían entrado juntos el mismo año en la UOE (Unidad de Operaciones Especiales del MOE) —Flecha reclutado de las GOE, y TNT de la BOEL— y, desde entonces Flecha no había estado en ninguna maniobra ni misión en el extranjero, sin tener a su lado a la silenciosa mole de TNT.

Además de los miembros de la unidad, en el bar solo estaba el camarero tras la barra, y dos abuelos echando una ruidosa partida de dominó junto a la ventana.

El primer error que cometieron los policías al entrar en el bar, fue venir vestidos de paisanos.

El que estaba al mando llevaba puestos unos pantalones de lona y una sudadera con capucha, que apenas disimulaba el arma en su cintura. Los otros dos polis vestían vaqueros: uno con una bomber negra y el otro con chaqueta vaquera.

El tipo de la sudadera con capucha, el que parecía ser el jefe, se acercó a la barra colocándose a dos metros de la espalda de Flecha. Los otros dos se apostaron a unos tres metros a cada lado de la puerta para cubrir el establecimiento.

No está mal, pensó Flecha. Sin duda profesionales y bien adiestrados.

El constante entrenamiento de los hombres de Flecha y la experiencia en numerosas misiones y refriegas tanto en el extranjero como en el terreno doméstico, les había dado un sexto sentido — siempre alerta—. Podrían sentir una amenaza con los ojos cerrados. Por lo que no hizo falta una palabra, ni un gesto, ni una mirada entre ellos.

Trujillo, se acercó un poco al tipo de la bomber, con el taco de billar en la mano, aparentando estudiar su siguiente jugada.

El Manazas se fue hasta la máquina de tabaco, que estaba junto al poli de la chaqueta vaquera y, a pesar de no fumar, se puso a meter monedas en la máquina.

El segundo error que cometieron los policías fue no enseñar sus credenciales.

Pero el tercer y más terrible error fue cuando al jefe de la sudadera se le ocurrió poner la mano en el hombro de Flecha antes de abrir la boca...

Como si fuera un baile perfectamente coreografiado, Flecha agarró la palma de la mano del poli, la retorció, y tiró fuertemente de ella hacia atrás y arriba, colocándola a su espalda a la altura del omóplato, en una posición imposible que le costó la dislocación del hombro al temerario policía. Le agarraba el brazo retorcido con la mano izquierda, mientras que la derecha aún sostenía el botellín de cerveza. Agarró el botellín por el culo, y estampó la boca de la botella contra los dientes del poli, haciéndole perder el conocimiento y dos incisivos.

Los otros dos polis estaban en el suelo cuando Flecha se volvió hacia ellos: uno inconsciente y con medio taco de billar junto a su cabeza, y el otro, con las manos en la nuca y con el cañón de su propia pistola en la mano de Manazas apretándole en el cogote.

—Trujillo, sal fuera. Mira si tienen más operativos esperando y evalúa el peligro.

Trujillo abrió la puerta y la cerró al instante como si se estuviera cubriendo de fuego enemigo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Flecha.

—Dos coches de la secreta cubriendo la entrada, mi capitán. Vacíos. Me temo que estos tipos son polis.

Después de derribar al hombre de la sudadera con capucha, Marcos Flecha le quitó la pistola, pero no le había registrado más. Ahora se agachó y miró en sus bolsillos. En el cinturón tenía colgada la placa de la Policía Nacional.

—¡Mierda!

La puerta del bar se abrió y entró el comandante Sangrador.

—¡Atención! —tronó Pitis poniéndose firme como el emboque de una bolera.

Se pusieron todos firmes y entró el comandante muy serio haciéndose cargo de la situación.

—A la orden, mi comandante —saludó Marcos Flecha dando un paso al frente.

—¿Cómo están, Flecha? —preguntó el comandante después de una breve pausa, indicando con la cabeza al hombre de la capucha que yacía inconsciente a sus pies.

—Dos inconscientes con lesiones menores de nivel 2. El tercer sujeto reducido sin daño, señor. Fuera se oían sirenas de la policía acercándose.

—¿Sabe usted que son policías?

—No lo supe hasta que fue demasiado tarde.

La puerta del bar se volvió a abrir y entró un hombre barrigudo, con bigote, más cercano a los sesenta que a los cincuenta, acompañado por dos agentes de uniforme.

—Usted debe de ser el comandante Sangrador. Soy el inspector Mucientes. Hablamos por teléfono hace apenas una hora... ¿Qué coño ha ocurrido aquí? —dijo al percatarse de la escena y ver a sus mejores hombres esparcidos por el suelo.

—Parece que sus hombres no han sabido esperar a que usted llegara. Han entrado y atacado a mis chicos —dijo el comandante mirando a los policías del suelo como quien acaba de tragarse una ostra en mal estado.

—¡Levántese del suelo! —apremió el inspector al único agente consciente que tenía tirado en el suelo. Luego ordenó a uno de los agentes de uniforme que habían entrado con él, que pidiera dos ambulancias para atender a los heridos.

El comandante Sangrador se acercó a Manazas, extendió la mano y Manazas le entregó el arma que le había quitado al agente.

—Creo que esto le pertenece —dijo después el comandante tendiendo el arma al policía consciente de la chaqueta vaquera. Este se metió la pistola en la funda sobaquera mascullando un gracias, y salió del bar a esconder su bochorno lo más lejos posible.

—¿Quién es el capitán Flecha? —preguntó el inspector barrigudo mirando directamente a Marcos Flecha.

—Soy yo —contestó Flecha exento de cordialidad, pero contestando al fin y al cabo, aunque solo fuera por respeto a su comandante presente.

—No creo que vaya a ayudar mucho en su caso el haber opuesto resistencia al arresto. El mandar dos policías al hospital le va a costar caro.

Flecha miró confundido al panzudo inspector de policía, y luego a su comandante, pidiendo una explicación.

¿He oído bien? ¿Ha dicho arresto?

—¿Arresto, mi comandante? ¿De qué está hablando este... hombre?

El inspector se acercó con unas esposas en la mano y trató de coger a Flecha de la muñeca. Por puro reflejo, Marcos Flecha le dio un manotazo que hizo caer las esposas al suelo, y los otros dos agentes de uniforme dieron un paso al frente, llevándose las manos a la culata de sus HK de 9mm.

TNT agarró al inspector como escudo y Pitis y el Manazas se dirigieron hacia los agentes de uniforme.

—¡Quietos! —gritó el comandante, con ese vozarrón que era bien conocido y temido a lo largo y ancho del acuartelamiento Alférez Rojas Navarrete.

—Flecha, estos agentes han venido con una orden de arresto aprobada por el juez. No entorpezca más su labor y no oponga resistencia.

—¿Es una orden, mi comandante?

—Es una orden.

—¿Se me permite preguntar la causa del arresto?

—Se le acusa del brutal asesinato de su esposa, Covadonga Martín —dijo el inspector con cierta satisfacción, mientras un agente le ponía las esposas y otro le agarraba del brazo.

—Pero... ¡eso es imposible! —acertó a decir Flecha entrando en un sueño del que parecía no

poder despertar.

El Citroën C4 de la Nacional, condujo a Marcos Flecha a la comisaría de Distrito Alicante Norte.

A través de la ventanilla, Flecha pudo ver el edificio moderno de ladrillo rojo de la comisaría, antes de que las puertas del garaje subterráneo se tragasen el coche patrulla que le traía detenido.

Era de noche y la comisaría estaba de bote en bote. La flor y nata de Alicante parecía haberse dado cita en la comisaría: yonquis, rateros, putas, carteristas, extranjeros, camellos de poca monta, camorristas de todas las edades y colores... pero la celebridad de esa noche, y el foco de atención era, sin duda, Marcos Flecha.

Entró por la puerta con un agente a cada brazo y otro detrás con la mano sobre su espalda. En seguida, todos los agentes que estaban dentro de la comisaría dejaron lo que estaban haciendo para ver llegar al nuevo visitante. Todos querían ver la cara del hombre que acababa de hacerse tragar dos dientes con un botellín al súper-agente Castell. Desgraciadamente, no podían darle unas palmadas en la espalda abiertamente, ni pedirle un autógrafo, o hacerse un selfi con él; pero todos los uniformados le miraron con gran curiosidad y total respeto.

El ensordecedor griterío del zoológico que había congregado en el vestíbulo de la comisaría, se silenció con su llegada. Lo único que podía oírse eran las apresuradas pisadas de las suelas de goma de los agentes que traían a Flecha. Ni una palabra. Ni un suspiro. Solo el chirriar de las zapatillas contra el suelo pegajoso del pasillo.

Le llevaron directamente a una celda individual. No tuvo que parar en el mostrador de entrada a dar sus datos, huellas dactilares, etc. Tampoco pararon a hacer la típica foto como en las películas, en las que el preso aparece en blanco y negro con la matrícula de frente y de perfil. Nada. Simplemente le condujeron directamente por un pasillo hasta su celda, como si fuera el cliente VIP de un buen hotel.

La celda no era más que una habitación pequeña con barrotes en las ventanas y una puerta de seguridad. Ahí le dejaron, olvidado, y nadie más vino a molestarle en toda la noche.

Se acomodó en el catre y se pasó el resto de la noche en vela, tratando de adivinar qué es lo que había pasado, en qué clase de malentendido estaba inmiscuido y, sobre todo... preguntándose si realmente algo horrible le había ocurrido a su esposa.

La noche anterior —parecía que era hace años— fue con Covadonga a una fiesta en Madrid. La fiesta no terminó bien. Discutieron y él se fue a casa, hizo el petate, y se marchó camino a Alicante.

¿Qué le ha podido ocurrir a Cova en las apenas dieciocho horas que han pasado desde la última vez que la vi?

A la mañana siguiente, llevaron a Flecha a una sala con una mesa metálica atornillada al suelo y tres sillas de plástico a su alrededor.

Cerraron la puerta y lo dejaron solo.

Sobre la mesa, frente a una de las sillas, había un humeante café con leche y un cruasán. La servilleta llevaba el logo del bar Buendía impreso, bar que Flecha vio en la acera de enfrente

a la comisaría cuando le trajeron la noche anterior. Las tripas de Flecha se quejaron de hambre en cuanto le llegó el olor del café; no había probado bocado desde la comida del día anterior, sin contar los dos sorbos que dio al botellín de Mahou que acabó como funda dental en los incisivos del policía de la capucha.

Cuando la puerta de la sala volvió a abrirse, Flecha ya se había terminado el cruasán y estaba aplastando las migas de la corteza que quedaban sobre la mesa con la yema del dedo, para luego llevárselas a la boca.

Entró una policía de paisano, de unos treinta años y la placa de la Nacional sobre el cinturón marrón de los pantalones vaqueros. Tenía el pelo color trigo recogido en una coleta; y sus ojos, azul verdoso, tenían una intensidad que transmitía seguridad y control. No era alta, pero su porte atlético y sus manos morenas con las uñas cortas, no engañaban al ojo experimentado: esta poli estaba bien preparada.

Flecha no estaba en la situación ni en el estado mental de evaluar a la policía que tenía delante, pero no cabía duda de que era una belleza. Se podía ver que, a pesar de ser muy atractiva, no utilizaba esto como herramienta para conseguir lo que quería en su trabajo —no necesitaba rebajarse a utilizar esos ardides—, estaba lo suficientemente preparada como para cuidar de sí misma.

—Capitán Marcos Flecha, soy la inspectora Teresa Casas, de Homicidios de la Jefatura General de la Policía en Madrid —dijo la inspectora, sentándose en una de las dos sillas vacantes, y dejando caer unas carpetas de manila y un boli BIC azul con el tapón mordisqueado sobre la mesa.

La inspectora Casas sacó un cuaderno de anillas, destapó el boli mordisqueado y finalmente hizo contacto visual con Flecha por primera vez.

No era ninguna novata; tenía mucha experiencia interrogando criminales y sospechosos, pero la mirada de Flecha la descolocó por completo.

Marcos Flecha no estaba tratando de parecer hostil, ni amenazante, pero había algo en su mirada, esa cara que, allá donde iba, sostenía como una advertencia de peligro mortal. Teresa Casas miró directamente a esos ojos y se encontró de lleno con la silenciosa recomendación que clamaba a gritos un *nometoquesloscojonesyvivirásmástiempo*.

—¿Sabe usted por qué le han detenido? —preguntó Teresa Casas tras carraspear después de recomponerse un poco del sobresalto inicial.

Flecha no contestó, pero siguió impassible sosteniendo la mirada.

—Está usted en su derecho de mantener silencio, si teme que cualquier cosa que diga le pueda incriminar...

Marcos miró con fastidio la mano con que la inspectora estaba doblando y desdoblando la esquina de la carpeta de manila. Teresa, siendo consciente de la imagen de nervios e inseguridad que su gesto debía de estar sugiriendo, paró al instante y puso sus manos extendidas sobre la mesa.

—Ayer me dijeron que se me acusaba del asesinato de mi esposa, ¿es eso cierto? ¿Le ha ocurrido algo a mi mujer?

La inspectora Casas empezó otra vez a jugar mecánicamente con la esquina de la carpeta muy a su pesar. Estaba acostumbrada a que los criminales siempre negaran su culpabilidad, pero había algo sincero e inusual en la mirada de aquel hombre, como en los ojos de una fiera enjaulada.

—La sala de operaciones del 091 recibió una llamada la madrugada de ayer —dijo la inspectora, y abrió un momento la carpeta que tenía delante como para corroborar un dato—. A las 05.35 horas de la mañana del domingo, se recibió una llamada en la que un vecino suyo decía que los había oído discutir y que después de oír varios golpes y gritos, se hizo un silencio. Más tarde

aseguran que le vieron a usted salir de su vivienda.

—No ha contestado a mi pregunta —dijo Flecha removiéndose incomodo en la silla—. ¿Qué le ha ocurrido a mi esposa?

—No puedo contestarle a esa pregunta.

—¿Me están acusando del asesinato de mi esposa y no me puede decir en qué estado se encuentra mi esposa?

—No se lo puedo decir porque no lo sé. El cuerpo de la víctima no ha sido encontrado, pero hay señales de violencia por toda la casa y abundante sangre en las paredes y el suelo de la cocina, en el dormitorio, y en el salón de su vivienda —dijo Teresa sin parar a respirar y mirándole fijamente a los ojos. Luego volvió a bajar la vista a la carpeta sin poder sostener más tiempo la mirada de Flecha.

Flecha tragó saliva dos veces mientras digería la información que le acaban de soltar.

—El vecino que dice que me vio salir de la casa, ¿me vio salir con mi esposa? ¿Con... con el cuerpo? ¿Con alguna bolsa grande que pudiera disimular el cuerpo...?

Teresa abrió otra vez la carpeta como si pudiera encontrar dentro la respuesta a la pregunta.

—No, no dijo nada de eso. Estamos ahora mismo investigando. Es todavía muy reciente. Esperamos tener pronto más respuestas a las muchas preguntas que tenemos.

—Señora inspectora, la noche del sábado estuve con mi esposa en una fiesta en casa de unos... conocidos. Es verdad que discutimos esa noche, por eso me volví a casa en Uber, y la dejé a ella en la fiesta.

—¿A qué hora salió usted de la fiesta?

—Debían de ser aproximadamente las 02.00 horas del domingo. Seguro que puedo confirmar la hora con el recibo del Uber, pero no pudo ser mucho más tarde, porque fui a casa a recoger mi patate, y ya estaba en carretera camino de Alicante a las 03.00 horas.

—¿Por qué salió tan temprano?

Flecha se frotó la frente y los ojos con la palma de la mano antes de contestar.

—Era tarde. Estaba enfadado. Al día siguiente me tenía que presentar en el acuartelamiento para una misión internacional, y prefería ir directamente a Alicante. Quedarme en casa a esperar a mi esposa significaba aguardar muy probablemente unas dos horas más a que ella llegara, y luego continuaríamos la discusión que empezamos en la fiesta; algo nada recomendable de hacer a esas horas para luego emprender un viaje sin haber dormido en toda la noche. Mejor salir lo antes posible, y dormir en Alicante cuando llegase.

—¿Hay alguien que pueda confirmar esta información?

—TNT.

—¿Perdón?

—Mi amigo TNT. Es un compañero de unidad. Fui directamente a su casa a ducharme en cuanto llegué a Alicante.

La inspectora tomaba rápidamente notas con su bolígrafo mordisqueado.

—Capitán Flecha, vamos a tener que confirmar que usted salió hacia Alicante cuando dijo, y que no pudo ser la persona que vio su vecino salir de su casa. Mientras, tendremos que llevarle a la prisión militar de Alcalá Meco hasta que se confirme su inocencia... o culpabilidad.

3

Fernando Almeida estaba volviendo a casa desde el aeropuerto de Barajas. Eran las 19.45 horas y ya había anochecido. Una lluvia fina caía sobre el asfalto del frío anochecer de noviembre en la capital de España.

En casa, su esposa Marta no le esperaba hasta la mañana siguiente, pero su reunión había terminado antes de lo esperado y pudo coger un avión en Frankfurt con tiempo para darle una sorpresa. De camino a casa, había hecho una reserva en el restaurante que tanto les gustaba a los dos, junto a los cines, y había comprado dos entradas para ver una película después de la cena.

El gran atasco que se forma todos los viernes para salir de Madrid, había pasado ya, y solo unos cuantos apresurados coches acompañaban a Fernando rumbo norte en la carretera de El Colmenar.

Accionó el intermitente de la derecha a la altura de la gasolinera de Santa Ana y tomó la salida de Montecarmelo. En cuanto entró en su barrio bajó un poco la ventanilla, solo lo suficiente como para que entrara el aire fresco y el olor de las hojas marchitas del otoño, pero no tanto como para que se le mojara la tapicería de cuero de su nuevo Maserati Quattroporte.

Giró a la derecha en la avenida del Santuario de Valverde, y luego a la izquierda en la calle Monasterio de Liébana.

Cuando entró en el aparcamiento subterráneo de su casa, escuchó el escandaloso chirriar de sus ruedas mojadas contra el pulido hormigón en los tres giros que había que hacer hasta aparcar su coche en su plaza, junto al Mini de su esposa Marta.

Bajó del coche y se oyó el eco sólido de su puerta al cerrarse en las paredes del garaje. Todavía le producía un cierto placer cada vez que oía ese sonido, era como la constatación de que había comprado un buen coche.

No había nadie en el aparcamiento y el sonido de sus pisadas le acompañó hasta el ascensor.

Subió hasta el tercer piso y antes de que se abriera la puerta del ascensor ya tenía la llave de casa preparada. Abrió la puerta y entró en la penumbra del recibidor, únicamente iluminado por la lamparita de la mesita de las llaves. Como de costumbre.

—¿Marta? —llamó a media voz mientras ojeaba el correo que su esposa había dejado en la mesita—. ¿Marta?

Se desanudó la bufanda y la colgó junto con la gabardina en el ropero de la entrada.

Tal vez debería de haberla avisado antes. Le había parecido una buena idea sorprenderla; a ella le encantaban este tipo de sorpresas, pero... ¿y si hubiese quedado con unas amigas y no estaba en casa?

Entró en el pasillo que lleva a las habitaciones y al final de este se veía la luz encendida en el cuarto de baño de su habitación. El sonido del agua en la ducha llegaba a través de la puerta del baño entreabierta. *¡Está en casa!*

Fernando se relajó y ese breve momento de tensión pasó.

—Ya estoy en casa, cariño... —dijo ya sin corbata sentándose en el diván de la ventana para quitarse los zapatos—. Me adelantaron la reunión y me he podido escapar antes. Creo que a estos

alemanes les apetecía tan poco como a mí quedarse un viernes por la noche en un hotel en lugar de volver a casa.

El agua de la ducha seguía cayendo, pero Marta no decía nada.

—He hecho una reserva en El Marmitako y también tenemos entradas para el cine después.

Se quitó la camisa y fue hacia el baño.

—Marta, ¿me estás oyendo, cariño?

Empujó la puerta del baño que estaba entreabierta y se encontró a Marta sentada en el retrete.

Marta estaba amordazada con cinta de embalar, tenía las manos atadas con el mismo tipo de cinta, colocadas frente a su cara, en posición de plegaria.

Marta le miraba con cara suplicante.

¡De terror!

La nariz le había sangrado profusamente, y sangre nueva se mezclaba con la coagulada sobre la cinta de la boca. Los ojos, desorbitados y llenos de lágrimas, estaban hinchados y amoratados.

Marta estiraba los brazos gritando histérica a través de la mordaza, y haciendo señas a su marido sobre algo en la esquina, detrás de la puerta del baño. ¿Algo detrás de la cortina de la ducha?

Fernando giró lentamente la cabeza con el corazón galopando y con la cabeza en una niebla de estupor e incomprensión.

Corrió con determinación la cortina de la ducha.

—¡Tú! ¿Qué haces aquí? ¿Qué...?

Un golpe seco lo volvió todo oscuro.

4

La inspectora Teresa Casas llegó a la sala de situación del edificio de la comisaría general de la Policía Judicial en Canillas a las 07.55 horas.

En la sala ya estaban todas las sillas ocupadas alrededor de la mesa por hombres del cuerpo hablando entre ellos en grupos desordenados, la mayor parte de ellos eran agentes sin uniforme, y todos ellos agentes experimentados y con años de patear lo peor de las calles a sus espaldas.

Teresa encontró una silla libre en una esquina de la sala, junto a la pared, y esperó a que empezase la reunión.

El sonido del murmullo continuaba y sonaba en la sala como un día de tormenta junto al mar. Teresa podía ver por los corrillos que algo grave había pasado y nadie sabía exactamente de qué se trataba.

Llegó Jacobo Sousa, a quien habían incorporado recientemente a la UDEV (Unidad de Delincuencia Especializada y Violenta) junto a Teresa. Luis Farla, el experto forense, llegó justo detrás de Jacobo y se sentó con ellos en las sillas de la pared. Las sillas de los novatos.

Luis Farla, cubriéndose la boca para no atufar con su aliento o para que no le oyeran —fracasó de cualquiera de las dos maneras—, les dijo:

—Parece ser que el comisario viene a la junta. Esta debe de ser gorda, ¿habéis oído algo?

Ni Teresa ni Jacobo sabían a santo de qué habían convocado la reunión extraordinaria.

A las 08.00 horas en punto, el comisario Santonja (el ‘Súper’, como le llamaban a la espalda), entró apresurado y con más cara de cabreo de lo que era habitual.

Tras él entró el inspector jefe tratando de seguir el enérgico paso del comisario.

Se hizo un silencio sepulcral en la sala.

El Súper organizó sus papeles, mientras el inspector jefe Montijo conectaba el cable HDMA del proyector a su ordenador portátil.

—Buenos días. Gracias por vuestra puntualidad —empezó diciendo el Súper con diplomacia.

—Este fin de semana se ha encontrado en la sierra de Guadarrama, cerca de Camorritos, el cuerpo sin vida de Patricia Lago, quien lleva en nuestra lista de desaparecidos desde hace casi un mes. Inicialmente, se creyó que el cuerpo había sido atacado por perros salvajes al haber sido parcialmente comido. Tras la autopsia, se ha visto que la causa de la muerte fue la asfixia, después de haber sido brutalmente torturada.

El comisario paró y miró alrededor de la sala para ver el efecto que producían sus palabras.

Todos los agentes escuchaban en silencio. Tenía su completa atención.

—Encontramos una incisión limpia en el glúteo derecho, hecha presuntamente con cuchillo de carnicería, y cortes en la espalda, de donde había sido extirpada gran parte de la musculatura a la altura de las lumbares. A no ser que se la hayan comido los perros, debemos pensar que el asesino se la llevó como... *souvenir*. La cabeza de la víctima no se ha encontrado todavía, aunque una dotación de la policía científica, con la ayuda de la policía municipal de Cercedilla y un grupo de voluntarios locales, están peinando el monte buscando pistas, pruebas y más restos de la víctima.

—Hizo una breve pausa—. Pero esto no es lo peor. De hecho, no es más que el comienzo...

El Súper barrió con su mirada a todos los presentes en la sala de forma estudiada, para dejar calar la gravedad de la situación antes de continuar.

—Ayer, domingo, recibimos una llamada de la comandancia de la guardia civil de Colmenar Viejo. Un operador del vertedero de Colmenar había encontrado un cuerpo metido en una bolsa de basura. La científica lleva inspeccionando el vertedero desde ayer, mirando en cada bolsa, en cada caja, en cada rincón, y ya han encontrado dos cuerpos más.

Despertó otra vez el murmullo en la sala. El comisario esperó complacido, mirando al inspector casi orgulloso de poder sorprender a este grupo de hombres que se creía que lo había visto y oído todo ya.

—Los tres son cuerpos de mujeres de unos treinta años, en diferentes estados de descomposición. Los tres cuerpos han sido decapitados.

El murmullo volvió una vez más. El Súper levantó ceremoniosamente las dos manos pidiendo silencio.

—No hemos podido identificar todavía dos de los cuerpos encontrados, ya que no tienen ni cabeza ni manos. El tercer cuerpo pertenece a Covadonga Martín, la esposa desaparecida del militar que lleva encerrado en Alcalá-Meco desde hace cinco meses y medio como presunto autor del asesinato.

Teresa miró a Jacobo con los ojos abiertos como las escotillas de un barco.

—¿No es ese el que detuviste tú en Alicante?

Teresa asintió estupefacta mirando al Súper sin abrir la boca.

Uno de los agentes levantó la mano.

—Arnedo, habla.

—¿Quiere eso decir que el capitán Flecha no fue culpable de la muerte de su esposa?

Varios de los agentes asintieron con aprobación a la pregunta, como si ellos estuvieran pensando exactamente lo mismo.

—Los otros cuerpos son posteriores —contestó el Súper silenciando así otra vez el barullo—, y presentan una misma metodología: extrema brutalidad, numerosas puñaladas, sección de tejidos y decapitación. Pero eso no quiere decir que los asesinatos hayan sido cometidos por el mismo individuo, o por el mismo grupo. No podemos descartar al capitán Flecha como presunto autor de la muerte de su esposa, pero ahora se abren nuevas conjeturas sobre su involucración en los otros homicidios. Los asesinatos pueden formar parte de un rito de alguna secta o un grupo de fanáticos, y Flecha podría perfectamente formar parte de alguno de ellos. Nada de momento nos puede asegurar que el capitán Flecha no formase parte de ese hipotético grupo, en caso de que existiera.

El Súper metió los papeles que había traído en su carpeta y bajó del estrado. En la mesa donde estaba dispuesto el café y la bollería, le esperaban un par de inspectores pelotas tendiéndole un café humeante.

El plató quedó a la entera disposición del inspector jefe Montijo.

Los policías de la sala se callaron al instante. El inspector jefe no tenía los galones del comisario, pero se había ganado el respeto de toda la unidad, que le admiraba y temía a partes iguales.

El inspector jefe era un hombre de rostro enjuto y la tez curtida de un hombre de campo. Su cuerpo era seco de carnes, pero ágil y fibroso. En pocos meses cumpliría los 60 años, pero se mantenía en mejor forma física que la mayoría de los jóvenes recién salidos de la academia. Era reservado y rara vez se le había visto sonreír. Era un jefe duro, pero aun así, gozaba del respeto y el aprecio de todos los miembros de la UDEV, para quienes era un honor poder servir bajo su

mando.

—Numerosas mujeres están apareciendo brutalmente asesinadas en la zona norte de Madrid — empezó diciendo mientras apagaba la luz de la sala. Conectó su ordenador al proyector para que todos pudieran ver las fotos en la gran pantalla de la pared, detrás de él—. Los cadáveres presentan signos de tortura, mutilaciones y, por último, decapitación. Los cuerpos encontrados hasta el momento son de mujeres desaparecidas entre junio y septiembre de este año. Todas ellas residentes en la zona norte de Madrid.

El jefe pasaba las diapositivas mientras los agentes escuchaban atentos y tomaban rápidas notas.

—Este año hemos tenido un ligero incremento en el número de personas desaparecidas en la comunidad de Madrid: de 347 el año pasado, a 352 hasta el momento en lo que llevamos de año. Este dato en sí no debería de tener mucha importancia, pero lo que sí resulta preocupante, es el número de personas desaparecidas de alto riesgo. Este número ha pasado de 8 personas a 19. He de recordar que los desaparecidos de alto riesgo son los casos donde hay pruebas que lleven a la presunción de un posible secuestro, o datos que aporten información de indicios de riesgo para la vida o la integridad física de la persona desaparecida.

El inspector Montijo pasaba diapositivas con gráficas de las estadísticas que mencionaba a medida que comentaba los datos.

—Me temo que no hemos hecho un buen trabajo en catalogar a los desaparecidos en grupos de perfiles similares. Me explico. Hasta ahora, todo lo que hemos hecho ha sido contabilizar el total de desaparecidos, y el de desaparecidos de alto riesgo. De estos dos grupos, los dividimos en menores y adultos, y a los menores los hemos encuadrado en residentes en centros de acogida y otros. Punto pelota.

Pasó a la siguiente diapositiva.

—En este cuadro podemos ver que de las 19 personas de alto riesgo desaparecidas este año, ocho son mujeres de entre 25 y 35 años, residentes en la zona norte de Madrid y con un nivel adquisitivo medio/alto. Imagino que todos ustedes ya habrán adivinado que los cadáveres de las cuatro jóvenes encontradas este fin de semana, forman parte de este grupo, y ninguno de ustedes —dijo ahora alzando la voz en un temible gruñido y mirando a todos con unos ojos salpicados de ira y de rencor—, agentes, subinspectores e inspectores de la policía nacional, ha sido capaz de evitar que tuvieran una muerte lenta y dolorosa.

El inspector hizo otro clic en el control remoto y apareció en la pantalla una diapositiva que causó el mismo efecto entre los policías que habría causado un cartucho de dinamita explotando inesperadamente en medio de la sala.

En la pantalla, se apreciaban dos fotografías en primer plano del antes y del después.

La imagen de la izquierda era la de una hermosísima y joven Patricia Lago, que sonreía en bañador a la cámara llena de vida, de expresión y de felicidad, compitiendo —infructuosamente— por ganarse la atención de los boquiabiertos agentes de policía.

La otra imagen era de la que no podían apartar la vista.

La otra imagen era la foto del cuerpo enfisematoso, azulado y verdoso, que mostraba la hinchazón del cuerpo producida por los gases atrapados en el aparato digestivo y dentro de los tejidos.

En la primera foto Patricia miraba con picardía a la cámara luciendo una suave piel bronceada en su semioculto pecho; en la otra, las larvas de mosca y los gusanos asomaban desde el festín de la carne putrefacta del cadáver de Patricia.

El inspector pidió al agente que estaba de pie junto a la puerta que volviera a encender la luz. Nadie en la sala hablaba. Estaban todos asimilando los datos sin quitarse de la mente las imágenes de las jóvenes muertas.

La sala tendría una veintena de personas dentro, y el calor de los cuerpos agolpados en la pequeña estancia había generado vaho en las ventanas. El aire estaba húmedo y cargado. El inspector jefe abrió una ventana para que el frío de la mañana despejase el lugar y la mente de los ahí reunidos.

—Vamos a crear un grupo específico para llevar este caso. En el grupo tendremos agentes de homicidios, desaparecidos, policía científica y de la unidad de inteligencia.

Los inspectores más veteranos se movieron incómodos en sus asientos mirando atentos y estirados al inspector jefe esperando a ver quién sería nombrado jefe del caso. Este podría ser el caso más importante de sus carreras, y una oportunidad así, solo aparecía —gracias a Dios— como mucho una vez en la vida.

—Creo que todos conocéis a la inspectora Teresas Casas. Teresa lleva con nosotros desde septiembre. Ha venido de homicidios de la Jefatura General de Policía en Francos Rodríguez, donde hizo una impecable labor antes de venir aquí.

Teresa notó todos los ojos puestos en ella. Había hablado dos veces brevemente con el inspector Montijo desde que entró en la unidad, pero no pensaba que él supiera siquiera su nombre; menos aún que estuviera al tanto de su currículum e historial. Nadie la había dicho nada antes de la reunión, y lo último que se esperaba era ser ella el foco de atención de toda la unidad. Ya tenía suficiente siendo la única mujer.

—Teresa Casas fue la inspectora encargada del caso de Covadonga Martín. Teresa es el operativo más familiarizado con el caso, quien, además, conoce la zona norte de Madrid mejor que todos nosotros juntos. Ella será la jefa del grupo operativo de investigación y estará a cargo del caso. Orquestrará la colaboración interdepartamental.

Las pocas personas de la sala que todavía no se habían girado a mirar la cara de la nueva, que ahora estaba al mando de la operación más importante desde la fundación de la unidad, se giraron a estudiarla descaradamente de arriba abajo.

Teresa hizo todo lo que pudo por no mostrar ninguna emoción, aunque podía sentir el rubor subir candente desde su cuello hasta la coronilla.

5

—Teresa, por favor, acércate para que todo el mundo pueda verte y conocerte. Todos los aquí presentes están a tus órdenes para lo que necesites. Jacobo Sousa será tu compañero y mano derecha. Él empleará el cien por cien de su tiempo en este caso.

Luego señaló a otro compañero.

—Guillermo García, alias Petete, de la Unidad Central de Inteligencia, será tu ayuda desde las oficinas dándote la cobertura en todo lo que necesites relacionado con información y tecnología.

Petete enarcó las cejas en señal de saludo a Teresa.

—Luis Farla formará parte también de tu equipo como conexión con la policía científica. Y Aquí tienes la carpeta con toda la información que tenemos de momento sobre el caso: archivos y perfil de las desaparecidas, datos preliminares del instituto forense, etcétera. Échale un vistazo y nos reunimos otra vez nosotros cinco a las 11.00 horas en esta misma sala para empezar a trazar un plan.

El inspector jefe desenchufó su portátil del cable del proyector, lo cerró y salió por la puerta sin decir nada más.

En cuanto hubo salido, se hizo un murmullo de voces, sillas arrastrándose, cuadernos cerrándose y el siseo de decenas de zapatos deslizándose pesadamente fuera de la sala.

Teresa se sentó en la silla frente a la documentación que había dejado el jefe. Jacobo, Farla y Petete seguían de pie, a su lado, como pasmarotes sin saber bien qué hacer o decir.

Teresa estaba abrumada por la tarea encomendada. Desde que entró en la academia, siempre había soñado con que la encomendaran un caso tan importante como este —¡era el sueño de cualquier policía!—, pero ahora pesaba sobre sus hombros la sensación de agobio por no saber por dónde empezar y el miedo de no estar a la altura.

Jacobo se acercó un poco más al hombro de Teresa. Jacobo medía un 1,85, era enclenque y patoso, tenía el pelo desaliñado, ondulado y negro, y llevaba una perilla que él pensaba que le daba un aire más temible. Jacobo parecía más el típico informático capullín (como le llamaban sus compañeros en el cole) que un inspector de la prestigiosa Unidad de Delincuencia Especializada y Violenta.

Jacobo carraspeó haciendo despertar a Teresa de sus cavilaciones.

—Bueno, creo que lo mejor es que hagamos tres copias más de toda la información que tenemos —dijo Teresa levantando la cabeza y dirigiéndose a sus compañeros—. A partir de ahora, cualquier información nueva que recibamos, haremos copia para los cuatro para que estemos todos al tanto. Petete, ¿te importaría hacer las copias? Yo mientras voy a llamar a mi antigua comisaría y les voy a pedir que me manden toda la información del caso Covadonga, y lo que tengan de las otras desaparecidas. Luis, por favor, tráenos toda la información del estudio forense sobre las víctimas.

A las 11.00 horas estaban otra vez los cuatro reunidos en la sala de situación con el inspector jefe. El comisario también había venido a la reunión, pero solo como oyente. El comisario Santonja se

sentó en una de las sillas de la pared, con cuidado de no arrugar sus pantalones hechos a medida en sastrería. Pidió que ignorasen su presencia —cosa imposible, teniendo al gran jefe sentado a tu espalda—. Solo quería información de primera mano, pero dijo que no intervendría en la reunión.

—¿Qué tienes, Teresa? —preguntó el jefe.

Teresa ordenó las diferentes carpetas que tenía delante esparcidas sobre la mesa en un solo montón, golpeándolas con el canto ruidosamente sobre la mesa, para poder hacer el montón lo más homogéneo y ordenado posible. Puso su cuaderno de notas a un lado y tamborileó con un boli BIC de tapa mordisqueada sobre el cuaderno.

—Vamos a empezar estudiando la desaparición de las cuatro víctimas —dijo echando su silla hacia atrás, haciendo un ensordecedor ruido al arrastrarse contra el suelo, como el de un buque mandando bocinazos a través de la niebla.

Se puso de pie, abrió la primera carpeta, sacó dos fotos tamaño A4 de cada una de las víctimas conocidas: Covadonga Martín y Patricia Lago, y las colgó ordenadamente en una esquina del corcho con chinchetas bajo el nombre de cada una. Luego colgó otras dos fotos en blanco con un signo de interrogación para los dos cadáveres hallados de los que no se conocía todavía la identidad. Al otro lado del corcho, colgó seis fotos más pequeñas; estas eran las de archivo de las otras seis mujeres desaparecidas este año en Madrid que no habían sido encontradas aún.

—Luis Farla se va a encargar de recopilar y estudiar minuciosamente todos los datos sobre las causas de los fallecimientos, fechas de los mismos y muestras de ADN ajenas que pudieran encontrarse en las víctimas: huellas, pelos, semen, etcétera.

El inspector jefe escuchaba, atento y en silencio, con las yemas de los dedos tocándose entre sí.

—Petete va a empezar a recuperar toda la información digital de estas víctimas y de las otras desaparecidas —continuó Teresa abriendo la segunda carpeta y sacando el informe de cada una de las seis mujeres desaparecidas de perfil similar a las víctimas y pasándole una copia a cada uno de los presentes—. Va a mirar sus cuentas de correo, Facebook, Instagram, etc. Pero para eso, Petete va a necesitar más ayuda de la unidad tecnológica... —dijo mirando al inspector de reojo.

—¿Cuántos operarios necesitas? —preguntó tajante el jefe sin andarse con rodeos.

—De momento, seis, hasta que consigamos toda la información de las cuentas de las desaparecidas. Uno por cada desaparecida.

El inspector se quedó pensativo un momento sopesando la complicación de apartar a tantos operarios de sus obligaciones.

—Te doy tres hombres. Puedes tenerlos a tiempo completo hasta el miércoles inclusive. El jueves a primera hora vuelven a sus mesas de trabajo.

Teresa miró a Petete tratando de esconder el subidón por su primera pequeña gran victoria. Hizo un gesto de asentimiento a Petete, y este se levantó de la mesa para ponerse manos a la obra sin esperar un momento más.

—El siguiente punto es un poco más sensible y escabroso... —dijo Teresa haciendo que el jefe levantara una ceja expectante para ver qué es lo que venía ahora.

—Habiendo encontrado el cuerpo de Covadonga Martín, y teniendo otros cuerpos que han aparecido posteriormente a la muerte de ella, y, por consiguiente, posteriores a la detención de su esposo el capitán Marcos Flecha... creo que todos estos nuevos descubrimientos exculpan a Flecha de la presunción de asesinato.

El jefe tomó el informe que le pasaba Teresa con la información del archivo del capitán Flecha. Lo abrió y lo miró con atención durante treinta segundos.

—Todavía no sabemos con seguridad si lo hizo él o no. Tengo entendido que hay un lapso de

tiempo sin corroborar, desde que Flecha salió de la fiesta en la que estuvo la noche del asesinato, hasta que llegó a Alicante; tiempo en el que pudo perfectamente haber asesinado a su esposa — contestó finalmente el jefe.

—Eso es verdad, pero de lo que no habría tenido tiempo es de sacar el cuerpo de su esposa de casa y llevarlo hasta el vertedero de Colmenar. Además, la cabeza de su esposa no ha aparecido todavía y en el coche de Flecha no había ni un solo rastro de sangre.

—El capitán Flecha está internado en la prisión militar de Alcalá-Meco, ¿qué es lo que sugieres que hagamos, Teresa?

—Primero, creo que deberíamos compartir esta información con el Tribunal Militar, para que exculpen a Flecha...

—Eso no va a ocurrir —dijo tajante el jefe—. No van a exonerar al capitán Flecha hasta que no hayamos encontrado al verdadero asesino y podamos probar su inocencia.

—Pensé que tal vez podríamos pedir al Ejército que dejaran a Flecha colaborar con nosotros en la investigación. No sería el primer caso en el que se da permiso a un preso para ayudar en una investigación —dijo Teresa tratando de aparentar indiferencia y despego en la pregunta, pero por dentro aguantando la respiración y cruzando los dedos de pies y manos.

El comisario se removió en su asiento, pero continuó sin decir nada.

—¿Te has vuelto loca? —dijo el inspector.

—Marcos Flecha es en este momento la persona, con vida, que más cerca ha estado del asesino. ¡Piense que es probable que incluso conozca al asesino! Flecha es una persona que está más que preparada, y con experiencia sobrada, en misiones aún más peligrosas que esta en todo el mundo. Además, antes de alistarse al Ejército, Flecha se licenció en Psicología y Criminología. Creo que podría aportar una ayuda incalculable al caso.

El inspector se quedó callado mirando fija y seriamente a Teresa.

—Creo que es una idea formidable —dijo el comisario poniéndose de pie antes de que el inspector pudiera abrir la boca—. Encárguense de que Flecha se incorpore al grupo de la investigación hoy mismo. Díganme si necesitan que llame yo personalmente al Tribunal Militar.

El comisario salió de la sala.

Se quedaron en silencio. El inspector estaba mirando sus manos con el ceño fruncido, y Teresa y sus compañeros aguantaban la respiración esperando a ver qué respondía este.

—¡Ya habéis oído al comisario! —ladró finalmente el inspector—, ¡poneos en marcha!

6

Apenas dos horas más tarde estaban reunidos en el despacho del general Muñoz del Tribunal Militar Central, en la calle Princesa.

El general estaba sentado tras su mesa de caoba. Frente a él, estaban el inspector jefe Montijo de la UDEV y el coronel Herrero del MOE (Mando de Operaciones Especiales). Habían traído, además, otras dos sillas de la sala de conferencias para que pudieran sentarse el abogado del juzgado de apelación de Madrid y la inspectora Teresa Casas.

—Dígame, inspectora —comenzó el general auditor del Cuerpo Jurídico Militar—. Independientemente de que sea o no posible conceder un permiso para que salga de prisión con el objetivo de cooperar en la investigación, ¿qué le hace pensar que el capitán Flecha quiera ayudarles?

—General Muñoz —dijo Teresa—. El capitán Flecha tendrá más interés que todos nosotros juntos en esclarecer los hechos, en limpiar su buen nombre y, sobre todo... en dar caza al asesino de su esposa.

—Pero todavía no sabemos con seguridad si fue realmente él o no quien asesinó a su cónyuge. El capitán Flecha es un tipo peligroso. Es agresivo y está entrenado para matar. Estando en prisión casi mata a un hombre con sus propias manos; y no a un hombre común, sino a un sargento de la legión. ¿De verdad quiere dejar en libertad a este hombre y pedirle ayuda? —preguntó el general.

El coronel del MOE escuchaba al general y la sangre le hervía. Conocía bien a Flecha y era probablemente el mejor oficial que jamás haya pasado por las GOES. Le reventaba saber que su hombre llevaba cinco meses en un penal militar por algo que estaba convencido de que no había hecho, mientras que este picapleitos de mierda se atrevía a despreciarlo desde el confort de su elegante despacho.

—Mi general, con el debido respeto —dijo el coronel con cada palabra quemándole en la garganta por la rabia contenida—. Hay pruebas suficientes para confirmar que el capitán Flecha no pudo ser el autor del asesinato. Él es un hombre muy preparado y podría ser de gran ayuda para el caso.

El general interrumpió al coronel sin prestar atención a lo que este le decía y continuó hablando con Teresa:

—No va a ser fácil convencer a Flecha de que coopere. Lleva en prisión cinco meses, su esposa ha muerto, ha sido deshonrado del Ejército y encima le han imputado los cargos de asesinato. Marcos Flecha, insisto, es un tipo muy peligroso, y está muy quemado, tal vez no fue él quien asesinó a su esposa, pero todavía no lo sabemos a ciencia cierta. Dejarle en libertad podría tener consecuencias desastrosas.

El coronel estaba haciendo acopio de todo su autocontrol, cuando toda la furia de su interior le pedía saltar por encima de la mesa y estrangular al pedante burócrata lameculos que tenía delante, coger el bastón de mando que exhibía sobre su mesa y darle con él en la cabeza hasta hacerla reventar.

El inspector jefe, notando la creciente tensión y frustración del coronel, tomó la palabra para calmar la situación antes de que se hiciera irreversible y Flecha se quedara en prisión de por vida

solo como consecuencia de una lucha de egos entre los dos militares.

—General Muñoz, nos sería de gran ayuda el que el capitán Flecha trabajara en la investigación de este caso. No solo por su preparación militar y académica, sino por el posible conocimiento de las víctimas, e incluso del asesino también. Tomaríamos al capitán Flecha bajo nuestra custodia y estaría vigilado y acompañado en todo momento por nuestros agentes encargados del caso.

El general sopesó las palabras del inspector mientras miraba receloso al coronel con el ceño fruncido.

—El capitán estará bajo nuestra vigilancia las 24 horas del día. Si resulta que él no es el asesino y nos ayuda a resolver el caso, haremos saber que se hizo gracias a la cooperación del Ejército brindada por usted. Si, por el contrario, resulta que Flecha hubiera sido el asesino, o hubiera estado involucrado en los asesinatos, encontraremos las pruebas y detendremos al capitán para encerrarlo en prisión civil para el resto de su vida... —añadió Teresa ofreciendo al general dos posibles escenarios diferentes, en los que, en ambos, aparecería el general como el héroe del caso.

Después de meditarlo un momento más, el general se dirigió al abogado del tribunal de apelación.

—¿Tiene aquí esos papeles?

—Sí, señor —dijo el letrado levantándose de la silla y poniendo el dossier sobre la mesa frente al general.

—¿Dónde firmo?

—Aquí y aquí.

El general, con la pluma estilográfica en mano, levantó la vista y miró a Teresa y al jefe.

—Tienen hasta el viernes. Si no encuentran antes pruebas que demuestren que él no fue el asesino de su esposa, quiero al capitán Flecha de vuelta en el penal el sábado a las 08.00 horas.

—Entendido —dijo Teresa removiéndose en su asiento de excitación.

—Si una mañana no se presentara el capitán Flecha ante uno de ustedes antes de las 08.30 horas, mandaré orden de busca y captura contra él, y será perseguido como un criminal fugado y peligroso.

—Sí, señor —contestó otra vez Teresa, que era a quien el general parecía dirigir todas sus advertencias.

—Si el capitán aprovecha estos días para fugarse, usted será la responsable de su fuga.

—Comprendido —dijo Teresa estirada en su asiento, mirando a la pluma que sostenía el general y a los documentos, esperando a que firmase para ponerse lo antes posible en marcha.

Por fin firmó los documentos y se los devolvió al abogado.

Teresa salió con el jefe del despacho y se dirigieron al aparcamiento subterráneo. No cruzaron una palabra hasta que llegaron al ascensor.

—Inspectora, espero que sepa lo que está haciendo —dijo el inspector.

Teresa no dijo nada en respuesta. Ella también esperaba no estar cometiendo un error.

Teresa y Jacobo llegaron esa misma tarde a la prisión militar de Alcalá-Meco. Aparcaron el zeta en una plaza de aparcamiento reservada para visitas.

El parking estaba mojado y había charcos esparcidos por todo el asfalto como recuerdo de la lluvia de esa mañana. No había otros vehículos, el aparcamiento estaba completamente vacío.

—Parece que estos militruchos no reciben muchos visitantes —dijo Jacobo cerrando la puerta del coche.

En la entrada de la prisión había dos policías militares con cara de pocos amigos, pero no les impidieron el paso. De hecho, ni les dirigieron la palabra o los miraron siquiera. Jacobo los miró con curiosidad, preguntándose si serían de verdad o unos maniqués de cera.

En el pabellón principal, tras una puerta de cristal y aluminio, estaba la recepción. Detrás de un mostrador que llegaba a los dos visitantes a la altura del pecho, había otro policía militar, que despertó de su siesta dando un respingo en cuanto oyó abrirse la puerta.

—Venimos a ver al capitán Marcos Flecha —dijo Teresa al hombre, quien después de comprobar que no era un militar superior el que había entrado por la puerta, volvió a recostarse sobre la silla.

—Pasen por la puerta de la izquierda y sigan por el pasillo hasta el final. Ahí mi compañero les abrirá y los llevará a la sala de visitas —contestó aquel con la misma ilusión con la que una vieja recita el rosario.

Entraron en un pasillo gris y oscuro de paneles metálicos, como los de un buque de la armada.

Al final del pasillo se toparon con otra puerta y con otro policía militar encerrado en una garita de cristal. Este ni se preocupó de esperar a que se dirigieran a él. Para evitarse todo el trabajo de abrir la boca, se limitó a apretar un botón, que hizo sonar la puerta con un fuerte bocinazo, seguido de un chasquido al correrse el pasador de la puerta metálica.

La cruzaron y a la derecha había otra de doble hoja sobre la que había un cartel que decía SALA DE VISITAS.

—Debe de ser aquí —dijo Jacobo tratando de animar a Teresa con un poco de conversación.

—Con esos dotes de deducción, te deberías hacer policía —contestó ella.

El comentario de Teresa produjo una risita nerviosa en Jacobo, lo suficiente como para que entraran los dos a la lúgubre sala de visitas con el ánimo algo más subido.

Se sentaron en una mesa circular, los dos juntos en el mismo lado, como si fueran los jueces de un concurso de talento esperando ver aparecer a Flecha por el otro pasillo de acceso a la sala a hacer un número.

—No pienses que este sitio es tan malo como parece —dijo Jacobo—. Tengo un primo que hizo la mili en la PM y me dijo que en Alcalá-Meco los prisioneros hacen una vida muy parecida a la que harían en su cuartel, salvo el salir de paseo por las tardes, claro está.

Jacobo tenía la mala costumbre de hablar cuando estaba nervioso. No podía quedarse callado, necesitaba decir algo, lo que fuera.

—Parece ser que los oficiales viven en un pabellón aparte —continuó diciendo—, y que sus

celdas son realmente habitaciones con nevera, televisión y cuarto de baño. Así que no te esperes ver salir a Flecha con el mono naranja y la cabeza rapada como en las películas americanas.

Jacobo seguía hablando a pesar de que Teresa ni le miraba ni daba señales de haber oído lo que decía.

—No me extrañaría nada que cuando quedase libre nos dijera que no quiere salir de aquí y que preferiría quedarse encerrado el resto de su vida.

Según dijo eso, volvió a oírse el bocinazo y el chasquido del pasador de la otra puerta de acceso.

El capitán Marcos Flecha apareció por el pasillo con grilletes en las manos y en los pies, con un PM a cada brazo y otro detrás con una G36 apuntándole a los gemelos.

Los PMs le condujeron hasta la mesa y se apartaron a una distancia prudencial, pero sin quitarle el ojo de encima un momento.

Los dos policías le miraron boquiabiertos sin saber cómo empezar la conversación, era tal la impresión que les daba.

Fue Teresa la primera en levantarse y tenderle la mano.

—Hola Flecha, no sé si me recuerda, fui yo quien...

—... la inspectora Teresa Casas, de la Jefatura General de Policía de Madrid. La recuerdo —sentenció Flecha.

Teresa se sorprendió con la respuesta seca, carente de sentimiento, carente de humanidad. Pero pronto se recompuso y le presentó a Jacobo Sousa.

—Capitán Flecha, siéntese, por favor —pidió Jacobo—. Queremos hablar un momento con usted.

Flecha se sentó, desconfiado.

—Ha habido novedades relacionadas con su caso —continuó.

—¿Qué novedades?

—Bueno... para empezar —dijo Jacobo dudando un momento y mirando a Teresa como buscando apoyo—. Hemos encontrado el cuerpo de su esposa.

—¿El cuerpo?

Otra vez Jacobo miró a Teresa buscando apoyo, pero esta no le dirigió la mirada. Seguía con los ojos pendientes de Flecha, asimilando sus reacciones.

—Sí... lamento confirmarle que su esposa ha muerto —dijo Jacobo azorado por ser él quien le desvelara las noticias—. Hemos encontrado el cuerpo de una mujer, y las huellas dactilares coinciden con las de su esposa. No hay posible confusión.

Flecha no dijo nada y los dos policías guardaron un respetuoso silencio que duró diez segundos.

Flecha estaba convencido de que su esposa había muerto, como le habían comunicado cuando fue detenido, pero sin el cuerpo de ella, la verdad es que todavía había albergado una mínima esperanza en el subconsciente de que ella pudiera estar aún viva.

—Ha dicho ‘acontecimientos’, en plural, ¿qué más ha ocurrido?

—Han aparecido tres cuerpos más —se adelantó Teresa—. Tres mujeres de perfil parecido al de su esposa. Las tres asesinadas en similares circunstancias a las de su esposa.

—¿Y soy yo el sospechoso de la muerte de todas esas otras mujeres también? —preguntó Flecha sin emoción alguna.

—No, al contrario —dijo Teresa—. Las muertes de estas otras mujeres son posteriores a la de su esposa. Fueron asesinadas cuando usted estaba ya en prisión, lo que le exculpa de su homicidio.

—¿Y de la muerte de Covadonga...? La aparición de estos cadáveres, ¿me exculpa también del

asesinato de mi esposa?

Teresa bajó un instante la mirada a sus manos antes de contestar.

—No, me temo que todavía no —dijo mirándole otra vez directo a los ojos—. Esa es la razón por la que hemos venido a verle. Capitán —dijo Teresa poniendo los codos sobre la mesa y acercándose a Flecha, para inspirar cercanía y confianza, tal y como había aprendido en los cursos de negociador de la policía—, necesitamos encontrar al asesino de su esposa para demostrar su inocencia sin dejar cabida a la menor duda. Vamos a encontrar al asesino de su esposa, pero...

Teresa paró un momento como buscando exactamente qué decir o cómo decirlo.

Flecha enarcó las cejas preguntando con el gesto a Teresa si pensaba terminar la frase.

—Queremos pedirle ayuda —continuó Teresa—. Queremos que nos ayude. Desde fuera —añadió viendo la confusión de Flecha—. Conocemos su impecable historial militar y toda la experiencia operativa y táctico-estratégica que tiene. También ayudarán mucho al caso sus estudios de Psicología y Criminología.

—Pero eso no me ayudará a recuperar a Covadonga —dijo Flecha entre dientes.

—No, pero le dará la oportunidad de dar caza al hombre que le hizo eso a su esposa —apuntó Jacobo, por una vez haciendo un comentario acertado.

Esa misma tarde, Teresa y Jacobo llevaron a Flecha a la oficina en Cabanillas para que conociera al jefe y ponerle al día con toda la información que tenían del caso hasta el momento.

El inspector jefe estaba al teléfono cuando entraron en su despacho y él les hizo un gesto autoritario para que se sentaran.

Flecha se sentó en una de las sillas frente a la mesa del jefe y dejó que sus ojos escanearan el despacho para analizar al sujeto que tenía sentado delante.

El inspector tenía fotos por todo el despacho: algunas antiguas, en las que se le veía de joven con la que debía de ser su esposa y sus seis hijos. Otras más modernas, de lo que deberían de ser sus nietos. Había varias fotos en las que aparecía con políticos recibiendo algún galardón o medalla; una foto con Álvarez del Manzano, otra con el ministro José Luis Corcuera, y una instantánea en blanco y negro que debía de ser de la orla del año en que se graduó en la academia de policía.

El inspector colgó el teléfono con brusquedad y sin despedirse de quien estuviera al otro lado de la línea. Apoyó todo su peso sobre la mesa mirando a Flecha a través de sus espesas cejas. Seguía poco convencido de la idea de meter a Flecha en el caso y le recibió fríamente.

—La idea de que esté usted aquí es de la inspectora Teresa Casas. Si por mí fuera, seguiría usted encerrado en ese club de campo al que los militares se atreven a llamar prisión, pero quiero darle la oportunidad a la inspectora de probar que me equivoco, aunque esta sería la primera vez que eso ocurre... Tienen hasta la última hora del viernes para resolver este caso. Si antes del viernes, el capitán no se persona antes de las 08.30 una mañana, le mandaremos con un lacito de vuelta a la cárcel. Si se mete en algún problema: se salta un semáforo, se mete en una pelea o tira un papel al suelo en la vía pública, me encargaré personalmente de que le encierren de por vida. Recuerde que está únicamente haciendo labor de apoyo, no puede portar armas en ningún momento, ni mezclarse en algún altercado. ¿Ha quedado todo claro?

Flecha no contestó. Se quedó mirando al inspector con cara de ir a escupir en su mesa, pero Teresa salió en su defensa y dijo efusivamente que estaba todo clarísimo y sacó a Flecha del despacho del inspector a empellones.

En el pasillo se encontraron con el comisario Santonja, quien saludó efusivamente a Teresa ignorando totalmente a Jacobo.

—¿Es este el capitán Flecha? —dijo mirando a Flecha de arriba abajo con la curiosidad de alguien que mira a un animal extraño. Flecha también estudiaba al comisario en respuesta, no tardó en llegar a la conclusión de que le caía mejor el inspector tocapelotas, que este pijo relamido. Siempre se fió más de quien hablaba a las claras y no escondía sus cartas.

—Sí, señor —afirmó Teresa.

—Muy bien, querida. Tú sabrás lo que haces. Buena suerte. Dime si necesita algo más. Ah, y manda un saludo a Pepe de mi parte.

Teresa masculló un ‘gracias’ para el cuello de su camisa.

En cuanto el comisario hubo desaparecido pasillo arriba, Jacobo se puso delante de Teresa.

—¿Saluda a Pepe de mi parte? ¿De qué va eso? ¿Ahora sois amiguitos de fin de semana?

—¡Calla, imbécil! —dijo Teresa empujándole a un lado y continuando su camino.

Jacobo soltó una burlona y sonora carcajada a su espalda.

Petete y Luis Farla estaban en la misma sala de situación donde se había reunido todo el departamento esa misma mañana, aunque parecía que habían pasado semanas desde esa primera reunión sobre el caso.

Habían movido a la mesa de conferencias sus ordenadores portátiles y varios dosieres de ficheros y carpetas. Allí encima había todo tipo de papeles, latas vacías de Coca-Cola y una bolsa de patatas fritas con sabor a jamón que atufaba el aire, ya de por sí cargado, de la habitación.

Se sentaron alrededor de la mesa de conferencias con Flecha.

Teresa empezó exponiendo lo que sabían del caso, de las víctimas y de las desaparecidas, evitando en todo momento mencionar a Covadonga.

Flecha estaba sentado frente a Teresa, y detrás de ella podía ver la pared-corcho donde habían colgado las fotografías de aquellas mujeres. Luis Farla había añadido a la pared más información y fotografías sobre esas nueve personas.

Flecha enseguida reconoció la foto A4 en el extremo izquierdo de la pared. Era la foto de perfil de Facebook de su esposa. Era una foto que él mismo había sacado en Los Picos de Europa hacía dos años. Tenía esa sonrisa pícaro que él tan bien conocía. También sabía por qué sonreía de aquella manera a la cámara... hacía frío ese día, y no había nadie en lo alto de la montaña, nadie que pudiera transgredir la intimidad de Marcos y Covadonga.

Esa misma noche, en un pequeño restaurante de Potes la pidió matrimonio.

Bajo la imagen de Covadonga, había otras tres fotos algo más pequeñas tomadas en la mesa de operaciones del Instituto Anatómico Forense.

Flecha se levantó de la mesa, mientras Teresa seguía hablando, y fue hasta el corcho. Ella dejó de hablar y miró a sus compañeros preguntando con los ojos qué debería hacer.

Flecha miró con detenimiento las fotos que Luis Farla había colgado de su esposa —o de lo que quedaba de ella—. La primera era una foto de una bolsa negra de basura en la que se podía ver asomado un brazo humano. Las otras fotos eran del cuerpo sin cabeza de su esposa, yaciendo desnuda sobre el frío metal de la mesilla del forense.

Antes de que Teresa dijera nada, Marcos Flecha se había dirigido a las fotos de las otras dos víctimas, como si no hubiera reconocido que las primeras fotos pertenecían a su difunta esposa.

—¿Tenéis un mapa de Madrid que podamos colgar aquí también para marcar dónde residían y dónde se las vio por última vez? —preguntó Flecha rompiendo el incómodo silencio sin dejar de mirar las fotos de la pared.

Teresa miró a Petete. Este asintió y se fue a buscar un mapa que colgar en la pared.

Flecha se paró ante la foto de la primera desaparecida. Era una mujer joven, pero junto a ella se había colgado la foto de un hombre.

—¿Por qué las dos fotos? ¿Por qué habéis puesto juntos al hombre y a la mujer?

—Han desaparecido los dos: marido y mujer. Pero por el perfil de ella, la cercanía geográfica, y por la fecha de la desaparición, hemos visto conveniente estudiar su caso junto al de las otras mujeres —contestó Teresa.

Petete llegó al cabo de un rato con un mapa de Madrid y lo colgó en la pared.

Jacobo se puso a dictar la dirección de cada una y Petete puso banderitas con diferentes colores y las iniciales de cada una de las mujeres sobre las coordenadas.

Todas ellas eran residentes de Montecarmelo y Mirasierra, menos Patricia Lago, que vivía en la Colonia de Camorritos, en Cercedilla, pero parece que también había crecido en Mirasierra.

—Esta era amiga de mi esposa —dijo Flecha frente a la foto de la víctima que había desaparecido junto con su marido. Teresa y su equipo se miraron entre sí. Flecha seguía de espaldas mirando las fotos—. Fueron juntas al colegio de pequeñas, coincidimos en una fiesta. Su marido también estaba.

Jacobo y Teresa intercambiaron unas miradas inquisitivas.

—¿Reconoces a alguna más?

—No, creo que no. Pero eso no quiere decir nada. Llevábamos solo dos años casados y me he pasado de misiones en el extranjero la mayor parte de ese tiempo. Todas estas mujeres viven en una zona cercana, y son todas nacidas entre 1985 y 1987. ¿Sabemos a qué colegio fueron? Tal vez la relación entre Covadonga y Marta no sea solo pura coincidencia...

Petete se puso a teclear en su portátil enérgicamente.

—Mañana nos reuniremos aquí a las 08.30 —dijo Teresa poniéndose de pie y repartiendo carpetas a todos los presentes—. Llevaros a casa esta noche el informe de Luis Farla. Toma, Flecha, te hemos hecho a ti también una copia. En este informe veréis el estudio forense de las víctimas y los informes de la policía científica sobre el registro de las viviendas de las desaparecidas. Me temo que no esclarecen gran cosa...

—No veo nada en el informe sobre el caso de Covadonga —dijo Flecha ojeando los informes que le había dado Teresa. Los otros tres policías estaban recogiendo los informes y poniéndolos en sus mochilas preparándose para marcharse. Cuando Flecha dijo esto pararon todos en seco y se quedaron mirando a Teresa, esperando su respuesta.

—No creo que sea conveniente que veas ese informe. He pedido a Farla que no incluyera esa información en tu dossier.

—¿Cómo quieres que os pueda ayudar si me escondéis información sobre el caso?

—Lo entiendo, pero la información es muy cruda. Me temo que podría hacerte daño conocer todos los detalles.

—Me he presentado voluntario para ayudar a resolver el caso y encontrar al asesino. Tengo bastante claro que mi esposa no ha muerto de causas naturales. Aunque este partido me toca jugarlo en casa, te puedo asegurar que esta no es la primera vez que piso el césped.

—Como quieras, Flecha —dijo Teresa encogiéndose de hombros—. Luis, dale una copia completa del informe de Covadonga.

—Gracias. Iré leyendo el informe de camino a casa.

—¿A casa? Flecha, te hemos reservado una habitación en un hotel en Fuencarral, cerca de la casa de Jacobo.

—Yo vivo a menos de diez minutos de ahí, ¿por qué iba a quedarme en un hotel cuando puedo irme a mi casa?

—Verás, Flecha —interrumpió Jacobo con tiento—, tu casa sigue precintada y nadie ha tocado nada desde que Covadonga fue asesinada.

—Pero el cuerpo estaba en el vertedero de El Colmenar...

—Sí, pero Covadonga fue asesinada en su domicilio, y nadie ha entrado desde que la científica puso el precinto hace ya más de cinco meses.

Flecha se quedó un momento callado con el dossier en la mano.

—Mejor, así podré ver con mis propios ojos lo que ocurrió. Tal vez pueda ver algo que se le escapó a la científica —dijo al fin.

—Ok, te llevo —concluyó Teresa sabiendo que no serviría de nada discutir con este hombre.

—¡Voy con vosotros! —añadió Jacobo cogiendo su chaqueta y corriendo tras ellos.

Flecha no dijo nada en todo el trayecto. Estudiaba con detenimiento el informe ignorando la presencia de los dos policías y estos guardaban silencio por miedo a interrumpirle.

—¿Tenéis acceso a la información de los móviles de las víctimas? Llamadas, mensajes de texto, emails, localización... —preguntó Flecha.

—Tenemos a tres agentes de la unidad de inteligencia ayudando a tiempo completo a Petete hasta el miércoles para analizar toda la información que puedan sacar de los teléfonos, cuentas de correo y redes sociales. Mañana a primera hora nos tendrán preparado un informe con toda la información que tengan hasta el momento. Espero podamos encontrar alguna otra coincidencia que nos dé más pistas sobre las que enfocar nuestra investigación.

Flecha asintió y dijo a Jacobo que girase a la derecha en la rotonda y subiera por la calle La Masó, y luego a la izquierda, cuando llegaron a la Calle Marbella.

La casa de Flecha era un chalet adosado de fachada blanca, como de mármol pulido. Teresa ya estuvo varias veces cuando trabajaba en la comisaría de Madrid-Fuencarral-El Pardo y llevaba el caso Covadonga.

Era una casa moderna de tres plantas. La puerta de entrada a la parcela era de metal cromado montado sobre un muro de granito gris. No era la típica vivienda de un capitán del Ejército, más bien la de un banquero o corredor de bolsa; Covadonga era médico y Flecha venía de familia acomodada.

Flecha abrió el portón de la parcela.

Subieron unos escalones hasta la puerta principal. Frente a la entrada, Teresa puso una mano sobre la puerta y volvió a preguntar otra vez a Flecha si estaba seguro de querer entrar.

Flecha la miró y, sin molestarse en contestar, arrancó el precinto de la policía que cubría la puerta en forma de cruz de San Andrés.

Flecha dio al interruptor de la entrada, pero nada se encendió.

Eran casi las 19.00 horas y ya estaba casi oscuro fuera. Lo primero que notaron al entrar fue la peste que venía de dentro y el sonido de las moscas. Jacobo se cubrió la nariz y la boca con el doblez del codo. Teresa se tapó con un pañuelo.

Flecha subió la persiana de la cocina, que estaba a la derecha, y abrió las ventanas de par en par. Luego bajó los tres escalones que llevaban al salón y al comedor de la planta baja. Una paloma echó a volar desprendiendo varias plumas en la huida antes de volver a posarse en la lámpara del techo.

Flecha subió las tres persianas de las puertas balconeras que daban al jardín de atrás; la cuarta de ellas —por donde se había colado la paloma y vaya usted a saber qué más— estaba semiabierta y la persiana subida.

La habitación se iluminó lo suficiente como para ver los contornos de los muebles y las escaleras que subían a la planta de las habitaciones.

Flecha abrió un cajón en la cocina y de él sacó una linterna, la encendió y con ella fue al panel eléctrico de la casa y conectó la luz. Todas las luces se encendieron y pudieron ver cómo la casa,

las paredes, los muebles cobraban vida.

Las paredes de las escaleras que subían al segundo piso, estaban cubiertas de chorretones de sangre. La mullida moqueta blanca de las escaleras, tenía una franja marrón oscura, como hecha de un solo brochazo de arriba abajo, solo que Flecha sabía que la brocha era el cuerpo apuñalado y decapitado de su esposa siendo arrastrado escaleras abajo.

Subió con cuidado de no pisar la franja del centro de la moqueta. En lo alto estaba la habitación principal. La cama seguía deshecha, con las sábanas tiradas por el suelo y sangre seca por todos lados.

La puerta del baño estaba cerrada.

Flecha giró el pomo y la empujó. Dentro estaba infestado de moscas. El hedor taponaba las fosas nasales y arañaba la garganta tratando de bajar por el esófago. La bañera tenía manchas secas de sangre dentro y fuera, además de restos de tejido. Se agachó a mirar de cerca el borde de la bañera.

Jacobo asomó la cabeza al baño para ver qué estaba haciendo Flecha, y salió de la habitación corriendo a vaciar el interior de su estómago en la moqueta del pasillo.

Flecha echó un vistazo hacia a la puerta por donde había salido Jacobo, miró a Teresa preguntándole si su compañero era así todo el tiempo, y volvió a centrarse en el tejido del borde de la bañera.

Teresa miraba a Marcos Flecha con los ojos abiertos como platos. Ya había visto esta escena de crimen meses atrás, pero visitarla ahora, con el marido de la víctima, y contemplar la frialdad e indiferencia con la que este estaba escrutándolo todo, le hacía percatarse de la inhumanidad de la escena... y del tipo de hombre que tenía delante.

Flecha señaló una magulladura en el borde de la bañera en la que había restos de tejido y sangre seca.

—Aquí es donde debió de cortarle la cabeza —dijo con absoluta impasibilidad.

Teresa asintió, aunque Flecha estaba de espaldas a ella y no podía ver el gesto de asentimiento.

—¿Se llegó a encontrar el arma?

—No, nada —dijo Teresa a través del pañuelo con el que se tapaba boca y nariz—. La científica dice que se debió de utilizar un hacha para asestar ese golpe. Pero para el resto de heridas se utilizaron dos cuchillos diferentes, pero ninguna de estas... herramientas se ha encontrado.

—¿Dos cuchillos? ¿Se piensa que pudo haber más de un agresor?

—No se descarta, pero también pudo haber sido un único asesino. No hay una sola huella en toda la casa, ni pisada, además de las de tu esposa y las tuyas... A pesar del desorden y la brutalidad de la escena, no encontramos nada útil.

Ahora fue el turno de Flecha de asentir sin decir palabra.

Salió del baño y volvió a la habitación.

En el suelo, en una esquina, había lo que parecía ser un vestido negro con lentejuelas. Flecha lo cogió del suelo y lo estiró a contraluz frente a una lámpara de la mesilla de noche. Había varios agujeros en el vestido por donde Flecha metió sus dedos.

—Es el vestido que llevaba puesto esa noche en la fiesta. La apuñalaron antes de quitárselo —dijo doblándolo y colocándolo con cuidado sobre la cama.

Teresa no había reparado en ese punto, por sencillo que pareciera. Al ser apuñalada con el vestido todavía puesto, se podía descartar la motivación sexual como único o primer motivo del ataque. El móvil debía de haber sido entonces odio o venganza.

¿Pudo haber sido realmente Flecha quien le hizo esto a su esposa?

Pero entonces, ¿por qué decapitarla? Y, sobre todo, ¿qué había hecho con la cabeza?

—Sé que ya te lo pregunté anteriormente, cuando hablamos en Alicante, pero... ¿conoces a alguien que pudiera querer hacer esto a tu esposa? ¿Algún exnovio abusón y celoso? ¿Alguna antigua amiga? ¿Una exnovia tuya tal vez?

—No —dijo Flecha moviendo la cabeza de lado a lado lentamente—. He repasado una y otra vez en mi mente estos últimos cinco meses todos los conocidos de ella y míos, y no se me puede pasar por la cabeza quién ha podido querer hacerle algo así a Cova.

Fue hacia la cómoda y abrió un joyero. Todo parecía estar ahí.

Entró en el ropero y en suelo había una caja fuerte que abrió con la combinación y miró dentro. La volvió a cerrar.

—Podemos descartar robo como motivo del asesinato. No parece que falte nada de valor —dijo Flecha, y siguió investigando cada esquina de la habitación, cada gota de sangre, cada lámpara tumbada... De pronto, se paró y se giró hacia Teresa, como el que acaba de recordar algo importante.

—El vecino...

—¿Qué pasa?

—Me dijiste que un vecino había llamado para dar el aviso, pero no lo he visto en el informe que me habéis dado con el dossier. ¿Qué vecino era? ¿Hablaste con él?

Teresa se quedó un momento un poco descolocada tratando de hacer memoria. Se había olvidado por completo de ese detalle.

—No, la verdad es que yo no le interrogué. Jacobo llegó con la primera patrulla y habló con él.

—Vamos a preguntarle —dijo Flecha saliendo de la habitación.

Bajaron las escaleras. Jacobo estaba fuera fumándose un cigarrillo agarrado a la barandilla de metal como haría el pasajero de un barco en cubierta tratando de hacer pasar el mareo.

—Jacobo, tú fuiste el primero en llegar a la escena del crimen la noche que mataron a Covadonga —dijo Teresa a bocajarro.

—Sí, fui yo —dijo Jacobo—. ¿Qué pasa?

—¿Recuerdas al vecino que hizo la llamada? Alguien llamó al 091 y luego tú le interrogaste —dijo ahora Flecha.

—Sí, cierto. Era el vecino de la casa contigua.

—¿Cuál? ¿La de la derecha o la de la izquierda?

—La de la izquierda, ¿por qué lo preguntas?

—Porque la casa de la derecha estaba todavía deshabitada, y en la de la izquierda vivía únicamente una viuda con su perro y su enfermera...

10

La enfermera les hizo pasar y los llevó hasta el salón, donde la señora estaba sentada en un sillón viendo la televisión.

La distribución de la casa era idéntica a la de Flecha, pero la decoración era muy tradicional. Muebles y cuadros antiguos que habrían venido de una casa vieja con la señora cuando se mudó.

La anciana estaba viendo las noticias. A un lado del sillón tenía una mesita en la que descansaba una cerveza y un plato de aceitunas, al otro lado del sillón había una silla de ruedas plegada.

—Claro que recuerdo la noche del asesinato. ¡Qué miedo pasé! Y pensar que yo podría haber sido la siguiente víctima del psicópata de su marido... Ya sabe cómo son esos locos, ¡insaciables! Podría haber venido aquí después de matar a su esposa y violarme.

Teresa miró de reojo a Flecha, quien escuchaba a la anciana sin inmutarse.

Se habían presentado los tres en la puerta como inspectores de la policía, pero no habían ido tan lejos en las explicaciones como para decir que eran dos inspectores de policía y el vecino psicópata recién salido de la cárcel.

—¿Cómo era su vecino, lo recuerda usted? —preguntó Flecha.

—Era un hombre malo. Siempre malhumorado. Nunca saludaba. No como su santa esposa, ella sí que era un ángel del cielo. Dios la tenga en su gloria.

—Dígame, señora —tomó Teresa la palabra—, la noche del asesinato, ¿estaba usted sola en casa? Quiero decir, además de su enfermera, ¿había alguien más en su casa? ¿Su hijo? ¿Un amigo?

La anciana la miró indignada.

—¡Un amigo! Señorita, ¿se puede saber por quién me ha tomado?

—Discúlpeme, creo que me he expresado mal. Me refería a un doctor, un pariente... ¿algún hombre que pudiera haber estado en su casa la madrugada en la que su vecina fue asesinada?

—No. Categóricamente no. Esa noche estábamos solas mi enfermera y yo —sentenció cruzándose de brazos y centrando su atención otra vez en el televisor, como dando por terminada la conversación.

—¿Le importa si le hacemos unas preguntas a su enfermera? —preguntó Jacobo.

—Pueden ustedes hacerle todas las preguntas que quieran, pero Lola no estaba aquí esa noche, ella lleva conmigo solo cuatro meses —dijo señalando con la cabeza y con cara de desprecio a la actual enfermera—. La enfermera que me ayudaba entonces era Erika, pero debió de asustarse mucho, porque no volvió a presentarse en la casa después de lo que le ocurrió a la vecina, ni a contestar al teléfono. Una pena, ella sí que sabía cuidarme...

Lola, la enfermera, miró al techo, o al cielo probablemente, pidiendo paciencia.

Jacobo se quedó todavía un rato en casa de la vecina para hacer más preguntas y conseguir el contacto de Erika, la enfermera que nunca más volvió.

Una vez fuera, Teresa y Flecha se quedaron en silencio en la acera poniendo sus ideas en orden.

—Me temo que Jacobo prestó declaración al asesino de mi esposa la mañana de su asesinato —

dijo poniendo voz a lo mismo que corría por la mente de Teresa.

—Pero entonces, ¿llamó desde la casa de la vecina al 091?

—Solo hay una forma de confirmar eso...

Mientras Teresa hablaba con la central de llamadas de la policía, Jacobo salió de la casa de la vecina, cruzándose con Flecha, sin atreverse a sostenerle la mirada. Sacó su teléfono y llamó a Petete para que buscara el paradero de Erika, la antigua enfermera.

—Jacobo, ¿qué recuerdas del hombre con quien hablaste ese día en la puerta de mi casa? —preguntó Flecha.

Jacobo hizo memoria y luego negó rápidamente.

—No lo sé, estaba oscuro. Era un tipo grande, con gafas de sol.

—¿Tomaste declaración a un desconocido con gafas de sol en la escena del crimen? —dijo Flecha levantando la voz a lo que comenzaba a ser un rugido que le salía de lo más profundo del estómago—. Dime al menos que le pediste identificación...

El teléfono de Teresa sonó. Ella lo cogió, escribió un garabato en su cuaderno y colgó sin despedirse.

—La llamada de aviso vino del 606 44 42 55

—¿Estás de broma? —dijo Jacobo.

—¿Qué pasa? ¿Conoces el número?

—Es el número de móvil de Erika, es el número que me ha dado la vecina de su antigua enfermera, la que desapareció el día del asesinato.

—Tenemos que encontrar a Erika.

—Petete está trabajando en ello. Me ha dado la dirección más reciente de Erika. Si Petete no puede encontrarla, nadie puede. He quedado con él en un cuarto de hora en el apartamento de Erika. Os llamo en cuanto sepa algo.

Jacobo se marchó casi al trote y Teresa le dejó hacer por miedo a que Flecha acabase matando al incompetente de su compañero.

Dos coches se acercaron y aparcaron justo enfrente de la casa de Flecha, cegándole a él y a Teresa. Esta última se llevó automáticamente la mano al arma que llevaba en la cintura.

Se apagaron las luces del primer vehículo y se abrió la puerta del conductor.

—¡Marcos! —llamó el conductor.

Se apagaron las luces del otro vehículo y pudieron ver la puerta del copiloto del primer vehículo abrirse, y salir por ella a una señora mayor.

—Marcos —dijo la señora—, ¿cómo estás, hijo mío?

Marcos se acercó y la señora se estrechó fuerte contra él, aunque la cabeza solo le llegaba a la altura del pecho.

La señora comenzó a sollozar ocultando sus lágrimas en la camisa de Flecha.

—Marcos, celebro verte. Nos llamaron de tu cuartel y nos dijeron que te habían dejado salir. Mamá insistió en que viniésemos lo antes posible a limpiar tu casa y ponerlo todo en orden antes de que llegaras. Veo que llegamos tarde... —dijo el hombre que salió por la otra puerta del coche.

—Sí, como siempre —dijo Marcos Flecha estrechando la mano de su hermano con una mueca en la cara que podría casi pasar por una media sonrisa.

—Hola, Alberto, ¿cómo estás? —dijo Teresa saliendo de detrás de Flecha.

—¡Teresa! ¿Qué haces tú aquí? No sabía que conocieras a mi hermano.

—¡Ni yo de que fuerais hermanos! Tendría que haberlo imaginado; Flecha no es un apellido tan común, al fin y al cabo.

—Teresa es la inspectora a cargo del caso de Cova —dijo Flecha—. ¿Se puede saber de qué diablos os conocéis vosotros dos?

—Teresa es la novia de Pepe Acebo de Robles.

—¿Pepe?

—Sí, ha vuelto. Te lo conté por email, incluso te mandé unas fotos, aunque supongo que ni lo habrás leído, ¿verdad?

Flecha no dijo nada. El silencio otorga.

—Pepe es el viejo amigo mío del cole. El que se había ido a vivir a Suiza...

—Alberto... sé perfectamente quién es Pepe —dijo Flecha tratando de controlar la poca paciencia que siempre había tenido con su hermano.

Detrás del coche de Alberto había aparcada una furgoneta, y un pelotón de señoras empezó a salir de la furgoneta armadas con escobas, fregonas, plumeros, etc. La madre se puso a dar órdenes mientras las dirigía a todas hacia la casa.

—Me voy dentro a explicarlas qué es lo que tienen que hacer. Vosotros seguid aquí hablando.

—No, madre. No entres.

—No seas ridículo, hijo, ¿cómo quieres que les diga a estas señoras que arreglen la casa si no les digo qué es lo que tienen que hacer?

—No, madre. No puedes entrar. No quiero que veas cómo está la casa.

Teresa se interpuso delante de la madre de Flecha impidiendo que siguiera su camino.

—Señora, me temo que no puedo darle permiso para entrar en la casa. Si quiere, su hijo puede ir a su casa y pasar ahí la noche, pero no puede entrar usted aquí. Seguro que estas señoras sabrán hacer el trabajo solas.

La madre dudó un momento si debía o no discutir con la joven que tenía delante, pero luego animándose con la expectativa de tener a su hijo pródigo durmiendo en casa, se volvió alegre hacia Flecha.

—Claro que sí. Dormirás en tu vieja habitación. No te preocupes por estas señoras. Es una empresa de limpieza que me ha recomendado un montón de gente. Te dejarán la casa como los chorros del oro. Ya lo verás.

Como Jacobo se había llevado el único vehículo que tenían, Teresa aceptó la oferta de la madre de los Flecha de acompañarlos a su casa en el coche de Alberto y esperar ahí a Jacobo.

—Pues mañana por la noche tenemos otra vez la cena mensual en el Txoko. ¿Por qué no te vienes, Marcos? —invitó Alberto una vez estuvieron los cuatro dentro de su coche.

—No creo que pueda. Como sabrás, no estoy todavía en libertad, solo estoy cooperando con la policía para tratar de resolver el caso y encontrar al asesino de Cova.

A Flecha, en circunstancias normales, no le gustaba socializar, pero teniendo solo poco más de cinco días para resolver el caso, todavía menos. Lo último que quería hacer era pasar una velada con los pijos inaguantables que su hermano tenía por amigos.

—Pero tendrás que cenar mañana en algún momento... —insistió Alberto.

—Mañana va a ser un día largo, y por la tarde, además, es el entierro de Covadonga.

—Pues yo creo que te vendrá muy bien —dijo la madre metiendo baza—. Mañana va a ser un día difícil y necesitas distraerte un poco. Estaremos todos mañana contigo en el entierro, y después te irás con Alberto a esa cena.

—Pero madre...

—No hay peros que valga. Además, esta policía tan simpática estará ahí contigo, si te aburren los amigos de Alberto, siempre puedes hablar del caso con ella, ¿no es así, hija?

—Sí, claro. Creo que es una buena idea —dijo Teresa divertida de formar parte de la riña familiar.

Cuando llegaron a la casa de la madre de Marcos Flecha, Alberto pulsó el mando automático de la puerta de acceso a la finca. Subieron despacio por un camino de tierra, que crujía bajo los neumáticos del coche, y que estaba intermitentemente iluminado con farolas de luz dorada hasta que llegaron a la casa de piedra.

Bajo la casa, había otra puerta de madera para vehículos que también se abría automática; tras esa puerta, estaban los garajes, que ocupaban gran parte del sótano de la casa. Alberto metió el coche en un amplio garaje en el que había un todoterreno Mercedes GLE, un Mercedes clase E — como el que conducía Alberto—, y lo que parecía ser un Porsche 911 bajo una lona.

—¿Todavía guardas el coche de papá? —preguntó Marcos Flecha acercándose al Porsche y retirando la lona.

—Ya sabes el cariño que le tenía tu padre a ese coche: antes se habría desecho de cualquiera de vosotros que de su coche. No consigo juntar el valor para venderlo, sería como traicionarle. Además... creo que tú también le tenías un cariño especial, ¿no es así?

—¿Un 911? —preguntó Teresa rodeando el vehículo.

—Porsche 993 Turbo —especificó Flecha sin corregir a la inspectora—. Es el primer ejemplar de este modelo que entró en España en 1995.

Flecha abrió la puerta del coche y se sentó dentro.

—Las llaves están en la guantera —dijo la madre—. ¿Por qué no te vas a dar una vuelta? La cena no estará lista hasta dentro de hora y media, y creo que al coche le vendrá tan bien como a ti el tomar un poco el aire.

Flecha abrió la guantera y sacó las llaves.

—Inspectora, suba. Tenemos trabajo que hacer. La casa de los Almeida está a menos de diez minutos de aquí.

Marcos Flecha giró la llave del encendido y un imponente rugido ensordeció el resto de sonidos del garaje.

Flecha sonrió. Era una sonrisa alegre, de felicidad, como la de un niño. Probablemente la primera vez que había sonreído en más de cinco meses.

Teresa pensó que era una sonrisa agradable, sincera... Incluso atractiva.

Los Almeida era la pareja de desaparecidos que Flecha había dicho que conocía y que también había asistido a la fiesta el día que murió Covadonga. Teresa llamó a Jacobo de camino y le dijo que les esperaran en la casa de los Almeida.

Hicieron el camino de diez minutos en ocho.

Cuando llegaron al portal, Jacobo y Petete estaban hablando con el portero del edificio. El rugido del coche de Flecha los interrumpió y se dieron la vuelta a mirar. Cuando Flecha y Teresa salieron del coche, Petete no pudo contenerse y se acercó a recibirles:

—¡Wau! ¡Qué pepinazo!

—Es el coche oficial de las GOE —aclaró Flecha—. Todos los capitanes tienen uno como este. Si te gusta este, tienes que ver el de mi comandante...

Petete miró a Jacobo como preguntándole si podía ser verdad lo que decía.

Jacobo dio un resoplido cansino y se volvió otra vez hacia el portal.

Subieron los cuatro apretujados en el ascensor hasta el tercer piso. La puerta estaba precintada, como lo había estado la de Flecha.

—¿Habéis estado ya aquí? —preguntó Flecha dirigiéndose a Jacobo y a Teresa. Debía de ser la primera vez que Petete salía de la oficina en su vida, así que no se molestó en preguntarle a él.

Teresa asintió.

—Estuvimos aquí un momento antes de que llegara la policía científica, pero en cuanto llegaron nos largaron de aquí y no hemos vuelto. Cuando registramos el apartamento, no vimos nada. Dentro no hay signos de violencia y los dos coches de la pareja están en el garaje. Hemos consultado sus pasaportes y todos los aeropuertos y no han podido haber salido del país. ¡Es como si se hubieran evaporado! —contestó Jacobo.

—¿Y tú? —preguntó Flecha dirigiéndose a Petete—. ¿Has encontrado algo?

Petete carraspeo antes de empezar a hablar, orgulloso de que le preguntaran a él directamente.

—Hemos mirado primero las cuentas bancarias y las tarjetas, y no hay ningún movimiento desde el 3 de noviembre. También hemos buscado las compras y pagos hechos desde el 15 de septiembre para ver si han comprado billetes o hecho alguna reserva hotelera, pero no hay nada que nos dé pista alguna. También he consultado sus cuentas de email personales y de trabajo, las cuentas de Facebook, sus teléfonos... El último correo electrónico lo mandó Fernando el viernes de 3 de noviembre a las 19.16 horas, en el que confirmaba una reunión con un cliente para el lunes siguiente a las 11.30 horas, lo que hace parecer poco probable que se fuera el viernes de noche al Caribe y planeara estar de vuelta el lunes por la mañana en la oficina...

Flecha asintió.

Teresa abrió la puerta del apartamento y le dio a la luz de la entrada. Una lamparita se encendió sobre una mesa, donde había dos juegos de llaves en un cenicero de plata y unas cartas.

Petete entró el último, bajando la voz, como si temiera despertar a alguien dentro de la casa.

—La última vez que los móviles de la pareja dieron señal, estaban los dos aquí, pero a las 19.59 horas desapareció la señal de ambos al mismo tiempo, y no han vuelto a encenderse, lo que quiere decir que están desconectados, sin batería, o que han sido destruidos.

Flecha ya no prestaba atención al informe de Petete. Estaba dentro de la casa y miraba todo.

Analizaba.

La vivienda estaba impoluta. Había que admitir que la policía científica había hecho un tremendo trabajo no dejando una mancha, una huella, o cualquier cosa fuera de su sitio. Flecha solo esperaba que se hubiesen olvidado algo, un sitio donde no hubieran mirado.

Petete paseaba por el apartamento como quien visita una pésima exposición de arte por compromiso.

—Dime, Marcos —dijo acercándose a Flecha atreviéndose a romper el silencio a media voz—, ¿qué es lo que estamos buscando aquí exactamente?

—Todo. Nada.

Petete asintió, pero no lo tenía mucho más claro que antes de haber hecho la pregunta. Flecha se compadeció de Petete. Era nuevo en esto y le parecía un buen chico. No había razón de ignorarle, por lo que se explayó un poco más:

—Estamos mirando si hay señales de violencia en el apartamento. ¿Se querían? ¿Estaban enfadados entre sí? ¿Se han marchado sin decir nada a nadie para desconectar? ¿O alguien los ha raptado? Queremos también saber si alguien ha estado aquí desde la última vez que estuvo la

Científica en el apartamento... En fin, no sé, nada en concreto, pistas, información...

—¿Y cómo busco yo eso? ¿Qué quieres que haga?

Flecha miró hacia el pasillo donde estaba Teresa y Jacobo. No quería que oyeran a su compañero haciendo esas preguntas de novato, especialmente a alguien de fuera del cuerpo. Petete le caía bien.

—Pues busca en la basura a ver qué encuentras, imagino que ya se habrán llevado la bolsa cuando estuvieron aquí tus compañeros, pero por si acaso se han olvidado. Yo miraré en el baño, en la ducha a ver si encuentro algo extraño como restos de sangre, o pelo o algo por el estilo. Puedes mirar también en la nevera.

—¿En la nevera?

—Sí, en la nevera. Mira cuánta comida tienen, si hay productos perecederos... Eso te dirá si se marcharon planeando no volver en mucho tiempo o si parece que fueran a volver esa misma noche.

Petete se fue a la cocina. Levantó la tapa de la basura, pero estaba vacía.

Se acercó a la nevera, con sus manos cubiertas de látex, y abrió la puerta. La luz de la nevera inundó la cocina casi oscura y lo que encontró dentro le hizo retroceder de un salto, tropezándose con la mesa de la cocina y cayendo al suelo con un gran estruendo.

Teresa y Jacobo entraron casi instantáneamente en la cocina con la pistola en la mano.

Petete estaba en el suelo contra la pared. El corazón palpitaba con tal fuerza que parecía que se le iba a salir por la boca. En cuanto cayó al suelo había pedaleado marcha atrás hasta chocar contra la pared. Desde ahí miraba con ojos de pánico el interior de la nevera.

Flecha fue el último en entrar en la cocina dando una patada a la puerta y mirando la escena.

Petete todavía seguía en el suelo, en la esquina de la estancia, tratando de recuperar el aliento.

Desde la nevera abierta, la cabeza amoratada de Marta Almeida miraba al frente descansando sobre un plato de cocina. Un ojo miraba fijamente a la cocina; el otro ojo apenas podía verse, estaba hinchado y tenía un gran corte en la ceja. La nariz presentaba todos los indicios de estar rota. La boca, semiabierta en una horrible mueca, tenía un bigote de la sangre coagulada que había descendido de la nariz.

—Felicidades, Petete, creo que has resuelto la incógnita de a quién pertenecía el segundo cadáver del vertedero de El Colmenar. Me parece que has encontrado a nuestra siguiente desaparecida —dijo Flecha.

La policía científica estaba de vuelta en el apartamento de los Almeida, con más operarios que nunca, y bajo la supervisión del inspector jefe. Al jefe se le veía más cabreado que de costumbre. No solo le habían estropeado la cena, que eso ya le cabreaba de por sí, pero el hecho de que una dotación entera de la científica hubiera estado en ese apartamento hace unos días y ni siquiera se hubieran molestado en abrir la nevera le hacía hervir la sangre. En ese momento podría morder a alguien. Literalmente. Agentes de policía corrían a su alrededor mostrándose laboriosos, aunque cabizbajos, evitando el contacto visual con el jefe. Luego puso a los agentes de la policía científica bajo el mando de Teresa, y dijo que no saldría de ahí nadie hasta que no hubieran peinado cada milímetro del apartamento.

—Mañana a las 08.00 quiero ver el informe de la primera inspección que hicisteis hace unos días. Me lo traes tú, y el imbécil que estaba al mando esa noche —dijo el inspector jefe al encargado de la unidad científica. Luego se marchó dando un fuerte portazo; el sonido flotó un momento en el aire, y el agente se quedó de pie, en el interior del piso, tragando saliva con dificultad mientras se santiguaba mentalmente.

—Petete, necesito ver las copias de todas las cámaras de seguridad del edificio —dijo Flecha.

Petete colocó su portátil en la mesa de té del salón de los Almeida, y empezó a descargar todas las copias de seguridad. Flecha se sentó en el sofá a un lado de Petete y Teresa en el otro, remangándose la camisa, preparándose para lo que iba a ser una larga noche viendo cintas de seguridad en blanco y negro.

—Inspectora, hemos encontrado algo —dijo un policía irrumpiendo en el piso unos minutos más tarde.

Flecha y Teresa siguieron al policía escaleras abajo. El agente estaba demasiado alborotado como para esperar pacientemente a que subiera el ascensor.

Entraron en los garajes del edificio, donde unos agentes estaban trabajando bajo la iluminación de campaña en los coches de los Almeida. En cuanto vieron llegar a Teresa y Flecha, los llevaron hasta la parte trasera del Maserati.

Sin decir nada, se quedaron delante del maletero dejando espacio y tiempo a Flecha y a Teresa para que ellos mismos hicieran el hallazgo.

En el maletero del coche había lo que parecía ser una bolsa de plástico de las que se usan para guardar edredones al vacío. Acercándose un poco más, Teresa comprobó que en la bolsa no había edredón alguno. En su interior se podía ver que había guardado un cuerpo humano. Doblado. En una postura que más quisiera el mejor contorsionista.

—¿Desaparecido número tres? —preguntó Flecha sin esperar contestación.

—Sáquenlo fuera —dijo Teresa. Y dirigiéndose al mismo agente que les había avisado, añadió —: Sube rápido a llamar al juez antes de que se marche. Está todavía rellenando papeles en la cocina del apartamento. Dile que llame a su esposa y que le diga que no le espere despierta esta noche.

Las imágenes de las cámaras de seguridad no fueron de mucha ayuda. Otra vez, de vuelta arriba, en el sofá de los Almeida, Flecha, Jacobo y Teresa miraban los videos que les enseñaba Petete. En el garaje solo había una cámara vigilando la entrada desde fuera, y otra cámara a la salida, mirando adentro.

A las 19.49 horas del 3 de noviembre vieron a Fernando Almeida entrar con su coche en el garaje. Eso fue todo.

—¿Hay forma de confirmar que es él? —preguntó Flecha.

—¿A qué te refieres? ¿Quién iba a ser si no? —respondió Jacobo.

—Podía ser el asesino conduciendo el coche de Fernando. Fernando podía estar ya muerto y metido en el maletero del coche —contestó Teresa por Flecha.

Flecha la miró y asintió dando su aprobación.

—Esta es la mejor imagen que puedo conseguir de esta cinta —dijo Petete enseñando una imagen expandida y algo borrosa en blanco y negro—. La pasaré por el sistema de reconocimiento facial, a ver si nos da un *match* con Fernando Almeida.

La cámara de acceso al portal del edificio tampoco ayudó mucho. Entre las 15.00 horas y las 20.00 horas, entraron y salieron cuarenta y tres personas: treinta y siete de ellas eran niños del edificio volviendo del colegio, vecinas saliendo de paseo o de compra, y dos señoras de servicio del vecindario sacando a pasear al perro. Era un edificio grande y concurrido. También entraron dos repartidores del Sánchez Romero, el cartero, un mensajero de DHL, un electricista y un caballero de traje que paró un momento a hablar con el portero.

—¿Quién es el electricista y en qué casa estuvo? —preguntó Teresa.

Jacobo se fue a buscar al portero y preguntarle.

Cuando Jacobo volvió con el portero unos minutos más tarde, este se quedó de pie, en medio de la sala, estrujando su gorra nervioso entre sus puños. Petete le mostró unas imágenes y el portero las miró cambiando su peso de un pie al otro.

El portero dijo que conocía al electricista. Ya había estado varias veces en el edificio. Era un electricista de Fuencarral, y por el boca a boca de los vecinos le habían ido recomendando en el edificio.

—El electricista entró en el edificio un viernes a las 17.45 horas. Creo que es bastante difícil conseguir que un electricista venga a esas horas un viernes y no ponga cualquier excusa para postponerlo hasta el lunes. ¿A qué hora dejó el edificio? —preguntó Flecha.

Petete movió la imagen y la paró a las 19.38 horas, hora a la que el electricista estaba saliendo otra vez del edificio.

—¿Casi dos horas de trabajo? —dijo Jacobo incrédulo.

—Aun así, se marchó antes de que Fernando hubiera vuelto a casa —apuntó Teresa.

—¿Casualidad? —preguntó Flecha—. Tenemos que mantener la mente abierta y pensar que tal vez más de una persona estuviera involucrada en el asesinato.

Teresa asintió. Se volvió a uno de los agentes y le dijo que contactase con el electricista. Quería verle a las 08.00 horas del día siguiente en la comisaría del Ventisquero.

—Quiero saber, antes de ver al electricista mañana, en qué apartamento estuvo el día 3 de noviembre, y quiero confirmación del cliente de que efectivamente estuvo ahí.

—¿Quién es este otro hombre? —le preguntó Flecha al portero.

El hombre se acercó al portátil y miró la imagen. Era un hombre de traje que entró en el edificio el día 3 de noviembre las 17.43 horas, y con quien parece que cruzó unas palabras.

—No estoy muy seguro, no se ve muy bien —contestó nervioso de que le preguntasen a él.

—¿Puede ser un vecino? Está entrando con una bolsa en la mano. Parece que pudiera ser un vecino volviendo a su casa de un viaje —dijo Teresa.

—Sí, puede ser —dijo el portero.

—¿Puede? —dijo Flecha exasperándose—. ¿Puede ser un vecino, o cree que es un vecino en concreto a quien puede que se le parezca?

—No lo sé.

Flecha cerró los ojos un momento y tomó aire. Sabía por experiencia que perder la paciencia con este tipo de hombre solo empeoraría las cosas y se cegaría más aún.

—No se preocupe —dijo—. Entiendo que es difícil. Fue hace mucho tiempo. La imagen no es buena y además debe de tener usted mucha tensión por que hayamos encontrado los cadáveres y tenga a toda esta policía en su edificio, pero le pido que mire con detenimiento a la imagen. Venga. Siéntese aquí.

Flecha le hizo un sitio en el sofá y el portero se sentó incomodo junto a él.

El portero miró largo rato la imagen del caballero con gran concentración.

—No estoy seguro. Podría ser el señor Gomeza, del 5ºA, pero no estoy muy seguro.

—Jacobo, ve con un agente al 5ºA, y pregunte al señor Gomeza que nos confirme dónde estaba el día 3 de noviembre entre las 17.00 y las 20.00 horas —ordenó Teresa.

Un rato más tarde volvió Jacobo con el señor Gomeza.

—Dígale a la inspectora lo que me dijo hace un momento en su casa, si es tan amable —dijo Jacobo a Gomeza.

El hombre en cuestión encogió los hombros, como diciendo que si era necesario lo repetía, aunque le parecía una tontería.

—Le dije a su compañero que llegué a casa a las 19.15, como todos los días.

—¿Cómo puede usted estar tan seguro de eso? —preguntó Flecha.

—Cierro todos los días la clínica a las 19.00 horas y tardo quince minutos en llegar a casa. Hago exactamente lo mismo todos los días de la semana desde hace veinticuatro años, menos en el mes de julio, que cierro a las 03.00, y agosto, que cierro el mes entero.

—El señor Gomeza es dentista —aclaró Jacobo consultando unas notas en su cuaderno—. Tiene una clínica en la Avenida Herrera Oria 36. Lo he comprobado.

—Ese día no fue una excepción, me acuerdo perfectamente —continuó Gomeza.

—¿Cómo lo recuerda tan bien? —preguntó Teresa.

—Porque esa fue la noche que me robaron el coche en el garaje de casa...

Se quedaron todos callados y se miraron entre sí, como para corroborar que todos habían oído lo mismo.

Petete paró la cinta de la cinta a las 19.13 horas y congeló la imagen.

Flecha miró y giró el portátil para que lo viera el dentista.

Gomeza asintió.

—Sí, ese soy yo.

Petete pasó hacia adelante la imagen y la volvió a parar a las 20.53 horas.

—¿Y este? —preguntó Flecha.

—Ese es mi coche, pero el que está sentado al volante no soy yo. Ese tiene que ser el hombre que me lo robó —dijo alterándose un poco.

—Muchas gracias, señor Gomeza —dijo Teresa acompañándole a la puerta—. Nos ha sido usted de gran ayuda.

—He confirmado con la central —dijo Jacobo cuando Gomeza hubo salido por la puerta—. La mañana del sábado 4 de noviembre, el señor Gomeza se presentó en la comisaría para denunciar el robo de su vehículo.

Estaban los tres mirando la imagen congelada del ladrón del coche. Llevaba traje y corbata. Petete puso a su lado la imagen del caballero que entró por el portal y parecía ser la misma persona, aunque no había forma de asegurarlo.

—Jacobo —dijo Flecha muy serio—. ¿Este señor se parece a la persona a quien interrogaste frente a mi casa? ¿Al hombre que se hizo pasar por mi vecino el día que mataron a mi mujer?

Jacobo miró a la pantalla muy serio.

—Es posible...

Cuando salieron del domicilio de los Almeida, eran casi las siete de la mañana.

Jacobo llevó a Petete a su casa, para que descansara, y Flecha se fue en su coche con Teresa a la comisaría del Ventisquero de la Condesa para hablar con el electricista que vieron en las cámaras de seguridad del edificio de los Almeida.

El electricista dijo que la noche de los asesinatos estuvo arreglando unas luces en el 3ºB, donde viven los Suárez. Teresa llamó y preguntó a Fernando Suárez si el electricista había estado en su casa la noche del 3 de enero. El hombre respondió que no, que no habían necesitado a un electricista desde las navidades pasadas, cuando se les quemó el cuadro eléctrico al encender las luces del árbol navideño.

Teresa pidió al señor Suárez si podía confirmar con su esposa y demás miembros del hogar que el electricista no había estado en su casa. Fernando, algo molesto, fue a preguntar a su esposa, pero antes dejándole muy claro a Teresa que se le estaba haciendo tarde y que tenía que salir corriendo al trabajo.

Cuando regresó al teléfono, dijo que su esposa también confirmaba que no habían llamado al electricista.

—Muchas gracias por su ayuda. Disculpe las molestias —dijo Teresa colgando el teléfono y acercándose al joven electricista con un aire de hasta-aquí-hemos-llegado.

—Espero que pueda mostrarnos una factura o albarán, o al menos una firma de los Suárez —le comunicó Teresa—. No solo se está buscando problemas con hacienda, sino puede usted ser el principal sospechoso de un asesinato múltiple.

El electricista se echó a llorar, y Flecha se levantó y salió de la sala.

En los pocos interrogatorios en los que Flecha había estado involucrado en su vida, siempre se había decantado por otro estilo, tal vez no tan correcto, pero sí muchísimo más efectivo. Habría agarrado al electricista del cuello y le habría sacudido contra la mesa hasta que dijera la verdad.

Se estaba haciendo mayor tal vez, pensó. Ya no tenía paciencia para este tipo de cosas. Bien mirado, tal vez nunca la tuvo. Mentirosos, cobardicas como este electricista, siempre le habían sacado de sus casillas.

Cuando quince minutos más tarde salió Teresa de la sala, Flecha estaba sentado en una mesa, bebiendo un café en lo que parecía ser un vaso para echar detergente a la lavadora.

—¿Has tenido suerte?

—Sí. El electricista no estaba involucrado.

—¿Te puedes fiar de eso?

—Sí, en cuanto saliste de la sala se puso a cantar como un jilguero. Dice que tú le das miedo.

—Tal vez el tipo no es tan tonto como parece... ¿Y qué es lo que te ha dicho?

—Tiene una relación con la señora Suárez. El marido iba a llegar tarde esa noche y ella le llamó. Fue a hacerle... una visita. Me enseñó su móvil y efectivamente había un mensaje de ella ese mismo viernes al mediodía pidiéndole que viniera a arreglar una calentura que tenía en su sistema...

—¿Así que también le gustan las chicas al electricista?

—¿Qué?

—Nada...

Teresa miró el reloj. Eran las 11.40 horas.

—¡Mierda!

—¿Qué pasa? —preguntó Flecha poniéndose de pie de un salto.

—Tengo que recoger a mi hermano del sanatorio, y como no llegue a las 12.00 horas en punto, no le dejan salir.

—¿Dónde está ese sanatorio?

—En Moncloa.

—Vamos. Te llevo.

Por el camino Teresa le explicó que su hermano pequeño tenía el Síndrome de Asperger.

—¿No es eso un tipo de autismo?

—Exacto. Tiene muchos problemas de comunicación y socialización. Creo que es por eso que es mucho más intransigente con sus horarios. Los martes y los jueves le llevo yo a la universidad, y si llego un minuto tarde, no me perdona en semanas.

—No será para tanto... —dijo Flecha.

Teresa le contestó con una mirada que decía que se estaba quedando muy corta.

—¿Y cuántos años tiene tu hermano? Si puede ir a la universidad, imagino que también podrá desplazarse solo.

—Acaba de cumplir quince años.

—¿Qué hace en la universidad un niño de quince años? ¿Hacen prácticas con él?

—No, gracioso. Va a clase. Está estudiando un máster en telecomunicaciones.

Flecha sonrió a Teresa pensando que estaba bromeando. Teresa no movió un nervio de la cara.

—¿Lo dices en serio?

—Muy en serio. El que sea autista le puede dar una inhabilidad al contacto afectivo con la gente, y tener problemas con el lenguaje, con las relaciones sociales, pero eso no quiere decir que su coeficiente intelectual sea reducido o que se trate de un retrasado; todo lo contrario. De hecho había un doctor que dijo que para tener éxito en las ciencias y en el arte, era necesario tener un cierto nivel de autismo.

—No está nada mal para sus 15 años. ¿Y solo tiene clases dos días a la semana?

—Ahora mismo sí. Es un seguimiento que hace con un tutor, él no va a clase, estudia desde casa. Intentó el primer año ir a clase, pero pasaba demasiado estrés y los compañeros se reían de él.

—Entiendo. ¿Tiene amigos?

—No, ninguno. Cuando hay gente a su alrededor es como si desconectara, como si la frecuencia en la que los otros le hablan no le alcanzara, o como si estuvieran todos en otra dimensión. Solo nos hace algo de caso a mi madre y a mí. No voy a decir que nos trate con cariño, muy rara vez exterioriza muestras de afecto, eso ha sido siempre lo más duro para mi madre. Con el tutor habla porque le entusiasman las telecomunicaciones y todo lo que tenga que ver con ordenadores y robótica.

—¿Crees que tendrá problemas para subirse en el coche de un extraño?

—La verdad es que no lo sé. Una de sus pasiones son los coches, está obsesionado con los coches, por lo que pienso que, a pesar de no conocerte, ni a ti ni a tu coche, se subirá sin problemas —dijo cruzando los dedos de ambas manos teatralmente.

A las 11.57 horas Flecha llegó al sanatorio; Teresa salió del coche y se puso a correr.

Flecha se quedó en segunda fila y se dispuso a esperar. Vio a Teresa alejarse, adentrándose en

la plaza.

En un banco, bajo el soportal frente al sanatorio, estaban sentados cinco rapados, Teresa se apartó un poco para evitarlos antes de entrar por la puerta del sanatorio. Los cinco rapados la vieron y la increparon. Uno llegó a levantarse y amagó ponerse a correr detrás de ella; sus amigos le rieron la genialidad y le pasaron la litrona cuando volvió a sentarse otra vez en el banco.

Flecha salió del coche y se acercó.

Si los cinco skinheads habían sido así de bravucones con ella cuando no habían tenido más que dos segundos para verla llegar a toda pastilla, Flecha se temía que no iba a ser mucho más fácil cuando volviera andando con su hermano pequeño cogido de la mano.

Los rapados siguieron bebiendo y riendo hasta que Teresa apareció por la puerta con el que debía de ser su hermano.

—¡Eh, mirad quién viene por aquí! Es la poli cachonda que viene a sacar a pasear a su hermanito el monguer.

Más groseras carcajadas.

Teresa apretó los dientes y, con la vista al frente, agarró la mano de su hermano y aceleró el paso.

El hermano no transmitía la chispa en los ojos que uno esperase encontrar en un genio de las telecomunicaciones, fuera cual fuese su edad. Tenía dificultad al andar. Trataba de pararse para mirar y escuchar a los rapados increparle a él y a su hermana. Eso divirtió aún más a los rapados y los envalentonó.

Ahora estaban todos de pie y habían rodeado a Teresa y a su hermano. El líder de la manada, el que había amagado correr tras Teresa cuando esta llegó al sanatorio, se puso en medio de su camino impidiéndoles el paso.

—¿Dónde vas con tanta prisa, preciosa? Deja aquí al tontito con mis amigos, ellos le tratarán bien. Tú y yo, mientras, nos podemos ir a dar una vuelta. ¿Qué me dices?

—Déjame en paz. No tengo tiempo para vuestras tonterías. Voy a hacer que os arresten a todos.

—¿A quién vas a llamar? ¿A tu colega el poli ese que te trajo aquí un día? Ese no tiene huevos. Dile que venga otra vez y se va a llevar otra manita de pintura. Sus amigos volvieron a reírse de la ocurrencia de su colega.

El líder volvió a acercarse un poco más y, pellizcándola en la cadera, insistió—: ¡Venga, guapísima! Si lo estas deseando. ¡Date un lujazo!

—¡No me toques, cerdo! —gritó Teresa.

Una mano llegó por detrás sin avisar, cogió la muñeca de la mano con la que el rapado trataba de pellizcar otra vez a Teresa, y se la retorció, hasta que el líder hincó una rodilla en el suelo, gimiendo de dolor.

Flecha le retorció un poquito más la muñeca, no quería partirle el brazo, solo que levantase más la barbilla. Cuando el rapado alzó un poco más el mentón, Flecha le descargó un puñetazo en la barbilla que le hizo caer al suelo como una muñeca de trapo.

Los otros cuatro skinheads se juntaron frente a Flecha, sin saber si atender a su amigo inconsciente, o atacar a Flecha todos a una.

—Tenéis dos opciones —dijo Flecha ayudándoles en su decisión—. Cogéis a vuestro amigo y os piráis a casa de una pieza, o cometéis el mayor error de vuestras vidas e intentáis golpearme.

Los rapados tenían cuchillos y puños americanos guardados en las chaquetas, pero ninguno de ellos, siquiera, pensó en hacerle frente. Había algo en la mirada de Flecha que no daba lugar a equivocación.

Se marcharon corriendo, llevando en volandas a su amigo inconsciente.
—Ya te pillaremos, guarra. ¡A ti y a tu hermanito!

—¡No tendrías que haber hecho eso! —exclamó Teresa mientras volvían apresurados hacia el coche prácticamente arrastrando a su hermano por el brazo—. No sabes de lo que son capaces esos tipejos. Además, ahora mi hermano va a estar traumatizado una semana entera. La última vez que estuvo involucrado en una confrontación violenta, se encerró en sí mismo y no habló con nadie en casi diez días.

Teresa se sentó en el minúsculo asiento trasero del Porche, dejando a su hermano el asiento de delante. Flecha cerró la puerta del hermano con cuidado una vez que este se hubo sentado y luego se metió en el coche por su lado.

Flecha cerró la puerta, se sentó, se puso el cinturón y después miró al asiento de atrás. Ahí estaba Teresa, con los brazos cruzados y el ceño fruncido.

—Pensé por un momento que tal vez necesitabas mi ayuda...

Teresa seguía mirando al frente, airada, y tardó un momento en contestar. Cuando lo hizo, volvió la vista hacia él, y se puso hablar rápidamente en una acelerada verborrea.

—Cuando necesite tu ayuda te la pediré, ¿entendido?

—Claro, perdona.

—Hace un par de meses me trajo Jacobo al sanatorio, y cuando subí a por Alfonso, él se quedó abajo para pedir documentación a los rapados y darles “un susto” como él dijo. Cuando bajé, el SAMUR estaba llevándose a Jacobo al hospital con varias fracturas y cortes por los golpes recibidos. La siguiente vez que me encontré con los rapados, me dijeron que, si volvía a llamar a uno de mis amigos, se ensañarían conmigo y con mi hermano.

—No dejaré que eso ocurra.

—Para ti es muy fácil decir eso. Vienes una vez y ya está. El sábado te vuelves a la cárcel y no tienes que volver a preocuparte de lo que vayan a hacer los skinheads contigo o con tu hermano. Pero yo no. Yo tengo que volver aquí todas las semanas, y cuando no vengo, no puedo dejar de pensar en lo que esos granujas puedan hacer a Alfonso cuando yo no estoy.

—Lo siento. De verdad. No lo había pensado.

Teresa enterneciéndose un poco con la sinceridad de Flecha, trató de esconder media sonrisa y añadió:

—De todas maneras, tengo que decir que ha molado mucho cómo has puesto a esos macarras en su sitio.

—¡Sí! —gritó entusiasmado Alfonso para sorpresa de los dos—. ¡Flecha es muy fuerte! —añadió, y se lanzó contra su pecho abrazándole con fuerza.

Levantó los brazos cuando se le pegó Alfonso sin saber qué hacer. Miró a Teresa, perdido. Ella estaba tan sorprendida como él o más, se encogió de hombros y sonrió.

Flecha bajó los brazos y le abrazó con la naturalidad con la que se abraza a un puercoespín.

—Dime, Alfonso, me ha dicho Teresa que te gustan los coches, ¿es cierto eso?

—¿Sabes que coche es este, Alfonso? —preguntó Teresa.

Alfonso se separó de Flecha y miró el coche como reparando por primera vez que estaba

sentado en un coche.

—Es un Porsche 911 de la serie 993. Motor biturbo de 3,6 litros, tracción a las cuatro ruedas y 408 caballos —contestó Alfonso sin pensarlo dos veces.

—Creo que efectivamente a alguien le gustan los coches tanto o más que a mí —dijo Flecha realmente asombrado.

Llevaron a Alfonso a la facultad, y le dejaron en su clase sin mayor problema. Después se fueron directamente a Cabanillas, a las oficinas de la unidad central.

Cuando Teresa volvió con Flecha a la sala de situación ya estaba esperando el inspector jefe, junto a Petete y Jacobo.

Luis Farla llegó unos minutos después. Venía directamente del Instituto Forense de estudiar el cadáver de los Almeida. Otro que tampoco había pasado por su casa ni para ducharse, pero Luis Farla además traía el olor a muerto adherido a su piel y a su ropa.

Jacobo y Petete habían movido la foto del corcho de Marta Almeida de la zona de las desaparecidas al de las víctimas. Además, añadieron también la foto de Fernando Almeida a la zona de las víctimas, aunque todos coincidían en que su muerte no era intencionada, sino un daño colateral.

—El tercer cuerpo que encontramos en el vertedero de El Colmenar era sin duda Marta Almeida. Los cortes en el cuello coinciden perfectamente con lo que hemos encontrado en la nevera del apartamento del matrimonio —dijo Luis Farla empezando a leer en voz alta su informe.

—Pero, ¿por qué cortar la cabeza de las víctimas? —preguntó Teresa—. Y, sobre todo, ¿por qué dejar la cabeza en la nevera después de cortarla?

—Tal vez se lleva las cabezas como *souvenir*, pero algo salió mal en casa de los Almeida y tuvo que dejar la cabeza en la nevera para recogerla más tarde —dijo Jacobo.

—Es posible —dijo el jefe—, pero, ¿qué pudo hacerle salir de ahí dejando sus trofeos después de haber hecho todo el trabajo?

—El dentista, Gomeza, dijo que le robaron el coche la noche del viernes y por la mañana lo denunció. La policía vino al edificio a tomarle declaración y quizá le espantaron —intervino Teresa.

El jefe asintió pausadamente sin decir nada.

—Sí, pero el problema es que quién le robase el coche a Gomeza tuvo que haber sido el mismo asesino —añadió Jacobo.

—¿Estamos seguros de eso? —preguntó Teresa—. ¿Tienes las fotos, Petete? ¿Puedes ponerlas otra vez en la pantalla?

Petete puso la foto del coche de Gomeza saliendo del garaje y la del hombre de traje entrando en el edificio, una junto a la otra. Era difícil estar seguro, pero podía perfectamente tratarse de la misma persona.

—El hombre del traje es un profesional, no cabe duda —dijo Flecha desde su silla en una esquina de la mesa.

Todos se callaron y se le quedaron mirando.

—¿Qué te hace pensar eso, Flecha? —preguntó el jefe, no pudiendo ignorar al convicto tanto como quisiera.

—Sabe dónde están las cámaras. Nunca mira directamente a ninguna de ellas, siempre baja la cabeza o esconde la cara cuando pasa por delante. Además, lleva un traje que debe de ser

probablemente dos tallas más grande y anda despacio y encorvado, por lo que no podemos saber ni su altura, ni su peso, ni su edad. El tipo que entró por esa puerta sabía que posiblemente miraríamos las cámaras de seguridad del edificio. Estoy convencido de que el hombre del traje es nuestro hombre.

Los policías se le quedaron mirando sin decir nada. El inspector jefe asentía lentamente.

—Petete, imprime una foto con la imagen más nítida que puedas del hombre del traje. También imprime la del ladrón del coche y colócalas una junto a la otra en el corcho —ordenó el jefe.

Cuando las dos fotos estuvieron en la pared, Flecha se levantó para mirar las caras con detenimiento. Era imposible decir si se trataba o no del mismo hombre.

—Jacobó, ¿alguno de estos dos hombres se parece al que se hizo pasar por mi vecino y que interrogaste frente a mi casa?

—No lo sé —dijo Jacobo un poco avergonzado—. Era de noche y estaba oscuro; además llevaba gafas.

—¿Tomaste declaración a un desconocido sin pedirle identificación frente a la escena de crimen de un homicidio, y además mientras este llevaba gafas de sol...? ¡De noche! —preguntó el jefe echando fuego por los ojos.

—Sí, jefe —dijo Jacobo tragando dificultosamente saliva.

—Cuando terminemos esta reunión quiero que vengas conmigo a mi despacho.

—¿Y si fueran dos personas diferentes? —preguntó Teresa.

—¿A qué te refieres?

—¿Y si hubiera habido más de un asesino? ¿O coincidiera el asesinato con el robo del coche en el mismo día, pero los dos incidentes fueran totalmente inconexos?

—Demasiada casualidad, Teresa —dijo el jefe.

—¡Esperad un momento! —dijo Petete, que seguía tecleando en su ordenador.

Se levantó de un salto, conectó el HDMA del proyector a su ordenador y enseñó un fragmento de la cinta de seguridad de la entrada del edificio.

La grabación era de las 17.23 horas, se veía entrar a una señora con dos niños de uniforme de colegio. El repartidor de Sánchez Romero sostenía la puerta para dejarlos entrar y luego se marchó empujando su carretilla vacía.

—¿Es que no lo veis? —dijo Petete frustrado cuando vio que nadie decía nada.

—Déjate de acertijos, Petete, ¿qué es lo que ves? —dijo Teresa.

Flecha se levantó de su asiento.

—¡Solo un repartidor salió del edificio! —exclamó.

—¡Exacto! Entraron dos repartidores, o así lo habíamos pensado, pero solo salió uno del edificio —dijo Petete entusiasmado de que alguien compartiera su hallazgo.

—¿Te has asegurado de que no salió unos minutos antes o después que el de la carretilla?

—Sí, estoy seguro. He mirado la siguiente media hora tres veces y el otro repartidor no salió del edificio.

—Petete, busca otra vez el momento en el que entraron los dos repartidores a ver si puedes conseguir una buena imagen de su cara —pidió Flecha.

En menos de dos minutos, Petete estaba pinchando una fotocopia con la cara del repartidor junto a la foto del hombre del traje y la del ladrón de coches.

—¡Bingo! —dijo Teresa—. Acabamos de descubrir al ladrón de coches. ¡Buen trabajo, Petete!

—Esperad un momento, ¿no es eso un pasajero en el asiento de atrás del coche? —preguntó

Flecha mirando las fotos que tenía Petete sobre la mesa.

—¿Qué dices?

—Mirad. Esto parece la rodilla de alguien sentado en la parte de atrás cuando salían del garaje en el coche del dentista.

Petete volvió a la grabación de la cámara del garaje y la reprodujo una y otra vez.

—¡Ahí! Para la imagen. Aumenta esto.

Todos miraron incrédulos a la imagen que veían en la pantalla.

Marcos Flecha volvió a su casa para ducharse y vestirse rápidamente para ir a enterrar los restos de su esposa Covadonga. Teresa se había ido a buscar a su hermano Alfonso a la Universidad y dijo a Flecha que después le vería en el cementerio.

—No es necesario... —dijo Flecha cuando Teresa salía apresurada por la puerta. Ella no se molestó en contestar.

Flecha llegó al cementerio Sacramental de San Justo en compañía de su madre y su hermano Alberto. Su madre insistió en que le recogería con Alberto para que no fuera solo.

Anduvieron entre lápidas y nichos hasta que llegaron al panteón de la familia Flecha. Marcos no había visitado el panteón desde hacía once años, cuando enterraron a su padre.

El panteón de la familia estaba colocado justo detrás del panteón de Hombres Ilustres de la Sacramental de San Justo, donde descansaban los huesos de Larra y Espronceda.

En el panteón había flores frescas; la madre de Flecha seguía, después de once años, encargando todas las semanas un ramo para su marido.

Se habían juntado en la húmeda y fría tarde de otoño unos cuantos amigos y antiguos vecinos de la familia. Además, una tía de Covadonga; Pepe, el amigo de Alberto; y, para sorpresa de Flecha, también había venido su compañero de fatigas TNT, que se había unido a la comitiva embutido en un traje que parecía que iba a reventar y rasgarse por todas y cada una de sus costuras en cualquier momento.

Los padres de Covadonga no estaban. No le sorprendió a Flecha. La última comunicación que tuvo con ellos fue una desagradable conversación con su padre por teléfono en la que le llamó asesino, malnacido y toda clase de improperios. Mejor que no estuvieran, así se evitaba una escenita; además, nunca le cayeron bien.

Llegó el féretro y lo pusieron en el suelo frío. El sacerdote vino al poco rato, y después de acercarse respetuosamente a dar el pésame a Flecha, comenzó con las plegarias.

Flecha miró a su alrededor. No veía a Teresa por ninguna parte. Se enfadó consigo mismo por echarla en falta, especialmente en el entierro de su querida esposa, pero, aunque no quisiera reconocérselo a sí mismo, enterrar a Covadonga era más difícil de lo que había esperado y cualquier apoyo era bienvenido.

Hasta ahora, había tratado de compartimentar en su mente la muerte de su esposa como un dato, no como un sentimiento, no como una pérdida. Pero el estar ahí de pie, frente a la caja de madera, rodeado de unos pocos seres queridos aguantando la lágrima, y otros no tan queridos echándole miradas furtivas llenas de rencor, le hacía comprender que realmente Covadonga había muerto.

El sacerdote dio la bendición y colocaron la lápida sobre el ataúd con el ruido del mármol pesado y sin pulir arrastrándose por el borde del sarcófago.

Un nudo le ardía en la garganta, y el pecho le apretaba como si le hubiesen dejado caer la losa a él encima. A pesar del frío de noviembre, Flecha sudaba profusamente bajo su traje oscuro.

No se había hecho a la idea hasta ese momento de que Covadonga ya no volvería, Covadonga ya no estaba. Había visto a mucha gente morir: compañeros, amigos, a su padre..., pero nunca había sentido la desolación que sentía; esa sensación de vacío. El ataúd desaparecía y la primera

y única mujer que verdaderamente había amado desaparecía de su vida para no volver nunca más.

Ya no estaba. Ya no volvería. Le ardía la garganta. Le dolía el pecho y los ojos se le enrojecían.

Flecha no había llorado en público desde la última paliza que le dio su padre cuando tenía doce años. Había llegado a la final del campeonato de España de Taekwondo, su contrincante era un chaval de diez años, de madre española y padre coreano. Flecha le sacaba media cabeza, y su padre, antes de empezar el combate, se acercó a él frotándose las manos con una sonrisa de oreja a oreja.

—Esto está chupado, Marcos —dijo el padre—. Dale una buena paliza al chinito ese y enséñale aquí quién es el que manda.

El combate se tornó muy diferente a lo que habían esperado. El coreano no pegaba fuerte, pero era tremendamente rápido y ágil. Flecha hizo todo lo que pudo, pero no había manera de puntuar con este chico, y cada vez que atacaba, el otro bloqueaba y marcaba.

El padre de Flecha gritaba a su hijo desde la grada, rojo de ira. Cuando terminó el combate, Flecha recibió la medalla de plata del campeonato de España, y con la tensión y el estrés del combate, la emoción pudo con él y rompió a llorar. Su padre se adelantó y le dio un guantazo delante de todo el mundo que le hizo caer del podio.

—No sé qué me da más vergüenza, que te haya partido la cara el chino enano ese, o que te pongas a llorar delante de todo el mundo como una nenaza.

El padre se marchó dejando a Flecha solo. Volvió a su casa en metro y se juró que jamás le daría a nadie el placer de verle rendido durante el resto de su vida.

El sacerdote se acercó otra vez a Flecha a darle nuevamente el pésame. Detrás de él fueron circulando todos los presentes en lúgubre procesión.

Una vez la comitiva se hubo marchado, Flecha se quedó solo de pie frente a la tumba de su esposa.

A lo lejos se oía, acompañando al sonido del viento contra los cipreses, el murmullo de las conversaciones de los familiares y amigos mientras se alejaban hacia la salida del cementerio.

Ahora el cementerio estaba desierto. Flecha estaba frente al panteón y su madre a dos pasos detrás de él. Ella no decía nada, ni se movía, pero Marcos sabía que estaba ahí, el perfume de su madre que tan bien conocía desde niño, se mezclaba con el denso olor de las coníferas y las hojas marchitas almacenadas en las esquinas de cada lápida y cada panteón.

Flecha agachó la cabeza y se llevó la mano al pañuelo; se enjugó disimuladamente una lágrima que le asomaba por la comisura del ojo. Su madre se le acercó por detrás y le puso la mano en el hombro.

—Marcos, está bien que des rienda suelta a tus sentimientos. No puedes culparte por lo que le ha ocurrido a Cova. Ha sido una tragedia, hijo.

Marcos Flecha se aferró al pecho de su madre; hundió su cabeza en él y lloró con rabia, con amargura, con profunda tristeza y frustración.

—¿Por qué, madre? ¿Por qué? —dijo Flecha levantando la cabeza y mirando a su madre con los ojos hinchados y llenos de lágrimas—. La única razón por la que hago el trabajo que hago es para poder ayudar y defender a aquellos que no pueden hacerlo por ellos mismos. Entré en el Ejército para defender a España, para defender a mi casa y a mis seres queridos. Soy bueno en ello, ¡el mejor! Y en el momento en el que la persona que más importa me necesita... ¿Dónde estaba yo...? Me había marchado. La había dejado esa noche después de haberle dicho cosas terribles y llenas de rencor, y me marché sin despedirme de ella.

—Marcos —dijo su madre agarrándole los hombros con ambas manos y mirándole fijamente a

los ojos—. No puedes culparte por lo que le ha pasado a tu esposa. Alguien le ha hecho eso a tu querida Cova y lo continúa haciendo a otras mujeres que también te necesitan. Tú eres el mejor, tú lo has dicho. Lo que le ha ocurrido a Covadonga es terrible, pero no puedes dejar que quede así. ¡Encuentra a ese hombre y hazle pagar por lo que ha hecho!

16

Alberto estaba esperándoles en el coche a la salida del cementerio, Teresa estaba junto a él. Acababa de llegar en su vehículo oficial, un C4 color verde oscuro, que había aparcado justo detrás del Mercedes de Alberto.

Al otro lado de la calle estaba la mole de TNT apoyado en su Seat León, que parecía casi un coche de juguete con TNT a su lado. Se había quitado la incómoda chaqueta y esperaba con la camisa remangada hasta la mitad del bíceps enseñando su colección de tatuajes. Flecha le hizo un gesto de que estaría con él en un momento.

Teresa se acercó y le dio un abrazo.

—Perdona, Flecha, no he podido llegar antes.

—No te preocupes. Gracias por venir.

Teresa llevaba un discreto vestido negro con chaquetón del mismo color. Llevaba el pelo suelto y estaba maquillada. Flecha notó que, a pesar del maquillaje, en el pómulos izquierdo tenía una pequeña magulladura, y cuando anduvieron juntos hasta los coches notó que además cojeaba un poco.

—¿Qué ha pasado, Teresa? —Teresa miró al suelo y no contestó—. Han sido otra vez los rapados, ¿verdad?

Teresa asintió con tres rápidos movimientos de cabeza.

—Sí, Flecha. Pero déjalo estar. Nos hemos escapado por los pelos, y no creo que me molesten más. Estamos hablando con otra clínica en Pozuelo y en cuanto tengan una habitación libre para Alfonso, nos llamarán y entonces ya se habrá acabado el problema.

—¡En Pozuelo! ¡Otros veinte minutos de ida y otros tantos de vuelta, si tienes suerte! ¿Todo por esos macarras? No, Teresa. Mañana iré contigo a recoger a Alfonso y arreglaré el problema con los rapados.

—No, Flecha, déjalo estar, por favor.

—Mañana iré. Contigo o sin ti —dijo Flecha de una manera que no dio lugar a objeción.

—Bueno, ya hablaremos de eso más tarde, este no es el sitio. Ahora vamos a cenar al Txoko de tu hermano y mi novio, y vamos a relajarnos un poco. Ya me ha dicho Alberto que dejáis a vuestra madre y venís después. Os veo ahí.

Flecha cruzó la carretera y chocó sonoramente la mano con TNT en lo que parecía un pulso, y el grandullón le dio un abrazo con el brazo libre dándole dos palmadas en la espalda.

—Me alegro de verte, hermano. No tenías que haber venido.

—Ya iba siendo hora de que te sacasen del talego. ¿Cómo lo has pasado? ¿Espero que te hayas sacado una novia ahí dentro?

—No, no eran de mi tipo. Demasiado peludas para mi gusto, pero a ti te habrían encantado.

El grandullón sonrió mostrando una boca llena de grandes dientes desaparejos.

—He oído lo que le hiciste al moro legionario ese que se encariñó contigo en las duchas.

—Veo que el cuartel sigue siendo un patio de marujas. No te creas todo lo que cuentan por ahí.

—Ya sabes cómo es aquello...

—Y tú, ¿qué haces aquí? Pensé que estarías en Afganistán.

—No. Ya no. Lo he dejado —dijo el gigantón mirando avergonzado el suelo.

—¿Que has dejado el qué? ¿La unidad? ¿El Ejército?

—Sí, todo. Ya no me divertía como antes. Me jodió mucho lo que te hicieron. Damos todo por ellos y así es como defienden a los suyos cuando les necesitamos. Nada. A tomar por culo.

TNT se encogió de hombros y se puso a jugar con una piedra que encontró en el suelo, tratando de evitar hacer contacto visual con Flecha.

—¿Qué piensas hacer ahora?

—Estoy montando una agencia de escolta especializada. Nada serio, de momento.

—Agencia de escolta... ¿te refieres a señoritas de compañía profesionales? No sé si lo sabes, pero esas cosas están prohibidas en este país...

El grandullón volvió a reír.

—No, imbécil. Una de escoltas profesionales, ya sabes, guardaespaldas de personalidades y eso. Te estuve llamando esta semana en cuanto supe que te habían sacado, pero tienes el teléfono apagado. ¿Sigues teniendo el teléfono?

—Sí, lo tengo, de hecho, está en el coche de mi hermano Alberto. Lo tenía cargándose en casa y lo acabo de coger.

—Pues llámame, estoy en Madrid. Si te puedo ayudar en algo...

Flecha miró al C4 de Teresa alejándose carretera abajo.

—Pues sí, la verdad es que sí que puedes ayudarme en algo. No te despegues del teléfono y te llamo esta noche. Creo que hay algo que podemos hacer esta noche para entretenernos un rato...

Alberto y Marcos Flecha llevaron a su madre a casa y luego fueron juntos a la reunión del club gastronómico, o el Txoko, como se empeñaba Alberto en llamarlo.

De camino, Flecha llamó con el móvil a Petete.

—Petete, necesito que me hagas un favor... hay un grupo de skinheads de los que necesito que me consigas sus expedientes y que me digas dónde puedo encontrarlos esta noche.

—¿Qué tienen que ver unos skinheads con el caso?

—Nada.

—Pero Flecha, sabes que no puedo hacer eso. Solo puedo facilitarte información relacionada con el caso. Como te pase algo más, a mí se me cae el culo, y a ti te mandan de vuelta al penal de por vida.

—Petete, estos skinheads han atacado a la inspectora Teresa y a su hermano Alfonso...

Al oír eso Petete cambió por completo su actitud.

—Entiendo. Sé de quiénes me hablas, son los que le dieron matarile a Jacobo hace unos meses. Los tenemos a todos fichados. Dame solo unos minutos.

El Txoko estaba en Mirasierra, no muy lejos de la casa de Flecha. Era un viejo chalet de los primeros que se construyeron en la colonia. Las paredes eran blancas y tenía bloques de granito en las esquinas y en las ventanas, como en las casas de la sierra de Madrid. La parcela estaba oculta tras un muro pequeño de piedra y una muralla de cipreses recién podados.

Pepe, Alberto y otros tres amigos, habían comprado el chalet a buen precio y lo utilizaban, como mucho, una vez al mes para sus reuniones gastronómicas.

Cuando llegaron, Flecha se fijó en que habían aparcados dos Audi con los cristales tintados y personal de seguridad de traje y pinganillo esperando fuera. Flecha echó una mirada interrogante a su hermano.

—Ya ves. Somos un grupo selecto. El ministro de Interior es uno de nuestros invitados a la cena de esta noche.

—¿Luis Nerva?

—Sí, ¿lo conoces?

—Coincidimos hace unos meses en una fiesta. Cuando yo era un hombre libre y casado, y él un julandrón desconocido.

Flecha entró en la casa y se sorprendió de ver que era bastante más grande por dentro de lo que uno pudiera imaginar desde el exterior. Un gran salón-comedor con techos altos se abría nada más cruzar el umbral. En medio del salón, habían dispuesto una mesa de cinco metros, hecha con dos planchas solidas de castaño de diez centímetros de grosor. Esta, grande como una pista de aterrizaje, tenía doce sillas a su alrededor.

Teresa estaba poniendo los platos sobre la mesa con la ayuda de una criada de cofia y delantal.

—¡Hola, chicos! —dijo como si no los hubiera visto en meses, y fue a recibirles con dos sonoros besos a cada uno.

Colgaron sus abrigos en un ropero en la entrada y fueron con Teresa hasta la cocina, donde estaba el resto de los miembros del club trajinando entre los fogones.

La cocina era casi tan grande como el salón-comedor. Estaba dotada de una modernísima cocina industrial en el centro, como una gran isla en la que podían cocinar cuatro chefs a la vez.

Pepe Acebo de Robles, el novio de Teresa, estaba cortando unas verduras. En cuanto los vio llegar, dejó inmediatamente lo que estaba haciendo y fue a saludarlos secándose las manos con una toalla que le colgaba del delantal.

—¡Marcos Flecha! ¡Qué alegría que hayas venido! Bienvenido a nuestro club. No te he visto en siglos. ¿Cuándo fue la última vez que te vi...? Estábamos todavía en el colegio, de eso no hay duda. ¿Quince años... veinte?

—Exactamente veinticinco años, Pepe —dijo Flecha estrechándole la mano—. Yo me marché a Estados Unidos en COU, y a la vuelta ya te habías marchado a Suiza. No te he visto desde entonces.

Flecha recordaba a Pepe, el amigo de su hermano pequeño, como un empollón, torpe e introvertido, que jugaba a *Dragones y Mazmorras*. Y ahora, Pepe estaba pletórico. Parecía otra persona. Impecablemente vestido bajo el delantal de cocinero, miraba directamente a Flecha a los

ojos, con una sonrisa franca y confiada. Parecía completamente seguro de sí mismo.

Cuando Pepe volvió a España de su periplo por Suiza, estudió medicina. Y ahora era un famoso cirujano plástico con clínicas en Madrid, Barcelona y Milán.

Pepe le pasó el brazo por los hombros y le llevó así hasta donde estaban los otros amigos trabajando en los fogones.

—Ven conmigo, Flecha. Déjame que te presente al resto de la cuadrilla. ¿Te acuerdas de Jaime Garzón? ¿El Navarro? Estaba en nuestra clase en El Encinar —dijo dirigiéndose a un grandullón de colorados mofletes.

—Sí, claro. A ti es al que pilló mi madre en la cocina comiéndose la tarta de cumpleaños de Alberto, antes de que hubiera soplado las velas. ¿Cómo olvidarme?

—Efectivamente —tronó el Navarro con una fuerte risotada—. No me volvieron a invitar a ningún cumpleaños de Alberto...

—Y todavía te extrañará... —dijo Flecha, divertido de ver después de tantos años qué había sido del regordete amigo de su hermano.

—El Navarro se hizo cargo de la empresa familiar de cocinas industriales cuando se retiró su padre hace dos años —explicó Pepe—. Esta cocina la ha instalado entera él, desde la campana de humos y los fogones, hasta los cuchillos y las tablas de cortar. No encontrarás una cocina así ni en el Zalacaín.

Se acercaron a otro de los amigos.

—A Jorge no creo que lo conozcas, ¿verdad?

—No, no creo —dijo Flecha cogiendo un vaso de vino que le ofrecía Teresa—. Gracias.

—A Jorge Lastrilla le conocimos hace años en el Club de Campo. Es abogado y socio fundador del bufete internacional Craig Wodehouse & Lastrilla. Además, es uno de los mejores cocineros que he conocido en mi vida. Jorge prepara un risotto que te hará saltar las lágrimas.

Jorge estaba salteando unas setas. El olor del ajo, mezclado con las setas que empezaban a tostarse por las aristas, hizo que el estómago de Flecha se quejara sonoramente.

—Esta señorita es Rocío Maneiro, la esposa de Jorge y una de las mejores amigas de Teresa desde que iban al cole —dijo Pepe presentando a una delgaducha que estaba cortando unos espárragos y metiéndolos en una ensalada.

Rocío parecía la antítesis de su marido Jorge, ella era alta, delgada, alegre y risueña mientras que Jorge parecía el típico contable: gris, calvo, bajito y con gafas.

—Mucho gusto —saludó Flecha a la ensaladera.

—...Y, por último, pero no por ello menos importante, aquí está el padre Daniel. El Pater se encarga de traer todos los meses las verduras de temporada. Nosotros somos más carnívoros y tratamos de traer cada mes algo diferente, algo especial, pero no sería lo mismo si las carnes no estuvieran aderezadas con las verduras que nos trae su santidad.

El padre Daniel se acercó a Flecha y le estrechó la mano.

—Hola, Marcos. He oído hablar muchísimo de ti. En todas las reuniones del club, una de las cosas que más disfrutamos todos es cuando Alberto nos da el parte de lo que estás haciendo y nos cuenta alguna de tus aventuras. ¡Bienvenido! Me alegro mucho de que estés hoy aquí con nosotros.

Era difícil no coger cariño al instante al padre Daniel; era bajito, regordete, alegre y sincero. A Flecha le cayó bien desde el primer instante.

En la cocina, había también lo que parecía ser un chef profesional que ayudaba a los miembros del club y coordinaba el trabajo de las señoritas del servicio. Pepe no se lo presentó, pero le oyó llamarle Iván.

Iván llevaba una filipina blanca de chef puesta con las mangas recogidas dejando a la vista unos poderosos antebrazos. Tenía el pelo gris cortado al uno, una cabeza grande y sin cuello donde se escondían unos pequeños ojos verdes. Iván parecía ruso o ucraniano, pensó Flecha. En el antebrazo izquierdo tenía un tatuaje de un cuchillo que no terminaba de reconocer. Sabía que el tatuaje pertenecía a un grupo de operaciones especiales con quien había trabajado en el pasado.

Iván levantó la vista y los dos tuvieron contacto visual durante apenas un segundo, pero rápidamente el cocinero bajó la vista.

La mirada era la de un operativo, no cabía duda. Flecha no sabría cómo explicarlo si se lo preguntasen, pero todos los operativos se reconocían al instante entre sí.

—¿De dónde es vuestro cocinero? —preguntó Flecha a Pepe cuando salían juntos de la cocina.

—Teresa, tráeme un whisky con soda —dijo Pepe sentándose en un sillón frente a la chimenea y haciendo un ademán con la mano a Flecha para que se sentase junto a él.

Flecha se sorprendió de la manera en la que ordenó a Teresa, como si fuera otra simple sirvienta, pero parecía que ella no le daba importancia y volvió al momento con un vaso bajo de whisky con soda.

—¿De dónde es Iván? —repitió Pepe mirando a Alberto y a Teresa en rápido movimiento de cabeza, como pidiéndoles ayuda—. ¿Polaco? La verdad es que no lo recuerdo, polaco... bosnio... algo así. Es un buen tipo. Es el dueño de la carnicería del barrio, le conoció el Navarro y empezó a suministrarnos la carne hace ya años. El día que nos dijo que también sabía cocinar, le hicimos fijo en las reuniones del Txoko. Desde entonces, siempre se viene él con la preciosa señorita de la cofia, que imagino habrás visto... ¿Por qué lo preguntas?

—No, por nada. Curiosidad.

Ahora Flecha se fijó en la doncella de la cofia. También parecía de Europa del Este. Preciosa, de edad casi tan corta como su falda, pero se movía por la sala con suma discreción a pesar de su presencia provocativa.

Flecha se sentó en otro sillón con orejas en una esquina, a la derecha del fuego.

Las otras señoritas del servicio empezaron a traer bandejas con jamón y canapés variados. Teresa se acercó a Flecha con la botella de vino para servirle otro vaso, pero él puso su palma sobre la copa.

—No, gracias, estoy de servicio.

Teresa sonrió divertida, como si le hubiera contado un chiste. Se encogió de hombros y se sirvió otra copa.

Entraron más invitados y amigos. El ambiente y el ruido en la casa se fue animando.

Por último, entró Luis Nerva, el ministro de Interior, a quien había estado esperando fuera el cortejo de guardaespaldas en los Audi que vieron Flecha y su hermano Alberto cuando llegaron.

Entraron con él dos escoltas que miraron a un lado y otro de la sala, como para asegurarse de que no había entre los invitados siete terroristas yihadistas esperando acabar con la vida de su jefe. Nerva hizo un gesto con la cabeza a los guardaespaldas y estos se marcharon.

Pepe salió al encuentro del ministro Nerva y le abrazó ceremoniosamente. Luego, cogiéndole del brazo, le llevó por la sala para presentarle al resto de los invitados, como había hecho minutos antes con Flecha.

Cuando llegaron a Flecha, Pepe presentó a Marcos como el hermano de Alberto y como gran héroe del Ejército español, a quien debían, poco menos, que las vidas y la libertad del país.

Luis Nerva saludó a Flecha con su conocida sonrisa de medio lado.

—Hola, Marcos. Volvemos a encontrarnos.

—Eso parece —dijo Flecha sin un ápice de cordialidad.

Teresa, que estaba también junto a ellos, presenció la palpable tensión que había entre los dos hombres. La puerta de la casa volvió a abrirse, y un conocido juez de Tribunal Supremo entró con su esposa rompiendo el incómodo momento entre Nerva y Flecha.

Teresa explicó a Flecha que en cada reunión siempre trataban de invitar a una personalidad. Tenían un libro de visitas con un pedigrí que ya le gustaría a la Zarzuela.

La cena estaba estupenda. Ensaladas variadas para empezar a abrir boca. Unai, que llegó algo más tarde, había traído un espectacular txangurro que sirvieron después de las ensaladas. El plato principal era la carne. Siempre había carne, pero trataban de experimentar con diferentes cortes, con diferentes recetas, diferentes adobos.

Dos camareras pasaron cada una con una enorme bandeja, una por cada lado de la mesa, para que cada comensal se sirviera con unas pinzas lo que más les apeteciera. Iván siempre estaba cerca, para ir explicando de qué se trataba cada pieza. Sobre la mesa también había repartidas varias bandejas con verduras a la parrilla y patatas.

Durante la cena, Flecha bebió otro vaso de vino, pero no quería beber mucho. Nunca lo hacía. La bebida le enturbiaba la mente y siempre quería estar preparado: ‘siempre alerta’ era una de las consignas que había inculcado en su unidad.

Flecha tenía a Alberto sentado a un lado, y Teresa al otro. Frente a ellos estaba Rocío, la esposa de Jorge, el abogado con pinta de contable.

—Me ha dicho Jorge que estáis trabajando juntos, ¿no es así? —dijo Rocío dirigiéndose a Teresa y a Flecha.

—Sí, Marcos nos está ayudando en un caso —dijo Teresa. Era la primera vez que llamaba a Flecha Marcos. Sonó raro.

—¡Que excitante! —dijo Rocío entusiasmada dando rápidas palmadas como si fuera una foca pidiendo otra sardina.

—¿Qué tipo de caso? —preguntó el juez del Supremo.

Las otras conversaciones de la mesa se habían ido apagando y ahora todos escuchaban atentos.

—Estamos investigando una serie de desapariciones y la relación que puedan tener con unos asesinatos —dijo Teresa, sabiendo que no debía hablar mucho del caso, pero al mismo tiempo se veía animada por la entregada audiencia y provocada por los efectos de su tercera copa de vino.

—Marta Almeida es una buena amiga mía —dijo Julia Pazos—. ¿Estáis también investigando su desaparición?

Teresa se quedó callada un momento sin saber qué decir. Aún no habían compartido con los medios de comunicación la información sobre el descubrimiento de los cadáveres de los Almeida en la casa, y de aquello sí que no debía contar nada.

—Sí, también estamos investigando la desaparición de los Almeida. ¿De qué conoces a Marta Almeida? —preguntó Flecha ayudando a Teresa a salir del paso.

—Fuimos juntas al colegio.

—¿A qué colegio fuisteis?

— Nuestra Señora de las Nieves.

—Es curioso... —dijo Flecha para sí mismo mientras jugaba con unas migas de pan sobre el mantel sin darse cuenta que el resto de los comensales podían oírle.

—¿Qué te parece tan curioso? —quiso saber el Navarro.

—¿Eh? —respondió Flecha levantando la vista y viendo a todos mirándole atentos—. Ah, nada. Mi esposa Covadonga también fue al Señora de las Nieves. Será solo una coincidencia.

Además, ella debe de ser al menos cinco años mayor que Marta Almeida.

Se hizo un extraño silencio en la mesa, que rompió enseguida María del Mar Soto, la esposa del Navarro. —Siento mucho lo que le ha ocurrido a tu esposa, Marcos, ha debido de ser horrible por todo lo que has pasado.

Flecha masculló unas gracias volviendo a centrar su atención en las migas sobre el mantel.

—Yo también conozco a Carolina Sada, ¿estáis también investigando su desaparición? —dijo la esposa del juez—. Era la novia de un amigo de mi marido, ¿verdad, Guillermo? ¿No fuiste al Escobar con Carlos?

—No, él estuvo en El Encinar, yo conocí a Carlos Fajardo en la universidad.

El teléfono de Teresa empezó a vibrar sobre la mesa. Ella lo cogió. Escuchó muy seria y atenta, y luego colgó sin decir palabra.

—Tenemos que irnos, Flecha. Han encontrado a una nueva víctima.

Se subieron los dos al C4 de Teresa. Flecha se sentó tras el volante y ella le dio las llaves sin rechistar, a pesar de que era su coche oficial. Había bebido bastante más de lo permitido y agradeció en silencio que Flecha tomara las riendas sin necesidad de sacar el tema.

Flecha metió la llave en el encendido y la giró.

—¿A dónde vamos? —preguntó.

—Han encontrado un nuevo cadáver. Estaba metido en unas bolsas junto a la vía del tren, a doscientos metros de la estación de Pitis.

—Eso está a menos de cinco minutos de aquí —dijo Flecha.

—Sí, pero ahí no hay nada que ver. Luis Farla y Jacobo tienen ya el cuerpo en el Instituto Forense. Han identificado el cadáver, se trata de Clara Benjumea, nosotros vamos a echar un vistazo a su casa. Calle Victor Andrés Belaunde.

La calle en cuestión no era más que una callejuela pequeña entre Serrano y el Paseo de la Habana. Estaba muy concurrida a esa hora, y los tres bares, que tenían prácticamente puerta con puerta con el portal de Clara Benjumea, estaban abarrotados.

Dejaron el C4 aparcado en doble fila. El portero ya se había marchado y el portal estaba desierto. Subieron en el ascensor hasta el piso quinto y se dirigieron a la puerta izquierda.

La luz del pasillo estaba fundida, y no parecía que viviera nadie en el portal derecho. No se oía ni un ruido, más que el escandaloso sonido los tacones de Teresa.

Flecha miró los zapatos levantando una ceja.

—No son los de reglamento —dijo Teresa conteniendo una risita, todavía sintiendo los efectos del alcohol.

—Tenía mis sospechas.

Teresa continuó andando por el pasillo de puntillas. No es que tuvieran que guardar silencio, en la casa no les esperaba nadie, pero el silencio y la penumbra del pasillo le hacía a uno susurrar y casi aguantar la respiración como por miedo a despertar a los fantasmas de un edificio vacío.

Teresa sacó del bolso un juego de ganzúas y herramientas, e hincando una rodilla en el suelo, se puso a trabajar en la cerradura.

—¿Eso es lo que os enseñan a hacer en la academia de policía?

—No, esto lo aprende una teniendo hermanos mayores. Ahora cállate, que estoy concentrada.

Ocho segundos más tarde, el pasador de la cerradura hizo un CLAC, y Teresa abrió la puerta.

El apartamento era pequeño pero acogedor. Sin duda una mujer vivía ahí.

De una rápida mirada al hall de entrada y a la sala de estar, daba la sensación de ser un apartamento de una mujer soltera; fotos de Clara con su familia; de ella con amigas; y otras varias levantando trofeos de tenis y natación en diferentes etapas de su vida. Pero ninguna con un chico.

—¿Soltera? —preguntó Flecha.

—Divorciada. Hace dos meses.

Dos grandes estanterías mostraban su afición a la lectura; grandes baldas repletas de clásicos de la literatura.

Predilección por los autores del siglo XIX... introvertida, reflexiva.

Más baldas con libros de texto de anatomía, Inmunología, Patología General... nada nuevo, ya sabían por su expediente que era licenciada en Medicina por la Universidad de Navarra.

Igual que mi esposa, pensó Flecha. *¿Habrá alguna conexión entre las dos?* Él, sin duda, no la había conocido, ni tampoco había oído hablar de ella.

Algunas novelas rosas se encuentran en una esquina apartada, casi tapadas por el sillón de la lectura... romántica, soñadora, insatisfecha, pero le da vergüenza —o miedo— reconocerlo.

—¿Cuánto tiempo llevaba desaparecida? —preguntó Flecha.

Teresa miró su cuaderno de notas.

—Casi un mes.

Flecha puso la mano en el pomo de lo que debería de ser la puerta de la cocina. El pomo estaba frío y la puerta no cedía.

—¿Qué pasa? —preguntó Teresa viendo el gesto contrariado de Flecha.

—No lo sé, pero no me gusta —dijo palpando el perímetro de la puerta con la mano desnuda—. Han sellado la puerta, parece silicona. Ponte detrás de ese mueble, voy a intentar abrirla.

—¿No deberíamos llamar a los artificieros?

—No, no creo que sea una bomba —tomó impulso y dio una patada a la puerta haciéndola abrirse de par en par.

La cocina parecía una nevera o una cámara de frío para curar jamones. Habían colocado una manta para cubrir la ventana y la unidad de aire acondicionado estaba puesta al máximo.

Flecha encendió la luz.

En la rejilla del aire acondicionado habían colocado dos ambientadores de coche, pero a pesar de las precauciones, en el aire se respiraba un tufo rancio y agrio.

El fregadero de la cocina, el salpicadero de la pared, y los muebles de la cocina estaban cubiertos de salpicaduras de sangre y trozos de tejido. La encimera estaba cubierta de sangre oscura y seca, y había goteado, formando un charco en el suelo que parecía negro en contraste con el color blanco de los azulejos.

En una esquina de la encimera había una Thermomix sucia, con restos de carne podrida.

En el suelo había un bol de comida para perro con un trozo de carne también podrida. El perro, un yorkshire, yacía tieso junto al bol. No parecía haber tocado la carne.

El perro prefirió morir de hambre que comerse a su dueña.

—Parece que han utilizado una sierra circular para trocear el cuerpo —dijo Flecha—. Espero que nuestros amigos de la policía científica no tengan muchos planes para lo que queda de semana.

Teresa sacó su teléfono aturdida y llamó a la central.

Flecha apagó el aire acondicionado. La estancia estaba como a unos cinco grados. Se hizo el silencio en la cocina. Solo se oía el motor de la nevera y el murmullo de los coches en la calle.

En el suelo había huellas de sangre de lo que parecían ser unas botas de goma, marcando los pasos del asesino. Las huellas llegaban hasta la puerta, donde el asesino se las habría quitado y las habría guardado con todas sus herramientas e indumentaria en una bolsa, y probablemente habría ido en calcetines hasta el ascensor.

—¿Qué piensas? —preguntó Teresa.

Flecha estaba de pie en medio de la cocina observándolo todo con los brazos en jarras.

—Pienso que el tipo que haya hecho esto, está como una puta cabra —dijo pasando su mirada por todos los detalles de la cocina—. Es mucho más descuidado y desordenado que en el caso de los Almeida. Parece como si hubiera sido otra persona, o la misma, pero tratando de causar mayor efecto visual cuando encontráramos la escena.

Sirenas de la policía se oían llegar a lo lejos, de todas direcciones. Teresa y Flecha recorrieron el resto de las habitaciones.

Unos minutos más tarde, alguien llamó a la puerta de entrada que habían dejado abierta.

—Policía científica, ¿inspectora Casas?

Teresa les atendió y pronto el apartamento se llenó de gente peinando meticulosamente cada centímetro en busca de huellas, fibras, pelos... cualquier cosa que pudiera darles alguna pista.

—No hay nada más que podamos hacer aquí por el momento. Me voy a machar —dijo Flecha.

—¿Dónde vas? ¿Puedo acercarte a casa?

—No, gracias. Tengo unos asuntos que arreglar primero.

—Flecha, es medianoche, ¿qué asuntos tienes que arreglar a estas horas?

—Nada, tengo que visitar a unos viejos amigos. Me cojo un taxi.

—Recuerda que tienes que presentarte en la central a las 08.30. Como no te presentes, te mandarán de vuelta a prisión —le recordó Teresa a su espalda mientras se encaminaba hacia la puerta.

En el ascensor, Flecha sacó su móvil y marcó.

—Petete, ¿qué información me has conseguido sobre esos skinheads?

Flecha llamó a TNT, pero este no contestó el teléfono. Lo intentó dos veces más desde el taxi camino de la dirección que le había dado Petete, pero sin suerte.

Petete le había dicho que el jefe de los skins, al que había tumbado Flecha de un puñetazo, se llamaba Luis García Funes, o el Panzer, como era conocido entre sus amigos. Los contactos de Petete le habían visto entrar hacía media hora en la cervecería Bismarck, un bar en Tetuán donde las Brigadas del Norte se reunían.

—No vayas sin refuerzos, Flecha —le advirtió Petete—, es un sitio muy peligroso. Espera a mañana por la mañana y encontrarás otra vez al Panzer en la plaza frente a la clínica. Te evitarás un riesgo totalmente innecesario.

—No, mañana no aparecerán. Saben que es posible que vaya la policía a detenerles por la agresión. Tengo que ir a su guarida y solucionar el problema de forma definitiva.

—Flecha, ahí no se atreve a entrar ni la policía. La cervecería Bismarck es uno de esos sitios que, a no ser que esté en llamas o se oigan disparos, no nos molestamos en visitar. Solo hemos entrado una vez en los últimos cinco años, y fue para recoger un cadáver. No hubo detenciones...

—¿No hubo detenciones?

—No. La víctima se autoinfringió doce puñaladas en el abdomen y espalda con tres cuchillos diferentes. Quince personas testificaron corroborando el incidente. Los quince dijeron que había sido un suicidio.

El taxista paró el coche a una manzana de la cervecería, y dijo a Flecha que no se acercaba más.

Era una calle estrecha y mal iluminada. Al fondo de la calle se oía barullo de jóvenes hablando a voces y riendo. También se oía el sonido amortiguado de música a lo lejos.

El taxi, cuando le dejó, hizo un giro de ciento ochenta grados subiéndose a la acera y volviendo sobre sus pasos en dirección contraria para no tener que pasar delante del Bismarck. El conductor debía de conocer el sitio u otros colegas del gremio le habían advertido.

Flecha miró su teléfono una vez más. No había señales de TNT. Le mandó un mensaje con la dirección y se encaminó al garito.

El ruido de música, gente y vasos incrementaba a cada paso.

En la puerta habría una decena de rapados apoyados en los coches junto a la acera bebiendo minis de cerveza en vasos de plástico.

Antes de llegar a la entrada, se cruzó con un skinhead que se tambaleaba entre dos coches tratando de mear mientras hacía patéticos juegos malabares con un mini y un cigarrillo. Se agarraba el tema con una mano, el mini con la otra, y aguantaba el cigarrillo entre los labios, como había visto hacer a Clint Eastwood en las pelis, pero a él parecía entrarle todo el humo en los ojos y en la nariz. Agarró el cigarrillo con dos dedos de la mano que sostenía el mini, pero este se inclinó y se derramó media cerveza sobre la camisa. Una tarea no muy complicada en condiciones normales, pero estando al borde del coma etílico, como era el caso, resultaba imposible.

El borracho se giró para mirar a Flecha cuando pasó por detrás de él y perdió un poco el equilibrio, sin llegar a caerse, pero derramando en el suelo el resto de la cerveza y meándose las botas Dr Martens.

Borracho como una cuba.

Sus colegas de la entrada no estaban en mucho mejor estado. No se molestaron ni en mirarle cuando pasó por delante de ellos.

En la puerta de la cervecería había un levanta-chatarra de metro noventa sentado en un taburete montando guardia. Junto a él, una tipa bajita, fea, con falda escocesa, piernas de futbolista y botas militares trataba de abarcar con sus rechonchos brazos la cintura del portero.

—Quita, Marga —dijo apartándola con una manaza en cuanto vio a Flecha dirigirse a la entrada. Se puso de pie cubriendo la puerta y preguntó a Flecha que a dónde creía que iba.

—Vengo a tomar una cerveza.

—El bar está cerrado —dijo cruzándose de brazos tensando los músculos de los brazos para hacer su presencia más imponente. Como si eso fuera necesario.

—El Panzer me dijo que el bar estaría abierto a estas horas para colegas...

El gorila de la puerta se giró un poco hacia el bar, como si pudiera ver a través de la puerta cerrada al Panzer para pedirle confirmación.

—¿Panzer te dijo eso? —preguntó.

Flecha asintió con la cabeza.

El gorila abrió la puerta y le dejó entrar mirándole todavía con desconfianza.

—Le encontrarás en la planta de abajo.

Flecha entró y la puerta se cerró a su espalda.

El interior del bar era exactamente como cualquier otro bar que uno pudiera encontrarse en la capital. Era un local largo y estrecho, con una gran barra de mármol blanco a la izquierda y unas pocas mesas del mismo material junto a la pared de la derecha. Una música tipo Punk tronaba en el local y habría una veintena de jóvenes rapados con edades comprendidas entre los 15 y los 20 años bebiendo, bailando, riendo.

La barra estaba atendida por una rubia sorprendentemente guapa, quizá la nota más discordante de todo aquel escenario.

Todos pararon lo que estaban haciendo para mirar al recién llegado.

Flecha aún llevaba puesto el traje oscuro que se puso para el entierro de su esposa. Y por su edad, podría ser el padre de cualquiera de aquellos chavales.

Se acercó a la barra y pidió una cerveza. La camarera se la sirvió divertida.

—Aquí tienes, poli.

—¿Qué te debo? —preguntó Flecha sin dar mayor importancia al apodo con el que le acaba de bautizar la camarera buenorra.

—Nada, esta te la has ganado. Pero me temo que será la última que te tomes —dijo la hermosa rubia con una gran sonrisa.

Flecha la miró de reojo tratando de valorar el peso de sus palabras. *¿Me está amenazando? ¿Previendo...?*

—¿Cómo te llamas?

La camarera le miró un momento, sopesando si debía mentirle o ignorarle. Al final decidió decirle la verdad.

—Sofía, ¿y tú?

—Algunos me llaman Flecha. Dime, Sofía, busco al Panzer, ¿le has visto por aquí?

—¿Eres policía?

—¿Importa eso?

—Supongo que no. Seas lo que seas ha sido un placer conocerte. Está abajo. Ahí tienes las

escaleras —dijo la rubia apuntando con la cabeza a unos peldaños al final del local.

Flecha levantó el vaso en señal de gracias, y echó un trago a la cerveza. Posó el vaso sobre el mármol de la barra con olor a bayeta sucia y se encaminó hacia las escaleras.

Los jóvenes rapados le miraban atentos mientras pasaba delante de ellos, más sorprendidos que amenazadores. Flecha estaba acostumbrado a pasar revista a jóvenes boinas verdes y podía distinguir de un solo vistazo quién valía y quién no. Los chavales que tenía delante no valían una mierda. Eran jóvenes fanfarrones que escondían sus miedos e inseguridades bajo el escudo del grupo.

Bajó las escaleras sabiendo que le seguían de cerca todos los chavales del piso de arriba.

En el piso de abajo el ambiente era muy diferente. La música estaba mucho más baja, y en lugar de punk-rock, escuchaban a Wagner. El espacio estaba iluminado por lámparas dispuestas sobre las mesas circulares distribuidas por la sala, donde se sentaba una quincena de hombres de entre 25 y 50 años; la mayoría rapados con pantalones vaqueros, tirantes y botas; y otros, especialmente los de la mesa de la esquina del fondo, con vestimenta más neutral y discreta.

En el centro había una mesa de billar donde estaban jugando varios rapados. Enseguida reconoció al que se disponía a jugar cuando le iluminó la luz del billar al agacharse sobre la mesa.

El Panzer tenía una aparatosa escayola sobre la nariz, sostenida en la cara por lo que debían de ser varios rollos de esparadrapo. Levantó la vista y reconoció a Flecha al instante. Entonces se estiró y se acercó a él. Tenía el palo de billar todavía en la mano y varios de sus amigos se apostaron a su vera.

Era un poco tarde para pensar en haber venido armado. *Eso habría sido lo más inteligente*, pensó Flecha.

—Tengo que reconocer que tienes los huevos más grandes que el caballo de Espartero —dijo el Panzer haciendo una mueca bajo su máscara de esparadrapo.

—Imagino que hay que tener más huevos para entrar en este antro de maricones, que para atacar a una señorita y a su hermano de 15 años —contestó Flecha.

Ahora sí que había sentenciado su muerte.

El resto de los nazis se levantaron de sus sillas lentamente preguntándose si habían oído bien al pirado del traje.

El Panzer se giró hacia la mesa de la esquina del fondo, y todas las cabezas se volvieron hacia un tipo de unos 40 años con gafas redondas de montura metálica y pelo engominado con la raya a un lado.

—¿Has oído, Kaiser?, ¿qué te parece? Este es el tipo del que te hablé. ¿Qué quieres que hagamos con él?

El Kaiser miraba atónito a Flecha sin decir palabra. Todos los rapados le miraban expectantes para ver su reacción.

Alguien había apagado la música y no se oían ni las respiraciones.

—Estoy de acuerdo contigo, Panzer; este tipo tiene cojones. Y aunque es una característica que aprecio y admiro, nadie entra en nuestro club a insultarnos y sale por su propio pie.

El Panzer y otro de los jugadores de billar se echaron a por Flecha con los palos de billar.

El Panzer trató de golpearle en la cabeza y Flecha lo esquivó con facilidad. El otro le golpeó en el costado con el taco como un bateador de béisbol, ese golpe no pudo esquivarlo y se estrelló en sus costillas. Flecha contuvo el palo de billar debajo de su brazo y se giró a pesar del dolor que le produjo el impacto. En el mismo movimiento con el que giró para quitar el palo de la mano de su

atacante, lanzó una patada circular que golpeó al macarra en mitad del occipital, haciéndole soltar el palo y tambalearse hacia atrás.

Ahora Flecha estaba armado con un palo, probablemente con una o dos costillas rotas, pero armado y sobre todo muy cabreado...

El Panzer no se dio por vencido y, envalentonado por la presencia de todo su grupo, se lanzó de nuevo contra Flecha con el palo de billar en alto.

Flecha acortó la distancia, sorprendiendo al Panzer sin darle tiempo a que asestara el golpe, utilizando su taco de billar como un arpón. El taco le dio al Panzer en la garganta, pero con la parte de goma, no con la punta fina. Flecha tenía que defenderse, pero se recordó a sí mismo que no estaba en una zona de guerra, donde su táctica habría sido la de acabar con el enemigo, no reducirlo.

Al golpe en la garganta secundó una patada en los testículos. Un golpe sencillo, con poca técnica y menos clase, pero un golpe efectivo, vive Dios...

Flecha había depurado a través de los años sus técnicas de lucha. Había practicado además de taekwondo: jiu-jitsu, boxeo y aikido, creando su propia forma de lucha. No era bonita, era eficaz, era rápida. En su trabajo tenía que reducir a sus adversarios de forma contundente con la mayor brevedad posible.

Y eso es lo que estaba haciendo ahora.

Los cachorros de nazi del piso de arriba se le echaron encima por la espalda como una jauría de perros salvajes y hambrientos. Al primero, al más grande y peligroso, le partió el taco de billar en la cabeza. Se había quedado sin arma, pero con ello había dejado un oponente fuera de juego para el resto de la noche.

En este tipo de peleas de bar y riñas de bandas, normalmente no atacan todos al mismo tiempo, siempre hay un valiente

—como el grandullón que ahora estaba tirado en el suelo con la cabeza abierta— que entra primero al tajo y los demás esperan a ver qué ocurre. Si el que se lanza primero sale muy mal parado, normalmente el resto del grupo se lo piensa dos veces antes de atacar.

Las Brigadas del Norte no eran como los grupos normales. Se abalanzaron todos al mismo tiempo sobre Flecha, quien repartió golpes a derecha e izquierda con precisión y dureza, hasta que entre todos consiguieron agarrarle de pies y manos.

Cuando tuvieron a Flecha inmovilizado, había tirados siete rapados inconscientes o malamente doloridos en el suelo del bar.

El grupo se abrió, haciendo espacio hacia la mesa de la esquina, para que el líder de las gafas pudiera ver la presa.

El Kaiser se levantó ceremoniosamente.

Se hizo el silencio en el bar. El oído de Flecha pitaba a consecuencia de un golpe que había recibido en la oreja.

La lámpara del billar bailaba encima de la mesa, desprendiendo partículas de polvo y haciendo un juego de luz y sombra sobre las bolas de billar esparcidas sobre el tapete verde.

—Verdaderamente tienes los huevos más grandes que la cabeza —dijo el Kaiser sacando un puño americano del bolsillo de su chaqueta y colocándoselo entre los dedos de la mano derecha mientras se acercaba a Flecha.

El puñetazo fue rápido, casi pilló a Flecha desprevenido.

Casi.

Tuvo el tiempo justo para agachar la cabeza y hacer que el golpe solo se la rozara, y el puño americano del Kaiser terminó en los dientes de uno de los nazis que le agarraban por detrás. El tipo se tambaleó y soltó a Flecha casi perdiendo el conocimiento.

Flecha trató de zafarse. Lanzó un puñetazo con el brazo libre a otro de los que le agarraban rompiéndole el tabique nasal, pero le volvieron a parar a tiempo antes de que pudiera hacer más daño.

—¡Agarradle bien esta vez!

El Kaiser se ensañó esta vez golpeando con furia a Flecha en el estómago.

Golpear el abdomen de Flecha era como dar puñetazos en el tronco de un árbol. El Kaiser golpeaba, pero sentía su puño estrellarse contra algo sólido que no cedía.

Volvió a lanzar un puñetazo a la cabeza de Flecha. Esta vez le dio de lleno en la ceja y lo dejó aturdido, como si se hubiera caído contra el suelo de hormigón desde gran altura con la cabeza.

—¡Agarradlo! No quiero que pierda el conocimiento demasiado pronto. Quiero que sufra cada golpe y aprenda una lección que no olvide en su vida.

El Pazer cogió un cubo de agua con hielo que había estado enfriando una botella de vino blanco en la mesa del Kaiser. El agua salpicó la cara de Flecha, pero también bañó a todos los compañeros que lo agarraban.

El Kaiser se volvió al Panzer.

—Tómate tu tiempo. No termines con él demasiado pronto.

El Panzer sacó una navaja del bolsillo y la abrió a pocos centímetros de la cara de Flecha con una sonrisa despiadada.

—¡Despelotadle! —ordenó al Panzer.

Se oyeron unas risitas nerviosas de entre los más jóvenes.

Le quitaron la chaqueta y la lanzaron al suelo, a los pies del Kaiser. Le arrancaron la camisa blanca, rompiendo todos los botones, dejando su torso al descubierto.

El cuerpo de Flecha hacía justicia a los más de treinta años de intenso entrenamiento diario. No era el cuerpo de un guaperas de gimnasio o un chulo de playa. Flecha era uno de los soldados de élite mejor preparados en el mundo. Tipos como él se podían contar con los dedos de una mano a ambos lados del telón de acero, y su cuerpo era su arma más mortífera. El torso de Flecha no causaba envidia o adulación, el cuerpo de Flecha causaba respeto; era como mirar un fusil de gran calibre cargado y listo para disparar.

El sonido de un teléfono móvil se abrió paso haciendo el silencio de la sala. El Panzer miró al suelo donde estaba tirada la chaqueta de Flecha.

—¿Quién te llama a estas horas? ¿Tu novia, la poli? —El grupo de skins le rio la gracia—. Vamos a contestar y así te despides de ella. También le puedes decir que luego tal vez le hagamos nosotros una visita.

El Panzer se agachó a coger la chaqueta de Flecha y hurgar en sus bolsillos.

Cuando consiguió sacar el teléfono del bolsillo ya habían colgado. El Panzer desbloqueó la pantalla del teléfono y miró a ver quién había llamado. En ese momento llegó un mensaje.

—‘Llegando’ —leyó el Panzer en voz alta—. ¿Llegando? ¿Quién? ¿Dónde? —preguntó a Flecha con sorna.

Alguien aporreó la puerta de entrada al bar. El portero la había cerrado en cuanto Flecha había bajado las escaleras.

—Ve a ver quién es. Si es la poli, no abras; no pueden obligarnos a dejarles entrar sin orden judicial —dijo el Kaiser al portero gigante que ahora contemplaba la escena desde las escaleras.

Quedaron todos en silencio, tratando de oír lo que ocurría en la puerta de arriba.

Desde abajo oyeron al gigante abrir el cerrojo y hablar con alguien, pero no se podía discernir qué es lo que estaba diciendo.

De pronto se oyó un gran estruendo, como si hubieran echado la puerta abajo con un ariete.

Dos segundos más tarde se oyó algo caer aparatosamente por las escaleras. Era el portero cachas rodando escaleras abajo. Inconsciente.

Todos los skins del piso de abajo esperaban ahora oír el apresurado ruido de pisadas de un grupo de asalto de la policía bajando las escaleras, pero en cambio solo oyeron unas pesadas pisadas bajar lentamente haciendo crujir cada peldaño bajo su peso.

Lo primero que vieron fueron las botas militares y los pantalones vaqueros, ¿podía ser uno de ellos?

Cuando llegó al último escalón, TNT se agachó para poder entrar en la sala del billar sin darse con el marco de la puerta con la cabeza.

Todos le miraban boquiabiertos.

TNT llevaba en el pecho una camiseta verde del Ejército, y la muerte en su mirada.

Flecha imponía, pero, aun así, en una admirable manifestación de valor, entre todos los rapados habían juntado agallas suficientes para echársele encima.

Pero TNT era otra cosa. A él no había cojones de acercarse.

—¿Interrumpo algo? —preguntó TNT dirigiéndose a Flecha.

—No, les estaba dando una lección a esta panda de nenazas. Ya casi había terminado con ellos —dijo Flecha todavía fuertemente apresado entre el núcleo duro de los rapados y sangrando profusamente del ojo.

—¿Sargento Urizberea...? —dijo el Kaiser tras sus gafas de montura metálica.

TNT se giró hacia él.

—Cabo Goudier, ¿qué coño haces aquí con esta pandilla de parias, blandengues y gualdrapas?

Nacho Goudier se había labrado su reputación y liderazgo como fundador de la Brigada del Norte tras salir de la BOEL (Bandera de Operaciones de la Legión). Sus adeptos, sobre todo los cachorros de la Brigada, absorbían cada palabra de sus historias sobre las numerosas misiones en las que había combatido en los Balcanes. Goudier, o el Kaiser, como le llamaban sus adeptos, era un héroe, una leyenda, un ejemplo a seguir para todos los nazis de la brigada.

Ahora Nacho Goudier miraba a TNT, desconcertado —cualquiera habría dicho que con miedo, si no fuera porque se trataba del gran Kaiser—.

TNT miró con severidad al Kaiser y luego a Flecha, y nuevamente al Kaiser.

—¿No se te habrá ocurrido a ti ponerle una mano encima al capitán Flecha?

—¿El... el capitán Flecha?, ¿de la UOE?

TNT se acercó al Kaiser y le dio una colleja que casi le hace caer las gafas.

—Sí, el capitán Flecha. ¿Le has puesto tus amariconadas y desertoras manos encima?

Otra colleja.

—Yo... no sabía...

Otra colleja.

TNT parecía casi como un frutero gigante que había pillado a un chiquillo robando una manzana. Los nazis miraban atónitos la escena.

—Yo no sabía... —dijo TNT imitando al líder de los skinheads con mofa—. ¡Imbécil! Y

vosotros, ¡quitadle las manos de encima a mi capitán ahora mismo!

Otra colleja.

El pelo del Kaiser, hace unos momentos perfectamente engominado y en su sitio, caía ahora lacio y revoltoso tapándole media cara. Las gafas se le habían caído al suelo y TNT las pisó haciéndolas añicos.

—Dame una sola razón para que no te estrangule y acabe contigo ahora mismo.

Cuando soltaron a Flecha, los nazis se apartaron de él como quien acaba de poner en libertad a un animal salvaje que pudiera atacarlos en cualquier momento.

Flecha cogió su chaqueta y su móvil de la mano del Panzer, que todavía los sostenía con cara de pasmado. Luego Flecha se acercó a un nazi de su altura que llevaba un polo negro de Fred Perry.

—Tú. Quítate la camisa.

El nazi se la quitó al instante y se la tendió. Flecha se puso el polo y se echó la chaqueta al hombro como si fuera el saco de papá Noel.

—¿Qué hacemos, Flecha? ¿Quieres que los matemos a todos? Luego podríamos quemar el local y hacer que parezca un terrible accidente.

Varios de los skins más jóvenes salieron corriendo escaleras arriba.

Flecha se quedó en silencio un momento mirando a los skinheads, como contemplando seriamente la idea que proponía TNT.

—No. Tengo una idea mejor —dijo encaminándose a la mesa de la esquina—. Vosotros dos, venid aquí —dijo refiriéndose al Panzer y al Kaiser—. Sofía, ponnos una cerveza a mi amigo TNT y a mí, si eres tan amable.

Sofía, la preciosa camarera rubia que había visto toda la acción desde las escaleras, sonrió a Flecha y subió corriendo las escaleras de dos en dos en busca de las cervezas.

Flecha y TNT se sentaron a la mesa, pero no dejaron al Kaiser ni al Panzer que se sentaran junto a ellos.

—Vosotros dos, quedaos de pie y escuchad atentamente al capitán —advirtió, más que ordenó, TNT.

Sofía llegó con una bandeja con dos cervezas, un plato con almendras y una bolsa de hielo envuelta en un trapo limpio para la ceja de Flecha.

—Lo siento mi capitán, no sabía que era... —empezó a decir el Kaiser.

—¡Cállate! —gritó TNT—. Él no es tu capitán. No te mereces llamarle TU capitán. Te cagaste cuando estábamos en los Balcanes y te pegaste un tiro en el pie para que te mandaran de vuelta a casa con mamá. Eres el único tipo de una unidad mía que haya hecho algo parecido y jamás lo olvidaré. Humillaste a la unidad, humillaste a la BOEL y humillaste a España. Ahora cierra el pico y escucha al capitán.

Flecha miraba a su cerveza tratando de no sonreír, mientras TNT le soltaba la perorata al líder de los skinheads. Siempre disfrutó escuchando a su amigo TNT poniendo a sus muchachos en su sitio. Nadie lo hacía mejor que él.

—Conocéis a mi amiga Teresa y a su hermano Alfonso...

—empezó diciendo Flecha.

El Kaiser miró al Panzer buscando apoyo.

—Sí... sí, señor —respondió el Panzer mirando al suelo.

—Teresa necesita cortesía y protección. A partir de mañana, como mínimo dos de vosotros, estará siempre a sus órdenes cuando venga a recoger a su hermano y cuando le traiga por la tarde.

Uno le guardará todos los días un espacio para aparcar frente a la clínica para que no tenga que dejar el coche en doble fila, y el otro le abrirá la puerta de la clínica. ¿Entendido?

—Sí, señor —contestaron los dos a coro.

Cuando salieron del bar, los servicios de limpieza de Madrid estaban barriendo las aceras.

Es casi como de magia: con toda la suciedad y basura que se deja cada noche por las calles de la capital, cuando uno despierta a un nuevo día, las aceras están pulcras e impolutas como si nada hubiera ocurrido la noche anterior.

Uno de los barrenderos regaba la acera con una manguera e hizo contacto visual con Flecha. Flecha le saludó con la cabeza.

—Gracias —dijo Flecha.

—Buenos días —contestó el barrendero.

Flecha y TNT anduvieron hasta el coche de TNT, aparcado a media manzana de distancia.

—¿Vamos a desayunar? —preguntó TNT.

Flecha miró al cielo. Todavía estaba oscuro, pero el sol no tardaría mucho en salir; eran casi las seis de la mañana.

—Tengo que dormir. No he dormido desde que salí de prisión hace dos días. Tengo tres días más para resolver el caso y agarrar al hijo de puta que mató a Cova, si no lo encuentro, me meterán de vuelta en prisión. Debo dormir, aunque sea un par de horas, para poder utilizar la cabeza para otra cosa además de para parar golpes —dijo Flecha tocándose la ceja, suavemente con la palma de la mano, donde la camarera le había puesto unas tiras adhesivas de sutura para parar la hemorragia antes de salir del bar.

—Sube al coche, te llevo a casa —dijo TNT.

En cuanto el coche se puso en marcha, Flecha apoyó la cabeza contra la ventanilla y se quedó profundamente dormido.

Cuando llegaron al primer semáforo el teléfono de Flecha empezó a sonar. Flecha despertó desorientado y sin saber bien dónde estaba. Le daba la sensación de llevar dormido horas, aunque no habían pasado aún ni cinco minutos desde que salieron de la cervecería Bismark.

—Flecha al habla.

—Flecha, ¿te he despertado? —preguntó la voz de Teresa.

—Puedes decir que sí, eso creo.

—Pues levántate de la cama, gandul. Ya tendrás tiempo de dormir cuando hayamos resuelto el caso. Quiero que vengas a la oficina lo antes posible, tenemos nuevas pistas y nueva información que tienes que ver.

Flecha miró su reloj de muñeca; estaba a punto de marcar las seis de la mañana.

—Necesito ducharme y cambiarme de ropa. Estaré ahí a las siete en punto.

Flecha colgó el teléfono y su amigo le miró de reojo.

—¿Cambio de planes?

—Cambio de planes. Tú querías desayunar, ¿verdad? Ve a mi casa por Puerta de Hierro, y cuando pasemos por La Coma, en la Carretera de la Playa hay una pequeña churrería; hacen ahí los mejores churros y las mejores porras que hayas probado en tu vida. Creo que es exactamente lo que necesitamos.

Flecha llegó a su casa quince minutos más tarde, se había comido veinticinco churros de una

bolsa de papel y se había bebido dos cafés.

Se despidió de su amigo TNT. Subió a su casa, se duchó, se puso unos vaqueros limpios, una camiseta blanca y una camisa de franela a cuadros encima.

Flecha entró en la sala de situación a las 06.59 horas. Dentro estaban Petete, Jacobo, Teresa y Luis Farla, con dos nerds más del técnico. La mesa estaba más desordenada que de costumbre. Había tazas de café sucias en cada esquina, dos cajas de seis donuts vacías con el plástico pringoso de azúcar pegado a la superficie de la mesa. La papelera estaba llena de bolas de papel, unas cajitas de cartón blanco de la comida de un chino se habían desbordado y estaban en el suelo con algo de arroz y un guisante esparcidos por el suelo. Petete y su equipo habían estado trabajando a contrarreloj toda la noche.

Cuando Flecha entró todos los presentes levantaron la cabeza. Nadie parecía haber dormido esa noche, Flecha parecía el más fresco y despierto después de la rápida ducha que se había dado y la muda de ropa.

—¿Qué te ha pasado en la cara? —preguntó Petete, refiriéndose al corte mal curado que traía Flecha en una ceja.

—Nada, me he cortado afeitándome.

—¿Ahora te afeitas también las cejas? —preguntó Teresa.

Flecha sonrió y se sentó en una silla sin contestar.

El inspector jefe entró en la sala.

—Joder, ¡qué peste! —dijo cuando abrió la puerta—. Aquí huele a tigre que echa para atrás. Jacobo, abre todas las ventanas.

Fuera había empezado otra vez a llover, y hacía menos de diez grados, pero todos en la sala agradecieron un poco de oxígeno. El inspector llamó a un administrativo por el pasillo y le dijo que trajera unas bolsas de basura y algo para limpiar la mesa.

Después de limpiar toda la sala y dejar que se purificara el aire de dentro, cerraron la puerta y todas las ventanas menos una para que siguiera corriendo un poco de aire.

—Luis Farla, ¿quieres empezar? —dijo Teresa una vez se hubieron sentado todos de nuevo.

Farla carraspeó y se levantó. Enchufó su ordenador al HDMI y comenzó a pasar fotos de la mesa de operaciones del instituto forense.

—A este cuerpo le faltaba la cabeza, como a todos los demás, pero además, también le faltaba el muslo de la pierna derecha y le habían extirpado el músculo iliopsoas menor...

—¿Y qué diablos es eso? —preguntó el inspector jefe.

—El solomillo —dijo Flecha.

El inspector echó una mirada sombría a Flecha donde decía que no le había preguntado a él. Volvió a mirar a Farla reclamando su respuesta.

—Pues sí, es un músculo interno que está entre el abdomen bajo y la espalda. Es lo que en la carnicería conocerían como el solomillo.

—¿Y para qué diablos querría alguien cortar eso? —dijo el inspector mordiendo cada palabra.

Se quedaron todos en silencio durante un instante tratando de buscar una razón lógica a este dantesco rompecabezas.

—Me temo que nuestro asesino además de fetichista es un caníbal —dijo al fin Flecha.

Esta vez el inspector no le recriminó que hablara sin ser preguntado. Se quedó mirando

incrédulo a las fotos del proyector.

—¿Será eso posible?

—Me temo que sí, jefe —dijo Luis Farla—. En cada uno de los cadáveres encontrados, faltaba trozos de tejido que habían sido seccionados del cuerpo con precisión.

—Con precisión... ¿de cirujano? ¿Podemos estar detrás de otro médico chalado? —preguntó Teresa.

—No tiene por qué. Los cortes están hechos con cuchillos de gran filo, pero no necesariamente con bisturí. No hay que desechar la idea de que pudiera ser un médico, pero tampoco centrar la investigación en ese punto —contestó Luis Farla.

—Petete —dijo Flecha levantándose—, ¿podemos conseguir la información de los casos de canibalismo que haya habido en España en los últimos quince o veinte años?

—Eso será rápido —contestó Petete—. Yo no recuerdo que haya habido un solo caso de canibalismo en España desde que el mundo es mundo.

—Tienes razón. No tiene que ser únicamente España. Ahora con la Unión Europea podríamos tener cualquier psicópata inglés o alemán en España sin que hayan saltado las alarmas. ¿Podrías conseguir información de casos de canibalismo en toda Europa? Y si es necesario, podemos después extender el territorio si no encontramos la información que necesitamos en Europa.

—Claro que sí. Jaime, busca en los archivos de la Europol. Chema, mira a ver qué encuentras con la Interpol. Yo miraré lo que podamos tener en nuestros archivos del histórico nacional —dijo Petete poniendo a su pequeño grupo de técnicos en marcha.

—¡Y rápido! —añadió el inspector jefe—. Recordad que solo pueden contar con vuestra ayuda hasta las 20.00 horas de esta tarde y hay todavía mucho camino que recorrer.

Flecha se acercó a la pared donde tenían los esquemas y las fotos de la investigación, y miró una a una a todas las desaparecidas. Todos en la sala le miraban, expectantes.

—Entiendo que los domicilios del resto de desaparecidas no han sido registrados aún...

—No —dijo Jacobo—. Hasta que no tenemos un aviso de los vecinos o pruebas que nos lleven a pensar que el desaparecido puede estar muerto en el interior del domicilio, no pedimos autorización del juez para entrar.

—Creo que podríamos decir que tenemos más que suficientes indicios que nos llevan a pensar que todas estas mujeres han podido ser asesinadas. Deberíamos registrar todas las casas lo antes posible. Me temo que llegamos demasiado tarde si pensamos en salvar la vida de alguna de estas mujeres, pero al menos, espero que podamos encontrar alguna prueba que nos pueda llevar a detener al agresor o agresores antes de que encuentren una nueva víctima.

—Voy a tramitar las órdenes de registro ahora mismo —dijo Jacobo—. No debería de llevarme más de diez minutos si tenemos el aprobado y la firma del jefe...

Todos se volvieron a mirar al jefe y este asintió sin decir nada.

Jacobo salió de la sala a preparar la documentación.

El inspector jefe miraba sorprendido con qué facilidad ponía Flecha a trabajar a su propio equipo. Le habían conocido hace dos días, recién salido de la cárcel, sin experiencia en la policía y ahora tenía a todo su equipo en movimiento con un simple chasquido de sus dedos. Quería hacer un comentario para que se supiera que él era todavía el que estaba al cargo... pero no se le ocurrió nada que decir.

—Nos quedan cuatro desaparecidas. Hagamos dos grupos de dos para inspeccionar los domicilios. Jacobo y Luis Farla, vosotros registraréis estas dos y yo iré con Teresa a estas otras.

En cuanto tengamos las autorizaciones del juez nos ponemos en marcha. Creo que sería bueno que pusiéramos en preaviso a la policía científica para que pudieran estar operativos tan pronto entremos en los primeros domicilios.

Teresa tenía que llevar a su hermano a la universidad. Flecha se fue con ella, no había nada que pudieran hacer hasta que les llegase la aprobación del juez para registrar las casas, así que se ofreció a acompañarla. Además, quería ver qué fruto habían dado sus gestiones de la noche anterior en la cervecería Bismark.

En el coche, camino del sanatorio, Teresa jugaba nerviosa con el dobladillo de su vestido negro, que todavía llevaba puesto desde la noche anterior. No quería hablar de los nazis, ni mostrar debilidad, ni miedo, pero claramente era un tema que le tenía la cabeza comida.

—Por cierto, me ha mandado un mensaje María del Mar esta mañana —dijo Teresa para tratar de pensar en otra cosa.

—¿La esposa de Navarro?

—Sí, esa. Dice que quiere dar esta tarde una copa en su casa y me ha pedido que vayamos los dos.

—¿Y qué pinto yo en eso? ¿No sería más normal que invitase a tu prometido?

—Para empezar Pepe no es mi prometido... todavía. Cuando nos marchamos anoche, siguieron hablando del caso de las mujeres desaparecidas y de los asesinatos, y parece que tienen muchos más conocidos y coincidencias con el grupo de las desaparecidas y han pensado que tal vez esa información pueda servirnos de ayuda.

Flecha no contestó. Se quedó serio concentrado en la carretera.

Al llegar a la plaza frente al sanatorio de Alfonso, Teresa vio a un mullido grupo de rapados en el banco donde acostumbraban a sentarse.

—¡Tienen a Alfonso! —gritó Teresa saliendo del coche antes de que Flecha hubiera frenado del todo.

Teresa corrió en dirección al grupo gritando a los rapados que se apartaran. El grupo de skins se movió dejándola vía libre.

Alfonso estaba sentado en el suelo en medio del corro que le hacían los rapados.

—Hola, Teresa, ¡mira lo que me han regalado! —dijo Alfonso enseñando a su hermana un coche teledirigido con motor de gasolina.

Teresa paró frente a él sin entender lo que le decía, se tiró al suelo y le pasó las manos por la cara y la cabeza buscando alguna magulladura. Levantó la vista desconcertada mirando a los rapados que los rodeaban y se encontró de frente con el Panzer, que todavía tenía su aparatosa escayola sobre la nariz.

—Se lo hemos regalado nosotros... como señal de disculpa —dijo el Panzer.

—Panzer me lo ha dado. Dice que la última vez estaban solo jugando con nosotros, y que sienten si nos asustaron y fueron demasiado bruscos —dijo Alfonso disculpando a los nazis.

—¡Demasiado bruscos...! —resopló Teresa levantándose del suelo y mirando al grupo de skinheads uno a uno. Cuatro hombres más del grupo tenían señales visibles en la cara de haber sufrido un terrible accidente: ojos morados, labios partidos... uno, incluso, llevaba el brazo en cabestrillo.

Teresa volvió la mirada hacia el coche donde la esperaba Flecha, con algo más que una sospecha sobre lo que le había podido haber ocurrido a este grupo de chavales la noche anterior.

—Queremos pedirle perdón. Desde hoy, nos ofrecemos como escolta y ayuda de ustedes dos para lo que necesiten.

—Eso no será necesario. Simplemente, no nos molestéis más. Eso será más que suficiente. Gracias. Adiós.

Teresa y Alfonso volvieron al coche apresuradamente.

Alfonso trataba de enseñar emocionado el coche a su hermana, pero esta le llevaba a empellones sin prestarle atención.

Junto al coche de Marcos había dos nazis más, uno con pelo engominado y gafas de montura metálica, y otro grandullón con la cabeza rapada. El engominado abrió la puerta del copiloto, para dejar entrar a Teresa y a Alfonso en el coche, y les deseó los buenos días.

Cuando las puertas se cerraron Teresa respiró hondo con la vista fija al frente.

—¿Qué es lo que acaba de pasar? —dijo, y giró la cabeza hacia Flecha, que la miraba divertido desde detrás del volante—. Por favor, pellízcame y dime que no lo he soñado.

—¿Que te pellizque? ¿Aquí? ¿Qué pensará tu hermano?

Alfonso se rio, y le puso el nuevo coche teledirigido a Flecha delante de la cara para que lo viera.

—¡Mira, Flecha! ¡A que mola! Me lo han regalado mis amigos de la plaza.

Llevaron a Alfonso a la universidad. Teresa se relajó aliviada viendo el entusiasmo de su hermano.

¿De verdad nos habremos librado de una vez por todas del abuso de la pandilla que lleva meses haciéndonos la vida imposible?

Al llegar a la universidad, Teresa bajó del coche con Alfonso y Flecha se quedó otra vez a esperar en el coche a que volviera.

Flecha los vio perderse calle abajo, entre un río de estudiantes que andaban en todas direcciones con la mochila al hombro. Teresa y Alfonso se metieron en el edificio, y Flecha encendió la radio para hacer tiempo mientras esperaba.

Cuando levantó la vista del salpicadero, vio a una estudiante pasar a un metro del coche andando apresuradamente hacia el edificio. Tenía las dos manos agarrando los tirantes de la mochila y la media coleta de pelo rizado castaño se balanceaba rítmicamente a un lado y a otro al son de su andar.

En este contexto y vestida con la simpleza de una estudiante de ingeniería, podría habersele pasado por alto a cualquiera. Pero no a Flecha. No solo sabía que la había visto antes, pero además sabía exactamente dónde.

Era la camarera que se trajo Iván el carnicero como ayuda a la cena en el Txoko.

Flecha pensó en salir detrás de ella, pero, ¿qué es lo que la quería preguntar? *¿Cómo una tipa como tú, un día parece un zorrón de bolso y esquina, y al día siguiente parece ser una pudorosa estudiante de Teleco?* Esa conversación no tenía visos de acabar muy bien, así que la miró alejarse y entrar por la misma puerta por la que en ese momento salía Teresa casi chocándose con ella.

—¿Has visto a esa chica? —preguntó Flecha cuando Teresa entró en el coche.

—¿A qué chica?

—A la camarera. La del Txoko. Casi chocáis cuando salías del edificio.

—¿La ucraniana de la cofia y la minifalda?, ¿la que os hacía a todos babear cada vez que se agachaba un poco?

—¡Esa! —dijo Flecha—. Aunque que conste que no me había fijado en ella... —añadió un poco ofuscado, recordando perfectamente el momento en el que a la camarera se le cayó un vaso de la bandeja y se agachó a recogerlo sin necesidad de doblar las rodillas.

—Ya. Pues no, no me he fijado, pero puedo asegurarte que se trataba de otra persona, la chavala esa seguro que esconde muchas sorpresas en su vida personal, pero no creo que el ser estudiante de telecomunicaciones se encuentre entre ellas.

Flecha decidió no insistir más en el tema, puso el coche en marcha y preguntó a dónde iban.

Teresa dijo que le gustaría pasar por su casa primero. Necesitaba pegarse una ducha rápida y cambiarse de ropa. No pensaba que el vestido negro que llevaba puesto desde la noche anterior fuera la indumentaria más adecuada para visitar escenas de crimen.

—¿Vives aquí con Pepe? —preguntó Flecha cuando entraron en la casa de Teresa.

Ella se quitó los zapatos con la mano, de uno en uno, andando torpemente a la pata coja, y lanzándolos contra una esquina de la entrada.

—No, no vivimos juntos. De hecho, ahora que lo dices, Pepe nunca ha estado en mi apartamento... ¿un café?

—Sí, gracias.

Era un apartamento de una sola habitación, un salón-comedor y una pequeña cocina. Tendría a lo sumo cincuenta metros cuadrados, pero era acogedor y decorado con mucho gusto.

Flecha se sentó en el sofá mientras Teresa ponía una capsula en la máquina de Nespresso.

—La verdad es que yo he estado en su apartamento dos veces, y nunca me he quedado a dormir —dijo Teresa desde la cocina reanudando la conversación sobre Pepe.

—¿Nunca? —dijo Flecha sorprendido mirando a Teresa ponerse de puntillas con sus pies descalzos para sacar dos tazas de un armario de la cocina. Tenía unas piernas esculturales, y la piel de un color caoba más propio de una surfera que vive en constante contacto con el sol y el mar.

—No, nunca. Llevamos saliendo casi medio año, y nunca hemos pasado la noche juntos. Bueno, una vez sí, pero... no sé si eso cuenta —dijo Teresa mirando de refilón a Marcos tímidamente.

—¿No sabes si cuenta? —preguntó Flecha levantando una ceja y tomando la taza humeante que Teresa le tendía—. Gracias.

Teresa se subió un poco el vestido por encima de las rodillas y se sentó en el sofá con las piernas cruzadas como un indio junto a Flecha. Puso su taza de café sobre la cómoda de su ropa junto al sofá. Tenía la cómoda en la sala de estar ya que no cabía dentro de su diminuta habitación, explicó.

—No, no sé si cuenta. La verdad es que es un poco extraño. Más ahora tratando de explicarlo en voz alta por primera vez, pero Pepe y yo no nos hemos acostado aún.

—El Encinar, el colegio al que fuimos todos, era un colegio muy tradicional donde nos inculcaron unas normas morales muy estrictas... —dijo Flecha tratando de excusar a Pepe por alguna extraña razón.

—No, no es nada de eso. Te aseguro que ese no es el problema de Pepe. Pepe tiene muchas cualidades, pero creo que la moral no es una de ellas, y desde luego no es de seguir normas y

menos aún religiosas. No creo que Pepe haya pisado una iglesia en su vida.

—Entonces, ¿de qué crees que se trata? —Flecha tenía una vaga idea, una suposición de cuál debía de ser la razón. A Flecha siempre le pareció que a Pepe le tiraba más el otro bando.

—La verdad es que no lo sé. Tampoco he tenido mucho tiempo para pensarlo, pero cuando pregunto a Pepe por su pasado, siempre me contesta de forma vaga. Me da la sensación de que nunca ha tenido una novia, y no parece que la echara en falta tampoco.

Flecha miró a Teresa, pero no dijo nada, se limitó a dar un sorbo al café en silencio.

Teresa le miró un poco cohibida, quería contarle más. Flecha, detrás de esa fachada de granito, escondía una extraña empatía en su mirada. Cuando Flecha la miraba, había algo en esos duros ojos color mar que la atraían, casi se podía decir que la hechizaban. Pero ya había hablado demasiado.

—Me voy a la ducha —dijo Teresa levantándose como un resorte del sofá.

Dio tres pasos hasta el baño, encendió la luz y giró el grifo de la ducha. Al momento volvió a la sala de estar y se dio la vuelta delante de Flecha, apartándose la coleta.

—Ayúdame a desabrocharme la cremallera. ¡Estos vestidos están diseñados para contorsionistas!

Flecha se incorporó un poco en el sofá y agarró el tirador de la cremallera y lo deslizó suavemente hasta llegar al tope, dejando al descubierto la atlética espalda de Teresa.

El olor del pelo de Teresa le entró cálido muy dentro del pecho.

Ella se escapó, dando rápidos pasos cortos, mientras se desprendía del vestido antes de llegar al baño. Entró y dejó la puerta entreabierta mientras se metía en la ducha.

Flecha se acercó el café a los labios, pero inclinó la taza antes de que le llegara a la boca derramándose buena parte del contenido sobre la camiseta. Eso le despertó por un momento y le hizo recordar que había enterrado a su esposa el día anterior.

¡En qué estaré pensando!, s e recriminó.

Cuando Teresa apagó el agua de la ducha, recordó que la ropa limpia la tenía en la cómoda de la sala de estar, junto a Flecha. No estaba muy segura de si realmente se había olvidado de coger la ropa, o si su pícaro subconsciente estaba decidido a tratar de seducir a Flecha. Ella tenía un novio serio, Flecha acababa de perder a su esposa y, además, Flecha estaba bajo su custodia y seguía siendo, a los ojos de la ley, el principal sospechoso de la muerte de Covadonga Martín. Lo último que debía hacer era tratar de liarse con él, pero todas estas razones, lo único que hacían era añadir unas dosis de morbo a la idea de seducir a Flecha.

Se medio tapó con la toalla y salió de la habitación secándose el pelo con un extremo de la toalla dejando al descubierto su pecho de forma muy estudiada. Se había mirado en el espejo del baño antes de salir para ver el efecto que podía producir a ojos ajenos, y pensó que aparentaba una total y casual camaradería, como la que tendría en los vestuarios con sus viejas compañeras del equipo de fútbol, pero el corazón la golpeaba en el pecho con fuerza, como el de una colegiala en una primera cita.

Flecha estaba completamente dormido sobre el sofá cuando Teresa entró en la sala de estar. Su taza de café reposaba en precario equilibrio sobre su pecho y subía y bajaba al ritmo de sus ronquidos.

Teresa, decepcionada, dejó caer la toalla al suelo, cogió la taza de Flecha y la llevó hasta la cocina.

Volvió a la sala de estar completamente desnuda, y echó un último vistazo al derrotado Flecha. A pesar de estar dormido, podía presumirse las abdominales de Flecha marcadas a través del fino

algodón de la camiseta como una tabla de lavar la ropa.

Teresa acercó la mano al cuerpo de Flecha, pero se lo pensó mejor. Se dio media vuelta y se vistió.

Teresa le dejó dormir. Sacó su portátil y se puso a trabajar desde la mesa de la cocina mientras esperaban a recibir la luz verde del juez para registrar las casas de las desaparecidas.

—He encontrado otra coincidencia entre las víctimas —dijo Teresa cuando entraron en la M-30 con el coche de Flecha una hora y media más tarde.

—¿De qué se trata?

—Tal vez no es nada, sobre todo porque no es aplicable a *todas* las víctimas. Estaba revisando otra vez la información que tenemos de todas ellas y, ¿te acuerdas que pensamos que tal vez el colegio Nuestra Señora de las Nieves podía ser un común denominador?

—Sí, pero Covadonga no había ido a ese colegio, ni tampoco María López.

—No, pero escucha esto: todos los esposos o novios conocidos de las víctimas fueron a El Encinar.

—¿Estás segura de eso?

—Completamente, pero eso no es todo. He estado mirando los informes que nos ha pasado Petete mientras dormías, y he comprobado que, además, los maridos de las víctimas sois todos de la misma clase que se graduó en el 94.

Flecha se quedó callado asimilando esa información.

—Menos el marido de María López. Ya teníamos la información de su marido, y ese no estuvo en mi clase —dijo al cabo de un rato.

—Eso pensábamos, pero he indagado un poco más, y he visto que Humberto Estrada vino nuevo a El Encinar en COU, el año que tú te fuiste al extranjero. Por eso no le conocías.

—¡Con él ya somos tres! —exclamó Flecha.

—Todavía nos falta información por recopilar, y los nombres de varias de las parejas de las víctimas, pero puede que tengamos aquí un común denominador.

—Tenemos que conseguir el nombre de las parejas del resto de las víctimas —dijo Flecha, al tiempo que el teléfono de Teresa empezaba a sonar.

—Es Petete. Parece que nos esté leyendo la mente —dijo Teresa contestando la llamada y poniendo el teléfono en altavoz sobre el salpicadero del coche para que los dos pudieran escuchar.

—Petete, necesitamos toda la información de los novios y maridos de las víctimas.

—Para eso justo os llamaba, ¿sabéis que Humberto Estrada fue también a El Encinar? —Teresa y Flecha se miraron y sonrieron.

—Sí, justo estábamos hablando de eso.

—Parece que cinco de las parejas que de momento conocemos son de El Encinar y de la clase del 94, y, salvo tú, Flecha, están todos o muertos o en paradero desconocido. Humberto Estrada, el marido de María López, se divorció de ella hace tres meses, y no conseguimos encontrarle ni en su trabajo ni en ninguna parte. Herminio Chiclana, era el marido de Clara Benjumea, se separó hace dos meses...

—Chiclana... —murmuró Flecha para sí mismo.

—El tercero es Carlos Laporta, que estaba de viaje en China, y estamos tratando de contactar con él. El cuarto es Flecha, y el quinto es Fernando Almeida, de quien ya habéis visto en el estado en el que le encontramos en el maletero de su coche...

Teresa y Flecha volvieron a mirarse, pero esta vez no había sonrisa de resabido en sus caras. Esta vez Petete sí que había conseguido sorprenderles.

Una nueva llamada entró en el teléfono de Teresa. Era Jacobo.

—Petete, tengo otra llamada. Buen trabajo. Hablamos más tarde. Hola, Jacobo, ¿qué tienes?

—Tenéis que venir a ver esto —pidió Jacobo—. ¡Ahora!

Teresa y Flecha cambiaron el rumbo y se dirigieron a la dirección que les había indicado Jacobo en las montañas de Madrid.

Jacobo había empezado sus pesquisas en el domicilio de Patricia Jaenilla. Patricia tenía un apartamento en Montecarmelo, pero estaba vacío y no había señales de violencia. El portero le dijo a Jacobo y a Luis Farla que la última vez que había visto a Patricia, había sido el miércoles pasado, cuando estaba cargando su coche para irse de fin de semana a su casa de la montaña. Después de hacer unas averiguaciones, Jacobo y Farla consiguieron la dirección de la casa que tenía Patricia Jaenilla en Valsaín, no muy lejos de La Granja de San Ildefonso.

La casa era un viejo molino reacondicionado que había heredado Patricia de su abuela.

Carlos Laporta, el novio de Patricia, había pedido a la policía que fueran a registrar la casa cuando denunció la desaparición el mismo jueves por la mañana. El novio estaba en China, en viaje de negocios desde el jueves anterior, y Patricia había decidido subir a su casa de la montaña sola, como hacía muchas veces cuando su novio estaba viajando. Por la tarde, Carlos Laporta llamó directamente a la policía desde Zhejiang después de no haber sabido nada de su novia en todo el día. La policía pasó de él y le dijeron que era muy pronto para denunciar una desaparición. Pero Laporta se oía algo. Era la primera vez que ocurría, la había llamado varias veces y enviado numerosos mensajes ese día, y no había obtenido respuesta. Parecía como que el móvil estaba apagado, cosa que no era infrecuente, dada la mala cobertura que tenían en la montaña. Pero que no recibiera nada de ella en todo el día activó en él todas las alarmas...

Los municipales se acercaron a la casa después de su insistencia, y aseguraron al novio que no había ningún coche aparcado en la casa y que nadie contestaba a la puerta.

La casa estaba cerrada a cal y canto.

Allí no había nadie, confirmó la policía, y no habían vuelto a pasar por allí.

Hemos tratado de ponernos en contacto con Carlos Laporta —dijo Jacobo—, pero parece ser que se cogió un vuelo de vuelta el mismo jueves. Tenían confirmación de su salida en avión desde China y su llegada a España por el aeropuerto Adolfo Suárez Madrid-Barajas, pero después parece que ha desaparecido también. No hay forma de dar con él.

El abogado de Carlos Laporta presentó una denuncia por desaparición el mismo viernes en una comisaría de la policía nacional en Madrid.

Jacobo estaba en la casa de campo en Valsaín abriendo las ventanas cuando llegaron Teresa y Flecha. Cerraron las puertas del coche y les envolvió el silencio de la montaña. Un viento frío, con olor a leña y resina, silbaba sobre las ramas de los pinos. Un cencerro se oyó a lo lejos, en los pastos del otro lado del río, donde el ganado pacía sin inmutarse tras el refugio de los zarzales.

Cuando entraron en la casa, les recibió el olor a madera del cedro aromático que desprendían los paneles que cubrían las paredes y las vigas del techo.

—Aquí, en el salón —dijo Jacobo llamándoles desde el interior.

Se acercaron a Jacobo que les llamaba desde la gran chimenea de piedra, que ocupaba toda la esquina opuesta al salón, al otro extremo de la casa. Luis Farla estaba de rodillas, en el suelo, con unos guantes de látex blancos, e inspeccionando a través de sus gafas de pasta algo que tenía cogido con unas pinzas.

Jacobo se apartó para dejar ver a los recién llegados lo que habían descubierto.

En la chimenea había dispuesta una parrilla, en la que quedaban los restos de un asado, en el que parecía que Luis Farla había encontrado especial interés. Cuando Flecha se agachó para mirar con más atención, vio que el asado tenía el lomo plano y bastante más ancho de lo que cabría esperar de un cochinitillo o un cordero.

—Me temo que esto que aquí queda son los restos de Patricia Jaenilla —dijo Luis Farla. En el cuarto de baño hemos visto que habían utilizado la bañera para adobar una pieza grande de carne, y temiéndome lo peor, he venido aquí. Lo que queda, es el resto de un humano, una mujer, de no mucho más de un metro y medio de altura, a la que han cortado con sierra las extremidades a la altura de los codos y las rodillas.

Flecha se agachó para inspeccionar con mayor detenimiento los restos de Patricia. Teresa miró tan estirada como pudo de pie, detrás de Flecha, con la nariz encogida y con un pie adelantado como haría al mirar desde el borde de un precipicio por miedo a caerse.

—Además, si venís por aquí —añadió Jacobo después de haber dado tiempo Teresa y Flecha para poder estudiar la escena, como haría el guía de un museo después de describir un cuadro y pasando al siguiente—, veréis que la mesa esta puesta en el comedor para seis personas, y en los platos hay sobras de carne, salsa y verduras.

—Creo que estos cabrones se han comido a Patricia.

—No toques nada —dijo Luis Farla—. La científica debería de poder sacar muestras de ADN de los cubiertos, las servilletas, huellas en los vasos... esta casa tiene que estar plagada de pruebas.

—¿Cuándo crees que... cocinaron... a Patricia? —preguntó Flecha dirigiéndose a Farla.

Farla encogió el entrecejo un momento y respondió:

—Hace dos días... tres, a lo sumo. Es difícil ser más preciso sin hacer unas pruebas de laboratorio.

Farla sacó guantes de látex para todos. Se quitaron los zapatos, los dejaron fuera y volvieron a entrar a buscar cualquier tipo de prueba mientras esperaban la llegada de la científica.

—¿Y esta silla?, ¿qué es lo que hace aquí? ¿Estaba así cuando entrasteis en la casa? —preguntó Flecha.

Farla asintió con la cabeza.

—Parece que tuvieron a alguien atado a esa silla mientras cenaban.

Recogieron muestras de pelo de las camas y del plato de la ducha y las guardaron en bolsitas con cierre. Flecha sacó la basura de la cocina y la esparció en el suelo de la terraza. Teresa salió a buscar el contenedor de la basura, sacó de dentro otras dos bolsas más de basura, y las vació en el suelo de la terraza junto a lo que había tirado Flecha.

Se pusieron los cuatro a investigar el contenido de la basura.

El viento arreció y se llevó varios papeles pequeños, Jacobo salió corriendo y atrapó uno de un pisotón con su bota. Cogió el papel del suelo y lo estudió.

—Esto es un recibo del Sánchez Romero de Mirasierra —dijo soltando una bocanada de vaho por el frío.

—Eso no quiere decir nada, podía ser la compra que hizo Patricia antes de venir aquí —dijo Teresa.

—Sí, siempre y cuando hubiese invitado a cenar a los animales que se la comieron. En el recibo hay seis botellas de vino, una de coñac y dos de whisky. Gambas, percebes, ostras, cuatro aguacates y medio kilo de espárragos... Esto no me parece a mí la compra de una chavala que viene a pasarse el fin de semana sola, y si lo es, es una pena no haberla conocido antes...

Teresa ignoró el sarcasmo de Jacobo, como siempre. Estaba muy acostumbrada al estúpido humor negro de su compañero.

—¿Pagaron con tarjeta? —preguntó Flecha.

—No, eso sería demasiado fácil —contestó Jacobo—. Pero tenemos el día y la hora en el que hicieron la compra. Sábado de la semana pasada. A las 17.36 horas... Sánchez Romero imagino que tendrá cámaras de vídeo en todas las cajas.

—¡Bien pensado, Jacobo! —celebró Teresa sacando su teléfono—. Voy a llamar a Petete para que se ponga en marcha con las cámaras de seguridad del Sánchez.

Cuando Teresa colgó después de una conversación con Petete bastante más larga que lo que había esperar, estaban los otros tres dentro de la casa sentados en los sofás de cuero frente a la chimenea en silencio, resguardándose por un momento del frío.

—¿Estaría mal visto apartar la parrilla con los restos de Patricia para encender un fuego para calentarnos? —preguntó Jacobo.

Nadie pareció oírle.

Flecha le miró levantando una ceja. Luis Farla se limitó a mover la cabeza de un lado a otro lentamente mostrando su incredulidad.

—Ya. Imaginé que no.

—Chicos, creo que Petete tiene algo —dijo Teresa entrando de nuevo en la casa.

Se sentó en una rústica silla de tres patas junto a la chimenea para poder estar frente a sus tres compañeros.

Al momento de sentarse, encogió la nariz y miró a la parrilla, a su lado.

—¡Joder, qué asco! —Se levantó, moviendo la silla unos metros más alejada de los restos de Patricia, y volvió a sentarse, para contarles lo que Petete acababa de compartir con ella.

Petete había seguido la pista de un finlandés que había sido condenado hacía treinta años en las afueras de Helsinki por el asesinato de su profesora de instituto. Parece ser que, con diecisiete años, Boris, que así es como se llamaba el finlandés, después de recibir una mala nota de la profesora de su pueblo, irrumpió en su casa por la noche, la ató a una silla de cocina y seccionó sus senos.

Después los cocinó en una sartén y se los comió frente a ella.

Tras varios días de absentismo en el trabajo y de no responder al teléfono, la policía acudió a la vivienda de la profesora. Cuando los agentes entraron, la pobre mujer había muerto desangrada sobre la silla de su cocina.

Pronto se supo en todo el pueblo, y los padres del joven llamaron a la policía diciendo que su hijo Boris había vuelto de madrugada hacía tres días con la camisa cubierta de sangre. Boris fue enviado a prisión y cumplió cinco años, al cabo de los cuales el juez le ofreció conmutar la pena si se alistaba en el Ejército firmando por diez años.

—Es el único caso de canibalismo que conocemos en Europa en los últimos cincuenta años —dijo Teresa poniéndose de pie y caminando por el crujiente suelo de madera del salón mientras hablaba—. Petete ha tratado de localizar a Boris, pero una vez hubo terminado con el Ejército, desapareció y nadie conoce su paradero.

—Entonces esa pista no nos lleva a ninguna parte —dijo Jacobo.

—¡Al contrario! Petete piensa que ha encontrado a un sujeto a través del sistema de reconocimiento facial que concuerda con el finlandés en un 87%.

—¿Qué significa eso? —preguntó Flecha.

—Pues dado que la fotografía de Boris que utilizó para hacer la búsqueda es de hace más de diez años, significa que probablemente ha encontrado al finlandés.

—¿Dónde está el finlandés ese? —preguntó Jacobo poniéndose de pie listo como para salir en ese mismo momento a detener al caníbal.

—No es tan sencillo, desgraciadamente. Petete está trabajando contrarreloj. La última imagen confirmada del sujeto se encontró en Torrevieja durante el verano del año pasado.

Jacobo volvió a sentarse en el sofá pesadamente.

—Entonces no tenemos nada. En el supuesto caso de que el tipo de Torrevieja sea el finlandés, no tenemos ni idea de dónde está hoy en día. Puede estar en Torrevieja o puede estar de vuelta en Helsinki. Las posibilidades de que este sea nuestro hombre son minúsculas, por no decir nulas.

—No, tranqui. Hay más. El finlandés tiene una página en la *Dark Web*, que es como una especie de club de cocina.

—¿*Dark Web*? ¿De qué estás hablando? ¿El finlandés es uno de esos pringaos fanáticos de *La guerra de las galaxias*? ¿Qué coño tiene esto que ver con el caso? —preguntó Jacobo deslizándose ruidosamente en el sofá de cuero acabando con la cabeza en el respaldo y toda la espalda en el asiento, como un niño repelente que se ha enfadado porque no se sale con la suya.

Luis Farla se rio con la reacción de Jacobo. Teresa no tanto. Se llevó la mano a la cabeza y se apretó con el pulgar y el dedo corazón las sienes para aliviar el dolor de cabeza que empezaba a

gestársele.

—¡Mira que eres imbécil, Jacobo! La *Dark Web* son redes de internet que se superponen a la red normal y necesitas un software específico para acceder a ellas. Son muy difíciles de rastrear y en ellas encuentras todo tipo de contenido de venta de armas, drogas ilegales, pornografía infantil... Es el mundillo de los hackers y de los gualdrapas. Si buscas un sicario, lo encontraras en la *Dark Web*; si buscas drogas, la *Dark Web* es tu sitio; básicamente si buscas cualquier cosa que sea ilegal la puedes encontrar ahí. Es como el subsuelo. Los bajos de internet, donde no quieres pasear sola por la noche.

—Vale, vale, vale. Ya te he entendido. ¿Y qué es lo que ha descubierto Petete que está haciendo el finlandés en ese club de cocina?

—Parece que tiene un grupo de seguidores muy selecto. Petete está tratando de pedir acceso al club.

—¿Cómo se llama el club? —preguntó Flecha.

—*Ladies for dinner* —dijo Teresa.

—Muy apropiado... —murmuró Flecha para sus adentros.

—Eso podría ser un servicio escort de chicas de compañía —dijo Jacobo.

—Petete cree que es algo mucho más serio y retorcido que eso. Parece que se juntan una vez al mes en diferentes lugares remotos. Ha conseguido fotos de reuniones anteriores y está convencido de que todas las fotografías han sido tomadas en España.

—¿Puede averiguar dónde está el finlandés a través de esa página?

—No, pero hay mucha información que pueda dar pistas de dónde se encuentra. Además, este sábado es la reunión mensual y Petete está tratando de conseguir entrar y ser invitado.

—¿Petete?

—No, idiota. Petete está tratando de conseguir la invitación, pero para que vayas tú, o mejor aún... Flecha, que él no es policía. A los policías este tipo de gente nos huele a leguas. Además, Flecha es exconvicto, lo que le da mayor solidez a su candidatura con esta gentuza —dijo Teresa levantando una mano apaciguadora hacia Flecha—. No te ofendas, Flecha.

Flecha negó divertido con la cabeza.

—No hay de qué ofenderse.

Escucharon el sonido de las ruedas de varios vehículos haciendo crujir la gravilla de la entrada. Jacobo se levantó y se fue a ver quién estaba llegando.

—Es la científica —dijo Jacobo volviendo al poco rato acompañado de unos agentes cubiertos en nylon blanco como si estuviesen entrando en una zona radioactiva.

Se pusieron en seguida a investigar cada centímetro de la casa y pidieron a los cuatro que salieran para dejarles trabajar.

Salieron todos, Teresa la última, estaba pegada a su móvil como una quinceañera andando hasta la parada del autobús.

—¡Eh, mirad! —gritó a la espalda de sus tres compañeros.

Teresa giró su móvil y les enseñó una foto.

—¿Qué es eso?

—Esta es una de las fotos que me ha mandado Petete de la última reunión del club del finlandés. ¿Os suena de algo?

La imagen mostraba una mesa dispuesta con seis platos. No se veía ninguna persona, solo la mesa puesta con el vino, el pan y unas fuentes de comida.

—¿Es esa...? —dijo Luis Farla sin terminar su pregunta.

Los cuatro se dieron la vuelta y miraron otra vez hacia el interior de la cabaña, donde la mesa de comedor tenía todavía el resto de la cena sin recoger. Estaba la mesa puesta para seis personas. No había duda de que se trataba de la misma mesa.

—Petete, la foto de la mesa es una foto de la casa de Patricia Jaenilla. Estamos delante de esa misma mesa. ¡El finlandés es nuestro hombre! —dijo Teresa al teléfono.

—¡Lo sabía! Estoy trabajando en ello. La cuenta del finlandés es más difícil de hackear que la del secretario de estado americano —comentó Petete.

—¿Cómo sabes eso?

—No preguntes lo que realmente no quieras saber —contestó Petete con su nerviosa risita de adolescente.

—Vale, olvídale. Necesitamos que nos digas dónde podemos encontrar a ese finlandés lo antes posible.

—¡Dalo por hecho!

Teresa y Flecha fueron juntos a casa del Navarro en cuanto terminaron de registrar la última casa de las desaparecidas. María del Mar les había invitado y había insistido en que fueran los dos, y aunque Flecha no estaba muy convencido de para qué tenía que ir él, Teresa acabó convenciéndole de que le acompañara.

María del Mar les abrió la puerta y les dio un abrazo cuando entraron. Flecha no sabía de dónde había salido esa estúpida costumbre de abrazar a todo el mundo. *¿Qué hay de malo en el tradicional apretón de manos o, en su defecto, los dos besos?*

—Me alegro de veros. Pensé que al final no vendríais. Venid, estamos todos en el salón. Estábamos hablando sobre el caso.

En el salón estaba Pepe, el novio de Teresa, la esposa del juez, el padre Daniel con su alzacuello, Jorge Lastrilla y su esposa Rocío, Alberto Flecha, y Jaime el Navarro. Los únicos que faltaban de la velada de hace dos noches eran el juez, quien muy a su pesar no pudo escaquearse de una cena oficial que tenía esa noche y, por supuesto, el ministro de Interior.

Estaban todos excitados; habían estado hablando del caso y de toda la información que se había filtrado durante el día en las noticias. Habían enseñado unas imágenes de la casa de Patricia Jaenilla en el molino de Valsaín, cerca de La Granja de San Ildefonso.

—Son casi las nueve, ¿por qué no ponemos las noticias a ver si han descubierto algo nuevo? —preguntó Rocío.

Teresa y Flecha se miraron sin expresión alguna en sus caras. Impotentes. La información se había filtrado y lo iban a saber todos antes o después.

María del Mar se levantó animada por el resto del grupo y encendió la televisión.

Unas imágenes tomadas desde un helicóptero, mostraban una vista aérea de la casa de Valsaín en el momento en el que sacaban en una bolsa de cadáveres los restos de Patricia encontrados en la parrilla de la chimenea.

Gracias a Dios, no había datos específicos sobre el estado de la víctima cuando la encontraron.

El reportero dijo que fuentes de la policía habían informado de que esta muerte parecía estar relacionada con la muerte la de Marta Almeida, y también con el reciente hallazgo del cuerpo de Clara Benjumea.

—El número de casos de mujeres desaparecidas ha aumentado y las autoridades tienen razones para pensar que se trata de la misma persona—. Sentenciaba el reportero en un primer plano muy serio—. El sujeto, del que se ignora identidad y paradero, sigue en libertad, e ignoramos si el número de víctimas dejadas a su paso ha podido aumentar en las últimas horas. Se ruega máxima precaución.

María del Mar quitó el volumen, pero dejó la televisión encendida.

Todos los invitados estaban callados mirando a la televisión, y permanecieron así un rato, cada uno asimilando lo que acababa de oír.

—Esto es terrible —dijo el padre Daniel santiguándose—. En esto es en lo que se está volviendo el mundo. Un mundo de tinieblas regido por el maligno que nos está convirtiendo a todos en unos salvajes sin moral. Debemos hacer oración, ayuno y penitencia —sentenció

llevándose la copa de Ribera del Duero a los labios, como con miedo a que alguno se tomara sus palabras al pie de la letra y le fuera a quitar la copa de vino de la mano.

Todos miraban al padre Daniel, algunos escuchando, otros ignorando educadamente sus comentarios catastrofistas.

Teresa solo podía pensar en quién había podido ser el imbécil que había filtrado la información a los medios de comunicación. Alguien de su grupo había hablado de más y no sabía quién.

—¿Qué va a tener que ver que hagamos penitencia con que haya un tipo chalado ahí fuera matando a gente? —dijo el Navarro, como siempre entrando al trapo con cualquier conversación que pudiera tocar lo político o lo religioso.

—Vamos, Jaime. ¡No seas burro! Parece mentira que hayas ido a un colegio de pago. Sabes bien lo que es la comunión de los santos y el poder que tiene la oración unida de todo el pueblo — contestó Daniel indignado.

Pepe estaba sentado divertido en un extremo del sofá mirando como sus amigos empezaban a calentarse.

—Venga, Pater, no te ofusques. Me parece muy bien que te tomes estos acontecimientos por la vía ascética, pero no puedes esperar que todos tengamos la misma visión que tú —dijo Pepe en tono conciliador, pero consciente de que estaba echando leña al fuego.

—Eso os ocurre porque sois unos frívolos y no habéis pisado una iglesia en años. Si os confesarais y os acercarais al Señor verías la paz que sentiríais en el alma.

Flecha miró su reloj molesto. Esta conversación no llevaba a ninguna parte, y le quedaban solo dos días para esclarecer el caso antes de que le volvieran a mandar a la trena. Podía estar haciendo cosas mucho más productivas que estar escuchando sermones; y mientras él estaba ahí sentado, había mujeres siendo asesinadas al otro lado de los muros de esa casa. Teresa notó el gesto impaciente de Flecha y se revolvió incómoda sobre su asiento.

—Si me confieso contigo, Pater, no me vuelves a dirigir la palabra en tu vida. De hecho, seguro que saldrías corriendo a chivarte a un profesor, como hacías en el colegio, o a tu obispo —dijo el Navarro burlón.

El padre Daniel tragó saliva y con ello la abultada píldora del orgullo.

—No, Jaime, yo solo soy un instrumento. La confesión la haces con Jesucristo. Yo no puedo juzgar, y menos aún decir palabra de lo que oigo en confesión. Antes, mejor que me aten una piedra de molino al cuello y me tiren al mar.

El padre Daniel se había puesto automáticamente de pie, adoptando el modo sermón. Miró a sus feligreses y entendió el silencio de ellos como interés en sus palabras, o al menos, como una consensuada incitación a continuar con su charla.

—Además, si venís a mi parroquia, todas las mañanas oigo confesiones entre las siete de la mañana y las nueve. En el confesionario hay una rejilla y no podré saber nunca quién es el que está al otro lado, si eso es lo que os preocupa.

—Navarro, ya sabes. Mañana quiero verte en la parroquia del Pater —dijo Pepe encendiendo un cigarrillo y echando el humo con una gran sonrisa.

—Sois unos idiotas —recreminó María del Mar—. No respetáis nada. Lo único que os importa son vuestros amigotes y el chiste fácil.

—No te enfades cariño, solo le estamos tomando un poco el pelo a Daniel. Él sabe que estamos bromeando.

El padre Daniel volvió a echar un trago al vaso de vino.

—Bueno, si estabais solo bromeando, entonces, ¿por qué no hablamos en serio y os venís

mañana todos y os confesáis?

El Navarro miró a Pepe con una cara de ‘¡no hay huevos!’ . Pepe miró a Alberto, pero este, con torpe precaución se levantó a servirse otra copa de vino casi tirando la botella sobre la mesa.

—Me encantaría Pater, pero sabes que soy un hombre ocupado. No puedo perder media mañana en algo así. En otra ocasión tal vez —dijo Pepe.

—Os espero mañana. Estaré desde las siete. Me daríais una tremenda sorpresa si venís. Ya sabéis lo que eso significaría para mí...

—Sí, ya lo sabemos: te dan comisión por el número de pecadores que se acerquen cada mes, y si son muy pecadores, un bonus especial a final de año. Estás juntando puntos para el papamóvil, ¿eh Pater? —dijo el Navarro con una grosera risotada y dando una fuerte palmada al clérigo en la espalda.

Todos los demás rieron, incluso María del Mar no pudo contenerse, aunque enseguida se sintió mal viendo al pobre cura encajando las burlas con paciente sumisión.

—Bueno, contadnos. ¿Cómo va el caso y en qué podemos ayudar? —dijo Rocío acercándose todo lo posible a Teresa arrimándose al extremo del sofá, y poniendo sus manos entre sus muslos.

Teresa miró a toda la congregación. Nadie hablaba. Todos expectantes y con los ojos clavados en ella esperando que les soltase un pequeño chismorreó que luego pudieran ir a compartir a los cuatro vientos. Teresa miró a Flecha y este encogió casi imperceptiblemente sus hombros, como diciendo: «Esta es tu gente. Este es tu caso. A mí no me preguntes.»

Iván, el cocinero que conocieron el otro día en el Txoko, salió de la cocina y carraspeó discretamente para llamar la atención de María del Mar. Esta se levantó, y el serbio, o albanio, o lo que fuera, le dijo en voz baja que tenía los entrantes listos.

—Sí, puedes traerlos. Gracias, Iván —dijo ella también a media voz.

Flecha miró al cocinero. Esta noche tenía las mangas de su filipina bajadas, por lo que no podía ver otra vez el tatuaje que le llamó la atención la vez pasada. ¿Solo se remangaba cuando estaba cocinando? ¿Habría notado cómo Flecha se fijaba en su tatuaje la vez anterior?

Flecha se hizo una nota mental de hablar con el cocinero antes de salir de allí esa misma noche. Una de sus grandes cualidades, y también uno de sus mayores defectos, era su curiosidad, y tenía que saber de dónde había salido ese cocinero. Empezaba también a tener la sensación que le había visto antes, pero podía ser por la cena en Txoko.

Iván entró en la cocina, y salió a los pocos minutos trayendo consigo unas bandejas. Tras él salió la preciosa camarera que trajo consigo la vez pasada al Txoko, y que Flecha vio a la entrada de la facultad de Alfonso esa misma mañana.

No había duda de que era la misma chica.

Teresa decidió que no había ningún daño en hablar abiertamente sobre el caso; sobre todo, cuando la parte de mayor envidia estaba ya en el telediario. Tal vez podrían conseguir información, y si no, al menos nuevos puntos de vista.

Sabía por experiencia que diez cabezas juntas, por muy dispares que fueran, siempre pensaban mejor que una sola.

—Las víctimas son brutalmente asesinadas, descuartizadas y finalmente decapitadas. Por el momento tan solo hemos encontrado una cabeza y, en casi todos los casos, hay porciones del cuerpo que también han sido cortadas pero no encontradas.

Rocío se llevó la mano a la boca para mostrar su turbación, pero también para esconder una sonrisa de irrefrenable excitación.

—El último cuerpo que hemos encontrado ha sido el de Patricia Jaenilla. Como habéis visto en

el telediario, su cuerpo apareció en su casa de fin de semana en el molino de Valsaín. Lo que no cuentan en las noticias es que el cuerpo había sido adobado en la bañera de su casa y cocinado en la chimenea como si fuera un cochinitillo o un cordero.

Iván, el cocinero, había traído unas bandejas con aperitivos y canapés. Los había dejado sobre la mesa del comedor discretamente y se había quedado parado escuchando la exposición de Teresa. Cuando notó los ojos de Flecha clavados en él, se apresuró a recolocar las bandejas de la mesa y volver a la cocina.

—Lo más interesante, y donde tal vez podáis ayudar con la investigación, son las coincidencias, encontrando el significado que puedan tener —dijo Teresa posando de manera estudiada su mirada en todos los presentes, como pidiendo su compromiso.

Si antes de decir esto había alguna duda de que la audiencia estaba entregada, este comentario terminó de engatusar a todos. Todos y cada uno de los presentes se revolvió en su asiento y mostró su intención de cooperar asintiendo con la cabeza o con la boca. Desde el padre Daniel hasta su novio Pepe estaban absorbiendo cada palabra que decía.

—Cuando hablamos superfluamente sobre el caso la otra noche, me decías que muchas de las víctimas, y desaparecidas, habían estudiado en el colegio Nuestra Señora de las Nieves.

—Sí, Marta Almeida y Patricia Lago estuvieron en Nuestra Señora de las Nieves —confirmó Rocío interrumpiendo—. Yo las conocía a las dos.

—Eso es cierto. Gracias. Y hemos estado investigando esa coincidencia, pero no todas las víctimas pasaron por ese colegio.

—¿Tal vez hay más de un asesino fuera y estamos frente a dos casos diferentes? —apuntó Julia.

—Es posible. De hecho, es lo que pensamos inicialmente, pero después de estudiar con más detalle los historiales y perfiles, hemos dado con otra coincidencia mucho más clara que nos ha hecho desistir de esa hipótesis...

—¿De qué se trata? —preguntó Rocío hiperventilando por la excitación.

—Los novios o maridos de las víctimas que de momento conocemos fueron todos al colegio El Encinar.

—¡Nooo! —dijeron varios con gran sorpresa. Casi todos los varones presentes habían ido a ese mismo colegio.

—Sí. Pero además de eso, eran todos alumnos de la promoción del año 94.

Flecha se levantó y tomó la palabra:

—Casi todos los aquí presentes conocemos a Fernando Almeida y a Carlos Laporta. ¿Cuándo fue la última vez que los habéis visto?

El teléfono de Teresa sonó, y todos se quedaron a la escucha esperando recibir nuevas pistas o noticias sobre el caso.

Solo se oía el ruido de los platos que colocaban sobre la mesa Iván y la camarera estudiante de telecomunicaciones.

Teresa colgó y se puso en pie.

—Tenemos que irnos —dijo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Rocío.

Teresa miró a Flecha como si hubiera sido él quien le había hecho la pregunta.

—Era Petete, ha encontrado al finlandés. Parece ser que ha podido rastrear el ordenador desde el que ha mandado las fotos de la casa de Patricia. Ha localizado el ordenador en un apartamento en Montecarmelo. Los geos ya están de camino.

—¿El finlandés? —preguntó Rocío poniéndose en pie como si ella también se fuera con ellos a

la caza del finlandés—. ¿Quién es el finlandés?

Flecha se puso la chaqueta y se preparó para marcharse. Su mirada volvió a cruzarse con la de Iván, el cocinero. Había tensión en sus ojos y sus pupilas se habían dilatado. Lo que había en su mirada era preocupación. Flecha se dirigió hacia él para hacerle unas preguntas, pero en ese momento Teresa le agarró del brazo y se lo llevó hacia la puerta.

—Vamos, Flecha, no hay tiempo. Tenemos que marcharnos.

Cuando llegaron a Montecarmelo, había dos furgonetas Mercedes Vito de la policía nacional aparcadas a una manzana de la dirección que les había dado Petete.

Las luces de los dos vehículos estaban apagadas y estaban aparcados de tal manera que no pudieran ser vistos desde el edificio objetivo. Detrás de las furgonetas estaba el grupo de asalto haciendo revisión del equipo y dando los últimos repastos al plan.

Flecha y Teresa se acercaron rápido a ellos. Todos los cascos Ulbrights, y el perro malinois que acompañaba a los geos, se volvieron hacia ellos.

Teresa enseñó su placa ignorando al amenazante grupo que echaba mano a sus piezas de la cintura.

—Soy la inspectora Casas. Este es el capitán Flecha.

El jefe de asalto se acercó correcto, disciplinado, efectivo.

—Capitán Flecha, estuve el año pasado en el curso que impartió usted en el cuartel del MOE. Es un honor tenerle con nosotros esta noche.

Flecha asintió con la cabeza mientras revisaba con la mirada a los operativos y los instrumentos que llevaban.

—Tenemos ya un tirador situado enfrente del objetivo, en el tejado del edificio del Opencor.

Flecha estaba en su salsa. Teresa le dejó hacer.

—¿Hay salidas a la parte trasera o escape a un patio interior? —preguntó Flecha.

—Negativo. Solo una puerta de entrada y el acceso al garaje, que ya está protegido.

—¿Cuál es el piso?

—El primero. El que da a la calle justo encima de la carnicería.

¡La carnicería!, pensó Flecha abriendo los ojos.

—¿Qué ocurre, Flecha? —preguntó Teresa notando la reacción de su amigo.

—¡La carnicería! ¡El finlandés! El carnicero amigo del Navarro, tiene tatuado en el antebrazo el león alado de los Utti Jaeger, las fuerzas especiales finlandesas. Estuve con ellos en Afganistán. Cuando vi el tatuaje del carnicero sabía que lo había visto antes, pero no podía recordar dónde ni de qué era. El cocinero del Navarro es el hombre que estamos buscando. Vamos a tu coche, aquí no pintamos nada.

Los geos entraron por el portal muy pegados a la pared. Era como una silenciosa sombra moviéndose muy rápido y desvaneciéndose por la entrada de la casa.

Teresa y Flecha se volvieron y empezaron a correr hacia el coche. En el silencio de la noche se oyó el sonido del ariete de los geos golpeando contundentemente contra la puerta. Un golpe, dos... el sonido del tercer golpe fue amortiguado por el estruendo de una explosión.

Se oyeron gritos de dolor y de frustración. El sonido de cuando los planes se tuercen en mitad del combate y hay que improvisar sobre la marcha.

El finlandés había colocado una bomba trampa en la puerta de su casa.

El sonido de dos ráfagas de subfusil indicaba que en el apartamento había alguien, y alguien que ofrecía resistencia. Los geos no aprietan el gatillo a no ser que sea imprescindible.

—Hay alguien en el apartamento. Llama a María del Mar y pregúntale donde está su cocinero.

—¿Tú dónde vas?

—A echar un cable a unos colegas —dijo sacando una glock de la cintura.

Teresa miró el arma de Flecha y se preguntó de dónde la habría sacado. Flecha era todavía un convicto en permiso especial, y poseer un arma estaba prohibidísimo; se podían buscar un problema muy grave, tanto él como ella, si llegaba a disparar con esa pistola y alguien se enteraba.

Pero Teresa ignoró el arma y se metió en su coche.

Flecha subió por las escaleras. En el descansillo había dos geos heridos en el suelo; uno inconsciente y con la cara desfigurada sangrando profusamente, el otro tenía un apaño de venda en la mano derecha, de la que parecía que había perdido dos dedos.

El agente del K-9 cuidaba de los heridos mientras su perro esperaba tumbado con las orejas levantadas atento a todo lo que ocurría al otro lado de la puerta del apartamento del finlandés, o lo que quedaba de puerta...

En el pasillo, había humo que atufaba a plástico quemado, pero no había fuego en la casa.

Sonaron otros disparos de arma corta y una ráfaga de subfusil.

Flecha, tras comprobar que no podía hacer nada por los heridos hasta que no llegasen las ambulancias, cogió el pinganillo del herido consciente, se lo colocó en la oreja, y se metió en el piso.

—Capitán Flecha al habla. Estoy entrando. Tengo un arma corta en la mano y llevo puesta una chaqueta vaquera.

En la sala principal, un agente esposaba a un hombre, al que tenía reducido en el suelo clavándole la rodilla entre los omóplatos.

—¡Flecha! Otro ha salido por esa sala y se ha hecho fuerte en la habitación del fondo. No hemos asegurado esa puerta todavía.

Flecha se acercó a la puerta y puso la mano en el pomo con la pistola en alto, listo para entrar.

—Ten cuidado. Puede haber otra bomba.

Flecha miró al agente que le advertía; había terminado de ponerle las esposas al detenido.

—Tráeme a ese hombre —le ordenó.

El agente obedeció. Flecha le cogió del brazo que tenía esposado a la espalda y se colocó al hombre delante, a modo de escudo.

—Abre la puerta —le dijo al oído, y le clavó duramente el cañón de la pistola en los riñones para enfatizar que no estaba para coñas.

—Tengo las manos atadas, capullo —dijo el esposado con un denso acento de Europa del Este.

Flecha era un hombre razonable y el comentario del detenido tenía cierta lógica. Le soltó el brazo y este giró el pomo de la puerta.

La puerta se abrió despacio, sin explosiones ni disparos.

Flecha empujó adentro al hombre con una fuerte patada en la espalda haciéndole caer en el suelo en mitad de la estancia.

La habitación era diáfana. No había ningún mueble, caja, y menos aún persona. Lo único que había era una trampilla abierta en medio del suelo.

Flecha se lanzó escaleras abajo. La trampilla era una entrada de acceso a la carnicería del piso de abajo. Sacó el móvil y dijo a Teresa que llevara el coche a la puerta de la carnicería.

Alguien estaba saliendo por esa puerta.

Flecha esperaba que el francotirador que tenían apostado en el edificio de enfrente le derribara, pero ante la duda disparó tres veces haciendo añicos el cristal de la puerta y del escaparate.

No se oyeron otros disparos.

¿Dónde se habrá metido el maldito francotirador?, se preguntó Flecha.

Bajó las escaleras y salió de la carnicería para ver un Renault Megane rojo, aparcado tres coches más abajo en la misma acera, salir quemando ruedas. Dos disparos salieron de la azotea encima del Opencor rompiendo la luna del Megane, pero sin detener el vehículo.

Las luces de otro coche se acercaron a gran velocidad. El coche de Teresa se paró frente a la carnicería haciendo chirriar las ruedas. Flecha se subió y, no había cerrado la puerta aún, cuando las ruedas de delante empezaron a patinar animadas por el pisotón que dio Teresa al pedal del acelerador.

El Megane rojo había salido recto, y se metió bajo el puente que llevaba hacia la M-40.

El firme estaba mojado por la llovizna, y Teresa dio un fuerte volantazo al salir del puente y entrar en el carril de aceleración. Flecha generalmente no temía por su vida, pero por su alto sentido cívico se puso el cinturón y para mayor precaución se asió de la agarradera del techo.

El Megane rojo estaba a menos de cien metros, y Teresa acortaba las distancias a ciento sesenta kilómetros por hora. Una vez en la M-40, había un pequeño tramo de ciento cincuenta metros hasta la entrada en el túnel, donde Teresa pisó el acelerador hasta el suelo y se puso a la altura del Megane antes de entrar en él.

Flecha bajó la ventanilla para sacar el arma por la ventana.

—Mete el brazo y cúbrete la cara —ordenó Teresa.

—¿Qué?

No le dio tiempo a preguntar más.

Teresa dio un volantazo a su coche colisionando con el lateral del Megane y mandando a este contra un pilar de hormigón a la entrada del túnel. El coche de Teresa derrapó y dio una vuelta de campana acabando parado en mitad del túnel mirando en dirección contraria.

El Megane se había estampado contra el pilar. El conductor había salido disparado por la luna delantera y estaba inmóvil en el suelo, en una postura cuanto menos incómoda.

—¿Estás bien? —preguntó Teresa.

Flecha la miró incrédulo.

—Recuérdame que no te deje nunca conducir mi coche —contestó.

Jacobo recogió a Flecha y a Teresa del hospital Ramón y Cajal una hora más tarde. No tenían nada roto. Flecha unos cortes más en la cara y el cuello entumecido, pero nada fuera de lo ordinario.

Teresa, sorprendentemente, ni se había despeinado.

—Hemos cogido el ordenador del carnicero y Petete ya está trabajando en sacarle todo el jugo.

—¿Cómo están los geos? —preguntó Flecha—. Al menos dos de ellos habían sido alcanzados por la bomba del apartamento.

—Bien. Sobrevivirán. Uno de ellos ha perdido dos dedos, el otro tiene quemaduras serias en la cara y en el brazo, pero está fuera de peligro.

—Hijo de puta —masculló Flecha entre dientes.

—Podemos decir que el finlandés no ganaría una competición de popularidad en este momento. No entre la policía —dijo Jacobo—. Solo espero que le encontremos nosotros primero, y nos dé tiempo de interrogarle, porque como le encuentre algún compañero de los geos heridos, no nos va a dejar nada a lo que interrogar...

Cuando entraron los tres a la sala de situación, Luis Farla estaba sentado en la mesa, trabajando en una presentación en su portátil.

En la mesa de los refrescos habían puesto dos termos de café recién hecho y unos sándwiches. Iba a ser una noche larga.

Petete entró justo después acarreando su pesado portátil con ambas manos. El pobre Petete parecía no haber dormido en los últimos cinco días, y también, todo sea dicho, parecía no haberse duchado en los últimos diez.

Enganchó su portátil al proyector y enseñó una primera plana de Boris, el finlandés; o Iván, el cocinero, como le conocían en casa del Navarro; o El Carnicero de Montecarmelo, como le conocería todo el mundo en cuanto salieran los periódicos de las rotativas en unas horas.

Teresa llamó a María del Mar, la esposa del Navarro, preguntando cuándo había salido Iván de su casa.

—En cuanto os marchasteis, me dijo que tenía que bajar un momento a coger algo a su furgoneta, y nunca más volvió. ¿Qué es lo que ha pasado, Teresa? ¿Por qué ese interés por Iván? ¿No me dirás que pensáis que pueda estar involucrado?

Petete conectó su portátil al proyector mientras todos escuchaban en silencio la conversación de Teresa con su amiga. Petete puso en la pantalla la imagen más reciente de Iván, El Carnicero de Montecarmelo. Todos los servicios de seguridad del país tenían a estas horas esa misma imagen que les mostraba Petete en pantalla, y se había dado orden de captura inmediata.

—¿Qué me dices de la camarera? —preguntó Flecha a Teresa antes de que colgase.

—María del Mar; un momento —dijo Teresa al teléfono—. La camarera de Iván, ¿sigue ahí? —Esperó un momento en silencio—. Bien, no, no hagas nada. Mandaremos ahora un coche a tu casa, si no te importa, unos agentes te harán unas preguntas sobre ellos. Ayúdales en lo que puedas. Gracias.

El inspector jefe entró en la sala con cara de pocos amigos y se sentó a la cabecera de la mesa. Dijo un magro buenas noches a todos, pero sin mirar a nadie a la cara. Como siempre.

—¿Qué tenemos? —preguntó el jefe.

Luis Farla carraspeó, y dio el parte sobre los registros de las casas de las desaparecidas.

—Me temo que hay indicios para pensar que están todas muertas, y posiblemente sus parejas también.

Se levantó, y cogió las fotos de las chicas que tenía en el corcho, en el lado de desaparecidas, y las pasó al lado de las víctimas.

—¿Confirmación de muerte? ¿Han aparecido nuevas pruebas o los cuerpos?

—La únicas desaparecidas de las que tenemos constancia y confirmación de que están muertas son Marta Almeida y Patricia Jaenilla. Patricia, además, es la última denuncia de desaparición que recibimos. No la habían echado en falta hasta el jueves pasado. Hemos hecho las pruebas a los restos que encontramos en la parrilla de la chimenea de su casa de campo y efectivamente se trata de los restos de Patricia, tal como habíamos temido. En las otras casas hemos encontrado muestras de violencia y abundante sangre, pero no hemos encontrado ningún cuerpo.

Teresa se levantó y colgó en el centro del corcho una foto del finlandés, y escribió encima:

«EL CARNICERO DE MONTECARMELO»

—Petete, ¿qué más información has conseguido sobre el sospechoso?

—¡Muchísima! La verdad es que tenemos entre manos un criminal como no se ha conocido todavía en España. Con toda la información que estamos sacando del ordenador que hemos incautado en el apartamento de Montecarmelo, Al Capone va a parecer una hermanita de la caridad comparado con el finlandés.

—¡Dinos qué tienes y déjate de historias, Petete! —dijo el inspector jefe—. Es tarde, nos queda un huevo de cosas que hacer a todos, y encima este tipo está todavía en la calle.

—Sí, jefe —dijo Petete y prosiguió con sus pesquisas—. Boris el finlandés, o Iván Schumann, como dice su tarjeta de residencia que se llama ahora, tiene sus tentáculos en todo tipo de negocios ilegales. La carnicería es el único negocio oficial y el único legal. Boris es el capo de La Duma, o la mafia rusa de Alicante. Dentro de la organización se le conoce como El Zar, a quien llevamos buscando desde hace años y no teníamos ni idea de quién era ni dónde podía estar.

—Hasta ahora...

—Exacto, estaba aquí, en la capital, sirviendo entrecots y solomillos a los clientes del barrio como cualquier buen ciudadano.

—Entonces, ¿cómo sabemos que tiene relación todavía con La Duma? Si estaba en Madrid, y no en Alicante desde hace ya tiempo, ¿no habría dejado La Duma?

Teresa, viendo la cara de desorientación del jefe, se levantó y tomó la palabra.

—La Duma tiene controlada toda la prostitución y las drogas de diseño de toda la costa mediterránea, desde Barcelona hasta Cádiz. También tiene varias salas de apuestas, y una red de entrada de inmigrantes para la que tiene una plantilla de la que forman parte desde agentes de aduanas, pasando por guardias civiles y acabando por jueces... pero el grueso de su imperio, y el que tiene alcance internacional, es lo que maneja en la *Dark Web*, y eso es lo que gestionaba el finlandés directamente desde Madrid...

—¿Qué es eso de la *Dark Web*? —preguntó el jefe.

—Son redes de internet que se superponen a la red normal y para las que necesitas un software específico para acceder a ellas —dijo Jacobo haciéndose el experto delante del jefe.

Petete negó lentamente con la cabeza poniendo los ojos en blanco. Flecha y Teresa se miraron y

trataron de no reírse. Jacobo, el trepa, no cambiará nunca.

El inspector jefe miró a Petete esperando mayor explicación. Con lo que le había dicho Jacobo, se había quedado igual de desorientado de lo que estaba antes.

—Son unas webs de venta de armas, drogas ilegales, pornografía infantil... Puedes entrar a alguna de estas webs pagando una cuota mensual para poder ver el contenido, otras, son mucho más complicadas y funcionan como clubs o hermandades privadas, y ahí es donde está la pasta de verdad.

—¿Qué clase de clubs?

—Pues a cada cual más perturbador. Los tienes de pedófilos, sadomasoquistas, sodomitas, caza humana, canibalismo... y luego tienes el *Ladies for dinner club*, que junta a lo mejor de cada casa en un grupo elitista y ultra secreto.

Todos se miraron un momento entre sí.

Finalmente fue Teresa la que verbalizó lo que todos se preguntaban.

—Petete, ¿quiénes forman parte de ese club? ¿Tienes los datos de sus miembros?

—No he conseguido todavía hackear la entrada, pero tenemos gente trabajando en ello. De momento, puedo ver los mensajes de salida que enviaba el administrador, que era el finlandés, y hemos podido también averiguar que tienen este sábado una reunión en algún lugar de España donde vendrán socios de todo el mundo. Es, por así decirlo, como la Gran Gala del año para estos enfermos. Una fiesta en la que solo el grupo más “selecto” del club ha sido invitado, por un módico precio...

—¿Dónde va a ser esa fiesta exactamente? —preguntó.

—Todavía no tenemos la dirección, pero espero que podamos averiguarlo lo antes posible.

—Necesitamos esa información, Petete—dijo el jefe levantándose y recogiendo sus papeles—. Nos quedan dos días para «La Gran Gala», como dice Petete, y se nos auguran dos días bien moviditos, así que ahora todo el mundo a casa, y tratad de dormir un poco. Tened el teléfono a mano por si tenemos algún avance antes de la reunión de la mañana.

Teresa cogió otro Citroën C4 del aparcamiento y ofreció a Flecha llevarle a su casa.

Subieron los dos al coche en silencio, cada uno sumido en sus pensamientos. Al llegar a la barrera de salida del garaje, Teresa bajó la ventanilla para enseñar sus credenciales al guardia del aparcamiento.

—Espero que este te dure un poco más, Fernando Alonso —dijo el guardia de la garita lanzándole un guiño cuando le abría la barrera de salida del edificio—. Están rulando fotos de cómo has dejado el otro coche esta tarde, y no sirve ni para chatarra.

Teresa le enseñó el dedo corazón sin dirigirle la mirada.

Eran cerca de las tres de la mañana cuando entraron en Mirasierra.

—¿Sabes? Si quieres puedes dormir en mi casa... así no tengo que venir a recogerte por la mañana y podemos dormir los dos más tiempo —dijo Teresa tratando de sonar casual.

Flecha tardó en contestar.

Teresa se empezaba a preguntar si le habría oído, pero no se atrevía a repetir la pregunta.

En cuanto Teresa paró el coche frente a la casa de Flecha, este se giró hacia ella y la miró muy serio.

—Me gustaría mucho, Teresa. Tal vez más adelante, cuando hayamos cerrado el caso. Tengo

cosas que hacer antes de la reunión de mañana. Hoy no puedo.

Flecha se quedó mirándola fijo a los ojos. Estaban a menos de dos palmos el uno del otro. Teresa pensó por un momento que la iba a besar, cerró los ojos, pero pronto oyó el sonido de Flecha quitándose el cinturón de seguridad. Teresa abrió los ojos a tiempo para ver cerrarse la puerta del coche.

A las siete de la mañana, todavía no había terminado de amanecer en el barrio de Tetuán, pero en la Parroquia de Nuestra Señora de las Victorias, ya se veía el trasiego de gente saliendo de la misa de las seis y media de la mañana.

El interior de la iglesia estaba en silencio. Hacía, curiosamente, más frío en el interior de la iglesia que en la calle, donde había empezado de nuevo a llover.

Ya se había formado una pequeña cola frente al confesionario, donde el padre Daniel había encendido un pequeño calentador eléctrico y se había sentado para escuchar las confesiones, como hacía cada mañana.

La primera confesión de la mañana, como cada viernes a las siete en punto, era la de la inaguantable señora Inmaculada Orbeago, quien venía a decir todo lo bueno que había hecho esa semana, a quejarse de su nuera, y a criticar la velocidad con la que daba Don Daniel la misa de las seis y media.

—¿Se arrepiente de los demás pecados de los que no se acuerde y de todos los pecados de su vida pasada?

—No hay más pecados —dijo la señora, ofendida—. Y, ¿de qué vida pasada habla?

—Todos cometemos pecados. La confesión es un buen momento para arrepentirse de esas faltas pasadas, para pedir gracias para ser más fuertes en el futuro...

—No sé qué clase de vida tuvo usted en el pasado, pero yo he llevado una vida de virtud y de oración como me enseñaron mis padres desde pequeña y como manda la Santa Madre Iglesia. ¿Me va a dar ahora la absolución de una vez? —dijo la señora Orbeago impacientándose—. Se me está haciendo tarde.

Al padre Daniel le daban ganas de echar a la señora de su confesionario y de decirle que no volviera hasta que no estuviera dispuesta a hacer una confesión en condiciones: con contrición, con humildad y, sobre todo... ¡con pecados! Pero sabía que él era solo un instrumento, y no era quién para juzgar el alma de esta señora.

Le dio la absolución y, cuando la señora se marchó, se permitió hacerle un corte de manga a la espalda desde la oscuridad de su confesionario.

—¡Hola, Daniel! —dijo el siguiente penitente, que había entrado con tal sigilo que hizo sobresaltar al cura.

Daniel podía reconocer esa ronca y profunda voz en cualquier parte del mundo; pero tal vez, el último lugar del mundo donde esperaba oír esa voz, era dentro de su confesionario, al otro lado de la rejilla.

La noche anterior, en casa de María del Mar, había instado a todos los amigos del grupo a que hicieran penitencia y que se confesaran. Estuvo nervioso durante la misa mirando a la puerta de la iglesia cada vez que se abría, con la esperanza de que alguno de sus amigos acudiera esa mañana. Pero sabía que estaba siendo un iluso; tal vez una de las chicas viniera, pero no albergaba esperanzas de que ninguno de sus amigos lo hiciera.

¡Sin embargo había aparecido él!

Trató de esconder la excitación, la alegría, el vano sentido de orgullo. Como el pastor que ha

recuperado a su oveja perdida y vuelve dando brincos al pueblo para decírselo a todo el mundo.

El padre Daniel respiró hondo y trató de actuar con calma, devoción y profesionalidad.

—El Señor esté en tu corazón, para que puedas arrepentirte humildemente de tus pecados — dijo Daniel, como si no supiera de sobra con quién estaba hablando.

Al otro lado de la rejilla, se pudo ver claramente el brillo de los dientes cuando el penitente sonrió divertido por el besamanos del sacerdote.

—Dime, Pater, lo que aquí hablemos queda solo entre nosotros, ¿verdad?

—Lo que compartas en esta confesión quedará entre el Altísimo y tú. Yo no soy más que un medio, hijo mío.

La sonrisa se dibujó otra vez en el trasluz de la rejilla.

—Eres un buen hombre, Pater.

—¿De qué quieres confesarte?

—¿Por dónde empiezo...?

—¿Qué te parece si me dices cuándo fue tu última confesión? Si no te acuerdas, me puedes decir el tiempo aproximado.

—Oh, me acuerdo perfectamente. Fue con Don Paco, en el colegio. Yo tenía diez años. Ese hijo de puta me hizo sentir como un gilipollas. No he vuelto a confesarme desde entonces.

Daniel reprimió el instinto de santiguarse por no ahuyentar a la oveja descarriada.

—Dime tus pecados. De los que te acuerdes.

—He desobedecido a mis padres. He dicho palabrotas. No he ido todos los domingos a misa...

Daniel levantó un poco la cabeza y miró a la rejilla.

¿Me está tomando el pelo?

Tampoco se lo podía preguntar así. Cerró los ojos y posó la barbilla sobre los nudillos de sus manos entrelazadas y se dispuso a escuchar pacientemente.

—¿De qué más te quieres confesar?

—He visto revistas cochinas, me he masturbado... —siguió enumerando. El Pater Daniel se relajó, pensando que finalmente estaba abriendo su corazón y diciendo sus inmundicias y sus vilezas más profundas.

—He estado con mujeres. He pagado a mujeres por sexo. He seducido a unas, forzado a otras...

El Pater se revolvió incómodo en su asiento, pero no dijo nada.

—He matado. Repetidamente. He torturado a mujeres y a hombres. Los he troceado, los he estrangulado, he visto sus vidas escaparse de entre mis dedos como un suspiro. Me he regocijado con su último aliento...

El padre Daniel estaba acostumbrado al macabro sentido del humor, se había criado en un colegio de chicos y tenía cuatro hermanos mayores, pero esto no solo no le hacía gracia, sino que empezaba a darle hasta un poco de miedo.

—Esto no hace gracia. Deberías tomarte algo en serio. Pensé que habías venido realmente a confesarte, que te arrepentías de tus pecados y buscabas enmendar tu vida.

—Pater, sí que he venido a confesarme y me lo tomo muy en serio. Bastante más que tú, por lo visto. Lo que no puedo decir es que esté arrepentido, porque no me arrepiento de nada de lo que he hecho.

El padre Daniel, a pesar del calentador eléctrico que tenía a los pies, empezó a temblar.

Daniel, desde pequeño, tuvo pesadillas de que el mismo Satanás se le presentaría tomando el cuerpo de una persona. Unas veces se le aparecía en sueños habiendo poseído a su padre, otras a su madre, un profesor, un vecino... Era un sueño recurrente, aunque no lo había tenido

desde su época de seminarista.

Estaba cagado de miedo.

Se aferró al crucifijo que siempre llevaba en el bolsillo de la sotana e hizo una desesperada jaculatoria en su interior.

—He matado a Covadonga, a Patricia Jaenilla y a Patricia Lago. A Fernando Almeida y a su preciosa esposa Marta. He troceado a Clara Benjumea y a todas las demás.

—Pero han dicho que fue el finlandés. El cocinero. ¡El Carnicero de Montecarmelo!

—Vamos, Pater..., no me dirás ahora que no sabías nada de esto —exclamó levantando las manos y ladeando la cabeza, como un profesor pidiendo al alumno travieso y mentiroso que no insulte su intelecto—. ¿No te ha parecido mucha coincidencia que conocieras a todos los maridos de las víctimas? Has estado en mi casa, los has conocido a todos y también a sus esposas. ¿De verdad te parece que un finlandés va a escoger unas víctimas aleatoriamente en Madrid y va a coincidir que sean todas las esposas de la gente del mismo grupo?

—No dirás que...

—Efectivamente, Pater. Sabías muy bien quién ha sido. Desde el comienzo sabes que éramos nosotros. Nos has oído bromear sobre el tema, y tú siempre callado, con tu mueca beatífica, negando con la cabeza, pero sin decir nada.

—No. Yo no sabía...

—Tú *SÍ* que lo sabías. Siempre lo has sabido. Pero, como siempre, no has tenido valor de decir nada. Ahora ya es demasiado tarde para que lo digas. Por eso, he venido a confesarme de todo esto. Ya no podrás decir nada, aunque quieras, o estarías rompiendo el secreto de confesión.

El padre Daniel temblaba descontroladamente en la oscuridad de su confesionario y se orinó en los pantalones encima de su silla. Esto no le había ocurrido desde los 13 años, cuando vio, escondido en una taquilla en los baños del cole, cómo este grupo del que le hablaba hizo su ceremonia de iniciación.

—No puede ser...

—Claro que sí, no te hagas ahora el inocente, Pater. Tu estuviste presente cuando hicimos nuestra ceremonia de iniciación, hace ya muchos años. En el colegio. Pero aquel día, como ahora, estabas escondido como un maldito cobarde y no dijiste nada a nadie, aunque pudiste habernos parado entonces. Después de eso, continuamos dando alguna inocente paliza por la noche, encapuchados. Luego la cosa fue a más, y una noche violamos a la novia de Manuel Serrano. ¡Eso fue excitante! La semana siguiente invitamos a Manuel y su novia a cenar para que contaran cómo fue su terrible experiencia, ¡tú estabas ahí!, y yo también.

El padre Daniel se cubrió la cara con temblorosas manos.

—¿Me vas a decir que no te acuerdas de Manuel y Olga? —preguntó el penitente amenazador.

—Sí... Cómo olvidarlo... Los pobres acabaron suicidándose una semana más tarde.

—Corrección: Olga se suicidó. Dos días después hablé con Manuel y le conté que sabíamos quién le había hecho eso a Olga. Al día siguiente quedamos con Manuel y le enseñamos fotos que habíamos tomado aquel día durante la violación de su esposa. Luego nos lo llevamos hasta el puente de Toledo y le empujamos. No sabía volar.

Esta vez el padre Daniel se santiguó sin miedo a ser visto.

—Pero, ¿por qué le hicisteis eso a Manuel?

—¿Por qué? ¿Por qué no? Porque podíamos. Porque era un capullo con suerte que iba de listo por la vida. Por eso. Además, su esposa estaba muy buena.

El interlocutor tragó con dificultad y esperó unos segundos en silencio para recobrar la

compostura, para recobrar el descaro antes de continuar.

—Después de esa noche me di cuenta de lo que era el verdadero significado del poder. Después de esa noche me di cuenta de que podría hacer lo que quisiera, ser lo que quisiera. Perdí el miedo y la inseguridad, e hice de esto un deporte, un juego del que, con la práctica, llegaría a conseguir la perfección. Es así como nació la idea de formar un club...

—¿Qué club?, ¿qué juego?

—Ya había empezado desde pequeño sacrificando a mis mascotas. Primero el hámster de mi hermano, después el estúpido gato de mi madre. El perro de mi vecino... Después decidí acabar con las personas más allegadas a mí: mis padres y mi hermano; no creerías que murieron en un accidente, ¿verdad?

—¿Pero por qué?

—¿No lo entiendes, Pater? Para deshacerme de mis posibles debilidades. Así nadie podía hacerme daño. Así podría estar siempre por encima de todo y de todos.

Formé primero un club con los compañeros que ya conoces, pero en cuanto empezamos a grabar nuestras proezas y ponerlas en internet, ganamos un tremendo número de adeptos y descubrimos que así, no solo podíamos ganar una barbaridad de dinero, sino que, además, le dábamos más publicidad a lo que estábamos haciendo y eso me ha dado acceso a un grupo de élite muy reducido con el que ni los masones habrían podido soñar. Juntos, en este club, estamos haciendo un arte de lo que muchos llaman vulgarmente 'crimen'. Ahora tengo que quitar de en medio a todas aquellas personas que conocen mi pasado y pudieran traer publicidad negativa contra mi persona...

El cura no daba crédito. Le temblaban las piernas y todo lo que quería hacer era salir corriendo del confesionario y pedir ayuda.

—¿Qué me dices de Covadonga? ¿Por qué tuvo ella también que morir?

—Esa es una historia mucho más larga, te la tendré que contar otro día. En una próxima confesión, tal vez. Ahora dame la absolución. Tengo que marcharme. Ha sido un placer confesarme contigo. Tenías razón. Ahora me siento mucho mejor.

—Pero... ¿no tienes remordimientos? ¿No te arrepientes? Aunque no sea por temor de Dios, ¿no sientes el dolor que has causado a sus familias? ¿A sus padres? ¿A sus parejas?

—Ninguno. Todo lo contrario —contestó muy relajado.

—Sin arrepentimiento, no puedo darte la absolución —acertó a decir Daniel con un hilo de voz.

—Ves, Pater, esa es la ironía de todo esto —dijo el confesante con una falsa risa—. Estoy haciendo la labor de Dios en la Tierra: su trabajo sucio. Soy el verdugo que ha mandado para ajusticiar a estos pecadores, y... ¿no puedo conseguir su perdón?

—Es mucho más complicado que eso, y claro que puedes conseguir su perdón. Necesitas un propósito de enmienda, no querer volver a hacerlo. —El padre respiró hondo y continuó tratando de que no le fallara la voz—: El hecho de que estés aquí, en el confesionario, quiere decir que, de alguna manera, estás arrepentido y sabes que lo que has hecho está mal. Podemos hablar más de esto, si quieres. Puedo conseguirte ayuda.

La sonrisa se volvió a ver brillar tras la rejilla.

—No necesito ayuda. Ya casi he terminado. Pasado mañana se habrá acabado todo, pero sin lo que ocurrirá el sábado, todo el trabajo, lo que he hecho hasta ahora, carecería de sentido, se quedaría a medio hacer. Y sabes que yo termino siempre lo que me propongo...

—¿Qué vas a hacer el sábado? —preguntó el padre Daniel alarmado. Sabía que no debía preguntar. Por muchas razones. Pero la pregunta salió de su boca antes de que pudiera contenerla.

—El sábado es el turno de Teresa y de Flecha. ¡Será la *Grand Finale!*

—¡Teresa! ¡Pero no puedes hacer eso!

Los cuchicheos del cura se oían al otro lado de las finas paredes del confesionario. Las personas que esperaban a la cola para confesarse se miraban unas a otras preguntándose quién estaría confesándose para que el cura actuara de esa manera.

—¡Cállate, escandaloso! Que estamos en lugar santo —dijo el penitente mofándose del cura.

—¿Por qué Teresa? —dijo Daniel bajando otra vez la voz—. Por amor de Dios, te lo pido. No hagas algo así.

—No hay vuelta atrás. Debe de ser así. Se están acercando demasiado y además les necesito como carnada para el acto final de esta tragicomedia —dijo por último el penitente. Después se levantó, corrió la cortina del confesionario, y se marchó.

Daniel se quedó solo en su confesionario, apretando sus temblorosas manos y respirando profundamente. De pronto, la ventana frontal del confesionario se abrió, y su antiguo compañero de colegio metió la cabeza y le dijo casi tocando nariz con nariz.

—Ahora recuerda, Pater. No vayas a abrir esa boca tuya, porque condenarás tu alma al fuego eterno por romper el sagrado secreto de confesión, y me obligarás a que yo mismo me encargue de volver aquí y llevarte de la mano al encuentro de Satanás.

Esa mañana habían puesto nuevos termos con café en la sala de situación y además habían traído unas pulgas de jamón con tomate.

Flecha había llegado unos minutos pronto, y se puso dos pulgas en un plato y se sirvió una taza de café. Se sentó junto a Petete que, como siempre, ya estaba en la sala antes que ninguno, mientras esperaba a que llegase el resto del grupo para empezar la reunión de las 08.30 horas.

—¿Has encontrado algo nuevo? —preguntó Flecha estirando el cuello para ver la pantalla del ordenador de Petete.

—Sí, la verdad —dijo Petete sin levantar la vista del ordenador—. Un montón de cosas. He encontrado los videos de las ejecuciones de todas las víctimas. El cabrón las había subido a una de sus páginas webs, y lo más alucinante de todo, es que la gente pagaba barbaridades para ver los videos.

—¿Qué clase de gente paga por ver unos videos así? —preguntó Flecha asqueado.

—Todo tipo de personas. Tengo los datos de todas las personas que han pagado y se han descargado los videos. ¡Los videos se han visto más de setenta mil veces!

—¿Cómo es eso posible? Sobre todo, ¿cómo es posible que nadie de los que hubieran visto los videos avisara a la policía?

—Te sorprendería ver lo enferma que está la peña. De todas maneras, de las setenta mil veces que se ha visto el video, solo mil quinientas ha sido en España.

—¿Te parece eso poco?

—Tienes que pensar, que cada persona que se haya bajado el video, lo habrá visto una media de diez veces, con lo que, a fin de cuentas, solo hay algo más de un centenar de personas en España que se han descargado el video —dijo Petete, como si el que solo un centenar de psicópatas disfrutasen viendo esas barbaridades en total impunidad, fuese una buena noticia.

El inspector había entrado en la sala mientras Petete comentaba todo esto, y se puso justo detrás de su silla para enterarse de lo que estaba explicando. Teresa y Jacobo llegaron también, y en cuanto estuvieron todos, el inspector se puso de pie y, removiendo ruidosamente el café en la taza de porcelana con una cucharita, que bien podía ser un martillo, pidió a Petete que repitiera todo lo que les acababa de contar.

Petete conectó su ordenador al proyector, y enseñó a sus compañeros cómo entrar en la página del club *Ladies for dinner*, y mostró algunos de los videos en los que, de forma espantosamente gráfica, se veía cómo las víctimas habían sido matadas, mutiladas, y finalmente decapitadas.

Cuando Petete terminó la exposición, el inspector dijo que iban a estudiar minuciosamente, entre todos, cada uno de los videos, e iban a buscar pruebas.

—Petete y su equipo de técnicos trabajarán en darnos la localización del finlandés y de todos aquellos involucrados de una forma u otra en los asesinatos, la filmación y la distribución de estas filmaciones.

—Sí, jefe.

—Estos últimos descubrimientos —dijo el inspector mirando a Flecha a través de sus pobladas cejas—. Terminan de exculparte de toda sospecha de haber sido protagonista del asesinato de tu

esposa.

Flecha asintió, todavía turbado por las imágenes de los videos que les había mostrado Petete, y que ya nunca conseguiría borrar de su mente.

—Me he puesto en contacto esta mañana con la oficina del Tribunal Militar, y también con tus mandos en Alicante. Han retirado todos los cargos que tenían contra ti. Eres un hombre libre.

«¡Eres un hombre libre!»

Flecha asimiló en silencio las noticias.

—Ha sido un placer tenerte con nosotros. Tu ayuda ha sido inestimable —dijo el jefe levantándose y acercándose hasta él.

—Aquí tienes un billete de AVE hasta Alicante. Te esperan en tu cuartel para firmar unos papeles y conseguir tu exoneración oficial de toda culpa.

Flecha se levantó aturdido, con la cabeza dándole vueltas. Cogió el billete de AVE con una mano, y con la otra, estrechó la mano del inspector mecánicamente.

—Acuérdate de nosotros si un día decides dejar el Ejército. Creo que serías un excelente policía, y aquí te recibiríamos con los brazos abiertos.

—Te llevo al tren —se ofreció Teresa cogiendo el abrigo—, he quedado a comer con Pepe y tengo que pasar por Atocha.

Anduvieron juntos hasta el ascensor: Flecha pensativo y cabizbajo; Teresa alegre y risueña.

—Me alegro de que por fin te hayan absuelto, Flecha. No sabes cuánto siento lo que has tenido que haber sufrido todos estos meses en la cárcel —dijo Teresa cuando se hubieron subido al coche.

—Gracias.

—Y ahora... ¿volverás al Ejército? ¿Te reincorporarás inmediatamente?

—No. No creo. Voy a tomarme un tiempo. No estoy seguro de si quiero volver. He tenido demasiado tiempo en la cárcel para recapacitar.

Teresa miraba atenta al tráfico mientras agarraba el volante con las dos manos, pero al oír esto, buscó a Flecha con la mirada para asegurarse de que estaba hablando en serio.

—No es porque le guarde rencor al Ejército por haberme encarcelado. Entiendo la situación, y sé que tenían que hacerlo. Simplemente creo que ya ha llegado el momento de colgar los guantes y vivir una vida de civil. Sin ataduras.

—¿Volverás a Madrid entonces en cuanto hayas firmado los papeles? —dijo Teresa mirándole otra vez por el rabillo del ojo.

—Sí, en cuanto haya firmado me vengo de vuelta. Me gustaría seguir involucrado en el caso si es posible, hasta que se haya resuelto.

—Me alegro —dijo Teresa. Y luego, añadió algo ruborizada—. Me alegro de que vuelvas para ayudarnos... entre otras cosas.

Flecha pareció no captar el sentido que ella buscaba dar a sus palabras.

Habían llegado a la estación de Atocha. Teresa aparcó frente a la entrada, en zona prohibida.

Flecha se acomodó de lado en su asiento, para poder ver a Teresa de frente, prestándole toda su atención.

Teresa echó el freno de mano, apagó el coche y levantó tímidamente la vista.

Marcos Flecha la agarró con suavidad la barbilla, con su mano dura y callosa. La acercó hacia sí y la besó en los labios. Luego se apartó un poco, para mirarla otra vez a los ojos y ver qué terreno estaba pisando. Teresa abrió los ojos como con sorpresa, los había cerrado para saborear más el beso. Parece que debió de gustarle, porque agarró a Flecha de la nuca y se

abalanzó sobre él.

Se besaron apasionadamente dentro del coche, como dos colegiales de pellas, hasta que un guardia de tráfico dio unos golpes en la ventanilla con los nudillos y los despertó de su delirio.

Teresa puso el coche en marcha sin decir nada al guardia. Después del espectáculo que habían dado, no iba a enseñarle al guardia su placa y decirle que estaban en misión oficial. Así que movió el coche y aparcó solo unos metros más adelante, en segunda fila.

Se hizo otro silencio en el que ninguno de los dos se atrevió a hablar o a mirarse a los ojos.

—¿Dónde vais a comer? —preguntó Flecha para romper el incómodo silencio.

—¿Qué?

—Pepe y tú.

—No lo sé. Un sitio especial donde no he estado nunca. Me dijo que teníamos que celebrar algo y que me encontrase con él en la carretera a Titulcia.

—Será que no hay sitios en Madrid donde comer.

—Ya conoces a Pepe: no puede rebajarse a una simple comida como cualquier otro mortal... «Antes muerta que sencilla...».

—¿Y cuál es la ocasión?, ¿crees que te va a pedir matrimonio? —preguntó Flecha tratando de aparentar indiferencia.

—No lo sé. Es posible, pero lo dudo. Sería una sorpresa.

—No sueñas muy esperanzada.

—No... No sé. He fantaseado con ello algunas veces. Tenemos una relación muy rara. La verdad es que, si su intención no es esa hoy, lo más probable es que termine con esto. Creo que lo único que hago con él es perder el tiempo. Creo que sigo con él por pereza a estar sola. ¿Tú qué piensas?

Flecha se encogió de hombros.

—Una vez le oí decir a un pescador que no hay mayor soledad que la que se siente en los brazos de la persona equivocada.

—Un tipo muy profundo ese pescador...

—Sí, se ganaba el pan escribiendo libros, pero su verdadera ocupación era la pesca.

Se hizo otro incómodo silencio.

—Mira, si quieres mi opinión, si te pide matrimonio hoy, dile que te dé un par de días para pensarlo. No te precipites. Tú le has esperado casi un año, él debería poder esperar dos días.

—¿Dos días? —dijo Teresa enarcando las cejas, alentando con el gesto que se explicara.

Flecha no respondió al instante.

—En dos días espero que hayamos resuelto el caso. Para entonces, podremos pensar todos con más claridad —dijo, y salió del coche.

El AVE plantó a Flecha en Alicante en poco más de dos horas, y antes de las 11.00, estaba entrando en las oficinas del Mando de Operaciones Especiales, en el acuartelamiento Alférez Rojas Navarrete en Rabasa.

El olor del aire fresco de Rabasa, mezclado con el olor a lejía del suelo de las oficinas, le era tan familiar como el perfume de una madre, y le acompañaría en la memoria hasta el día en que dejase este ingrato mundo.

Las oficinas tenían todas las ventanas abiertas, como cada mañana, a pesar del frío. El coronel mandaba abrirlas todos los días, decía que el frío mañanero endurecía el carácter, aunque todo el mundo sabía que lo ordenaba realmente porque no podía aguantar el fuerte olor a lejía que desprendían los suelos después de la limpieza de las 06.30 horas.

El primero en ver a Flecha entrar por la puerta de las oficinas del cuartel fue el sargento Gutiérrez.

—¡A sus órdenes, mi capitán! —irrumpió con su vozarrón cazallero al tiempo que se ponía firme como un mástil.

—Descansa, Gutiérrez. No tienes que cuadrarte, ya no soy militar —dijo Flecha bajándole el brazo y dándole un fuerte apretón de manos.

Otros soldados se acercaron. Todos viejos compañeros de batalla.

Con estos hombres había recorrido el mundo. Había puesto su vida en sus manos y ellos en las de él. Y lo volvería a hacer en cualquier momento. No había un grupo más preparado y más entregado en el mundo. Y Flecha había conocido muchos grupos a lo largo y ancho del mapa.

—¿Dónde está el Manazas? —preguntó buscando con la vista en las oficinas y advirtiendo la ausencia de su núcleo duro.

—Está de misión —dijo Gutiérrez.

—¿Y Pitis?, ¿está con él?

—No —respondió Gutiérrez mirando al suelo—. Pitis lo ha dejado, igual que TNT. Cuando te encerraron, se cabrearon mucho. Vinieron a hablar con el viejo y le dijeron que si no te sacaban se marcharían...

—Buenos tipos —dijo Flecha con una sonrisa triste—. Siempre tuvieron más corazón que cabeza.

La puerta del despacho del fondo se abrió, y los soldados que rodeaban a Flecha se pusieron en movimiento: uno a abrir un fichero, otro a enredar con la fotocopidora. Los otros volvieron a sus mesas. Solo el sargento Gutiérrez se quedó junto a Flecha.

—Te veo cuando salgas —dijo Gutiérrez señalando al despacho del coronel con la barbilla.

El coronel se asomó desde su despacho. Vio a Flecha y, sin hacer gesto de reconocerle, volvió a entrar.

Flecha se dirigió al despacho del coronel, y aunque este había dejado la puerta abierta y obviamente le había visto y le esperaba, tocó en la puerta con los nudillos. Era costumbre. Principios. Respeto. Era lo que hacía un militar cuando entraba por una puerta, aunque al despacho al que llamaba con tanta muestra de respeto, fuera el del coronel con el que ha estado en

tantas misiones en los Balcanes y luego en el desierto, compartiendo tienda de campaña, raciones, e incluso letrina cuando la había.

—Con su permiso —dijo desde el umbral.

—Entra Flecha, entra. Te esperaba —dijo el coronel Sangrador.

Flecha se sentó en una de las sillas que había frente a la mesa del coronel después de que este se lo indicará con un gesto.

—¿Cómo estás? Parece que has perdido peso. ¿Te han tratado bien en Meco?

—Demasiado bien. Un cinco estrellas. Me habría quedado más si me hubieran dejado.

El coronel sonrió sin muchas ganas.

—Mira Flecha, todo esto ha sido una hijoputada. Desde aquí hemos hecho todo lo que hemos podido para sacarte, pero el tribunal no entraba en razón. Me alegro que al final se haya aclarado todo y te hayan sacado. Nada quedará en tu expediente, vuelves con tu rango de capitán. El tiempo que pasaste en la trena, no se te descontará de tus años de servicio, y cuando te reincorpores, estarás al mando de tu vieja unidad.

Flecha tenía la vista perdida en un lugar lejano más allá del cristal de la ventana del despacho del coronel. Tardó un momento en contestar, pero al final volvió la vista al coronel

—Mi vieja unidad, menos TNT y Pitis...

—Veo que ya te has enterado —dijo el coronel echando una funesta mirada hacia el pasillo y vaciando sonoramente todo el aire de sus pulmones—. Sí, menos TNT y menos Pitis. Pero hemos reclutado carne fresca. Hay unos buenos piezas que han entrado recientemente. Te dejaré que escojas tú primero de entre los nuevos.

Flecha sonrió mientras negaba cansadamente con la cabeza.

—Se lo agradezco, coronel, pero no. He tenido mucho tiempo para pensar, mucho tiempo para reflexionar. Me llevo grandísimos recuerdos de la GOE y de todos los compañeros que he tenido aquí; pero ya ha llegado la hora de que cambie de tercio. Mantengo todo mi respeto al Ejército. Le he dado los mejores años de mi vida, y me he dejado la piel por él, pero no me ha dado nada a cambio. No en el momento en el que he necesitado su apoyo.

El coronel miraba muy serio a Flecha. No por enfado con él, sino con el Ejército. Por enfado con la maldita burocracia y por entender mejor que nadie que el hombre que tenía delante iba a ser muy difícil de reemplazar.

—Me voy con la conciencia tranquila, coronel. He cumplido mi trabajo de la mejor forma posible y no le debo nada al Ejército. Ha llegado la hora de presentar mi dimisión.

Esto último lo dijo sacando un sobre del bolsillo interior de su chaqueta y dándoselo al coronel en la mano.

El coronel asintió sin decir nada. Puso el sobre en la mesa rápidamente sin abrirlo, como si le quemara las yemas de los dedos.

—No te culpo, Flecha. Desgraciadamente mentiría si te dijera que no te entiendo. Te echaremos de menos. Ni que decir tiene que has sido el mejor oficial que este cuartel ha conocido.

—Gracias —dijo Flecha poniéndose de pie.

—¿Me permitirás por los menos que te invite a cenar esta noche y nos tomemos unas cervezas con tus viejos compañeros?

Flecha sonrió por primera vez esa mañana.

—Será un placer, coronel.

Flecha abrió la puerta del despacho para salir, y se escuchó la voz del sargento Gutiérrez dando el aviso de atención desde el final del pasillo.

La veintena de boinas verdes que estaban en las oficinas, se pusieron firmes, en un total y respetuoso silencio, formando un pasillo desde la puerta del coronel hasta la salida de las oficinas.

Flecha fue uno a uno despidiéndose de ellos.

—Por favor, no te cuadres. Ya no soy militar —dijo al primero.

Este, por respuesta, dio un taconazo y gritó:

—¡A la orden, mi capitán!

Frente al siguiente soldado intentó también decirle que no tenía que cuadrarse, pero con el mismo resultado.

A Flecha se le hizo un nudo en la garganta.

Estos eran sus hermanos de sangre presentando sus respetos. A todos estos los había hecho trabajar hasta la extenuación, los había llevado a rastras al campo de batalla, golpeado, insultado para el bien del grupo y de la misión que tuvieran encomendada. A Flecha no le habría extrañado que todos estos hombres le odiaran, pero eso le importó un carajo. Él no estaba allí para hacer amigos o ganar un concurso de popularidad. La vida de todos estos muchachos había estado en sus manos, y de él dependía hacerlos volver a todos a casa de una pieza después de cada misión.

En unas maniobras hace cinco años, llevó a sus hombres al límite y uno de ellos trató de apuñalarlo con el cuchillo de supervivencia. Flecha le desarmó y le tumbó de un golpe, luego le hizo volver al paso los veinte kilómetros que distaban hasta el cuartel, corriendo a su lado. Nunca había pedido de sus hombres lo que él no era capaz de hacer. Ese soldado pensó que en cuanto llegasen al cuartel le enviarían a prisión, pero Flecha le mandó a las duchas, y nunca más se habló del tema. Ese soldado es hoy el sargento más preparado y disciplinado de las Goes, el sargento Gutiérrez.

La muestra de respeto y de cariño de sus tropas le dio un vuelco al corazón; la garganta le abrasaba y los ojos amenazaban con inundarse de lágrimas.

El último de quién se despidió fue de Gutiérrez.

—¡A la orden, mi capitán! —gritó haciendo retumbar los mismos cimientos del edificio.

Flecha se volvió para echar un último vistazo a las oficinas.

Al final del pasillo que habían formado sus hombres, estaba el coronel, bajo el umbral de la puerta de su despacho. El coronel empezó a aplaudir con fuertes, sonoras y pausadas palmadas. A la tercera palmada se le habían unido todos los demás soldados.

Flecha se dio la vuelta y se marchó sin despedirse, emocionado, para que no le pudieran ver llorar y echar así por la borda esa fama que se había labrado en todos estos años de servicio.

Se fue directo a su habitación, para recoger las pocas pertenencias que había dejado en su taquilla. Se sentó sobre su catre y sacó el móvil que había apagado antes de entrar en las oficinas.

Tenía diecisiete mensajes de texto y cinco de voz.

El primer mensaje de voz era de Teresa, le llamaba para desearle suerte en el cuartel.

—Ya estoy llegando a Titulcia —dijo Teresa en el mensaje—. ¡Vaya sitios más raros que encuentra este tipo para conquistar a una mujer! Estoy en una zona industrial que parece abandonada. Ah, ahí está su coche. Te dejo. Hablamos más tarde.

Flecha no pudo evitar sonreír al escuchar el mensaje de Teresa.

El siguiente mensaje era de Petete.

—Tenemos al carnicero, tenemos sus coordenadas y sabemos dónde se esconde. Estoy llamando a Teresa, pero no consigo dar con ella. Es importante. Jacobo tampoco sabe dónde está Teresa.

Llámame si sabes dónde puedo encontrarla.

El siguiente mensaje era del padre Daniel.

—Tenemos que hablar. Es importante. Teresa corre peligro, tú también. ¡Llámame!

Flecha trató de llamar a Teresa, pero esta no contestaba.

Llamó a Petete.

—Petete, ¿qué es lo que pasa?

—Tenemos al carnicero finlandés. He conseguido conectar con su teléfono, y su GPS me muestra dónde está.

—¿Dónde está ahora?

—No puedo compartir esa información contigo.

—¿Por qué...? ¡Pero qué tontería es esa...! Teresa corre peligro, tal vez el mismo carnicero la tenga.

—Hay algo más...

—¿Qué diablos pasa, Petete? Déjate de adivinanzas.

—Tengo también las cuentas de mail y del teléfono del carnicero... hace una hora he visto que te había mandado un mensaje de texto.

—¡Un mensaje de texto! ¿A mí? —Flecha recordó que tenía varios mensajes de texto que todavía no había mirado; puso su teléfono en altavoz y miró los mensajes. Tenía varios del Padre Daniel, uno de Jacobo y uno de un número que no reconocía.

Abrió el mensaje del número desconocido.

Flecha, te he dejado el último souvenir en el congelador, junto al que te guardé después de la fiesta de tu casa.

—Lo estoy leyendo. ¿Qué quiere decir esto?

—No lo entendí muy bien. Se lo tuve que enseñar al inspector, y él ha mandado un coche a tu casa...

—¿Han entrado en mi casa?

—Flecha, en el congelador de tu casa han encontrado una mano de Covadonga con el anillo de compromiso puesto. Junto a la mano de Covadonga, había otra mano que pensamos que pueda ser de Patricia Jaenilla. Están haciendo la prueba ahora mismo.

Flecha se quedó en silencio un momento, mientras digería lo que le estaba contando Petete.

—Entonces... ¿soy otra vez sospechoso del asesinato? —dijo sin esconder la ira que le consumía en su voz.

—Flecha, vas a tener que explicar dónde estuviste la noche del lunes al martes. El martes por la mañana viniste a la comisaría con magulladuras en la cara y pinta de no haber dormido nada... y esa fue la noche que Farla calcula que Patricia Jaenilla murió.

—Tú bien sabes que esa noche estuve haciendo una visita a la cervecería Bismark.

—Sí, y se lo dije al jefe. Están comprobando si hay forma de confirmar que efectivamente estuviste ahí. Mientras, técnicamente eres sospechoso de dos asesinatos: el de tu esposa y ahora el de Patricia Jaenilla. Y también eres sospechoso de colaborar en todos los otros asesinatos que se cometieron mientras estabas encerrado en prisión.

—¡Pero eso es imposible! No podéis creer que eso es verdad.

—Yo personalmente creo que eres inocente, Flecha. Creo que el finlandés sabe que estamos

detrás de él y te ha lanzado a las vías del tren para crear una distracción. Cómo piensa que mandándote un mensaje y dejando esas pruebas en tu casa le puede ayudar, no lo entiendo, parece muy arriesgado. Le podíamos haber pillado en tu casa, y además es una pérdida de tiempo, cuando debería de estar escondiéndose a diez metros bajo tierra. Pero el caso es que necesitas mantenerte alejado hasta que se demuestre dónde estuviste la otra noche.

—No lo sé. No tiene mucho sentido. Sabe que tenemos su ordenador y que tenemos pruebas que demuestran que él es el asesino. ¿Por qué perder tiempo inculpándome?

—A lo mejor no ha sido él. Es muy fácil hackear un teléfono y mandar un mensaje desde ese número.

—Solo puede haber dos razones por las que las manos hayan aparecido en mi congelador: una, que efectivamente yo sea compañero del finlandés y esté involucrado en los asesinatos; la otra, que yo tenga acceso a descubrir algo y me esté acercando demasiado, y no quieren que salga a la luz.

—¿Hay algo que sabes que alguien no quiere que se divulgue? ¿Tienes información sobre el caso que no hayas compartido todavía con nosotros?

—Creo que la relación entre los asesinatos y mi clase del colegio El Encinar es mayor de lo que pensamos. ¿Has podido encontrar más información sobre los maridos o novios de las otras víctimas?

Flecha se hizo una nota mental de llamar a su hermano Alberto desde el AVE, tenía que haber alguna relación entre Alberto, Pepe y sus amigos y el grupo de malotes de su clase. Los malotes de su clase nunca se llevaron muy bien con nadie, y menos aún con niños de clases inferiores. Más de una vez, tuvo que defender a su hermano de la pandilla esta, pero desde que se marchó a Estados Unidos parece que eso cambió. Ahora, los malotes eran los invitados de honor en cada reunión del Txoko de su hermano. No podía ser únicamente que Luis Nerva era ministro, los otros del grupo no habían triunfado tanto en sus carreras; no tanto como Pepe y el Navarro por lo menos.

—Flecha, no puedes venir a Madrid. Quédate unos días en Alicante. Ya tenemos localizado al finlandés y en cuanto le detengamos se aclarará todo. Quédate ahí y yo te mantengo informado. Ah, y si oyes de Teresa, dile que me llame enseguida.

Flecha colgó el teléfono tranquilizando a Petete, al menos, para que le dejase en paz. Teresa podía estar en peligro como había dicho el Pater, y Flecha no se iba a quedar cruzado de brazos viéndolas venir.

Ese no era su estilo.

Flecha no había comido desde los dos montaditos del desayuno, y en el momento en el que el AVE se puso en movimiento, se dirigió al último vagón en busca del restaurante. Mejor comer ahora, que tenía tiempo que matar, porque una vez que llegase a Madrid, no sabía cuándo volvería a tener la oportunidad de nuevo e iba a necesitar la energía.

En el restaurante se pidió un bocadillo de jamón y un Rioja. Le sirvieron el bocadillo en una baguete recién salida del horno, con tomate y aceite de oliva. Tal vez no estuviera llevando la dieta más variada posible, dos pulguitas de jamón de desayuno, ahora el bocata de jamón... tal vez debería de añadir algo de complejidad a su menú. Qué diablos. Era una dieta mediterránea al fin y al cabo. No podía ser malo.

Estaba disolviendo un azucarillo en el café cortado, cuando oyó el vozarrón inconfundible del Navarro entrando en el vagón de la cafetería.

—¡Flecha! ¿Qué coño haces aquí? —exclamó el Navarro.

Como siempre, el Navarro muy discreto, muy correcto, se dijo Flecha.

Pensó rápidamente en cómo evitar la conversación, pero como no fingiera que era una planta ornamental que se parecía mucho a Flecha y que estaba sentada en ese momento a la barra tomándose un café, iba a ser complicado evitar al Navarro.

El tipo puso el brazo sobre sus hombros y le obsequió con una grotesca sonrisa.

—Qué sorpresa, amigo Flecha. Qué alegría verte.

Flecha respiró. Al instante se arrepintió de haberlo hecho.

El aliento del Navarro hablaba volúmenes de lo que había estado haciendo las últimas veinticuatro horas. Muy en especial de lo que había comido y bebido las últimas tres.

—Hola, Navarro, ¿de dónde vienes?

El Navarro miró con desatino al camarero y le pidió un whisky Macallan con hielo.

—Otro para mi amigo —dijo poniendo pesadamente la mano abierta sobre el pecho de Flecha. Como si el camarero necesitara tantas pistas para saber de qué amigo estaba hablando.

—No, gracias. Con mi café voy servido.

El Navarro se encogió de hombros, diciendo con el gesto que él se lo perdía.

—Vengo de una convención en el palacio de congresos de Valencia. Después he tenido una comida en Alicante con unos clientes —se interrumpió cuando se volvió a abrir la puerta del vagón —. Mira. Hablando del rey de Roma. Aquí viene uno de mis clientes.

Entró en el vagón un tipo regordete y sonrosado, vestido de punta en blanco. Se acercó a Flecha y el Navarro mientras terminaba de subirse la cremallera.

Flecha, que había vivido y comido en los sitios más insalubres del planeta, no pudo evitar reflexionar que, si el amigo del Navarro estaba subiéndose la bragueta, las posibilidades de que se hubiera lavado las manos después de mear eran básicamente nulas.

—Fernando, te presento a mi amigo Flecha. Flecha, este es Fernando Ramírez.

El gordo acercó la mano a Flecha, pero Flecha se levantó y le dio dos palmadas en la espalda a modo de medio abrazo, evitando así tocar su mano plagada de gérmenes.

—Un placer, Fernando. No quiero interrumpiros, tenéis que hablar de negocios.

Flecha se dio media vuelta para marcharse, pero se detuvo y se volvió otra vez hacia el Navarro como si hubiera recordado algo.

—Ah, Navarro. Este sábado íbamos a tener una cena en casa de mi madre, y me preguntaba si tal vez me pudieras pasar el contacto de tu cocinero...

—¿Iván? ¿Ya me quieres robar a Iván, pillín? Pues este sábado no va a poder ser. Tenemos una reunión importante fuera de Madrid y me lo voy a llevar conmigo. No va a estar disponible.

—¿Una fiesta importante? ¿Y no me habéis invitado? ¿Dónde va a ser eso? —preguntó Flecha tratando de aparentar despreocupación.

—En Baleares... —dijo el Navarro, pero, a pesar de las copas que llevaba encima, se dio cuenta de que había dicho demasiado—. Nada, nada. Pero no es una fiesta, es una reunión de un grupo de trabajo. Te aburrirías soberanamente. Ya montaremos algo en casa o en el Txoko la semana siguiente y para eso sí que te llamo.

Flecha asintió y se volvió a su vagón sabiendo que no iba a conseguir más información de la que ya había logrado, que no era poca.

No era poca.

Ahora había avivado sus sospechas de que su hermano y sus colegas podían estar involucrados en la Gran Gala del sábado.

¿Será la misma fiesta a la que se refería el Navarro? ¿Podía su hermano Alberto estar relacionado con el club de Ladies for Dinner ?

Podía ser. Eso explicaría por qué Alberto y sus amigos tenían tanto interés en el caso y por qué les habían invitado a Teresa y a él a casa de María del Mar para ver en qué podían ayudar. ¿No estarían realmente tratando de averiguar cuánto sabía sobre el caso la policía?

Su hermano no podía ser tan depravado. No pondría la mano en el fuego por los amigos de Alberto, pero... ¿Alberto? Alberto era un hombre tranquilo y bonachón. Siempre había huido de problemas y jamás le gustó la violencia, ¡ni en las películas siquiera! Aunque...

Recordó el episodio, hace ya muchos años, cuando Alberto sacó a pasear a su perro; era un pastor alemán, bueno, cariñoso y juguetón, pero en cuanto se cruzaba con cualquier otro perro, cambiaba por completo y se lanzaba al cuello con la intención de matar. Esa vez, Alberto trató de parar a su perro, pero el pastor alemán le gruñó y amagó morderle. Alberto volvió muy serio a casa, lo ató en las escaleras del sótano y le dio una paliza con un palo hasta que Flecha y sus padres vieron lo que estaba haciendo y le pararon. Para entonces, el perro estaba tan malherido que tuvieron que sacrificarlo.

¿Puede Alberto realmente tener un lado oscuro?

De vuelta en el asiento de su vagón, Flecha sacó el teléfono y estudió otra vez los mensajes que tenía.

El cura estaba muy pesado. ¿Qué es lo que quería decirle?

Lo llamó primero a él.

El teléfono sonó hasta que saltó el contestador.

—Pater. Soy Flecha. Devolviéndote la llamada.

Después llamó a Teresa.

El contestador otra vez.

Decidió llamar esta vez a Pepe. No quería estropear su idílica cita con Teresa, pero entre el cura y Petete habían conseguido empezar a preocuparle.

—Hola, Flecha, ¿a qué se debe este honor? —contestó Pepe tan cordial como siempre.

—Hola, Pepe, ¿estás con Teresa?

—Estaba. Se ha marchado hace unos minutos. ¿Puedo ayudarte en algo?

—¿Sabes dónde ha ido?

—La había llamado Jacobo. Dijo que era algo muy importante... y debía de serlo, porque me ha dejado aquí plantado como un idiota... ¿Ha pasado algo?

—No estoy seguro. El Pater me llamó diciendo que necesitaba hablar conmigo, que era muy importante, y que Teresa podía estar en peligro.

—El Pater... ¡Santo cielo! ¿No lo estaría diciendo en serio? ¿Has hablado otra vez con el Pater para ver de qué se trataba?

—Le he llamado, pero no contesta. Estoy camino de Madrid. En cuanto llegue a Atocha iré directo a su parroquia a ver qué mosca le ha picado.

—¿Quieres que te ayude? Puedo recogerte en Atocha o verte en la parroquia...

—No, no gracias. No te preocupes. Pero si hablas con Teresa, dile que me llame.

Colgó con Pepe y marcó el número de su hermano.

Casi se sintió aliviado cuando saltó el contestador de su hermano. Sabía que tenía que hablar con él, pero realmente preferiría no hacerlo.

No iba a ser fácil.

El tren empezó a aminorar la marcha y los altavoces avisaron de que estaban llegando a Atocha. Intentó llamar una vez más a Teresa.

No contestó.

Después probó con Jacobo.

—Hola, Flecha —dijo Jacobo amortiguando su voz.

—Estoy tratando de hablar con Teresa. Me ha dicho Petete que tiene las coordenadas del finlandés. ¿Está ella contigo?

—Estoy frente a la casa del finlandés —dijo Jacobo en un susurro—. Teresa viene para acá. Había salido en moto, por eso probablemente no te está contestando al teléfono.

—¿Todo bien por ahí?

—Sí, hay una furgoneta aparcada fuera y la chimenea está encendida. Hay alguien dentro, seguro.

—No hagas ninguna locura, Jacobo. Recuerda que es un tipo muy peligroso. ¿Habéis pedido refuerzos?, ¿un equipo de asalto?

—Sí, hay un equipo de geos que ha salido de Albacete. Estarán aquí en cuarenta y cinco minutos. Yo estoy solo, vigilando para asegurarme de que el finlandés no se esfuma antes de que lleguen. No te preocupes, el jefe no me dejaría entrar a mí solo ni aunque dentro hubiera solo un lindo gatito sin uñas —bromeó disfrazando de humor muchos meses y años de rencor y de profunda desilusión.

—De acuerdo. Yo tengo que pasar primero por Tetuán, luego iré directo adonde estáis.

—Flecha...

—¿Qué?

—Ten cuidado. Tenemos órdenes de detenerte en cuanto te veamos. Creo que hay alguien que quiere sacarte del juego. Vigila tus espaldas.

—Fuerte y claro, amigo.

El padre Daniel volvió a su oficina, en la parroquia, después de una comida con el restaurador que iba a arreglarles el retablo de la iglesia.

Dejó la chaqueta sobre la silla y sacó su teléfono del bolsillo.

En el teléfono tenía una llamada de Flecha. Quiso devolverle la llamada en ese instante, pero decidió ir primero al oratorio, a hacer la visita frente al sagrario, como era su costumbre. Hoy, con mayor razón, estaba necesitado del recogimiento de la oración frente al sagrario; estaba todavía agitado por la visita a su confesionario de esa mañana.

—¿Ha llamado alguien en mi ausencia? —preguntó a Violeta, la sexagenaria encargada de los teléfonos y la administración de la parroquia.

Violeta levantó la vista, y miró al Pater un momento a través de sus gruesas gafas, como tratando de recordar dónde había visto su cara antes.

—Buenas tardes, don Daniel. Los teléfonos han estado en silencio. Solo vino un señor diciendo que se quería confesar. Le he dicho que no estaba usted y que volviera mañana a las siete de la mañana.

—Gracias, Violeta —dijo, y siguió su camino hacia el oratorio. Al llegar a la puerta, se paró y se dio la vuelta lentamente hacia Violeta, como si hubiera olvidado algo.

—Dígame, Violeta, ¿qué aspecto tenía ese hombre?

—¿Qué aspecto tenía? —repitió Violeta descolocada tratando de hacer memoria—. Pues no sé. Era un hombre alto. Era un joven guapo. Bien vestido y educado.

Daniel no se podía quitar de la cabeza la visita de esa mañana de su fantasma del pasado. Especialmente la última advertencia o amenaza, pero no podía haber sabido que había llamado a Flecha. ¡Eso era imposible! Se encaminó otra vez hacia la iglesia a hacer su rato de oración, luego llamaría otra vez a Flecha en cuanto hubiera terminado.

La iglesia estaba oscura y fría. Las nubes del exterior no dejaban apenas entrar luz natural por las ventanas. Al abrir la puerta, una corriente de aire le heló los huesos y le produjo un tembleque que le subió desde los pies hasta la cabeza.

Debería haber traído el abrigo consigo. A este paso, iba a agarrarse una pulmonía antes de que llegase la Navidad. Hizo una genuflexión frente al sagrario y encendió las dos velas que lo rodeaban con una cerilla para dar a su oración más luz, más recogimiento, más calor.

No consiguió alcanzar ninguno de estos propósitos con la pávida llama de las velas, si acaso, le dio a la estancia un halo más tenebroso y frío.

Se arrodilló en el reclinatorio del primer banco y otro escalofrío le subió por la espalda.

—Buenas tardes, Pater.

La voz llegó sin aviso, y a Daniel casi se le escapa un grito.

Su corazón dio un vuelco, y cuando empezó otra vez a latir, lo hizo con tanta fuerza que retumbaba en sus oídos.

—Daniel, has estado siendo un mal chico, ¿verdad? —dijo la sombra de su visitante.

—¿Qué dices? ¿A qué te refieres? —preguntó Daniel temblando de pies a cabeza.

—Sabes de lo que hablo —dijo después de producir unos suaves y rítmicos chasquidos con la

lengua en señal de desaprobación, como el sonido del intermitente de un coche—. Has sido un mal cura, Daniel. ¿Tan pronto has olvidado nuestra conversación de esta mañana? Me obligas a hacer algo que yo no quiero hacer.

—¡No sé de qué me hablas!

No tuviste ningún pudor en quedarte callado hace veinticinco años cuando viste lo que les ocurrió a tus amigos desde tu escondite en las taquillas del gimnasio.

—Yo... ¿cómo sabes...? —dijo el padre Daniel.

Cuando vio el brillo del cuchillo de carnicería que sacó de la bolsa de cuero, Daniel se cayó al suelo, levantando una aterrada mano para escudarse.

—Daniel, Daniel —dijo en tono paternalista—. Te vi en tu escondite de los vestuarios, pero sabía que no dirías nada. Siempre has sido un cobarde. Pero ahora, ¿vas y abres la boca? ¿Rompiendo el sagrado secreto de confesión? No esperaba eso de ti, Daniel...

—No lo hagas. No he dicho nada. Solo tenía que avisar a Teresa. Ella no ha hecho nada.

—Has roto la promesa que le has hecho a un amigo, y por eso vas a morir. Has roto un juramento contra la Iglesia y por eso has condenado tu alma.

Daniel empezó a sollozar. Quería gritar y pedir ayuda, pero nada salía de su boca, solo saliva y un sonido lastimero.

Jacobo había aparcado en Galapagar, a dos manzanas de la casa del finlandés. Se había metido en el jardín de la casa de enfrente, que estaba deshabitada, y a través del seto, podía ver la entrada y parte del jardín del finlandés sin ser visto.

La furgoneta blanca de reparto seguía aparcada frente a la casa. No tenía confirmación de que dicha furgoneta fuese del finlandés, y menos aún de que este estuviera en el domicilio. Solo tenía la información de Petete, de que el GPS del teléfono del finlandés tenía un localizador que confirmaba que estaba allí dentro.

Jacobo no era un tipo paciente, y a los cuarenta minutos de espera, la cabeza empezó a jugársela haciéndole preguntas y creándole inseguridades. El finlandés no parecía un tipo tonto, pensó Jacobo, y con todos sus negocios en internet, estaba claro que no era un ignorante en lo relacionado a las nuevas tecnologías. Tenía que saber que podían localizar su ubicación, sobre todo después de haber mandado el mensaje a Flecha desde esa terminal.

Jacobo tenía sus dudas. Tal vez el finlandés había dejado el teléfono en la casa intencionadamente. Podía ser una trampa u otra cortina de humo. Ya les estaba esperando en el piso de Montecarmelo cuando fueron los geos a atraparle. Podía haber preparado otra emboscada en esta casa en el campo. También, como había dicho Petete, podía estar utilizando de forma remota el teléfono del finlandés y haber mandado el mensaje desde cualquier sitio mientras el teléfono estaba en la casa de Galapagar, rodeado de bombas trampa, esperando al primer imbécil colarse dentro.

No quería quedar como un idiota cuando llegasen los geos. Aunque tenía sus sospechas de que podía ser una trampa, también cabía la posibilidad de que estos entrasen y solo encontrasen a un viejo retirado mirando las noticias en el televisor.

Ya había hecho demasiadas veces el ridículo y le habían ninguneado en el cuerpo de policía desde el principio. Nadie le tomaba en serio. Él había entrado antes que Teresa y tenía mejores calificaciones que ella, pero, aun así, el puesto de jefe de la investigación se lo habían dado a ella. Y él, como siempre, de Sancho Panza.

El sonido de una puerta corredera, rasgó el silencio que se respiraba en la montaña de Galapagar. La puerta que daba al jardín de la casa del finlandés se había abierto.

Jacobo se agachó un poco más y miró con atención.

El sol se estaba poniendo, y los últimos rayos se reflejaban en el cristal de la puerta, cegando a Jacobo.

Un hombre corpulento, en vaqueros y camiseta blanca del algodón, salió de la casa por la puerta recién abierta.

Jacobo esperó a que se diera la vuelta.

El hombre sacó una arrugada cajetilla de cigarrillos de su bolsillo trasero y agachó la cabeza rapada para encender un cigarrillo con el mechero. Cuando encendió el cigarrillo, expulsó el humo al cielo y se giró.

¡Era el finlandés!

El corazón de Jacobo se aceleró. Tenía el teléfono agarrado en la mano izquierda y empezó a

vibrar. Era Flecha. Ya había hablado con él antes. No había tiempo para más conversaciones. Levantó la vista y el finlandés dio tres rápidas caladas más a su cigarrillo, lo lanzó catapultándolo con los dedos al césped y volvió a meterse en la casa.

Esta era su oportunidad de distinguirse dentro del cuerpo. Si ahora entraba y detenía él solo al mayor asesino que se ha conocido en la historia de España, sería un héroe, y el cuerpo de policía reconocería su valía de una vez por todas. ¡Podría llegar a ser comisario algún día!

El finlandés parecía estar solo. Él podía apresarlo sin ayuda. Hizo una rápida llamada al comando de los geos, que estaba de camino.

—Falsa alarma. Aquí no hay nadie —les dijo.

El sol se perdió tras una colina de la sierra de Guadarrama y Jacobo se puso en movimiento.

El taxi giró a la derecha en la calle Bravo Murillo y entró en la calle de las Azucenas. Dejó a Flecha en el número 34, frente a la parroquia de Nuestra Señora de la Victoria en Tetuán.

Subió los tres escalones antes de llegar a los arcos que escondían la entrada al templo. A mano izquierda había una puerta con un cartel que indicaba que era la entrada al despacho parroquial. Flecha empujó la pesada puerta de madera y entró.

En el despacho, una anciana dormitaba sentada detrás de una mesa de despacho.

Flecha carraspeó y la señora levantó las manos reanudando el trabajo con dos grandes agujas en lo que parecía podría ser una chaquetita para su nieta, como si fuera una muñeca a la que hubieran dado cuerda y de pronto hubiera recobrado vida.

—¿Puedo ayudarle en algo? —preguntó la anciana mirando a Flecha a través de unas gruesas gafas de montura marrón.

—Buenas tardes, señora. Estoy buscando al padre Daniel.

—¿Tiene cita con él?

—No... no. Soy un amigo suyo. Estaba pasando por aquí y quise parar a saludarlo.

—Espere un momento. Voy a buscarle.

La señora se levantó dificultosamente de la silla, colocó con cuidado los instrumentos de punto en un bolso grande de tela, y se fue por el pasillo.

Flecha esperó de pie.

Echó un rápido vistazo a su alrededor. Había un viejo banco de mimbre bajo la ventana del recibidor y una silla torcida de madera, que amenazaba con derrumbarse si uno la miraba con demasiada severidad. Frente a él, la mesa de despacho de vinilo verde con patas de metal cromado; seguro habría dado un toque de modernidad a las oficinas de la parroquia en los años setenta; ahora, cuarenta años más tarde, la mesa seguía siendo igual de fea, pero encima sucia, desgastada y muy pasada de moda.

La anciana salió de la puerta del final del pasillo.

Flecha era un hombre paciente, quien, además, podía aguantarle la mirada al más temible, o eso pensaba. La vieja enfiló el pasillo de diez metros con una pasmosa lentitud. Ella era una de esas personas que cuando hace algo, se propone hacerlo bien, y no dejaba que otras actividades se interpusieran en su camino. Eso es lo que estaba haciendo ahora; se había propuesto desandar por el pasillo y no pensaba distraerse de su tarea hablando con Flecha desde el final del pasillo. Esa tarea podía esperar hasta que llegase de vuelta a su mesa.

La vieja le miraba con dureza a través de los gruesos cristales de sus gafas. Cuando finalmente llegó al final del pasillo, una eternidad más tarde, tomó aire y abrió la boca.

—No está.

—No está... —repitió Flecha, rascándose la nuca intentando no perder la paciencia—. ¿Y no sabe dónde podría encontrarle?

—Le vi cuando llegó del almuerzo y se fue directamente a la iglesia a hacer oración, como es su costumbre. Pero no le he visto desde entonces.

—¿A qué hora fue eso?

—Hará unas dos horas de eso. Normalmente se queda en la iglesia media hora cuando hace oración, pero dos horas...

—¿Le importa si paso a la iglesia a echar un vistazo?

—No, claro. Pero tendrá que entrar por esta puerta, la entrada principal está cerrada hasta que abramos para la misa de las ocho y media —dijo la abuela apuntando una puerta con su dedo curvado por la artrosis.

—Gracias.

—¿Quiere que le acompañe?

—¡No! —se apresuró a decir—. No. Gracias. Ya voy yo.

La iglesia estaba oscura y fría. Tres naves, con columnas de arcos renacentistas, y las cubiertas y bóveda de madera, le daban un hermoso estilo neomudéjar muy español.

Estaba anocheciendo y el cielo seguía nublado, por lo que entraba muy poca luz por las ventanas, dejando el interior casi en total oscuridad. Solo dos velas, una a cada lado del sagrario, iluminaban débilmente el retablo del ábside.

Las paredes del templo reproducían el ruido de sus pisadas, y el sonido de la fricción de sus pantalones vaqueros al andar.

Flecha se paró en mitad del pasillo central a escuchar.

Nada.

Empezó a andar otra vez.

Volvió a parar otra vez, casi instantáneamente. Había oído algo. Un leve goteo, como el del grifo de una bañera. El sonido del goteo hacía eco en el extremo del ala norte de la iglesia.

Una puerta se abrió y se cerró. Flecha se giró rápidamente, pero no pudo ver qué o quién cerró esa puerta. No había sido el viento, las puertas eran de castaño sólido, y habría hecho falta un huracán para moverlas.

Flecha se dirigió hacia el sonido del goteo.

Cruzó por entre los bancos. El goteo se oía más cerca.

Cruzó la línea de pilares hasta que llegó a la otra fila de bancos. La oscuridad solo dejaba entrever al otro lado de los bancos lo que parecía ser un enorme armario de madera oscura. *Probablemente los confesionarios*, pensó.

Cruzó la nueva fila de bancos mirando al suelo para no tropezarse con los reclinatorios. Levantó la vista a los confesionarios, pero sus zapatillas empezaron a chapotear sobre un líquido resbaladizo y viscoso. Bajó otra vez la vista para ver qué es lo que estaba pisando, aunque no le hacía falta; el olor a cobre, como el de un puñado de monedas de las antiguas pesetas, le era suficiente para saber que estaba de pie sobre un charco de sangre.

Estaba pisando un gran charco de sangre.

Sus ojos se iban acostumbrando a la oscuridad, y podía ver claramente cómo una mancha oscura se expandía lentamente por el suelo de mármol blanco, como la sombra que dibuja una montaña sobre el valle al caer la tarde.

Flecha se acercó más a los confesionarios levantando mucho los pies para no salpicar la sangre.

Abrió la puerta del medio, que es de donde parecía salir la marea negra. Al abrir, cayó sobre él, como accionado por un resorte, una mole de carne y vísceras que casi le hizo caer de espaldas sobre el suelo al apartarse.

Se le escapó un grito corto. Salió del estómago, e hizo eco en todas las paredes de la iglesia.

Había estado en muchas guerras. Había visto muchos muertos. Había recogido trozos de compañeros suyos después de atentados y explosiones, pero lo que tenía delante hizo que su

corazón se acelerase como un caballo desbocado y se tuviera que sostener agarrándose al borde de uno de los bancos para que sus piernas no cedieran.

El padre Daniel estaba colgado por los pies del techo de su confesionario. El torso estaba abierto desde las ingles hasta el esternón dejando que las tripas y los intestinos se desbordaran desordenadamente sobre el pecho y la cara del sacerdote. Tenía los brazos extendidos en cruz. Tenía un seis marcado a cuchillo sobre cada pectoral, y un tercer seis en la frente.

Flecha miró más de cerca y vio que de la boca del sacerdote salía lo que parecía ser una bola de papel. Flecha se acercó y abrió la boca del cura, sacando la bola de papel que tenía dentro. La abrió y vio que era una página del «Manual de confesión para el clero», el capítulo de la página venía en negrita y alguien lo había subrayado en amarillo:

«SECRETO DE CONFESIÓN».

—Petete, manda a Luis Farla a la iglesia de Nuestra Señora de las Victorias en Tetuán —dijo Flecha al móvil mientras presionaba el botón de la llave de coche que había encontrado junto a Daniel—. No creo que haya cámaras en la iglesia, pero busca posibles cámaras de seguridad en los alrededores. El asesino entró en la iglesia sobre las dieciséis horas y salió de aquí hace menos de diez minutos.

—¿Estás en Madrid?

—Petete, ahora no. Haz lo que te he dicho y luego me sermoneas, si quieres.

Un coche encendió y apagó las luces de emergencia al tiempo que hacía un breve sonido de claxon en contestación al reclamo de Flecha presionando la llave. Era un Range Rover, viejo, pero un Range Rover al fin y al cabo.

No está mal, Pater. Predicando austeridad con el ejemplo, pensó Flecha.

—¿Qué ha pasado? ¿Crees que está relacionado con el carnicero? —preguntó Petete al otro lado de la línea.

—Puede ser. Un cura amigo de mi hermano y de Teresa me llamó y dijo que tenía que hablar conmigo. Me avisó de que Teresa estaba en peligro. Ahora ese cura está muerto, colgado de su confesionario, y abierto como un cerdo en el día de la matanza.

—Tiene que ser algo diferente. El finlandés está en su casa de Galapagar y no se ha movido de ahí en todo el día.

—¿Dónde está Teresa?

—Salió a Galapagar hace un buen rato. Debería de estar llegando, pero no me ha contestado todavía. Llamará cuando llegue para darme su posición.

—¿Y Jacobo?, ¿está con ella?

—Sí, debería. Estaba montando guardia, esperando a Teresa y a una dotación de geos. No cuelgues. Le llamo y te doy el parte.

Petete puso la llamada de Flecha en espera.

Flecha puso el coche en marcha y salió en dirección hacia Galapagar.

Al girar en la primera calle, se cruzó con dos coches de policía y una ambulancia que acudían a la llamada que había hecho al 112 antes de salir de la iglesia y llamar a Petete. Flecha pidió al Cristo del rosario que colgaba del retrovisor del Pater, que los servicios de emergencia llegasen antes de que la abuela de la oficina de la iglesia se encontrase la escena. De no ser así, iban a tener que sacar a dos cuerpos en bolsa de la iglesia en vez de uno.

—Flecha, ¿sigues ahí?

—Aquí sigo, ¿qué te ha dicho Jacobo?

—Jacobo tampoco contesta. Pero he visto que había cancelado el equipo de geos sin decirnos nada, y ahora no consigo conectar con él.

—¿Teresa?

—La estoy siguiendo con el GPS de su móvil. Está llegando en este momento a la casa del finlandés.

—Manda refuerzos a Galapagar y trata de hablar con Teresa. Dile que espere y que no entre en

la casa bajo ningún concepto. Y mándame por mensaje la dirección en Galapagar.

Flecha colgó el teléfono y dio un pisotón al pedal del acelerador del coche del Pater mientras se metía en dirección contraria en la Castellana a 115 kilómetros por hora y subiendo.

El teléfono volvió a sonar. Era Pepe.

—Pepe, ¿qué pasa? —dijo poniendo la llamada en altavoz para tener las dos manos libres para conducir.

—Hola, Flecha, ¿has oído algo de Teresa? La he estado llamando desde que hablé contigo y no me contesta. Empiezo a preocuparme.

—No, Pepe, no he podido hablar con ella. Pero no tienes que preocuparte, está con Jacobo. Están haciendo una detención en Galapagar y hasta que no termine no tendrá acceso a su teléfono.

—¿En Galapagar? —repitió extrañado Pepe—. Y, ¿qué hay de lo que me dijiste del Pater?, ¿corre Teresa peligro?

—Nada. Tonterías del clero. No hay de qué preocuparse. Ya conoces al Pater, está colgado...

Teresa aparcó su moto junto al coche de Jacobo. Él no estaba dentro. Se quitó el casco y se paró un momento para escuchar.

Ya era de noche.

El cielo no estaba del todo oscuro, pero las farolas de la calle volvían negro todo lo que no estaba dentro del perímetro de su círculo de luz dorada. El viento de la sierra acariciaba los matorrales de la casa del vecino, haciendo el sonido de oleaje rompiendo sobre una playa, y trayendo consigo los intensos olores de enebro y ciprés.

Un perro grande ladraba en la lejanía.

Se acercó a la casa del finlandés, evitando pasar bajo la luz de la farola para no ser descubierta.

No había ni un solo coche en la calle. En la entrada de garaje de la casa, había aparcada una furgoneta blanca de reparto, abollada y maltrecha, desentonando con la pulcritud de la casona de campo.

Rodeó la casa moviéndose sigilosamente entre las sombras. Saltó la valla del jardín y se acercó a la puerta del patio. El interior de la casa estaba casi a oscuras y no parecía que hubiera nadie dentro.

Teresa sacó su USP Compact de 9mm de la sobaquera, arrastró la puerta corredera por sus rieles despacio para no hacer ruido y se deslizó hacia el interior de la vivienda. Cerró la puerta tras de sí y se quedó un minuto inmóvil con la espalda contra la pared escuchando y ajustando sus ojos a la oscuridad del interior.

No se oía un ruido en la casa. Tenía delante una mesa de comedor, que rodeó con el arma en alto, dando lentas y largas zancadas, evitando que el sonido de sus New Balance la delataran.

Debería haber pedido refuerzos. Entrar sola en una casa estaba en contra de todos los procedimientos y sabía de sobra que no era prudente, pero si Jacobo no estaba en su coche, lo más probable es que ahora estuviese dentro de la casa y necesitase desesperadamente su ayuda.

Teresa entró en el salón.

La estancia estaba a oscuras, solo un moribundo fuego iluminaba tímidamente desde la chimenea.

Sus ojos, ya acostumbrados a la poca luz, pudieron ver sombras de trofeos de caza colgando de las paredes. Se tropezó con el sofá cuando se acercaba a la mesilla del extremo, junto al fuego, para encender la lámpara que había sobre ella.

Se quedó quieta otra vez para escuchar si el ruido que había hecho había alertado a alguien que pudiera estar en la casa.

Nada.

Encendió la lámpara de la mesita y, cuando se iluminó la habitación, vio sobre la repisa de la chimenea la cabeza cercenada de Jacobo entre los ciervos, el jabalí y los rebecos que colgaban de la pared, como si de otro trofeo de caza se tratara.

Se acercó a la chimenea, levantó la mano izquierda temblorosa para tocar la cabeza.

No tenía duda de que se trataba de la cabeza de Jacobo, que miraba con la vista perdida y una

grotesca mueca en la cara, pero parecía al mismo tiempo tan... artificial, que necesitaba tocar para creer.

Cuando sus dedos casi tocan la mejilla de Jacobo, oyó un ruido tras de sí que la hizo girar rápidamente.

El finlandés golpeó con un objeto contundente el brazo de Teresa que sostenía la pistola haciendo que la soltara al instante, exhalando un grito de dolor. Con el movimiento repentino hizo caer la cabeza de Jacobo al suelo y rebotó sobre la alfombra haciendo el ruido de una pesada manzana al caer al suelo.

La cabeza rodó hasta ocultarse bajo la mesita de la lámpara.

Se agarró el brazo dolorido con la mano libre y, cuando levantó la vista, vio que había dos hombres más con el finlandés.

—¿Qué hacéis vosotros aquí? —preguntó Teresa sorprendida.

El finlandés volvió a golpearla con la maza, esta vez en la cabeza, haciendo que perdiera el conocimiento.

La metieron en el maletero del coche de Jacobo, subieron la moto a la furgoneta de reparto y se marcharon llevándose todos los vehículos.

Cuando Flecha llegó a la casa de Galapagar, había ya tres coches patrullas alrededor de la vivienda con las luces encendidas, y otro coche sin identificación que reconoció enseguida como el vehículo del inspector jefe.

Flecha aparcó de cualquier manera y apagó el coche.

Se oían varias sirenas acercándose a la casa desde varias direcciones distintas.

Flecha corrió al interior de la casa. Un policía de uniforme trató de impedirle la entrada, pero Flecha le empotró contra el marco de la puerta de un empujón.

El inspector estaba en el salón de la casa. Flecha entró y al momento dos policías entraron corriendo detrás de él, más de cara al inspector, para que viera que estaban intentando impedirle la entrada, que realmente intentando detenerle.

El inspector les dijo con un gesto cansado de la mano que no se preocuparan por Flecha. El agente que había sido empotrado contra la puerta de la entrada, se acercó un poco a Flecha con las manos en el cinto. Se colocó delante de Flecha, para que le viera, como diciéndole que se había librado de una buena gracias a que el inspector estaba delante.

—¿Dónde está Teresa? —preguntó al inspector ignorando al policía del orgullo herido.

—Se la han llevado.

—¿Y Jacobo?

—Ahí —dijo señalando un cuerpo sobre el que otro agente estaba acuclillado—, y aquí... —dijo mostrándole la cabeza que los miraba ladeada bajo la mesita del sofá.

Flecha miró con lástima lo que quedaba de Jacobo.

¡Dios! Uno no se acostumbra jamás a recuperar restos de compañeros, pensó.

—¿Qué sabéis de lo que ha ocurrido aquí? —preguntó después de tragar saliva.

—No mucho. Jacobo canceló el grupo de geos y entró en la casa solo. No sé si canceló al equipo de geos para hacerse el héroe y tratar de detener él solo al finlandés, o si fue el finlandés quien le sorprendió cuando montaba guardia fuera y mandó él la cancelación con el teléfono de Jacobo. Fuera como fuese, la versión oficial será la última de las dos opciones.

Flecha asintió entendiendo el capote que echaba el inspector jefe a su hombre. El que la causa de la muerte de Jacobo, y de que se escapara el finlandés, fuera la estupidez del propio Jacobo, o la maña del finlandés, era del todo irrelevante para el caso. No había necesidad de ensuciar el nombre de un policía, especialmente uno que acababa de perder su vida cumpliendo con su deber.

—Teresa vino en moto —continuó el jefe—. Estaba comiendo con su novio. Tenían un aniversario, o petición, o lo que fuera. Venía hacia acá, pero ahora ha desaparecido.

—¿Dónde está su moto? No la he visto fuera.

—Nosotros tampoco. Se la han podido haber llevado para hacerla desaparecer.

—¿No ha podido ella escapar y está persiguiendo al finlandés en su moto?

—No —contestó tajante.

—¿Cómo lo sabes?

El inspector agarró una maza de madera ensangrentada que estaba sobre la mesa del café.

—Por esto. La maza tiene sangre fresca y cabello muy parecido al de Teresa. Si no la ha matado

del golpe, al menos te aseguro que ella no estará en condiciones de subirse a una moto... o de andar por su propio pie.

—¿Para qué tanta precaución? —dijo Flecha.

El inspector levantó la vista preguntándole con la mirada a qué se refería.

—Sabemos que esta casa era del finlandés. Tenemos pruebas con las que podríamos meterle en la cárcel los próximos dos mil años, y por si no tuviéramos motivación suficiente, ha matado a un policía y le ha dejado aquí para que lo encontremos... ¿por qué llevarse a Teresa y no dejar aquí su cuerpo con el de Jacobo?

El inspector asintió lentamente entendiendo el razonamiento de Flecha.

—La quería con vida por alguna razón.

—Por lo que he visto hasta el momento de cómo razona este finlandés, vamos a decir que no me deja muy tranquilo el que se la haya llevado viva. Si yo fuera su padre, o su marido, casi preferiría haberla encontrado aquí en el suelo, muerta.

El teléfono del inspector interrumpió las cavilaciones de ambos.

—Dime, Petete. ¿Qué tienes? —ladró el inspector al teléfono. Escuchó muy serio al auricular y después de un momento colgó el teléfono, sin despedirse o añadir palabra.

—Petete estaba siguiendo el localizador del teléfono de Teresa. Mandó a dos patrullas a que siguieran el rastro, y cuando lo han encontrado, estaba metido en una furgoneta conducida por unos gitanos. Dentro de la furgoneta estaba también la moto y el casco de Teresa.

—¿Unos gitanos? —preguntó Flecha sin comprender muy bien.

—Sí. Cuando les preguntaron, dijeron que se habían encontrado la furgoneta con las puertas abiertas y las llaves puestas en la entrada de su campamento. Pensaron que había sido un regalo de algún alma caritativa...

—¿Dónde dicen que habían encontrado la furgoneta?

—Dejaron la furgoneta, con las llaves puestas y todas las puertas abiertas, en el esquinazo entre las calles Topete y Carnicer.

—No hay forma más eficaz de hacer desaparecer un vehículo que dejarlo con las llaves puestas frente a un campamento de gitanos. ¿Dónde está el teléfono del finlandés?, ¿sigue dando señal? ¿Puede seguir Petete al finlandés?

El inspector negó con la cabeza. Luego señaló a un teléfono sobre la mesita, junto a la maza.

—Ese es el teléfono del finlandés. Ahora mismo no tenemos nada. Ha desaparecido.

El equipo de la policía científica irrumpió en la sala, el inspector se puso a hablar con ellos y a decirles lo que habían encontrado y dónde.

El teléfono del inspector volvió a sonar.

—Sí, comisario. A la orden —oyó Flecha decir al inspector. Luego este se acercó a los dos agentes que trataron de impedir la entrada a la casa a Flecha y les dio unas órdenes. Estos asintieron mirando a Flecha y se acercaron a él sacando las esposas del cinto.

—No hará falta que lo esposéis —les dijo el inspector enfurecido—. Lo siento, Flecha. Te tenemos que detener hasta que tengamos esto algo más claro.

Los dos agentes condujeron a Flecha hasta un coche patrulla y le metieron en el asiento de atrás. Sin esposarle, ni cachearle. Pero estaba otra vez detenido y camino de la cárcel.

En la calle, otros dos policías hablaban con los pocos vecinos del barrio que había, tomándoles declaración.

Teresa estaba amordazada y atada a una silla cuando recuperó la consciencia. Le costó un rato poder enfocar la vista, como al despertar de un profundo sueño. Un intenso dolor atravesaba su cabeza en el temporal izquierdo, justo encima de la oreja. La invadieron unas irrefrenables ganas de rascarse el foco de donde venía el dolor, como si tuviera un batallón de hormigas correteando sobre su cabeza. Trató de levantar el brazo para rascarse, pero algo retenía sus manos atadas a la espalda, detrás del respaldo de la silla.

Movió las manos y sintió, más que escuchó, el sonido de plástico en sus muñecas. El adhesivo se le pegaba y despegaba de la piel cuando giraba sus manos, pero la cinta americana no cedía. Intentó rascarse la cabeza con el hombro, aunque no llegó más que a tocarse la mejilla. Su cara estaba manchada con algo, trató de ver qué era mirando su hombro después de secarse con él y vio que su camisa estaba empapada de sangre.

Un nuevo pinchazo de dolor atravesó su cabeza de lado a lado y cerró mucho los ojos, como si eso pudiera mitigar la lacerante sensación. Cuando volvió otra vez a abrir los ojos y pudo volver a enfocar la vista, echó un vistazo a su alrededor.

Estaba en lo que parecía ser una bodega, con suelos de barro de tipo rústico y botelleros de cerámica, apilados desde el suelo hasta el techo en todo el perímetro de la sala. Un farolillo que colgaba del bajo techo era la única iluminación de la cueva.

—Ya se despierta —escuchó que decía una voz vagamente familiar a su espalda. Trató de girarse para mirar quién era, pero otra punzada de dolor le impidió girar el cuello y tuvo que suprimir la ola de arcadas que la invadieron a causa del dolor.

Unas sillas de madera sonaron ruidosamente al arrastrarse sobre las baldosas de barro, casi simultáneamente. Dos figuras aparecieron por su espalda, una por cada lado.

A la izquierda estaba Iván, el Carnicero de Montecarmelo.

No se sorprendió de ver al finlandés.

Por la derecha apareció una elegante forma, con un vaso de vino en una mano y un cigarrillo en la otra.

Era el comisario Santonja.

Esta vez sí que se sorprendió.

—¡Comisario Santonja! Usted... cómo... ¿qué hace aquí?

—dijo ignorando el dolor.

El comisario sonrió condescendentemente.

—Hola, Teresa —saludó con una tranquila sonrisa.

La puerta de la bodega se abrió y entró el Navarro atropelladamente.

—¿Por qué la habéis traído aquí? —preguntó señalando a Teresa, pero sin siquiera mirarla, como si estuviera hablando de un mueble viejo que les hubiera pedido que se deshicieran de él y lo hubieran colocado en lugar equivocado—. ¡Os habéis vuelto completamente locos! ¿Y qué hace el subnormal este en mi casa? —añadió ahora señalando al finlandés con cara de desprecio.

El Navarro se puso a andar apresuradamente de un lado a otro de la sala con la mano en la frente como tratando de pensar algo rápido.

—Ya verás cuando Trajano se entere de que la habéis traído aquí.

—No te preocupes. Él ya lo sabe, es él quien me dijo que la trajera aquí.

Teresa no daba crédito a sus oídos. Era como si estuviera en mitad de un mal sueño, del que en cualquier momento esperaba despertar. Nada de esto tenía sentido. Nada de esto podía estar ocurriendo.

—Vamos, Navarro. No te preocupes. Echa un trago, eso te calmará los nervios.

—¡Calmar mis nervios! ¿Cómo voy a calmar mis nervios? Están cada vez más cerca y ahora encima la traéis a mi casa. Estáis rompiendo todas las reglas que nos habíamos puesto. Esto no puede acabar bien.

—Venga, no te preocupes. Como tú bien dices, se estaban acercando demasiado; teníamos que hacerlo. Pero ya está, Jacobo está fuera de circulación, y ya tenemos a Teresa.

—Sí, pero, ¿y Flecha? ¿Qué me dices de Flecha?

—Bah. De él tampoco te tienes que preocupar ya más. Le han vuelto a meter en chirona y esta vez nadie le podrá sacar de ahí... con vida.

Teresa estaba atónita. Miraba al comisario con la misma estupefacción con la que Julio César habría mirado a Bruto en el momento en el que fue atravesado por su puñal.

—Comisario, ¿cómo puede usted hacer algo así...?

No terminó de decir lo que tenía en mente. El finlandés le dio un revés que la devolvió al mundo del inconsciente.

El comisario sonrió negando al mismo tiempo con la cabeza.

—Mira que eres bestia, Iván.

El finlandés se encogió de hombros impasible y no dijo nada.

La puerta de la bodega se volvió a abrir y otro hombre entró por ella. Se acercó lentamente a Teresa escrutando la situación.

El Navarro se revolvió nervioso sin poder sostener más el incómodo silencio.

—Yo no tengo nada que ver con esto. ¡Te lo juro! Yo no le habría puesto un dedo encima a Teresa.

El hombre levantó una mano apaciguadora y el Navarro se calló al momento.

—He sido yo quién ha pedido a Iván que nos trajera aquí a Teresa.

—¿Pero a mi casa? ¿Por qué a mi casa? No entiendo.

—Este sitio es tan bueno como cualquier otro. Aquí nadie va a venir a buscarla y nadie sospecha de ti. ¿Por qué te iba a preocupar?

—¿Y mi esposa? ¿Qué hacemos si viene mi esposa y nos ve aquí?

—Le decimos que hemos venido a recoger unas botellas de vino para la fiesta de mañana. Por eso hemos traído a Iván, él nos está ayudando a escoger los vinos que mejor mariden con la cena que nos está preparando.

—¿Y si viene alguien del servicio? ¿La señora de la limpieza o el jardinero?

—Si te encuentras a tu jardinero metiéndose en tu bodega, espero que le echés en ese mismo instante, llames a la policía o le pegues dos tiros, directamente. Y tu señora de la limpieza libra los jueves para ir a su pueblo de Toledo y no tiene que volver hasta las ocho y media de esta noche. Nos habremos llevado a Teresa y lo habremos limpiado todo antes de que llegue.

—Sí, pero María del Mar... ¿qué pasa si viene María del Mar antes de que la hayamos sacado de aquí?

—Deja ya de preocuparte, Jaime, pareces un niño. Cuanto más hables, y más te preocupes, más tardaremos en sacarla de aquí.

El Navarro se calló y se sentó en una de las sillas de mimbre junto a la pared, como un perro apaleado, a lamerse las heridas.

El finlandés se acercó al hombre y le dio el bolso de Teresa, este lo abrió y sacó la pistola de Teresa y su teléfono. Agarró el teléfono en alto y miró con las cejas enarcadas inquisitivamente del finlandés al comisario y del comisario al finlandés.

—¿Habéis traído hasta aquí el teléfono de Teresa? —era una pregunta retórica. No esperaba contestación—. ¿No sabéis que estos aparatos se pueden rastrear y pueden mandar a toda la policía detrás de nosotros? Si alguien sabe el peligro que tiene esto deberías de ser tú, comisario. ¿En qué estabais pensando?

El Navarro se echó las manos a la cabeza y empezó a mecerse sobre la silla, gimiendo unas incoherentes plegarias.

—Tenía otro teléfono. En el cinturón. Lo dejamos para los gitanos, con la furgoneta y la moto — dijo el comisario.

—Ese era el teléfono de servicio, el de la policía. Este es su teléfono personal. No me puedo creer que no la hayáis registrado.

El comisario y el finlandés se miraron sin saber qué decir.

—Estaba inconsciente, la habíamos cacheado y teníamos su bolso... —se disculpó el comisario.

El otro hombre le miró un momento. Con eso lo había dicho todo.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó el Navarro a punto de un ataque de nervios.

—Primero, tú te vas a relajar un poco. Luego vamos a destruir el teléfono y todas las pruebas. Os lleváis a Teresa a la casa de Camorritos y esperáis ahí hasta que tengamos todo listo para mañana.

El hombre salió de la bodega y subió a la planta principal seguido del comisario y del Navarro. Entró en el salón de la planta principal, y se acercó al fuego de la chimenea. Metió el teléfono en el bolso y tendió la pistola al Navarro.

—Toma, llévate la pistola de Teresa y cuando estéis en la carretera de El Colmenar, la tiras por la ventana en una curva cuando no haya ningún coche siguiéndote de cerca.

Luego tiró el bolso de Teresa al fuego y los tres se quedaron un rato en silencio viendo cómo poco a poco se iba consumiendo por las llamas.

—¿No quedarán restos? —preguntó el Navarro.

—¿Restos? ¿De qué? ¿Va a venir ahora la policía a tu casa y van a mirar en tu chimenea a ver si por casualidad encuentran ahí los restos de su bolso quemado? —preguntó al Navarro con todo el sarcasmo del que fue capaz de aglomerar en una frase.

El Navarro se encogió de hombros.

—De verdad que a veces me preocupas. Vete a ver qué está haciendo tu cocinero y preparad a Teresa; quiero que os la llevéis ahora mismo y esperéis en Camorritos hasta nuevo aviso.

El Navarro asintió con la cabeza. Se quedó mirando al hombre un momento más, como queriendo decirle algo, pero finalmente se dio media vuelta y se perdió escaleras abajo en dirección a la bodega.

El hombre al que llamaban Trajano y el comisario se quedaron solos muy serios y durante un rato ninguno de los dos dijo nada.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó el comisario Santonja.

—La policía y Flecha se han acercado demasiado esta vez. El finlandés es un bruto y es demasiado descuidado. Como no hagamos algo pronto, nos va a hundir a todos con él. Ha

cometido ya demasiados fallos.

—¿Qué quieres hacer con él?

Trajano sacó de un bolsillo el teléfono de Teresa. El comisario miró al bolso que se consumía en el fuego y luego volvió la vista a Trajano. Este se encogió de hombros y le giñó el ojo mientras lanzaba el teléfono al aire haciendo una pirueta.

—Siempre hay que guardarse un as en la manga.

—¿Pero no nos pueden rastrear con ese teléfono y echar a la poli encima?

—Exactamente, veo que empiezas a entender —dijo a través de una estudiada sonrisa—. El Navarro se va a llevar en su coche a Teresa con el finlandés a la casa de Camorritos, tú vas a meter este teléfono de Teresa en su coche y les seguirán en el tuyo oficial. Cuando la policía dé el aviso, tú serás el agente más cercano al lugar y te asegurarás de que estén muertos antes de que lleguen nuevos efectivos que puedan interrogarlos. Con dos culpables se quedarán contentos.

—Pero... ¿Jaime? Él es nuestro amigo, él ha empezado todo esto con nosotros desde el principio...

El hombre al que llamaban Trajano estaba de cuclillas, apartando un poco el bolso de las brasas con el atizador de la chimenea. De pronto se levantó con una rapidez y una furia inesperadas.

—¡Jaime es imbécil integral! —gritó interrumpiendo al comisario—. Tendríamos que habernos deshecho de él hace ya mucho tiempo. Si no fuera por él, no estaríamos metidos ahora en esta situación. Jaime va a caer, y yo no pienso caer con él.

—¿Y qué hacemos con Teresa? ¿Nos deshacemos de ella también?

—No, a Teresa la necesitamos todavía para la Gran Gala de mañana. No te preocupes por ella. Enviaré un coche a Camorritos. Estará ahí esperando cuando lleguéis.

Flecha volvía en dirección a la capital en el asiento trasero del coche patrulla. No le habían esposado ni le habían quitado el teléfono, así que estaba hablando con Petete contándole lo que había pasado.

—No me puedo creer que Jacobo haya entrado solo —dijo Petete consternado—. Era un capullo y le tiraba lo de ir de guay por la vida, pero en el fondo era muy buena gente. Le echaré de menos.

—Lo siento, Petete.

—¿Y de Teresa? Me ha dicho el inspector que ha desaparecido. Dice que se la ha llevado. ¿Tú crees que...?

—No lo sé, Petete. La verdad, no creo que la hayan matado. Si no, la habrían dejado en la casa del finlandés, como a Jacobo. Pero si me preguntas por qué creo que se la han llevado, no tengo ni idea.

—¿Por qué sigues diciendo ‘ellos’, en plural? ¿Crees que el finlandés no trabajaba solo?

Flecha pensó un momento la pregunta, no se lo había planteado.

—No, no creo que trabajara solo. Creo que es una operación más grande. El finlandés está involucrado, pero la trama es más densa que eso. No están buscando solo víctimas aleatorias sin ninguna conexión entre ellas. Además, sabemos desde el principio que no trabaja solo. Acuérdate de las imágenes del garaje de la casa de los Almeida, había más de una persona en el coche del dentista cuando salieron de la casa.

—¿Ves alguna conexión entre las víctimas y Teresa, o solo estaba ella en el lugar equivocado en el momento equivocado?

—No lo sé. Tiene que haber conexión, pero no sé cuál. Su novio Pepe también estuvo en El Encinar, pero no es de la promoción del 94. Tal vez hayan abierto el abanico y ya no solo se centran en mi promoción...

—Tenemos que encontrarla. Tiene que estar malherida, y después de lo que hacen esos hijos de puta con sus víctimas, me temo que tiene los minutos contados.

—¿Habéis encontrado algún rastro de Teresa?, ¿algo en la furgoneta que nos pueda dar alguna pista?

—No. Solo el teléfono de servicio, que es el que nos llevó hasta la furgoneta. Pero dentro de la furgoneta no había rastro de ella. Hay ahora un equipo buscando muestras de ADN, pero no han encontrado nada dentro. La furgoneta está limpia como una patena.

—¿Qué me dices de su teléfono privado?

—¿Qué quieres decir?

—Teresa siempre llevaba dos teléfonos, el Samsung del trabajo y un iPhone suyo personal.

—¡Tienes razón! Me pongo con ello. Nos hablamos más tarde. ¡Te llamo en cuanto sepa algo!

Flecha marcó otra vez el número de su hermano Alberto, esta vez Alberto contestó al segundo tono.

—Hola, Marcos.

—Alberto, ¿qué estáis haciendo? ¿Qué habéis hecho con Teresa?

Tardó un rato en contestar. Flecha pensó que había colgado.

—Alberto, ¿estás ahí?

—Sí, Marcos, sí. Aquí estoy. ¿Qué te hace pensar que tengo yo algo que ver con todo eso?

Los dos policías que llevaban a Flecha escuchaban en silencio. Habían estado charlando mientras hablaba con Petete, pero ahora escuchaban con atención, fingiendo despreocupación, pero con el oído atento a todo lo que decía su detenido en el asiento de atrás de su coche patrulla.

—Vamos, Alberto, ¿de verdad crees que íbamos a tardar mucho en ver la relación entre las víctimas y vuestro club gastronómico? —Flecha miró la pantalla de su teléfono. Le estaba entrando otra llamada. Era Petete, pero no podía colgar a su hermano ahora que por fin había conseguido que le cogiera el teléfono.

Otro silencio en la línea.

—Marcos, te equivocas. No es lo que tú te piensas. Nosotros no hemos matado a nadie... —dijo Alberto—. No sabes nada de lo que estamos haciendo. Ya casi ha terminado todo, después te lo explicaré.

Flecha miró otra vez la pantalla, le había entrado un mensaje. Era de Petete, había encontrado el rastro del teléfono de Teresa. Estaba en movimiento, estaba llegando a Camorritos.

—La estáis llevando a Camorritos —dijo Flecha a su hermano.

—¿De quiénes hablas, Marcos? Veo que estáis más perdidos de lo que pensaba.

—¿Por qué queréis a Teresa? Ella no tiene nada que ver con todo esto.

—No sé qué me dices. Teresa no tiene nada que ver. Ella vendrá mañana y será testigo presencial, eso es todo.

—¿En la fiesta de mañana? ¿Cómo puede Pepe ponerla en peligro?

—Muy bien, hermano. Tan cerca y al mismo tiempo tan lejos. Hay todavía mucho que no sabes y que no entiendes. Ahora tengo que marcharme.

—Alberto, ¡Alberto! —Flecha miró otra vez la pantalla, pero la llamada se había desconectado. Su hermano había colgado.

Flecha se acercó a la mampara que le separaba de los dos agentes.

—Agentes. Tienen que dar la vuelta. Tenemos que ir a Camorritos, ¡rápido!

Los dos agentes se miraron entre sí, y rompieron a reír.

—Al único sitio que vamos es a Manzanares el Real, donde te hemos reservado una habitación para pasar unas largas vacaciones.

—No lo entendéis, un compañero vuestro está en peligro. Tenemos que ir enseguida.

Los agentes decidieron que la mejor manera de zanjar la conversación era ignorar al detenido.

—¿Dónde vas a ver el partido esta tarde? —preguntó el policía que estaba al volante a su compañero.

—Estoy de guardia. Lo tendré que escuchar en la radio.

Flecha se recostó en el asiento de atrás. Al meterle en el coche patrulla, no solo no le esposaron ni le quitaron el móvil, pero además tampoco le cachearon convenientemente. Uno de los agentes pasó la mano por su cintura, espalda y pecho, pero eso fue todo. Si hubiese palpado también sus piernas, habría encontrado una Colt Mustang calibre .380 oculta en su tobillo.

Flecha sacó el arma y apuntó a la esquina de la banqueta estirando el brazo. Se quedó así, ocultando el arma enterrándola en la esquina del asiento sin que los policías pudieran verlo.

En esa postura se quedó Flecha muy quieto esperando el momento adecuado.

La patrulla conducía a gran velocidad. No querían perderse el partido de esa noche, y entre

conducir a Manzanares el Real, entregar a Flecha y hacer todo el papeleo, se les iba a hacer tarde.

Habían pasado Cerceda y en la carretera apenas había coches. La patrulla conducía a ciento cuarenta kilómetros por hora en la angosta carretera comarcal. Flecha sabía que un disparo a la rueda trasera solo haría que los policías pararan el coche y antes de que pudiera hacer nada ya habrían llamado por la radio a pedir ayuda. Por lo que tenía dos opciones: Una, matar a los dos agentes de un tiro en la nuca a través de la mampara —tentadora opción, especialmente después del trato que le habían dado estos dos imbéciles—, y la otra opción era esperar a que tomaran una curva de izquierda; a la velocidad a la que iban, si disparaba a la rueda derecha a través del asiento en el momento en el que tirase más la inercia de la curva hacia fuera, haría que reventara la rueda y el coche saldría despedido dando vueltas de campana. Esta opción era más complicada e iba a dolerle más, pero no tendría bajas. En el fondo, los agentes estaban cumpliendo su deber, malamente, pero cumpliendo con su deber, y no merecían morir por ello.

El coche se acercó a una curva a toda velocidad. Como siguieran a esa velocidad, no iba a necesitar disparar a la rueda, el policía los iba a matar a todos estampándolos contra un árbol.

Flecha se puso el cinturón, se agarró a la agarradera del techo y se dispuso a disparar. El copiloto miró a Flecha poniéndose el cinturón y agarrándose antes de entrar en la curva.

—¡Mira al boina verde!, le estás asustando con tu conducción —dijo soltando una carcajada.

La carcajada fue interrumpida a la mitad por el sonido de los tres disparos consecutivos del arma de Flecha. El conductor también se sobresaltó y ayudó al plan de Flecha, pues dio un volantazo al tiempo que la rueda de atrás reventaba.

El coche salió despedido ladera abajo. Dio siete vueltas de campana hasta detenerse finalmente.

Flecha se quitó el cinturón, disparó dos veces contra la luna trasera y salió del coche. Estaba un poco aturdido por las vueltas del coche, pero no tenía nada roto. Nada le dolía más que de costumbre.

Se encaminó hacia la carretera colina arriba sin mirar atrás.

En la carretera había dos coches parados, y los ocupantes habían salido de sus vehículos para ver lo que había ocurrido.

Cuando Flecha llegó a la carretera, se le acercó un joven de unos veinte años que había salido de un Golf.

—¿Estás bien? —preguntó, alarmado por el aparatoso accidente, y sorprendido por el aspecto impertérrito de Flecha después de haber salido despedido del coche.

—Yo sí, pero tengo abajo otros dos compañeros que necesitan ayuda. ¿Puedes llamar a una ambulancia?

—Sí, claro —dijo llevándose mecánicamente el móvil a la oreja.

Flecha se subió al Golf y se lo llevó quemando rueda, antes, incluso, de que el joven se diera cuenta de lo que estaba ocurriendo.

Flecha llegó a la casa de Camorritos donde habían llevado a Teresa. La casa estaba justo enfrente de la casa de Patricia Lago, una de las primeras víctimas del caso, que encontraron en la sierra parcialmente devorada por perros.

Flecha no podía creerse que la policía no hubiera registrado la casa contigua, ni interrogado a los vecinos después de encontrar el cuerpo de Patricia. Si lo hubieran hecho, habrían visto que esta casa era también propiedad de Iván Schumann, el finlandés.

Flecha había tardado casi cuarenta y cinco minutos en llegar a Camorritos desde que Petete le dio las coordenadas. Esperaba encontrarse al menos una docena de vehículos de la policía en la casa, pero para su sorpresa, solo había dos vehículos aparcados fuera, los dos sin distintivos de la policía.

La puerta de entrada a la finca estaba abierta. La casa también tenía la puerta abierta.

Flecha sacó otra vez su Colt Mustang y se acercó sigilosamente a la casa.

Las contraventanas estaban cerradas, y no pudo ver nada de lo que ocurría dentro. Se paró a un lado de la puerta, con la pequeña pistola sujeta con las dos manos a la altura del pecho, como si estuviera rezando. Contó hasta cinco. Respiró y se lanzó a la puerta barriendo todos los ángulos del interior con el arma.

La distribución de la casa era similar a la de cualquier casa de fin de semana de la sierra de Madrid: una sala principal que hacía las veces de comedor, salón, y sala de estar, en la que reinaba una gran chimenea desde la esquina más lejana a la puerta.

El comisario Santonja estaba en medio de la sala, fumando, observando con parsimonia la escena.

El comisario se dio la vuelta al oír a Flecha, sin inmutarse, como si estuviera esperando su visita desde hace rato.

—Hola, Flecha. Te hacía en la cárcel de Manzanares a estas horas.

En el suelo estaban los cuerpos del finlandés y del Navarro. Ambos lucían sendos agujeros de bala en la frente a juego.

—Decidí parar primero a visitar a unos amigos, pero veo que están algo indispuestos —dijo mirando a los cuerpos tirados en el suelo—. ¿Dónde está Teresa?

—Se la ha llevado Pepe...

—¡Pepe! ¿Qué hacía aquí Pepe?

—Estábamos juntos cuando me llamaron. Me pidió venir conmigo.

Flecha había hablado con Pepe hace poco más de una hora. Era posible que después de hablar con él, hubiera llamado a su amigo el comisario para pedir ayuda e información sobre su novia. El que, en esa hora, hubieran tenido tiempo de hablar y quedar juntos, era posible. Pero el que el único aviso de la policía lo hubiera recibido el mismo comisario superior de la Unidad Central de Delincuencia Especializada y Violenta, y encima este acudiera al lugar con un civil, era imposible.

—Buenos blancos —dijo Flecha acercándose a los cuerpos sin vida del Navarro y el finlandés, que descansaban a ambos lados del comisario.

—Práctica, mucha práctica —dijo el comisario en un exceso de humildad.

—No está nada mal. Dos blancos móviles, a una distancia de cuatro metros imagino, con un rehén...

El comisario asintió sin decir nada.

—... y armados. Imagino que estarían armados. Si no, usted no habría disparado. No habría querido disparar a dos sospechosos desarmados. Especialmente impidiendo así que pudieran ser interrogados y sacar toda la información que necesita para resolver el caso, ¿verdad?

A lo lejos se oían las sirenas de varios coches de la policía acercarse.

—Efectivamente, Flecha —dijo el comisario sacando dos pistolas del bolsillo de su chaqueta—. Los sospechosos estaban armados. El primero de ellos, sacó el arma y me disparó dos veces cuando abrí la puerta.

El comisario se acercó hasta flecha y levantó el arma.

—El primero de los disparos dio en el dintel de la puerta —dijo el comisario disparando una de las armas ruidosamente apuntando al marco de la puerta, a dos palmos de la cabeza de Flecha.

El otro disparo, debió de dar en la pared —el comisario disparó otra vez el arma apuntando a la pared a un lado de la puerta. Después se agachó y colocó el arma en la mano del Navarro.

—El segundo sospechoso disparó una vez al techo —dijo disparando con la otra pistola el techo, haciendo que callera de este un pequeño alud de yeso, y después colocando la pistola en la mano inerte del finlandés.

—¿Crees que te podrás salir con la tuya? —preguntó Flecha mirando al comisario con repulsión.

—No solo lo creo, estoy convencido de ello. ¿Quién va a contar una versión diferente? ¿El otro principal sospechoso de asesinato? ¿Un militar quemado que se acababa de fugar de un coche patrulla reduciendo a dos agentes camino de la prisión? Cuando lleguen aquí los efectivos y te encuentren en la escena del crimen, fugado, armado, y con dos cuerpos sin vida a tus pies, ¿a quién crees que van a creer?

Flecha giró un poco la cabeza para escuchar las sirenas acercándose, luego se volvió otra vez hacia el comisario sopesando qué hacer.

—Vamos, Flecha. Deja a la justicia que haga su trabajo. Por qué preocuparte por estos dos. Si los hubiera dejado con vida, se los llevarían a la cárcel, el finlandés no sería juzgado hasta dentro de tres años, y el Navarro, sin pruebas, podía estar otra vez en la calle a tiempo para ver el partido de esta noche en casa. Quién sabe cuántas mujeres más podrían haber matado. Déjalo estar, Flecha. Muerto el perro, se acabó la rabia.

Flecha se giró otra vez. La policía estaba cada vez más cerca.

—Esto no acaba aquí, comisario. Llegaré hasta el final de todo esto. Y más te vale que no le pase nada a Teresa, si no, me encargaré personalmente de pegarte dos tiros —dijo Flecha entre dientes.

El comisario le miró con sonrisa burlona.

—Ya están casi aquí. Última oportunidad para escaparte.

Flecha echó una última fulminante mirada al comisario y se marchó.

—Petete, necesitamos hablar.

—¿Qué pasa Flecha? Cuéntame.

—No puedo. Creo que la línea no está limpia. Baja al bar de la esquina en quince minutos y llámame desde el teléfono del bar.

Flecha colgó y Petete se quedó mirando el teléfono sin entender qué es lo que le ocurría a Flecha.

Diez minutos más tarde, Petete salió del edificio de la policía, cruzó la barrera después de saludar a los guardias de la garita con la mano, y se dirigió al bar de la esquina.

Poco antes de llegar al bar, un VW Golf de color rojo dio un frenazo a dos palmos de él. Petete se subió a la acera de un salto, agarrándose el pecho con una mano por miedo a que su corazón le saliera por la boca, y con la otra mano apoyándose a la fachada del edificio para no caerse de espaldas.

Flecha sacó la cabeza por la ventanilla del coche y le dijo que subiera.

Petete se subió, y antes de que hubiera cerrado la puerta, Flecha ya había salido disparado calle abajo.

Los dos agentes de la garita salieron a ver qué había ocurrido, pero solo llegaron a ver a un Golf alejarse calle abajo.

—Otro pijo farfollas con su Golf... —dijo uno de los agentes volviendo a la garita sin darle mayor importancia.

—¿Qué está pasando, Flecha? ¿Por qué tanto misterio?

—Hay un topo en el cuerpo, tal vez más de uno. El comisario estaba en la casa de Camorritos. Solo. Cuando llegué ya había matado al finlandés y al Navarro a sangre fría antes de que pudieran llegar refuerzos.

—¡Dios mío! ¿El super? ¿El comisario Santonja?

—El mismo.

—¿Y Teresa?

—Ya se la habían llevado.

—¿Quién?

—Pepe, su novio. Según me dijo el comisario...

Flecha había aparcado junto a un parque infantil para que pudieran hablar con calma.

—Hay algo aquí que no me gusta. ¿Avisaste tú al comisario de que estaban llevando a Teresa a Camorritos?

—¡No! ¿Por qué iba yo a informar directamente al comisario? Hablé contigo y mandé el aviso interno a través de la línea de alerta en mi ordenador.

—¿Y el único que llegó en respuesta a tu alarma fue el comisario...? ¿Cuáles son las posibilidades de que eso ocurra?

—Escasas —dijo Petete—. Nulas —matizó después de pensarlo un segundo.

—Además, el comisario llegó a Camorritos unos diez minutos después de que hubieras podido mandar el aviso en tu ordenador, pero no llegó ninguna otra patrulla hasta más de una hora después

de que mandaras el aviso.

—¡Eso es imposible!

—¿Dónde mandaste el aviso? ¿A quién le llega? Explícame cuál es el procedimiento.

—Mando un aviso a través de mi ordenador. El aviso va a la red central, y este aparece directamente en menos de un milisegundo en las pantallas del 112.

—¿Es posible que el aviso se pierda o traspapele en el 112? ¿Un error humano...?

—No, negativo. El aviso queda en pantalla hasta que los efectivos confirmen la recepción y el envío de agentes. Hasta que eso no ocurre no se puede quitar, borrar o ignorar el aviso de sus pantallas.

Flecha se quedó pensativo un momento.

—¿Puede no llegar un aviso? ¿Que no se haya enviado o que se pierda de alguna manera en el espacio cibernético?

—No —dijo Petete contundentemente. Pero luego, quedándose pensativo, añadió más para sí mismo—, a no ser que...

—¿A no ser que qué?, Petete, ¿en qué estás pensando?

—No. Es una tontería. No tiene importancia.

—Petete, sí tiene importancia, y mucha. El aviso no ha llegado y de alguna manera solo lo interceptó, ni más ni menos, que el comisario superior, quien luego fue en persona al lugar exacto.

Petete se quedó pensativo mientras digería el razonamiento de Flecha. Desde luego algo no encajaba, pero no podía permitir en su cabeza el mero pensamiento de que el gran jefe estuviera directamente involucrado en tratar de encubrir un crimen, y menos aún de haber silenciado permanentemente a dos hombres.

—La única forma posible de lograr que mi aviso no llegue es desconectando mi sistema de la red principal —dijo al fin.

—Explícate, me estás hablando en chino.

—Si hubieran bypaseado mi cuenta y toda la información entrante y saliente a mi ordenador tuviera que pasar a través de un moderador, un filtro, eso explicaría el que no hubiera llegado el aviso que he mandado. Eso también explicaría por qué no he estado recibiendo la información que solicité sobre el finlandés y las empresas a las que está vinculado.

—¿De qué información hablas? ¿Qué es eso?

—El ordenador que encontramos en casa del finlandés, resultó ser solo un instrumento de emisión y recepción de mensajes, pero no había nada de información en él. Cuando traté de acceder a la información de la nube desde la oficina, no conseguí acceso. No entendí en el momento por qué no; por mucho que intenté entrar, no pude sobrepasar un muro. Pero, si hubiesen bloqueado mi sistema desde el ordenador de la oficina, eso lo explicaría todo...

—Sigo sin entender. ¿Qué podemos hacer?

—Vamos a mi casa. Ahí tengo unos juguetes que no están registrados y desde donde podré sacar las respuestas a estas preguntas.

—¿Dónde vives?

—Avenida de Betanzos, en el barrio de El Pilar.

Petete vivía en un bajo. Una gruesa puerta metálica, pintada con diversos tipos de arte urbano, lo hacía parecer la entrada trasera de un comercio.

Petete giró los tres distintos cerrojos que aseguraban la puerta de su domicilio. Parecía estar hecha a prueba de bombas.

Abrió la puerta e invitó a Flecha a entrar.

El apartamento estaba en total oscuridad hasta que Petete volvió a cerrar la puerta y entonces se iluminó la estancia de un apartamento de unos 60 m² diáfanos, sin muros ni tabiques que dividieran la cocina, el dormitorio y el salón. Solo una mampara translúcida en la esquina del fondo escondía pudorosamente el baño.

Flecha miró a su alrededor. Por un momento tuvo la sensación de verse encerrado en uno de los recovecos de exposición de los laberintos de Ikea. Muebles bajos y blancos de abeto escandinavo y contrachapado. Plantas de plástico, sofás de plástico, y una gran pantalla de televisión de 68 pulgadas como única decoración sobre la pared de ladrillo visto.

Pero por ningún rincón encontraba una pantalla de ordenador, un portátil, ni siquiera un teléfono móvil.

Petete, leyendo el pensamiento de Flecha, y entendiendo su desconcierto, le hizo un gesto para que le siguiera.

En una esquina del apartamento, en el rincón opuesto a la mampara del baño y detrás del sofá, Petete levantó una trampilla del suelo. Flecha se acercó y vio unas escaleras de metal que bajaban al subsuelo. Petete sostuvo la trampilla e invitó a Flecha a que bajara.

El sótano, una antigua carbonera, era una pequeña sala de menos de diez metros cuadrados, con las paredes y el techo de hormigón armado, y con tres mesas colocadas en forma de herradura que sostenían 6 monitores de diferentes tamaños. Debajo de las mesas había toda suerte de CPUs, servidores y aparatos electrónicos demasiado complicados para Flecha incluso para saber qué es lo que eran.

Flecha se giró hacia Petete, este le miraba con una sonrisa orgullosa.

—Bienvenido a mi cueva.

—¿Esto es legal? —acertó finalmente a preguntar Flecha.

—No veo por qué no. La instrumentación es legal, lo que lo hace ilegal es lo que puedas hacer con estas herramientas —dijo sentándose en una silla ergonómica y encendiendo las pantallas.

Flecha se colocó detrás de Petete, sintiéndose un poco como si acabase de entrar en el Halcón Milenario, y se estuviera apostando detrás de Hans Solo, preparándose para el despeque.

—Esta es la razón por la que no me podía creer que el finlandés estuviera operando todos sus negocios digitales desde un simple ordenador en su apartamento de Montecarmelo. ¿Sus trapicheos de mafioso en Levante? Sí, tal vez. Pero no el conglomerado de empresas y de páginas clandestinas de internet. Ese es un negocio multimillonario que no puede estar mantenido por un solo individuo, y menos desde un solo portal. Se necesitan decenas de programadores en todo el mundo, trabajando en sincronización, para alcanzar un nivel de sofisticación tal, para crear un

imperio cibernético como el que hay detrás de todas las empresas que implicaban al finlandés. Puede ser un experto programador, pero por muy bueno que sea, él solo es un peón prescindible dentro de la maraña de ese imperio.

—¿Quién crees entonces que está detrás de todo esto?

Petete se puso a teclear y las pantallas empezaron a encenderse.

Giró en su silla para poder mirar a Flecha a la cara. Estaba como en trance, con la mirada perdida a kilómetros de distancia.

—Quien esté detrás de todo esto es alguien muy poderoso. Lo suficientemente poderoso como para poder bloquear el sistema de un subinspector de la división tecnológica de la policía nacional, mandar a un militar que le incordia a la cárcel, y poder permitirse el mandar a un comisario general como sicario para hacerle el trabajo sucio.

Petete volvió a dar la vuelta a la silla y se concentró una vez más en el teclado.

—Ese individuo, si además cuenta con la capacidad cibernética que parece tener, puede acceder a los secretos más recónditos de cualquier persona del mundo.

Petete hablaba rápidamente al mismo tiempo que tecleaba. Flecha se preguntó si estaba escribiendo lo mismo que decía, o es que su cabeza era capaz de dividirse y mantener dos líneas de pensamiento y comunicación abiertas al mismo tiempo.

—Hoy en día ofrecemos gratis a diario toda nuestra información a través de nuestros teléfonos y ordenadores. No solo Facebook, Instagram, nuestras búsquedas en Google, Siri y Alexa, sino que además hoy en día pueden escuchar nuestras conversaciones a través de los micrófonos y de las cámaras que tenemos en cada rincón de la casa, en cada teléfono, televisión, reloj...

Flecha miró al teléfono que tenía en la mano con desconfianza.

—Nadie puede esconderse. Y si alguien, con una mente lo suficientemente retorcida, y con el conocimiento adecuado de las nuevas tecnologías decide utilizar toda esta información que les ofrecemos gratis para su provecho, no sé ni lo que podrían hacer con ello.

—Y crees que ese alguien es el que está detrás de los asesinatos.

—Me temo que sí, y me temo que es mucho más grande de lo que nos imaginamos.

Flecha dejó a Petete trabajando en socavar toda la información que pudiera encontrar en sus ordenadores. Antes de marchar, Petete le dio un teléfono de prepago, y guardaron sus propios teléfonos en una caja de metal en el sótano del apartamento de Petete para que fueran ilocalizables.

Flecha se subió al Golf robado, y trató de contactar otra vez con su hermano Alberto desde el nuevo teléfono, pero una vez más sin éxito.

Decidió ir a casa de su madre. Tal vez ella sabría dónde podía encontrar a su hermano.

Flecha llamó al telefonillo y Arancha, el ama de llaves, accionó el botón de apertura de la puerta de entrada de coches.

La madre de Flecha salió a recibirle. Estaba de pie, al final del camino de grava frente a la entrada principal de la casa, con una rebeca sobre los hombros y los brazos cruzados sobre el pecho para resguardarse del frío.

—No me digas que has cambiado el Porche de tu padre por esa chatarra tan ordinaria.

—No, mamá, no te preocupes. He dejado el porche en mi casa, este coche lo robé esta mañana cuando me fugué de la policía.

—Ah, menos mal —dijo la madre dándole un beso seco en la mejilla.

La madre le cogió del brazo y le llevó al interior de la casa.

—Vamos dentro. Hoy no te escapas de aquí hasta que hayas cenado. Basta ya de salir corriendo cada vez que te veo.

Flecha se dejó llevar sumiso.

Entraron en la salita y se sentaron en el sofá. Arancha vino a saludar a Flecha y preguntó qué podía traerles. La madre la pidió que trajera un whisky con soda para cada uno.

—Marcos, ¿qué te ocurre, hijo? Tienes una pinta horrible.

Marcos se desarmó por un momento. Estaba cansado. Cansado física y anímicamente. Quería olvidarse de todo lo que le había ocurrido en los últimos días. Desentenderse. Estaba más perdido ahora de lo que estaba cuando salió de la cárcel.

Había perdido hace meses a Covadonga, y la había enterrado, ¿por qué no rehacía su vida y dejaba el trágico suceso atrás? El encontrar al asesino de Cova no la iba a traer de vuelta, y cuanto más buscaba, más problemas le asaltaban por todos lados.

Llevaba menos de una semana ayudando a la policía y, ¿qué es lo que había conseguido? Uno de sus compañeros había sido asesinado, a otra la habían raptado y quién sabe si estaría todavía con vida. Y para él, como agradecimiento por su ayuda, la policía había puesto una orden de busca y captura en todo el territorio nacional.

Nada parecía tener sentido y todo parecía complicarse más a cada momento.

Decidió contárselo todo a su madre. Desahogarse. Contarle todo desde el principio; lo ocurrido desde que salió de la prisión militar de Alcalá-Meco y fue a su casa. Le contó el estado en que había quedado su casa después del asesinato de su esposa Covadonga. Le explicó sin mucho detalle el estado de las otras víctimas encontradas...

Arancha vino con una bandeja, portando la botella de whisky y el sifón cuando Flecha le estaba

contando a su madre lo que encontraron en la casa de Patricia: la mesa puesta y los restos de Patricia en la parrilla como si fuera un cochinitillo.

La madre escuchaba muy seria, sin inmutarse.

—Deja la bandeja aquí, Arancha, haz el favor. Creo que vamos a necesitar una segunda copa después de esta.

Flecha continuó con su narración y contó a su madre el asalto a la casa de Iván en Montecarmelo con los geos, el accidente en la M-30 deteniendo a uno de sus secuaces, y el asesinato del Navarro y de Iván a manos del comisario superior...

Marcos Flecha hablaba y la madre escuchaba. Atenta. Sin perder una palabra ni interrumpir.

Flecha terminó la narración y se quedaron los dos callados.

La madre se levantó y sirvió otro whisky a su hijo.

—¿Y ahora estás buscando a Alberto porque crees que él está involucrado en los asesinatos? —preguntó la madre a modo de resumen en cuanto volvió a sentarse en el sofá.

—No lo sé. No sé qué pensar. Jaime, el Navarro, estaba involucrado. Pepe sé que tiene que estar involucrado también de alguna manera. Pepe fue con el comisario a Camorritos cuando mató al Navarro y al finlandés —dijo Marcos con aire derrotado, cabizbajo, sentado en el borde del sofá con los brazos apoyados en las rodillas de sus piernas abiertas y el vaso de whisky, agarrado por el borde con las yemas de los dedos.

—¿Sabes que Pepe estaba con el comisario por alguna otra fuente, o solo por lo que te ha contado ese comisario corrupto?

La madre de Flecha estaba en lo cierto. ¿Sabía Flecha realmente que Pepe estuvo en Camorritos con el comisario?

—Sí... Hay algo que no casa. Yo llegué supuestamente cinco minutos más tarde que ellos, y eso que fui a más de ciento cincuenta por Navacerrada. Aun así, cuando llegué, los cuerpos estaban en el suelo y Pepe había tenido tiempo de recoger a Teresa y llevársela de vuelta a casa.

—Difícilmente creíble, pero en el fondo... ¿qué te importa, Marcos?, ¿qué más te da?

Flecha levantó la cabeza y miró a su madre sorprendido; como si no la hubiera oído bien.

—¿Qué? —preguntó descolocado.

—Digo que por qué te preocupas. El finlandés era el asesino: el carnicero, y ahora está muerto. Parece que el Navarro estaba involucrado, probablemente era miembro del club del finlandés, por lo que era también un perverso y un psicópata. Sabes que dicen que la mayoría de los psicópatas y asesinos en serie parecen personas normales. Seguro que el Navarro estaba en todo esto con el finlandés desde el principio. Teresa está viva y de vuelta en su casa con su novio y tú estás fuera de la cárcel. Entonces, ¿por qué te preocupas más? ¿Por qué te complicas la vida?

—No mamá, no es tan sencillo.

—¿Qué no es tan sencillo?

—Para empezar, sé que el Navarro no ha asesinado a Jacobo, ni ha raptado a Teresa.

—¿Cómo sabes eso?

—Porque veníamos los dos en el mismo tren de Alicante, y Jacobo murió media hora antes de que nuestro tren hubiera llegado a Atocha.

La madre asintió en conformidad y dio un sorbo a su tintineante vaso de whisky.

—Me gustaría dejar el caso aparcado, madre. Pero no puedo. Sé que hay más y no lo puedo dejar correr. Además, todavía Teresa está desaparecida...

—¿No dijiste que se la llevó su novio?

—Sí, como bien decías eso es lo que me dijo el comisario, pero he llamado a Pepe y no

contesta. Me envió un mensaje diciendo que está en casa con Teresa, que ella está descansando y no podía hablar con nadie...

—¿Pero...?

—Pero no me lo creo.

—¿Qué vas a hacer entonces, Marcos? —preguntó la madre viendo la resolución en el semblante de su hijo. Esa mirada que tan bien conocía. Ese ceño que fruncía desde pequeño, cuando se le había metido algo en la cabeza, y no iba a cejar hasta conseguir lo que se había propuesto.

—Tengo que hablar con Alberto, madre.

—¿Por qué con Alberto?

—Me temo que él también puede estar involucrado. El finlandés tenía un club secreto, y en la casa de Patricia Jaenilla encontramos una mesa puesta para seis personas, justo como el número de miembros del Txoko de Alberto más uno: El finlandés.

—Marcos, hijo mío, no estarás pensando que tu hermano Alberto es un caníbal y un asesino... —dijo la madre llevándose la mano a la boca horrorizada.

—Madre, no sé qué pensar. Pero tengo que hablar con él. Alberto sabe algo de lo que está ocurriendo y me está evitando. Si no está metido en esto, entonces, al menos, está corriendo un grave peligro —dijo Marcos poniéndose de pie y apurando el último sorbo de su copa.

—Marcos, siéntate —ordenó la madre.

Flecha miró a su madre sin comprender.

—Marcos, siéntate y dame tu vaso. Hay algo que no sabes sobre tu hermano y creo que va siendo hora de que te lo cuente.

La madre de Flecha le explicó cómo el año que él estuvo en Estados Unidos, su hermano Alberto, Pepe y otro compañero fueron forzados, golpeados y violados por un grupo de chicos de COU.

—Pero entonces, tenían que haber sido alumnos de mi clase, de mi curso. ¿Por qué no me dijisteis nada?

—Marcos, ese año te mandamos a Estados Unidos porque ya te habías metido en problemas con la banda esa del barrio de El Pilar. Era cuestión de tiempo que te pillasen desprevenido y en un callejón oscuro, o que tu hirieras de gravedad a uno de ellos y pusieras en riesgo todo tu futuro. Por eso te mandamos allá un año, para que cambiaras de aires y pasara el agua del río hasta perderse en el mar.

Flecha escuchaba atento a su madre, que había vuelto a levantarse y le servía un tercer vaso de whisky. Él se dejó hacer. Lo cogió, cuando se lo tendió su madre con la mano, y le dio un sorbo.

—Cuando volviste de Estados Unidos, todo el problema con tu hermano se había solucionado, y esa pesadilla quedó atrás. No quisimos despertar los fantasmas del pasado y decirte lo que le había ocurrido a Alberto. Sabíamos muy bien que no lo dejarías pasar y buscarías vengar a tu hermano pequeño. Así que dejamos que pasara todo y decidimos olvidarlo, puesto que tu hermano parecía que estaba saliendo de ese oscuro agujero.

—Cuéntame qué es lo que pasó, ¿quiénes fueron? —preguntó Flecha mirando a su madre con una intensidad que la hizo estremecerse. Supo en ese momento que la decisión de no haber dicho nada de lo ocurrido a Marcos cuando volvió de Estados Unidos, había sido la decisión acertada.

—Alberto Flecha, Pepe Acebo y Francisco Casas tenían 13 años el día que cambió sus vidas.

»Estaban haciendo pellas y se habían escondido en los vestuarios del colegio para fumar. Unos chicos de COU les encontraron y les encerraron en las duchas del vestuario. Inicialmente solo buscaban intimidarlos y burlarse de ellos, pero pronto, lo que empezó siendo una broma de mal gusto, una bravuconada de un grupo de niños exaltados por la efímera sensación de poder, se tornó en un depravado ataque a unos pobres e indefensos chavales.

»Primero les metieron en las duchas con ropa. Luego, no satisfechos con eso, les hicieron quitarse toda la ropa y les metieron en las duchas con agua fría. Probablemente eso habría sido todo, si no hubiera sido porque Alberto, tratando de defenderse y revelarse, pegó un puñetazo al que parecía ser el cabecilla de los chicos de COU. Eso desató a todo el grupo como una enfurecida jauría de lobos embriagada con el olor de la sangre de su presa.

»Les calló una lluvia de golpes a los tres pequeños: puñetazos, patadas, codazos e incluso algún mordisco. Después de vapulearlos, cuando los tres niños estaban en el suelo de las duchas ensangrentados y semiinconscientes, el jefe de la manada decidió que no había tenido suficiente para restituir el oprobio de Alberto por golpearle en la nariz. Fue entonces cuando sodomizó a Alberto mientras sus amigos le agarraban. Después, todos los del grupo, uno a uno, hicieron lo mismo a los tres pobres chiquillos por turnos.

Se hizo un silencio en el salón de los Flecha.

Marcos se cubría los ojos con la palma de la mano para contener su frustración, para cubrir su rabia, para esconder las emociones que se agolpaban en su cabeza como los truenos en una violenta tormenta.

La madre le miraba sin mostrar sentimientos. Pero al poco, una lágrima solitaria y delatadora se abrió camino por su mejilla.

—Tu hermano y los otros dos chiquillos fueron llevados al hospital y luego internados en un centro psiquiátrico durante meses. Se abrió una investigación. Tu padre quería venganza, quería que esos monstruos se pudrieran en la cárcel. Pero eran todos menores y con padres muy influyentes, estarían otra vez en la calle a los pocos meses, en cuanto hubieran cumplido los 18 años.

Los abogados de los agresores y los del colegio querían llegar a un acuerdo económico.

—¡Un acuerdo económico! —resopló Flecha en un intento de risa irónica pero que salió más como una amenaza de muerte al destino.

—El abogado de tu padre le recomendó aceptarlo. Dijo que, si llevásemos a juicio a los agresores, no solo no conseguiríamos nuestros propósitos de ver a Alberto y a sus amigos vengados, pero que además todos los medios de comunicación pondrían la foto de tu hermano en todas las portadas y telediarios. Jamás podría recuperarse. Jamás podría olvidar. Fuera donde fuese, siempre sería la víctima y se le recordaría por lo que pasó.

—¿Qué hicisteis entonces?

—Aceptamos el acuerdo. Se quitó la denuncia y con la compensación recibida tu hermano no tendrá necesidad de trabajar en toda su vida.

Otro largo silencio.

—¿Qué pasó con Alberto y sus amigos? —preguntó después de carraspear para recuperar la voz perdida bajo el nudo que le ardía en la garganta.

—Alberto se levantó. Aunque nunca ha sido el mismo desde entonces. Ha tenido una constante lucha contra las adicciones, si no es el alcohol es la cocaína. Pero por lo demás parece que se recuperó.

—¿Y Pepe?

—Pepe se fue a Suiza, donde terminó sus estudios. No oímos de él en muchos años, hasta que volvió hace tres años como un reconocido y exitoso cirujano plástico. Parece que consiguió dejar atrás todo aquello y mirar hacia adelante.

—¿Y el tercero...? ¿Quién era el tercero?

—Francisco Casas. Desgraciadamente nunca lo superó. Estuvo internado mucho tiempo en un psiquiátrico especializado, pero al final se suicidó.

—Francisco Casas... —repitió Flecha para sus adentros.

Flecha tragó con aspereza la rabia, el resentimiento y la impotencia. Volvió a carraspear antes de hablar.

—¿Quiénes hicieron esto a Alberto, madre? —dijo en una voz muy baja y muy grave. Más como un gruñido que como una pregunta.

—Marcos, ha pasado mucho tiempo de esto. Alberto ha sabido dejarlo atrás, no despiertes al monstruo del pasado —dijo la madre leyendo en los ojos de su hijo la palabra muerte en grandes rótulos. Era la misma mirada que trajo puesta de su primera misión en Bosnia.

—Alguien ha despertado ese monstruo antes que yo. Estoy trabajando en un caso de múltiples asesinatos y obviamente están vinculados con este episodio del pasado. Necesito tener esta información para esclarecer el crimen y evitar más muertes de gente inocente.

Poco le importaba la muerte de personas que no fueran inocentes, como la del finlandés y la del

Navarro, pero eso no se lo iba a decir a su madre. Aunque, algo le decía en su interior, que eso era justo lo que estaba buscando su madre. La sangre siciliana de la madre seguía corriendo por sus venas, a pesar de no haber estado ahí desde que se vino a España hacía cuarenta y siete años, pero esa sangre bullía y no olvidaba una afrenta a la familia. La madre, más que el mismo Flecha, querría ajusticiar lo que le habían hecho a su hijo.

—¿Quiénes fueron, madre? —insistió Flecha.

—Fernando Almeida, Carlos Laporta... —empezó diciendo la madre. Flecha se sorprendió, aunque en el fondo, era exactamente el grupo que esperaba que hubiera sido. Esa pandilla era un grupo de mierdas, unos hijos de papá que no tenían ni media; pero iban por la vida de malotes ya en la época del colegio.

—Esos dos han aparecido muertos recientemente... —informó Flecha, aunque la madre ya lo sabía de sobra—. ¿Quién más formaba parte de ese grupo?

—Cesar Galdós, pero este se suicidó a las dos semanas del ataque. Creo que el arrepentimiento y el cargo de conciencia pesaba demasiado sobre él y se tiró desde el Viaducto de Bailén. Herminio Chiclana...

¡Herminio Chiclana! Se había olvidado de ese tipo. Era un grandullón fanfarrón de poco cerebro a quien tuvo en su clase desde preescolar. Ya en preescolar, Flecha le dio un empujón que lo empujó contra el ropero, y Herminio sacó una percha metálica del armario y le rajó el brazo con ella. ¡Con cinco añitos y ya apuntaba maneras!

Herminio no había aparecido todavía durante las pesquisas del caso. Se hizo una nota mental para preguntar a Petete por el paradero de este fulano y ver si podía estar de alguna forma involucrado.

—... Josep Pujol... —siguió enumerando la madre. Otro viejo conocido del colegio. Pujol era un catalán que llegó al colegio el año antes de que Flecha se marchara. Era bajito y regordete, a imagen y semejanza de su tío Jordi. Tampoco tenía información sobre Josep. Guardado en la lista en la memoria para pasar a Petete.

La madre se levantó y se sirvió su tercera copa mientras dejaba a Marcos digerir toda la información que le estaba dando. Hizo un gesto a su hijo con el decantador de malta en la mano, pero él declinó.

—¿Cuál de estos era el cabecilla? —preguntó Flecha cuando la madre se volvió a sentar en su sillón.

—Sabes, Alberto nunca me lo quiso decir. Durante años, no tuve ni idea de quién había sido. Era como si Alberto tuviera miedo de mencionar su nombre. Como si le hubiera amenazado o algo. Y siempre su nombre fue ocultado durante el proceso en los juzgados. Pero hace más o menos un año, tu hermano bajó a desayunar una mañana, y cuando abrió el periódico y vio su cara en la portada, palideció y por un momento pensé que estaba teniendo un paro cardíaco. Cuando se reanimó un poco y pudo hablar, le pregunté qué es lo que le había sucedido. *¡Es él!*, me dijo. *Este es el que nos hizo todo aquello en el colegio.*

Flecha empezaba a perder la paciencia. Siempre tuvo poca paciencia con la manera que tenía su madre de contar las historias. Siempre creando suspense, siempre drama.

—Madre, ¿quién fue? —dijo entre dientes con toda la compostura de la que fue capaz.

—No lo sé. Alberto se llevó el periódico consigo y nunca me lo dijo. Pero desde ese día que vio su cara en el periódico no ha parado un minuto tranquilo.

—Tengo que hablar con Alberto —dijo finalmente levantándose.

—¿Por qué no le llamas?

—Le he llamado varias veces, pero creo que está ignorando mis llamadas. Necesito que le llames tú y me pases el teléfono.

La madre de Flecha se quedó un momento callada, sopesando si eso que proponía Marcos podía tratarlo Alberto como una traición.

—Madre, Alberto está en peligro. No sé si él está involucrado en los asesinatos de estas mujeres, pero desde luego sabe algo. Tengo que hablar con él y pararle antes de que esto acabe peor todavía. Me temo que Alberto puede estar planeando algo muy grave y sonado para este fin de semana.

La madre de Marcos sacó el móvil, tocó dos teclas y se acercó el aparato a la oreja. No esperó ni dos tonos y alguien contestó al otro lado de la línea.

—¿Alberto? Espera un momento... —dijo la madre y le tendió el teléfono a Marcos con cara de desaprobación por haberla inmiscuido en el engaño.

—Alberto. Soy Marcos. Tenemos que hablar —dijo Marcos en cuanto agarró el teléfono.

Luego escuchó durante unos segundos lo que debía de ser una excusa por parte de su hermano.

—Alberto, sé todo lo que os ocurrió en el colegio. Alguien ha raptado a Teresa, el Navarro está muerto y no tardarán en encontrarte a ti también. ¿Dónde estás?

—Estoy en el coche, saliendo de casa de Pepe.

—¿Está Teresa con él en su casa?

—No. Teresa ha desaparecido. Pepe tampoco está —dijo Alberto sonando desesperado—. Nos han amenazado. Tengo miedo, Marcos. Debería habértelo dicho todo desde el principio, pero pensé que tratarías de pararnos.

¡Nos ha jodido que te pararía, imbécil! ¡Mira en el lío en el que estás metido ahora!, pensó Flecha, pero este no era momento de sermones, ya habría tiempo para eso.

—Alberto, tranquilo. Ven a casa de mamá. Hablaremos aquí.

—¡Marcos! —dijo Alberto con la voz acelerada—. ¡Creo que me están siguiendo! Hay un coche detrás de mí con dos tipos. Me están siguiendo desde que salí de casa de Pepe.

—Cálmate, Alberto. ¿Dónde estás ahora?

—A la altura del Bernabéu.

—Vale. Tranquilízate. Gira en General Perón. Aparca donde puedas y ve a los cines Novedades. Yo salgo para allá —concluyó colgando la llamada y devolviéndole el teléfono a su madre.

—¿Los cines Novedades? Pensaba que habían cerrado hace mil años... —dijo la madre.

—Sí, cerraron, pero hay un sitio que Alberto y yo conocemos donde podemos hablar en privado.

—Marcos... —dijo la madre agarrando el brazo de su hijo, reteniéndole cuando se disponía a marcharse—, cuida de tu hermano. Cuida de Alberto.

Flecha asintió, y le dio dos palmaditas tranquilizadoras en la mano que lo retenía.

Los cines Novedades habían cerrado a finales de los ochenta, pero el edificio seguía en pie; habían condenado las puertas de acceso y quitado los rótulos de la fachada, pero dentro seguían las butacas, y las lámparas de araña todavía colgaban del techo.

Marcos solía venir a los cines a fumar a escondidas cuando vivían en el barrio, hacía ya lo que parecían cientos de miles de años. Conocía una entrada a través de un agujero que había quedado junto a la viga de un viejo andamio.

Alberto conocía su escondite secreto, y siempre le incordiaba para que le llevase. Un día, Alberto pilló a Marcos besando a una chica en la boca, y le dijo que si no le llevaba a los cines se chivaría a sus padres. Después de eso, los cines Novedades se convirtieron para los dos en el sitio secreto donde esconderse para fumar después del colegio o para llevarse a chicas y jugar a los médicos, hasta que la familia se mudó a Puerta de Hierro y jamás volvieron a entrar.

Flecha se subió al Golf que había cogido «prestado» y salió zumbando hacia los cines Novedades.

De camino le asaltó una duda: no había pasado delante de los cines en al menos cinco años, y no sabía si el edificio seguía abandonado o si por lo contrario lo habían demolido y construido algo encima.

Marcó otra vez el número de su hermano desde el teléfono de prepago que le había dado Petete, pero no recibió contestación. Flecha pisó el acelerador hasta el suelo y no lo levantó de ahí hasta que entró en la calle Orense, donde casi perdió el control del coche al esquivar a dos macarrillas cuando cruzaban el paso de cebra. Flecha paró y dejó el coche aparcado de cualquier manera en la acera. Los dos macarrillas se acercaron increpándole gritando todo tipo de improperios, hasta que Flecha abrió la puerta del coche y salió...

Los dos macarras se pararon en seco al verle salir. Flecha fue hacia ellos corriendo y estos se tiraron al suelo; uno incluso soltó un grito agudo de puro pánico. Los viejos cines Novedades estaban al otro lado de calle, justo a la espalda de los dos atemorizados macarras. Flecha ni se había fijado en ellos. Cruzó la calle y se metió en los cines.

Ya no estaba el andamio en el lateral izquierdo de los cines, pero el agujero en la pared seguía ahí. Había unos cubos de basura convenientemente colocados debajo del agujero, y Flecha subió por ellos entrando fácilmente en el interior del edificio.

Marcos esperó dentro unos segundos, escuchando los ruidos del edificio abandonado antes de encender su pequeña linterna de mano. Los cines estaban en total silencio, solo se oyó un breve aleteo seguido del gorjeo de una paloma.

El olor a humedad y a tienda de animales era denso y cálido, pero no agradable.

Flecha se dirigió guiado por su linterna a la sala principal, donde sabía que le esperaba su hermano.

Los cines no habían cambiado nada; tal vez más raídos y viejos, con más cacas de pájaro sobre el respaldo de las butacas y más jeringuillas usadas por el suelo, pero básicamente igual que como lo recordaba.

Vio a lo lejos la cabeza de Alberto apoyada sobre la butaca de la primera fila.

—¿Cómo te atreves a sentarte en estas butacas?, ¿no sabes que con el simple contacto con la tela puedes coger desde la sífilis hasta la lepra? —dijo Flecha cuando se acercaba a su hermano.

Alberto no estaba preocupado por las enfermedades infecciosas que pudiera agarrar en los cines, en ese momento estaba más preocupado por las dos puñaladas que tenía en el vientre y en ver como se le escapaba de entre los dedos la sangre y la vida rápidamente.

—¡Márchate, Marcos, es una trampa! —advirtió Alberto.

—¡Alberto! ¿Qué ha pasado? Voy a sacarte de aquí.

—No, no hay tiempo. ¡Escúchame...! —dijo haciendo un gesto con el dedo para que se acercase. Flecha se agachó y apartó las manos de la herida de su hermano. Había visto muchas heridas en sus misiones en el extranjero y a muchos compañeros morir. Esta herida no tenía buena pinta. Alberto había perdido mucha sangre.

—Te pondrás bien, Alberto —mintió—. ¡Aguanta!

—Marcos, tienes que ir a mi casa y ponerte mi smoking e ir a la fiesta por mí mañana —susurró Alberto a través de una burbuja de sangre que se le formó en la garganta.

Flecha sonrió a su hermano. Una sonrisa carente de alegría, pero rebosante de cariño. Este era su hermano pequeño y se le iba. A su hermanito, a quien tampoco había sido capaz de defender cuando le necesitaba. Ni hoy, ni hace veinticinco años.

—Claro que sí, Alberto —le dijo siguiendo la corriente a los deseos febriles de un moribundo.

Alberto agarró a Flecha de las solapas de la chaqueta con fuerza, con las manos ensangrentadas de una sangre oscura como el alquitrán.

—Tienes que hacerlo, Marcos. Ponte el smoking por mí. ¡Dime que lo harás!

—Claro que sí. No te preocupes. Ahora no hables más.

Alberto se relajó un poco y volvió a recostarse sobre la butaca. Marcos mandó un mensaje a Petete y después se sentó junto a su hermano a esperar. Como hicieron muchos años atrás, en esas mismas butacas donde vieron la *première* de *Los Goonies* cuando los cines estaban todavía en pleno apogeo.

—Marcos, yo no sabía nada de lo que le hicieron a Cova. ¡Te lo juro! No tuve nada que ver.

—No te preocupes Alberto. No hables y descansa —dijo Flecha apretando mucho los dientes. En realidad se sentía traicionado por su hermano pequeño. Él había estado metido en esto desde el principio; sabía quién le había hecho eso a su esposa. Si al final resultaba que Alberto había participado en el asesinato de Covadonga... su vínculo de sangre no le salvaría el pellejo.

—No, de verdad —dijo y un ataque de tos le interrumpió y le hizo doblarse en dos de dolor. Cuando paró la tos y se volvió a incorporar, el color se había esfumado de su cara. Un hilo de sangre caía de su boca hasta la camisa. Se limpió la boca con la manga de la camisa y volvió a hablar, pero ahora con solo un hilo de voz que salía de su pecho como el aire de un viejo fuelle.

—Ha sido todo una gran cagada, Marcos. Queríamos que saliera a la luz lo que hicieron, y el tipo de gente que son, pero al final nos ha explotado en la cara.

Flecha oyó un ruido detrás de ellos, pero en cuanto Flecha se giró le cayó un terrible golpe en la cabeza.

Cuando recuperó el conocimiento, Petete estaba agachado junto a él con otros dos policías. A su lado, dos camilleros se llevaban a su hermano.

No han tapado la cabeza de Alberto con la manta, todavía está vivo. Eso fue lo primero que pensó Flecha.

—Menos mal que aprendiste a pedir refuerzos... —dijo Petete, no exento de sarcasmo, mientras ayudaba a Flecha a levantarse—. Gracias a Dios entraste aquí con el móvil, si no, no te encontramos a tiempo.

Petete y los dos policías había echado abajo una de las antiguas entradas tapiadas a los cines con ayuda de los bomberos. Los bomberos seguían esperando fuera, recogiendo casquetes del muro de ladrillo que habían tumbado a mazazos, y dos ambulancias esperaban con las luces encendidas subidas a la acera. En una de ellas metieron a Alberto, la otra ambulancia quería llevarse a Marcos para curarle la herida de la cabeza y tenerle en observación, pero Flecha no quiso oír nada de ello.

—Déjame que te lleve a casa. Creo que vas a necesitar transporte —dijo Petete.

Flecha miró al Golf que había dejado en la acera de enfrente; una grúa lo estaba levantando mientras dos agentes municipales tomaban los datos.

—¿Se han levantado los cargos contra mí? —preguntó Flecha.

—Ni de cerca, de hecho, se han añadido unos nuevos a la colección. Yo que tú, no me dejaría ver el careto en unos días.

Flecha miró a los agentes que habían entrado al cine con Petete y los señaló con la barbilla.

—¿Y estos?, ¿no me van a detener?

—Jaime es el novio de mi hermana —dijo señalando a uno de los agentes, el cual, viendo que hablaban de él, saludó con una franca sonrisa—. Él no ha visto nada. Hemos venido aquí, y solo hemos encontrado a un hombre de treinta y tantos con heridas de gravedad en el abdomen producidas por arma blanca. Eso es todo lo que escribirán en el informe.

Flecha asintió despacio. Petete era un buen tipo.

Se subió al Citroën de Petete.

—¿Has averiguado dónde está Teresa?

—No, todavía no tenemos nada.

—¿Qué hora es?

—Las siete y media de la mañana, ¿quieres parar a desayunar?

—Vamos a la Plaza de Emilio Jiménez Millas —dijo Flecha poniéndose el cinturón y mirando al frente con determinación.

—¿Dónde está eso?

—Por Plaza de España, tira por Castellana hasta Ríos Rosas, después sube Filipinas hasta Guzmán el Bueno, y de ahí sigue hasta Princesa.

—No me irás a decir que fuiste taxista antes de entrar en el Ejército, ¿verdad?

—¿Eh?

—Nada —dijo Petete poniendo el coche en marcha y negando con la cabeza—. ¿Se puede saber

qué se te ha perdido en la Plaza de Jiménez... lo que sea? ¿En la plaza esa?

—Alfonso.

Ahora fue el turno de Petete para soltar la interjección interrogativa.

—¿Eh?

El diálogo de estos dos, empezaba a parecerse demasiado al de los pilotos de la película *Aterriza como puedas*. Pero eran las siete y media de la mañana, y estaban muy cansados.

—Alfonso Casas, el hermano pequeño de la inspectora Teresa. Alfonso tiene que ir a clase y Teresa no podrá llevarle. Es lo mínimo que podemos hacer por ella —dijo Flecha completando la frase y añadiendo explicación para poner fin al diálogo de besugos.

—Hay que joderse.

Petete aparcó en doble fila. Flecha se acercó al sanatorio y en el banco de siempre estaba un grupo de rapados en un corrillo. Uno de ellos reconoció a Flecha cuando este estaba a dos pasos del grupo y se apartó, el resto guardó silencio y se fueron apartando.

En el suelo estaba el Kaiser con Alfonso, cada uno con un coche teledirigido. Cuando el tipo vio a Flecha, se puso de un salto en pie y firme como un mástil.

—¡A la orden, mi capitán! —gritó apuntando al cielo con el mentón.

Los otros rapados se pusieron firmes también, cada uno a su manera, siguiendo el ejemplo de su líder y antiguo legionario.

—¡Hola, Flecha! —dijo el hermano de Teresa desde el suelo donde estaba sentado—. Mira lo que hemos hecho con los coches, ¡he montado un nuevo negocio!

—¿Un nuevo negocio? —preguntó Flecha sin entender de qué le estaba hablando el chaval.

—¡Este niño es un genio! —dijo el Kaiser—. ¡Ha creado una aplicación para conducir el coche con el teléfono móvil!

—Es muy sencillo —dijo Alfonso con fingida humildad—. Kaiser me va a comprar unos sensores y tres micro cámaras para mi coche. Cuando lo instale, podré conducir mi coche desde mi habitación y mandarlo hasta la facultad, ida y vuelta, si quiero, sin tener que moverme de la cama.

—Eso está muy bien, Alfonso. Eso está muy bien —dijo Flecha sin terminar de entender muy bien de lo que le estaba hablando el chico.

—¿Dónde está Teresa? —preguntó Alfonso más oliendo el aire que mirando a su alrededor a través de sus gruesas gafas de Mortadelo.

—Teresa no está. Me ha pedido que te lleve a la *facul* —respondió Flecha tan casual como pudo fingir.

El Kaiser debió de notar que algo había ocurrido. Se acercó a Flecha y le preguntó casi al oído si estaba todo bien.

—Sí, todo bien.

—Ya sabe que, si necesita nuestra ayuda en algún momento, no tiene más que decirlo, mi capitán. Una vez un legionario, siempre un legionario. Será un placer servir a la patria y a usted. En el fondo no somos tan malos tipos como piensa...

Flecha le miró detenidamente, y luego echó un vistazo a los garrulos que tenía el Kaiser por colegas. Flecha asintió despacio y se dio media vuelta.

—Vámonos Alfonso. Llegas tarde.

Petete aparcó en paralelo al llegar a la Politécnica de Madrid. Frente al edificio de la Escuela Superior de Ingenieros de Telecomunicaciones, se exhibía el acostumbrado trasiego de estudiantes entrando y saliendo con mochila al hombro. Un solitario estudiante, una pareja riendo, un pequeño grupo, la camarera que trabajaba con Iván el Carnicero...

—Alfonso, ¿quién es esa chica? —preguntó Flecha al reconocerla.

—¿Quién?

—¡Esa! —exclamó Flecha señalándola cuando estaba a menos de quince metros del coche.

—¡Ah, esa! Es mi profesora de Aplicaciones de Seguridad y Movilidad.

Flecha miró con los ojos muy abiertos a Petete, quien obviamente no entendió la importancia de esa información; Petete se encogió de hombros y dijo:

—Pues está bastante buena.

—¿Te da clase? —preguntó Flecha.

—Sí, claro. Ella lleva mi tesis. Además, me manda trabajos de vez en cuando que me sirven para nota, pero que tienen además incentivos pecuniarios.

—¿Qué tipo de trabajos?

—No lo entenderías...

—Gracias por la confianza, listillo. Pruébame.

—Por ejemplo, hace dos semanas me dio el contacto de dos personas y me mandó hackear sus emails, cuentas bancarias, móviles, etc.

El oído experto de Petete, escuchaba como policía de la división del tecnológico, y se olió un crimen de protección de datos, fraude y muchos otros delitos. Fue a abrir la boca para hacer un comentario, pero Flecha le hizo callar con un gesto con la mano.

—Alfonso, tu hermana es policía, ¿qué pensaría Teresa si se enterase que te pasas la carrera hackeando cuentas?

—Ella ya lo sabía. Teresa me presentó a Erika. Eran amigas desde hace tiempo.

Petete y Flecha se miraron el uno al otro sin poder esconder en sus caras la sorpresa. Flecha pensó en cómo Teresa había actuado en el Txoko como si no conociera de nada a la camarera, y el otro día, cuando trajeron a Alfonso a la facultad, fingió no reconocerla cuando la señaló Flecha.

—Dime, Alfonso, ¿quiénes eran esas dos personas a las que tenías que investigar?

—Eran dos personas cualesquiera. Me dio los nombres escogidos al azar. Es para la asignatura de seguridad, me dijo que es un entrenamiento fundamental si quiero trabajar cuando termine mis estudios en el CNI o en alguna agencia de inteligencia. Yo tenía que sacar toda la información sobre ellos, y entrar en sus cuentas, en sus vidas, y poder seguir desde el ordenador todos sus movimientos, comunicaciones, compras, etc.... Una vez que los tengo en mi red, puedo decirte qué es lo que han comido y cuantas veces han ido al baño. La profesora luego le pasa mi trabajo al CNI, y no solo me pagaban cuarenta euros por mi trabajo, sino que además el CNI podía ver que yo era el hacker; ya sabes, haciendo currículum y todo eso...

—¿Y qué nombre tenían estas dos personas escogidas al azar?

—La profesora los escogió de una lista enorme, pero la verdad es que estos dos resultaron super interesantes. Uno de ellos tenía cuentas en bancos en cuatro países diferentes. El otro solo en España, ¡pero tenía millones en sus cuentas!

—Un momento. A ver si te he entendido bien —interrumpió Petete—. ¿Has hackeado las cuentas millonarias de dos tipos y te han pagado cuarenta euros por el trabajo?

—Sí, ¿a que mola? Yo lo habría hecho gratis. ¡Estoy yendo a clase y me pagan por hacer los

deberes!

—¿No te parece una inmundicia que te paguen esa miseria cuando tú le has puesto en bandeja el acceso a los millones de estos tipos? —dijo Petete incrédulo.

Alfonso le miró con una sonrisa en la cara mirándole perplejo, como si hubiera oído la cosa más estúpida de su vida.

—¡Eso sería robar! Los cuarenta euros me los pagaron por mi trabajo —dijo Alfonso, mostrando su desagrado, masticando cada sílaba.

—Vale, Alfonso. Entendido. Vamos a centrarnos. ¿Cuál era el nombre de los dos sujetos a los que hackeaste? —dijo Flecha impacientándose viendo a la profesora alejarse.

—Uno era español, se llamaba Jaime Garzón Iturralde...

Flecha y Petete se miraron al instante reconociendo el nombre del Navarro.

—¿Y el otro? —preguntó ahora Petete.

—Era un extranjero. Tenía nacionalidad ucraniana, pero enseguida descubrí que había cambiado de nacionalidad, de pasaporte y hasta de nombre. Se llamaba...

—¡Iván Schumann! —dijeron Petete y Flecha al mismo tiempo.

—¿Cómo lo sabéis? —preguntó Alfonso, pero ya no había nadie dentro del coche para contestarle; Flecha y Petete se habían lanzado a la calle a detener a la profesora Erika Kravchenko.

Erika Kravchenko había nacido veintiséis años antes en Donetsk, a orillas del Kalmius. Su padre falleció en el accidente de la central nuclear Vladímir Ilich Lenin, a escasos kilómetros de Chernóbil. Yuri Kravchenko era el ingeniero jefe del turno de noche, y quiso apagar el reactor para evitar mayores complicaciones, pero el jefe de seguridad de la central le disparó para impedirselo, causándole la muerte instantánea, aunque bien mirado, tal vez después de todo fue una suerte tener una muerte rápida como esa y no la lenta y agónica muerte que le habría deparado de haber sobrevivido el accidente.

Erika creció con sus abuelos hasta que entró en el Instituto Politécnico de Kiev con una beca. En la universidad, destacó cum laude en telecomunicaciones, lo que le sirvió para conseguir un bien remunerado trabajo en Moscú para una organización que no tardaría en demostrar ser el núcleo duro de la ciber-mafia rusa. Trabajó varios años desde Kiev, en Phishing y en duplicación de tarjetas de crédito para los rusos, y en 2010, tras la crisis, le ofrecieron un trabajo en la central en Moscú.

El trabajo en Moscú venía avalado por el Gobierno, y sus nuevas funciones se centraban en mensajes políticos y marketing promocional para influir en la política internacional del mundo occidental. Google, Chrome, Bing, Facebook, Instagram... todos los navegadores y sistemas de redes sociales eran el mundo en el que vivía y el aire que respiraba. Todo iba bien: tenía buena posición social, dinero, reconocimiento interno dentro del partido... hasta que después de las elecciones presidenciales de Estados Unidos, hubo un chivatazo en la prensa americana de que Rusia había intervenido e influido en la elección del nuevo presidente. Hubo limpieza y lavado de cara, y hubo que escoger algún chivo expiatorio. Erika fue ese chivo. Fue arrestada en su apartamento en mitad de la noche, destituida y encarcelada.

A las pocas semanas del encarcelamiento, cuando se había saciado la sed de sangre de los medios de comunicación, Erika salió de la cárcel y la mandaron de vuelta a Ucrania. Ucrania en aquel entonces seguía devastada por la crisis, y Erika no tardó en tirar de contactos rusos para conseguir una nueva identidad y un nuevo trabajo en las cálidas tierras de España, hasta acabar trabajando en el emporio de Iván Schumann.

—¿Quién te contrató? —preguntó Flecha—. ¿De qué conoces a Teresa Casas? ¿Dónde está Teresa?

Erika no había abierto la boca en las dos horas que llevaba sentada en la sala de interrogaciones de la comisaría. Flecha salió de la sala y fue hasta la cocina a servirse otra taza de café, donde Petete estaba sentado en la mesa trabajando en el ordenador de Erika.

—¿Ha dicho algo? —preguntó Petete.

Flecha negó con la cabeza sin darse la vuelta.

—¿Has conseguido sacar algo de su ordenador?

—Mucha información, pero todavía tengo que ordenarla. De momento nada de lo que encuentro me da muchas pistas. En el ordenador tiene toda la información de los emails, teléfonos y cuentas bancarias del Navarro y del finlandés, como nos esperábamos. Pero ha estado haciendo seguimiento a decenas de personas más. Tiene el control de cuentas bancarias en más de treinta

países y en varios paraísos fiscales, y centenares de empresas sumergidas están bajo su control a un clic de este ordenador.

Flecha se acercó a la mesa y miró al ordenador por encima del hombro de Petete, que le enseñaba con rápidos clics en diferentes carpetas de lo que estaba hablando.

—Pero también he encontrado el contacto de otro individuo... parece que este debía de ser su jefe o asociado o algo así.

—¿Qué individuo?

—Un tal José Acebo de Robles, ¿te suena?

—Pepe —dijo Flecha funesto.

—¿Pepe?, ¿te refieres al Pepe de Teresa?

—Al mismo. Mira a ver qué encuentras. Yo mientras voy a hacer unas llamadas.

Flecha se retiró al pasillo, se sentó en un banco y sacó su teléfono. Delante de él pasaban agentes de policía de uniforme, y prácticamente todos, le miraban sorprendidos, claramente reconociendo al fugitivo buscado de la fotografía que estaba circulando por todas las comisarías del país.

La primera llamada la hizo al hospital para enterarse por su hermano. Las noticias no eran buenas. Estaba internado en la UCI y en coma desde antes de entrar en el hospital.

La siguiente llamada era más difícil; marcó el número y respiró dos veces profundamente para reunir el coraje necesario para hacer la llamada.

Apretó el botón de llamada

—¿Madre? Buenos días, no te he despertado, ¿verdad?... Bien, sí... bueno, no... bien no. —Hizo una pausa—. Verás, Alberto está en el hospital...

La madre de Flecha se lo tomó mucho mejor de lo que se había esperado. Salió de casa en cuanto colgó el teléfono y se fue al hospital para estar con Alberto hasta que se recuperase. Le dijo a Flecha que no se preocupase de su hermano, que ella se encargaba, pero que él se diera prisa y cogiera a los malnacidos que le habían hecho eso a Alberto y a Covadonga.

Flecha se puso en pie, determinado a dar caza a quien estuviera detrás de todo esto. Empezaba a tener más claro qué es lo que estaba pasando, y quién era el autor de todo este caos.

Petete levantó la vista del ordenador de Erika en cuanto Flecha volvió a entrar en la cocina.

—¡Tienes que ver esto, Flecha! ¡Ven aquí!

Petete giró el portátil de Erika para que Flecha pudiera ver la pantalla. Entró en una página verde con el logo de una cebolla; parecía como una página web de un mercado de hortalizas orgánicas o algo por el estilo.

—¿Qué es eso?

—Esto es Tor, es un navegador de la *Dark Web*. Erika tiene una cuenta de email en Mail2Tor, es un proveedor de mail del navegador de Tor. Todos los emails son encriptados, y pueden recibir correos del mismo sistema proveedor, de otros «onions», o de la red normal. Son imposibles de detectar, son del todo anónimos y no puedes encontrar la dirección de dónde se han enviado...

—A no ser que...

—A no ser que tuviésemos el ordenador de Erika en nuestro poder, y que la agente Lucrecia Goikoetxea la pidiera por favor «y con una guía telefónica en la mano para no dejar marcas» que nos diera los códigos de acceso —dijo Petete, haciendo una señal de reconocimiento con la cabeza a una agente que removía su café, con unas manos grandes como pavos de pascua, en el otro extremo de la mesa de la cocina. La agente Goikoetxea bien podría pasar por el pilar de la selección neozelandesa masculina de rugby.

Petete abrió la cuenta de correo de Erika en Mail2Tor, y prácticamente los últimos cien emails los había enviado a la dirección del finlandés y eran todo copias de archivos, emails, fotografías...

—En estos emails está confirmado el seguimiento de Fernando y Marta Almeida, de Carlos Laporta y Patricia Jaenilla; de Herminio Chiclana y Clara Benjumea... ¡Mira! Aquí hay una cadena de mensajes al minuto, del día en el que Fernando y Marta Almeida fueron asesinados, en los que van informando de la situación de estos dos, colocación de las cámaras de seguridad y localización del portero y del agente de seguridad del edificio.

—¿Puedes ver de dónde ha sacado Erika toda esta información?

—Ha sido gracias al pequeño Alfonso. Una vez que hackeó las cuentas del finlandés, tuvo acceso a todo esto. Sigo sin pensar que el finlandés sea el cerebro detrás de todo este embrollo, pero desde luego, él estaba involucrado hasta las cachas —dijo Petete conectándose a las cuentas del finlandés.

Después abrió tres pantallas más a una velocidad que no permitía a Flecha ni parpadear antes de que hubieran vuelto a desaparecer.

—Es curioso... —dijo Petete sin parar de teclear.

—¿Qué es curioso?

—Acabo de hackear la cuenta de Pepe. Este tío parece bastante obsesivo.

Petete abrió los archivos de la cuenta de Pepe, y tenía todas las carpetas ordenadas por orden alfabético y por colores. Cada una de las carpetas, tenía en su interior subcarpetas con el mismo orden y disposición. Las carpetas estaban divididas por géneros. La primera carpeta decía «MasterPlan» y dentro de ella, las subcarpetas estaban numeradas. Al abrir estas subcarpetas toda la información estaba a su vez encriptada, pero Petete no tardó más que unos minutos en descodificarlas.

—¡La madre que lo parió! —exclamó Flecha.

Las subcarpetas venían dispuestas por temas; la primera subcarpeta se llamaba Luis Nerva, dentro venía absolutamente toda la información imaginable del actual ministro de Interior, desde el certificado de nacimiento, pasando por las vacunas, bautismo, colegios, amigos, familia, novias, amantes, facultad, empresas y trabajos... ¡todo!

—¿Por qué tanto interés en el ministro de Interior?

—No lo sé, pero hay una carpeta igual para cada una de las víctimas del carnicero...

—¿Tú crees que están planeando atentar contra el ministro de Interior?

—No lo sé, pero me temo que tiene toda la pinta.

La siguiente carpeta se llamaba «WhatsApp laddies4dinna». Petete abrió la carpeta, y dentro había una presentación de PowerPoint hecha a base de pantallazos de un chat de WhatsApp.

La primera diapositiva era un pantallazo con el contacto de los miembros del chat: Augusto, Calígula, Nerón, Trajano y Marco Aurelio.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó Petete.

—Creo que estamos a punto de descubrirlo. Pasa las diapositivas.

En la presentación, el grupo laddies4dinna, acordaban las reglas de un depravado juego en el que debían escoger cada mes la esposa de alguien conocido por todos los miembros del grupo para violarla, matarla y grabarlo todo en video. El video sería luego subido en una web especial. Todos los ingresos de esa web serían divididos a partes iguales y se repartirían en metálico.

Una de las cláusulas para entrar en el juego era, que todos debían aceptar que sus esposas fueran también posibles presas; todos debían, antes de comenzar el juego, especificar qué parte u órganos de su propia esposa se comerían en caso de que ella fuera escogida y capturada.

En la siguiente diapositiva incluían a Iván Schumann al grupo, y lo presentaban como ayuda, para profesionalizar el juego.

Iván no podría en ningún momento intervenir, él únicamente haría de cámara para filmar los videos con las víctimas y colaboraría en la difusión del material digital; además de ayudar también con labores de logística, asesoramiento, limpieza y encubrimiento de pruebas.

Todos los miembros del grupo pensaron que era un plan divertidísimo y fantástico.

El primero en contestar fue el llamado Augusto, quien confirmó con entusiasmo su participación en el juego, y ofreció a su esposa como primera víctima.

—Os dejo las llaves de mi casa y me llevo a los perros para que no os incordien. De hecho, si os lleváis a mi esposa os podéis repartir mi parte de las ganancias.

Este Augusto debe de ser el gracioso del grupo, pensó Flecha.

—Se habrá quedado *Augusto*, después de decir eso. ¿Lo pillas? —añadió Petete haciéndose el jocososo.

Toma, otro gracioso.

—Sí, Petete, lo pillo —contestó cerrando mucho los ojos armándose de paciencia.

El sujeto que hacía llamarse Calígula, dijo que él no quería participar.

“No juzgo, ni diré nunca nada sobre el juego, pero creo que de esta he de pasar, chicos”.

Trajano le contestó que no se preocupase. Lo entendían y le echarían de menos. Después le echaron del grupo. Acto seguido, una vez que Calígula había salido del chat, Trajano dijo que pensaba que habían encontrado a la primera víctima.

Trajano parecía ser la voz cantante del grupo. El líder.

—Tú sigue investigando. Mira todo lo que puedas encontrar sobre Pepe. Voy a hablar otra vez con Erika. Ella tiene que saber dónde está Teresa y quiénes son los tíos estos del «laddies4dinna» —dijo Flecha levantándose de la silla y sacando dos cafés de la máquina.

Flecha posó un café en la mesa, frente a Erika. El aroma del café le hizo tragar saliva.

—Bebe, Erika.

Erika cogió la pequeña tacita de plástico entre ambas manos para calentarse y dio un pequeño y sonoro sorbo que debió de quemar su labio, el paladar y gran parte del esófago.

—Erika, sabemos que trabajabas con Iván Schumann y tenemos pruebas que te vinculan directamente a los asesinatos del caso del Carnicero de Montecarmelo.

Esto hizo a Erika despertar de su fingida indiferencia y romper su silencio.

—Yo no hice nada a esas mujeres. Solo ayudé a ponerlo en la web. ¡Me obligaron!

—Tú sabes dónde está Teresa. Sabes qué ha ocurrido, y si nos ayudas puede que evites el que te metan en la cárcel para el resto de tu vida.

Erika soltó una carcajada sin humor, que acabó tan pronto como había empezado. Casi como un bufido o una tos.

Era una carcajada sombría.

—¿Crees que eso me preocupa? La única razón por la que estoy viva, es porque Iván nunca me delató. En cuanto ya no les fuimos necesarios, y os estabais acercando mucho, no tardaron más que unos minutos en acabar con Iván. No, no tengo miedo a la cárcel, pero sí a lo que me puedan hacer. Has visto los videos de lo que hicieron a esas mujeres; eso no serían más que caricias en comparación con lo que me harían a mí como se enteren de que existo.

—Vamos, Erika. Tienes que ayudarme. Sin tu ayuda, muchas más mujeres van a morir.

—No, en eso te equivocas. Esto no ha sido más que un juego para ellos y esta misma noche habrá acabado todo.

—¿Esta noche? ¿Qué ocurre esta noche? ¿Dónde?

—No lo sé. Iván era quien lo sabía, por eso decidieron matarlo antes. Solo me dijo que hoy por la noche sería la gran ceremonia. Tenía que ayudarle en la fiesta... en Mallorca, pero esa es toda la información que tengo.

Flecha salió corriendo de la sala de interrogaciones y volvió con Petete.

—Petete, hoy hay una fiesta en Mallorca. ¿Qué podemos averiguar sobre ello?

—Déjate de fiestas, ¡mira lo que acabo de encontrar!

Petete tenía un informe policial abierto encima de la mesa.

—Esta es la información que tenemos en archivo sobre el ataque a Pepe en el colegio El Encinar.

Flecha echó un ojo, pero la información a grandes rasgos ya la conocía. Estaban perdiendo un tiempo precioso.

—¿No te das cuenta? Tres niños fueron atacados: Jose Acebo de Robles, Alberto Flecha y Francisco Casas.

—Sí, esa información ya la conocemos.

—¿Quién es ese Francisco Casas? Francisco se suicidó a las pocas semanas del ataque.

—Eso mismo me pregunté yo. El nombre me sonó familiar desde el principio.

Petete tecleó en su ordenador.

—Francisco Casas era el hermano mayor de la inspectora Teresa Casas... ¿No sabías eso?
Flecha no podía ni abrir la boca.

—No te has fijado en la fecha de la agresión, ¿verdad?
Flecha se agachó sobre los documentos.

—¡Hoy se cumplen 25 años de la agresión!
Flecha miró embobado la fecha. No podía ser.

—Pepe y tu hermano son los artífices del club laddies4dinna, y hoy es la gran gala. Tiene sentido, hoy se cumplen veinticinco años de su iniciación. Teresa tenía que saber lo que ocurrió con Pepe y su hermano. ¡Ella estaba involucrada! Hoy planean acabar lo que habían empezado. En su celebración pretenden matar a Luis Nerva, o a su esposa, o a los dos. Quién sabe qué pueden estar planeando estos perturbados.

—Teresa estaba metida desde el principio en esto con Pepe y con Alberto.

—¡Petete, consigue la agenda del ministro Luis Nerva! Entérate de dónde va a estar esta noche. Petete tenía la respuesta en minuto y medio. El ministro daba esa noche una fiesta privada en su mansión de Mallorca.

Flecha salió apresurado hacia la puerta.

—¿Y tú a dónde vas?

—Tengo una fiesta en Mallorca a la que acudir.

—¿Cómo pretendes llegar a Mallorca? Y, sobre todo, ¿cómo vas a colarte en la fiesta?

—No te preocupes, de eso me encargo yo —dijo poniéndose un pinganillo en la oreja—. Tú mantente conectado. Sigue buscando las pruebas que necesitamos para vincular al comisario Santonja a los asesinatos.

—¡Flecha! —Petete lanzó las llaves de su coche oficial—. No lo rayes...

—TNT, soy Flecha.

—Flecha, ¿desde qué número me estás llamando? He estado a punto de no descolgar.

—No te preocupes por eso ahora, ¿sigues teniendo un contacto en la base aérea de Getafe? Necesito ir a Mallorca esta misma noche.

—Dame cinco minutos. Veré lo que puedo hacer.

Flecha paró primero en casa de su madre y recogió el smoking de la habitación de su hermano. Después se dirigió a su casa.

Flecha se metió en la ducha cuando llamó TNT de vuelta.

—Flecha, tengo noticias buenas y noticias malas.

—Al grano, TNT.

—No tenemos alas para llevarte a Mallorca, pero sí tienes cómo plantarte en Alicante, tenemos un contacto en una patrullera de la guardia civil que te puede poner en Mallorca en un periquete.

—Me vale.

Flecha se dio una ducha en cuarenta y tres segundos, y se afeitó en diecinueve. Sobre la cama de su habitación estaba el smoking de su hermano. Alberto y Marcos tenían la misma altura y pesaban lo mismo, y aunque Alberto no se mantenía en la misma forma que Marcos, el smoking le quedaba de sastre.

Estaba contemplándose en el espejo para ver si se adivinaba el bulto de la pistola bajo la chaqueta. Alisó la pechera, y notó algo en el bolsillo interno que no había visto cuando se vistió.

Lo sacó.

Era una invitación a una cena de gala en Mallorca en la mansión de Luis Nerva.

Salió por la puerta de casa y ahí estaba esperándole TNT en su flamante Seat León.

TNT bajó de su coche, y la puerta del copiloto también se abrió y por ella salió una cabeza medio afeitada, salvo por un flequillo de lametón de vaca.

—¿Qué hace aquí este? —dijo Flecha mirando al Kaiser como si fuese algo que había dejado el perro del vecino en su acera.

—Kaiser es quien nos ha conseguido el pasaje a Mallorca. Tiene un viejo compañero del tercio que se pasó al Servicio Marítimo de la guardia civil. Es comandante de una patrullera que tiene puerto en Alicante, y está preparada para levantar amarras y llevarte a Mallorca en cuanto lleguemos. Sube al coche.

Flecha miró con sorpresa y satisfacción a su amigo. El talento de esa masa de músculos nunca dejaba de sorprenderle. Incluso el Kaiser, con sus gafitas de Gandhi y el lametón de vaca empezaba a caerle simpático.

—Deja esa chatarra ahí aparcada. Hoy tenemos prisa.

Flecha apretó el mando del garaje, la puerta empezó a levantarse y la luz se encendió dejando al descubierto su Porche 993.

—¡Buah! ¡Cómo molas, colega! —dijo el Kaiser dando una palmada a Flecha en la espalda.

TNT le correspondió dándole un collejón que hizo que le salieran las gafas volando y se le

despeinara su engominado flequillo a lo Adolfo.

—¡Para ti, mi capitán! Ni colega, ni molas, ni mierdas... ¡o te doy con la mano abierta y te desmonto, imbécil!

—Sí, mi sargento. Lo siento —se disculpó el Kaiser masajeándose la nuca y comprobando que no tenía ninguna vertebrada descolocada.

Entraron los tres en el garaje y se subieron al Porche de Flecha. Giró la llave del contacto y el encendido hizo que la fiera rugiera con fuerza en el confinado espacio del garaje.

—¡Espera un segundo! —dijo TNT. Salió del coche y fue corriendo hasta su Seat León, sacó de su maletero lo que parecía ser un spray de pintura, y roció con él las matrículas del Porche de Flecha.

—Laca reflectante. Por si acaso sobrepasas en algo el límite de velocidad en algún momento y nos cruzamos con un radar. Esto evitará que se vea la matrícula en la foto.

Javier Espí y Pedro Echanove estaban de guardia en la A-3 debajo del puente del Camino de Olcesa, en Tarancón, provincia de Cuenca como casi todos los viernes por la noche.

Era el turno de Pedro de sentarse al volante del coche, mientras Espí se pelaba de frío fuera con la pistola radar.

No había pasado un coche en los últimos tres minutos y eran ya casi las ocho; iba a ser una noche larga y tediosa.

Espí miró de reojo el coche patrulla. Pedro tenía los ojos cerrados y se había recostado en su asiento, así que Espí se aventuró a sacarse un cigarrillo y encendérselo de espaldas al viento, que venía, como el tráfico, de la dirección de Madrid.

Dio una profunda calada y estaba echando el humo lentamente, cuando vio unas luces acercarse como un rayo. Apuntó el radar rápidamente, haciendo que casi se le cayera al suelo por culpa de la prisa y del cigarrillo.

Cuando apretó el gatillo, el lector digital anotó 272km/h, y un rebufo de viento hizo que su gorra saliera volando.

En el coche patrulla Pedro se despertó dando un salto. Espí abrió la puerta del copiloto y se sentó de un salto y accionó las luces del techo.

—¡Vamos! ¡A este lo metemos en chirona por mis santos cojones!

Flecha vio en el retrovisor las luces azules de una patrulla de la guardia civil encendiéndose y volviendo a apagarse a los dos segundos. Después de eso, se hizo otra vez la total oscuridad en su espejo retrovisor.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó el Cabo Pedro Echanove.

—¡Un coche a 272 kilómetros por hora! ¡Vamos!

Pedro pisó el freno del coche y apagó las luces del techo. Se giró y miró a su compañero.

—¿Qué haces? ¡Acelera, que se nos escapa!

—¿A 272 kilómetros por hora, has dicho? ¿Y quieres que le persigamos con esto? A estas alturas estará llegando a Valencia, y luego nosotros tendremos que regresar, terminar nuestro turno, volver al cuartel y rellenar un informe de dos páginas en el que diremos que no hemos visto nada, que no tenemos matrícula ni especificación de coche. Luego el teniente nos llamará a su despacho y nos va a dar una tunda memorable...

—¿Y qué hacemos?

—Yo no he visto nada. ¿Y tú?

Espí borró la lectura del radar y se lo enseñó a su compañero.

—Yo tampoco.

—Pues eso. Anda, sal fuera y termínate el cigarrillo.

La patrullera del servicio marítimo de la guardia civil estaba atracada en el puerto de Alicante con los motores encendidos. Flecha había dejado el Porche en el aparcamiento con TNT y el Kaiser dentro.

Al final del pantalán, junto a la patrullera, estaba el amigo del Kaiser: Un guardia civil bajito y musculoso, de nariz superlativa y cabeza rapada al uno. Del extremo de su camisa asomaba un tatuaje de lo que parecía ser el murciélago de Bacardí.

—¿Capitán Flecha? —preguntó mirando a Marcos de arriba abajo.

—Sí. Muchas gracias por su colaboración, Capitán Carrasco.

—Había entendido que eras un capitán de las goes, no del servicio secreto de su majestad la reina de Inglaterra —dijo Carrasco con sorna «y disimulada admiración» mirando el impecable smoking de Flecha.

Subieron los dos a la patrullera y el capitán Carrasco dio la orden de soltar amarras.

—Por favor, dime que toda esta movida que hemos montado no es solo para que no llegues tarde a una fiesta de sociedad

—dijo el capitán Carrasco empujando hasta el fondo la palanca del acelerador haciendo gritar los motores de la patrullera.

Flecha, con la vista puesta en el horizonte, contestó lacónico.

—Toda esta movida es para no llegar tarde a una fiesta, pero créeme, es de vital importancia.

La patrullera llegó a Port d'Andratx a las diez y veinte de la noche. Fondeó en una discreta cala, a pocos kilómetros de su exclusivo puerto, como venía indicado en la invitación.

No tardó en acercarse una de las dos lanchas que recorrían los otros yates fondeados para recoger a los invitados. Flecha se subió a la lancha que le llevó hasta el embarcadero privado de la Villa de Luis Nerva.

Flecha había crecido en una familia acomodada y no se impresionaba con cualquier bagatela de nuevo rico, pero a medida que la lancha se fue acercando a su destino, la suntuosidad de la propiedad del ministro le dejó con la boca abierta.

Unas anchas escaleras esculpidas en la roca ascendían hasta la casa, serpenteando un jardín florido cargado de olores y colores alumbrados por focos de luz cálida. En lo alto de las escaleras, había una piscina de cincuenta metros, bordeada por bloques y cascadas de mármol blanco y tarima de teca, que se abría al jardín. Flecha se giró un momento para apreciar las vistas del mar y las luces de Port D'Andratx que parpadeaban como una lejana constelación al fondo.

La seguridad del lugar era asombrosa. Flecha sabía que no era el tipo de seguridad que pagábamos todos con el dinero del contribuyente; la seguridad era privada y muy profesional. Dos gorilas, perfectamente ataviados con trajes negros de Dior, circundaban a una espectacular azafata que daba la bienvenida a los recién llegados con una sonrisa que a más de uno le haría temblar las piernas.

Tal era el caso del anciano que Flecha tenía delante enseñando su invitación a la preciosa azafata. El anciano le dijo algo a la mujer. A saber qué dijo, porque esta enseguida se ruborizó, y la acompañante del anciano, que tampoco hacía ningún daño a la vista, le propinó un discreto codazo en las costillas. Cuando el viejo se dobló por el golpe de su joven acompañante, Flecha pudo reconocer al septuagenario actor Michael Williams.

Había leído Flecha en alguna revista en la cárcel que Michael Williams era desde hace años unos de los residentes de la isla. Era de esperar que Luis Nerva hubiera invitado a su fiesta a lo mejor del vecindario.

Detrás de Flecha una joven pareja había terminado la escalada desde el embarcadero de la cala. No le costó reconocer al tenista Rafa Sánchez y su recién desposada mujer.

—Buenas noches, Rafa —saludó Flecha rápidamente fundiéndose en el ambiente.

—Hola, ¿tú eres? —dijo Rafa arqueando una ceja y ofreciendo cordialmente su mano.

—Flecha. Me llaman Flecha.

—Hola, Flecha, esta es mi esposa Estelle.

Los tres cruzaron juntos el comité de bienvenida del pibón con los dos gorilas, lo cuales les pidieron que dejaran sus móviles en la entrada para guardar la privacidad de todos los invitados; Rafa y Estelle lo hicieron sin extrañarse o preguntar nada, como si fuese la cosa más normal en este tipo de fiesta.

Y tal vez lo fuera.

Flecha dejó un teléfono y lo metieron en un bolso de cuero marrón con el nombre de su hermano bordado, pues la invitación estaba a nombre de Alberto Flecha, y lo guardaron.

Una vez pasada la entrada, Flecha se acercó discretamente la manga a la boca.

—Estoy dentro —susurró hacia el puño de su camisa.

La villa era una estructura contemporánea formada por volúmenes cúbicos de blanco y cristal. Uno de estos cubos, donde estaba el salón, era enteramente de cristal: techo, suelo y paredes. El suelo estaba cruzado por enormes vigas de metal cromado que dejaban ver entre ellas una gran gruta natural cuya profundidad llegaba hasta el mar. Gracias a la iluminación de unos focos entre las rocas se podían ver las olas romper al fondo de la gruta.

Luis Nerva estaba en lo alto de las escaleras de acceso al cubo del salón junto a su esposa. Desde ahí, como un anfitrión clásico, daba la bienvenida a todos los invitados en compañía de la complicadísima obra de cirugía estética con quien se había casado veinte años atrás.

Flecha no le tenía mucho aprecio al señor ministro. De hecho, odiaba a muy poca gente en este mundo, y el cabeza de lista bien podía ser Luis Nerva.

Flecha no conoció en el colegio a Luis Nerva. Este entró en el colegio en el último año para hacer COU, el mismo año que Flecha estudió en el extranjero. Pero sí que le conoció pocas semanas antes de haber sido nombrado ministro del Interior del nuevo Gobierno.

Flecha le conoció en una fiesta que habían dado unos antiguos compañeros del colegio.

Fue esa la última fiesta a la que fue la noche antes de su última misión en Afganistán, la misión a la que nunca embarcó. Fue en esa fiesta también la última vez que vio a su joven esposa con vida.

En esa fiesta es donde se peleó con Covadonga... y la razón de esa pelea fue el ministro.

Luis Nerva, el guaperas, afeminado, de sonrisa *Profident*, se pasó toda la noche flirteando con la esposa de Flecha. Él estaba acostumbrado a ver a la gente babear por su esposa; no era tan inocente como para no saber que era una mujer de diez. A lo que no estaba tan acostumbrado era a ver a su esposa dejándose lisonjear, sobre todo por un pijoteras amanerado.

Luis Nerva era todo lo que Flecha no era: educado, elegante, adulador, complejo, sensible y encima buen bailarín. Pero eso no era lo peor, lo peor era que Luis Nerva era todo lo que Flecha no es y que a Covadonga le gustaba...

—Marcos Flecha, ¡qué agradable sorpresa! —dijo a través de una blanquísima y perfecta dentadura—. Te hacía de vacaciones en Manzanares el Real.

—El señor ministro está muy bien informado.

—Eso pensaba yo. Veo que tendré que tener unas palabras con los servicios de inteligencia.

—No he visto a Pepe Acebo, ¿no estaba invitado?

—Por lo que parece, no resulta indispensable estar invitado para colarse en mi fiesta... pero sí, Pepe está invitado y su amiga Teresa estará en la cena —dijo acrecentando su sonrisa.

La sonrisa por un momento desapareció cuando se acercó Herminio Chiclana tambaleándose y hablando con la discreción y delicadeza con la que un pastor llama a sus vacas en las llanuras de Dakota del Sur.

—¡Trajano! ¡Qué buena fiesta! He visto que tienes hasta a Cameron Diaz en la lista de invitados.

¡Trajano!

Flecha trató de disimular el impacto que le produjo el oír a Chiclana llamarle así. Nerva se disculpó educadamente y se llevó a Chiclana apretándole el codo con fuerza.

—¡Te he dicho que no me llames nunca así! —le dijo entre dientes apretados sin dejar de sonreír.

Flecha se quedó de pie, embobado, en compañía de la esposa de Nerva. Ella sonrió y Flecha se

dio media vuelta sin siquiera reciprocarse la cortesía.

¡Trajano! ¡Claro!

Había sido Nerva y su grupo de malotes del colegio. Hasta ese momento había pensado que Trajano era Pepe o incluso su hermano Alberto, pero estaba equivocado, eran Luis y sus amigos.

Lo que en el colegio empezó como pequeñas peleas y abusos, pasó a palizas y violaciones como en el caso de Pepe, Alberto y el hermano de Teresa. Parece que el grupo de Nerva había ido de peor en peor. Tenía todo el sentido que ellos fueran los asesinos de las mujeres. ¡De sus propias mujeres! Eran ellos los miembros del grupo Laddies4dinner de WhatsApp.

El emperador Trajano además fue el hijo adoptivo del emperador Nerva, no era difícil imaginar que Luis Nerva hubiera escogido ese nombre. No es que Flecha fuera un virtuoso de la historia clásica, pero en su confinamiento en la cárcel de Alcalá Meco, se leyó todos los libros de Santiago Posteguillo con cierto deleite.

Luis Nerva había estado engatusando a la esposa de Flecha la noche que la mataron. Covadonga habría sido la primera víctima de la sed de sangre de Trajano y su grupo de chacales.

Calígula no era tampoco el padre Daniel como había imaginado. Fernando Almeida era Calígula, él dijo que no quería seguir con el juego y salió del chat. Luego Luis Nerva dijo que ya sabía quién iba a ser la primera víctima. La razón de que Covadonga muriera antes que los Almeida fue porque se le antojó a Nerva esa noche y no quiso esperar, por eso hubo tanta violencia en la casa y no se hizo con la misma profesionalidad con la que se perpetraron los demás asesinatos.

A Fernando Almeida lo mataron después de planear de forma escrupulosa todos los aspectos del asesinato, entre todos. Covadonga fue un asesinato pasional. ¡Un capricho de Trajano!

Flecha se enfadó consigo mismo. ¿Cómo pudo haber dudado de su hermano y pensar que él y sus amigos habían sido capaces de matar a Covadonga y a todas las demás víctimas?

Flecha se volvió a acercar la manga de la chaqueta a la boca.

—Petete, Luis Nerva es Trajano. Son ellos, los atacantes de Pepe y Alberto. Luis Nerva ha cometido los asesinatos. ¡Luis Nerva es el verdadero Carnicero de Montecarmelo!

Luis Nerva estaba echando un rapapolvo a Chiclana sin apartar la vista de Flecha y vio cómo este se acercaba la manga a la boca y decía algo.

Luis Nerva llamó con un gesto al gorila de pantagruélicas proporciones que le seguía a todas partes, como una sombra amplificadas, y le dijo algo al oído. El gorila asintió, y a su vez llamó a otros dos gorilas.

Los tres se acercaron a Flecha.

—¿Sería usted tan amable de acompañarnos? —dijo el guardaespaldas de Nerva con una corrección que contrastaba radicalmente con su semblante de troglodita—. El señor Nerva quisiera mostrarle su colección de vinos.

Los otros dos gorilas se colocaron uno cada lado de Flecha, para dar mayor énfasis a la educada invitación y su carácter irrechazable.

Flecha les siguió, y cuando estuvieron fuera de la vista del resto de invitados, uno de ellos le arrancó el pinganillo de la oreja.

—No creo que necesites esto ahí a donde vamos.

Subieron a un ascensor cilíndrico de paredes acristaladas donde entraron los cuatro apretujados.

—Se van a empañar los cristales del ascensor y esto va a parecer otra cosa —dijo Flecha tratando de hacer conversación. Siempre había odiado el incómodo silencio cada vez que coincidía con un extraño en un ascensor.

Los tres gorilas ignoraron el comentario de Flecha y el ascensor comenzó a bajar por las paredes de roca. Flecha abrió la boca para hacer algún otro comentario jocoso como mecanismo de defensa para aliviar su tensión interna, pero el espectáculo al otro lado de las cristaleras del ascensor le hicieron enmudecer. Descendieron por un espacio labrado sobre la roca del acantilado; pasaron diferentes estratos en los que la roca cambiaba de color y de textura iluminada por pequeños focos amarillos como los que encontró en las escaleras que subían de la cala. En un momento la roca se abrió y dio paso a la luz natural de la noche y a las olas rompiendo sobre la playa particular de Luis Nerva. Después la luz desapareció y el ascensor siguió siendo aspirado por la roca hacia el centro de la tierra.

Tras bajar más de cincuenta metros, de los que, como mínimo, los treinta últimos estaban bajo el nivel del mar, el ascensor se posó sobre el suelo, con la delicadeza con la que aterriza una pluma.

La puerta del ascensor se abrió y entraron en un pasillo abovedado de piedra y ladrillo con lámparas de gas iluminando el pasaje.

Habían pasado del pináculo de la arquitectura y diseño contemporáneo, donde todo era luz y espacios diáfanos, para adentrarse en un mundo clásico, casi medieval, donde la fría piedra se mezcla con los cálidos colores de la madera de caoba y el fuego de los candiles.

—Bienvenido a la bodega —dijo una sombra de brazos extendidos al final del pasillo. Luis Nerva les esperaba en un descansillo, en el que había dos puertas sólidas de al menos tres pulgadas de espesor.

Nerva abrió la primera y entraron en una amplia sala con paredes y techo de roca pulida. Al final de la sala una treintena de toneles de vino de roble francés estaban numerados y alineados contra el muro en tres alturas. En los laterales de la sala había dispuestos botelleros de metro y medio de altura como si fuera una biblioteca.

En el centro de la bodega había una mesa de grandes dimensiones con los utensilios dispuestos para la cena.

—Por favor, siéntese, señor Flecha —invitó Nerva con un ademán muy estudiado.

Uno de los gorilas retiró la silla como haría un buen *maître* en un restaurante de cierto nivel. En cuanto se sentó, los otros dos gorilas le agarraron las dos manos y le ataron a los apoyabrazos de la silla con cuerda. Luego le quitaron la pistola que llevaba colgada en la sobaquera.

—Disculpe el exceso de celo de mi servicio de seguridad, pero entenderá que no pueden dejar a un presidiario fugado sentarse armado a la mesa del ministro de Interior. Además, tenemos otros

invitados que nos acompañarán en breves momentos, y a quienes probablemente pueda inquietar su presencia.

—Pues si voy a tener que comer con las manos atadas, me temo que voy a dar un pobre espectáculo a tan refinados invitados comiendo directamente del plato.

Luis Nerva se quedó pensativo un momento y luego imaginando la ordinariez, falta de clase y pensando en la imagen de inseguridad y cobardía que daría a sus invitados teniendo un hombre atado a su mesa —como si él tuviera miedo de algo—, hizo un gesto a uno de los gorilas y este le desató al instante.

—¿Dónde está Teresa?

—No se impaciente usted. Su amiga, la inspectora Casas, está en su habitación arreglándose para la cena.

Se oyó un ruido de pasos acercándose al otro lado del pasillo. Debían de ser unas diez personas que caminaban en silencio y sin prisa.

—Ah, aquí están. Amigos míos, pasen por favor y siéntense a la mesa.

Los convidados fueron sentándose uno a uno, mirando a Flecha con recelo y sospecha.

Flecha reconoció a alguno de ellos. Eran personalidades muy importantes y reconocidas en el ámbito político y económico a nivel mundial: un antiguo presidente americano, un príncipe europeo, un empresario y oligarca ruso...

¿Que estarían haciendo ahí? Y, sobre todo, ¿qué pintaba Flecha sentado entre ellos a la misma mesa?

En cuanto hubieron entrado todos los invitados, la puerta de acceso a la bodega volvió a cerrarse y dentro quedaron los ocho magnates, con Luis Nerva y Marcos Flecha sentados a la mesa. Solo una silla quedó vacante en la mesa junto a Luis Nerva. *La silla reservada para Teresa*, pensó Flecha.

Detrás de cada invitado había un camarero, y en cuanto todos se hubieron sentado, extendieron la servilleta y se la pusieron en el regazo en un movimiento perfectamente sincronizado, diez sedas granates volando al unísono y aterrizando sobre los regazos al mismo tiempo. Buena coordinación, y gran efecto óptico que hizo que los invitados apartaran la vista de Flecha por un momento y se relajasen.

El sumiller acercó un carrito con ruedas sobre el que había una docena de botellas de vino abiertas y decantadas en frascos de cristal.

Luis Nerva se levantó y cogió uno de los decantadores y él mismo empezó a servir a los comensales.

—Imagino que ya habréis tomado todos champán al entrar en la casa, por lo que, si me permitís, quisiera pasar directamente a probar una reserva especial que llevo años guardando para una ocasión que lo merezca.

Una vez hubo servido a todos, volvió hasta su sitio y, sin sentarse, alzó su copa. En ese mismo momento, coreografiado o no, se abrió la puerta de la bodega y entró Teresa Casas. Altiva y deslumbrante. Teresa llevaba puesto un vestido largo y rojo que se amoldaba a su figura atlética deliciosamente. Todos los comensales la devoraron con la vista... bueno, todos menos uno: al general iraní le atraían más los imberbes mozalbetes que las curvas de una mujer.

El parlamentario conservador inglés se puso en pie cuando Teresa entró, aunque depravado, tenía su educación. Flecha también se levantó, pero enseguida el gorila apostado a su lado le puso las manazas sobre los hombros y le volvió a sentar.

—Ahora tenemos una razón para brindar. Caballeros, tengo el gusto de presentarles a la

señorita Teresa Casas, inspectora del cuerpo nacional de la policía española y, en gran medida, la razón de que nos hayamos juntado todos aquí esta noche.

Todos bebieron. Algunos inhalaban los vapores del vino antes de probarlo, por deleitar tanto el gusto como el olfato del incomparable caldo de la bodega de Luis Nerva, o por desconfianza. El expresidente americano, en cambio, se bebió el vaso de un trago, como si se tratase de un chupito de licor barato que hubiera que achicar con celeridad; probablemente no era consciente de que se acababa de beber mil quinientos dólares de un trago.

Teresa no tocó su copa. Era consciente del juego que estos hombres se traían entre manos, y de que ella era la vestal para el sacrificio a los dioses de esa noche.

El maestro de sala hizo una señal y se abrió una puerta lateral, de donde salió una docena de camareros con el primero de los trece platos de degustación que Luis Nerva tenía preparados para sus invitados.

Durante la cena, Flecha y Teresa intercambiaron miradas furtivas. Miradas sin contexto, miradas que no decían nada, pero que aseguraban al otro que estaban juntos en esto.

Después de los postres, Luis Nerva volvió a servir a todos los invitados personalmente el coñac. Nerva explicó que el licor era parte del lote de unas cajas centenarias que los nazis habían confiscado durante la guerra y estaban especialmente reservadas para el mismo Adolf Hitler, pero que el final de la guerra impidió su traslado. Luis Nerva pudo rescatar una veintena de esas botellas antes de que fueran subastadas y condenadas a perecer en el ignorante paladar de algún nuevo rico que se la abriera para impresionar a sus amigos y la sirviera adulterándola con hielo.

Los invitados rieron. El americano se bebió el vaso de un trago e indicó haciendo gestos vulgares con su vaso a su camarero para que le sirviera otra copa. La falta de clase no fue fácilmente ignorada por Luis Nerva, pero recordando las sumas astronómicas que sus invitados estaban pagando por la experiencia de esa noche, sonrió y le sirvió otra copa, escanciando él mismo el vaso del americano hasta el borde.

—Y ahora, señores, podemos empezar con el juego, pero antes explicaremos las reglas.

En ese momento, Flecha vio uno de los gorilas de Nerva acercarse a Teresa por detrás e inyectarle algo en el cuello. Flecha le vio acercarse en el último momento y trató de levantarse, pero tan preocupado estaba del ataque que estaba sufriendo Teresa, que no se dio cuenta de que el gorila que él tenía detrás estaba también armado de una cánula con el mismo narcótico.

Todo se volvió difuso. Primero una niebla cubrió la mesa y las caras. Luego las risas de los comensales le llegaban lentas y amortiguadas, después se hizo la noche y la oscuridad.

Cuando Flecha despertó, diez minutos más tarde, o diez días más tarde, tenía todos los músculos del cuerpo entumecidos; apenas podía mover los brazos, y la cabeza seguía sumida en un estupor del que no conseguía salir.

Abrió los ojos, pero la oscuridad era total.

¿Estoy dormido todavía?

Una luz blanca se encendió y se apagó. Como un rayo en mitad de la noche.

El breve resplandor le sirvió para ver que estaba en una celda y no estaba solo. Había alguien a su lado, a pocos metros de distancia.

¿Un fantasma?

Estaba dormido todavía.

La luz se fue con la misma velocidad con la que había venido, pero el resplandor se repetía en sus ojos, como el negativo de una foto. La luz. El cuerpo de pie junto a él. ¡Una mujer...!

Estaba dormido.

Otro foganazo y a este le siguió otro justo después. Una tormenta eléctrica dentro de su celda. Pudo ver mejor la figura que había visto antes. Era una mujer, no había duda, y estaba en camisión.

Ahora una tenue luz empezó a brotar del suelo, debajo del camastro sobre el que estaba tumbado.

Se iluminó el camisión de la mujer y luego la cara.

¡Covadonga!

¡Su esposa!

Estaba soñando, estaba delirando. Estaba muerta, no podía ser ella. La luz se hizo algo más intensa y vio a su mujer con más detalle. Era ella, pero al mismo tiempo no estaba allí. Como cuando uno ve el cadáver de un ser querido, allí está la sustancia, pero no la esencia, de pronto no reconoces a quien tan bien conoces y aun así sabes que su cuerpo está delante de ti.

Flecha escuchó unas risas. Se volvió y al otro lado de la pared de cristal sobre la que estaba apoyado, reconoció a Luis Nerva y a sus nueve invitados, que le miraban divertidos, con la copa de coñac en la mano.

Detrás del cuerpo de Covadonga se encendió una gran pantalla.

Flecha vio con más detalle que la cabeza de Covadonga era verdaderamente su cabeza, embalsamada y cuidada para mantener las facciones inalteradas, pero el resto del cuerpo no era más que un maniquí de cera.

La pantalla se puso en marcha y Flecha vio en imágenes el lento y maquiavélico asesinato de su esposa. Flecha cerró los ojos, pero no conseguía bloquear el terrible sonido de la grabación.

Cuando el video terminó, Luis habló de nuevo a sus invitados.

Se levantaron y anduvieron unos pocos metros en el mismo pasillo, donde otra colección de sillas estaba dispuesta para ofrecer otro espectáculo.

Un nuevo show comenzó, y Flecha pudo oír con horror los gritos de otra víctima y los aterradores sonidos de una sierra circular trabajando sobre carne y hueso de un ser humano vivo.

Flecha no podía apartar la vista de los ojos sin vida de la cara de su esposa. Esas facciones

perfectas de la mujer que amó, esos ojos verdes que ahora miraban insolentes, fríos y vacíos.

Luis Nerva y sus invitados siguieron pasando por otras cuantas celdas. Podía escuchar los gritos de asombro, los gritos de excitación, y por último, los aplausos cuando terminó la última proyección.

Luis Nerva había guardado las cabezas de todas las víctimas y recreado sus cuerpos, embellecidos con hermosos trajes en algunos casos, envilecidos en otros con camisones esperpénticos y macabros como en el caso de Covadonga.

La puerta de cristal de la celda de Flecha se abrió dando un bocinazo, y uno de los gorilas entró y levantó a Flecha como si se tratase de una muñeca de trapo. Lo condujo en brazos hasta una sala y lo sentó en una pesada silla de corte medieval. A su lado, al poco rato, trajeron a Teresa y la depositaron sin demasiado cuidado en una silla gemela a la suya.

—Han matado a Pepe —dijo Teresa a Flecha en un aterrado susurro—. Ha sido horrible. Lo han grabado todo y han hecho un maniquí con su cabeza.

—Cuéntame. ¿Qué es lo que ha pasado?

—Fui a comer con Pepe después de dejarte en Atocha, me llamó el Pater y me dijo que Luis Nerva le había confesado todos los asesinatos, y que los próximos éramos tú y yo. Pepe y yo ya sabíamos que él era el Carnicero, estábamos cogiendo pruebas para poder enchironarle. Llevamos trabajando con tu hermano Alberto desde que asesinaron a tu esposa. Pepe y Alberto eran amigos de mi hermano Francisco, y cuando estaban en el colegio...

—Sí, ya conozco la historia de lo que ocurrió. Pero no sabía que Luis Nerva estaba implicado hasta hace tan solo unos minutos. ¿Cómo os atrapó?

—Llamé directamente al comisario Santonja. Era una situación muy sensible y tratándose del ministro de Interior...

—El comisario Santonja. Él está involucrado en todo esto.

—¿Santonja?

—Sí, el mató personalmente al finlandés y al Navarro. Petete está buscando pruebas para inculparle.

—¡Dios mío!

—Cálmate, Teresa. Mantén la calma y te prometo que saldremos de esta.

—¡Cómo voy a mantener la calma! Tú no has visto lo que le han hecho a Pepe. ¡Lo que le han hecho era horrible! Y nos van a hacer a nosotros lo mismo... Marcos, tengo miedo.

—Calla. Ya vienen.

Los distinguidos invitados fueron entrando en la sala y sentándose en un púlpito como si de un tribunal o un coro de iglesia se tratara. Las caras estaban aún más envilecidas que durante la cena por el espectáculo y el efecto del alcohol.

Sus ojos sedientos de más sangre.

Luis Nerva entró en la sala. Se había quitado el smoking y se había puesto un uniforme de fatiga de color negro.

Levantó una lona que cubría una gran mesa de roble y sobre ella descansaban unos equipos que fue abriendo y enumerando.

—Uniforme de fatiga impermeable, negro. Gafas de visión nocturna. Cuchillo. Intercomunicadores. Pulsera GPS. Bridas de plástico. Dos metros de cuerda... Hemos prescindido de armas de fuego para no hacer el juego fácil y acabar demasiado pronto sin poder dar la oportunidad a todos los participantes de disfrutar un poco de la cacería. ¿Alguna pregunta o algo que echéis en falta en el equipo?

Luis Nerva pasó la vista despacio por todos los invitados. Ninguno hizo comentario alguno. Todos miraban los equipos como un grupo de niños frente al árbol de Navidad al despertarse el 25 de diciembre.

Flecha y Teresa escuchaban atentos sin saber muy bien de qué iba el juego, pero haciéndose una idea de que se trataba de una clase nocturna de caza, y que las presas, a todas luces, serían ellos dos.

—Tenemos el perímetro de la propiedad vallado y electrificado. Nadie se va a escapar, y nadie de fuera podrá entrar. Por el lado norte está el acantilado, y sobre el acantilado hay una valla de doce metros de altura y con suficiente voltaje como para iluminar la isla de Palma de Mallorca entera si alguien la toca. Daremos a Marcos y a Teresa cinco minutos de ventaja, luego empezará la caza.

La emoción se podía sentir en el ambiente. Las caras adormiladas y sedadas por el alcohol estaban despertando, y en los ojos de todos los invitados había un destello de excitación.

—El primero que consiga capturar a Teresa, podrá hacer lo que quiera cuando la traigamos de vuelta a esta celda, siempre y cuando no la mate ni mutile antes de que todos los miembros de la cacería hayan tenido la oportunidad de disfrutar de sus cinco minutos de privacidad en esta celda.

Flecha miró a su alrededor. No se había dado cuenta hasta ese momento de que la sala en la que estaban ahora era otra celda de mayores dimensiones, con dos camillas en el centro, un gran colchón en el suelo y en la pared todo el instrumental que se podía imaginar en la carnicería más completa del mundo.

—Esta vez no habrá cámaras. Será un espectáculo que solo podremos ver hoy y aquí. Nada quedará registrado, mañana esto habrá sido solo un agradable sueño que espero que podáis saborear durante años.

Teresa había empezado a temblar. Flecha podía escuchar el rechinar de sus dientes y su respiración acelerada, como el sonido de un naufrago al borde de la hipotermia.

—Antes de que pasemos a la acción, ¿alguien tiene alguna pregunta sobre las reglas del juego?

—¿Y si alguien captura al hombre antes que a la mujer? —preguntó el iraní mirando a Flecha con lascivia.

—Si atrapas a Flecha primero, también será tuyo y podrás hacer con él lo que te plazca.

—No será peligroso —preguntó el oligarca ruso—. Por la información que nos habías enviado, este es un condecorado oficial de los cuerpos de operaciones especiales, con experiencia más que sobrada en este tipo de terreno. ¿No puede resultar peligroso soltarle cuando nosotros no estamos armados más que con un cuchillo?

Por los asentimientos y el murmullo del resto del grupo, parecía que no era únicamente el ruso quien tenía esa preocupación en mente.

Luis Nerva sonrió y se acercó despacio hasta Flecha. Sacó un machete con sorprendente rapidez y se lo clavó a Flecha en el brazo, en la pierna y después en el abdomen.

Flecha solo soltó un gemido, ya se encargó Teresa de chillar por él al ver lo que había ocurrido.

—Ya está. Espero que no te siga pareciendo tan temible...

—No, claro —contestó el ruso ruborizándose.

—Qué me dices del resto de los invitados. ¿Qué ocurre si alguno nos ve y alerta a la policía...? —preguntó el expresidente americano.

—No tienes que preocuparte por eso. Nadie va a salir de la casa. Están ahora todos en el jardín frontal viendo una actuación privada del Circo Soleil. Las puertas de acceso a la cala están todas cerradas, las puertas de entrada a la casa están también lo están por dentro, y nadie tiene móvil; como recordareis, fueron confiscados cuando llegasteis a la fiesta. En caso de que

se diera la extraña casualidad que alguien viera algo, sufriría un lamentable accidente despeñándose por el acantilado. Por la mañana, la policía no sospecharía nada, no sería nada más que otro lamentable accidente de un insensato bajo los efectos del alcohol.

Teresa trataba de cortar la hemorragia del abdomen de Flecha cuando los gorilas volvieron a levantarlos y a llevárselos fuera.

Los metieron en el ascensor y los subieron a la planta de acceso a la playa junto con Luis Nerva. Ahí les dejaron en la arena.

—Ahora corred, queridos, tenéis cinco minutos para esconderos —dijo Nerva.

Los dos, sin consultarse entre ellos, corrieron juntos hacia el agua. Teresa se quitó los zapatos y se lanzó de cabeza al agua para nadar hacia el puerto y huir de esa pesadilla, pero Flecha la agarró del tobillo y tiró de ella de vuelta hacia la arena.

—¿Qué haces? ¿Te has vuelto loco? ¡Tenemos que escapar!

Flecha señaló al agua.

—Tiburones.

El perímetro de la cala estaba cubierto por una red metálica a no más de diez metros de la orilla. Pequeñas bollas rojas flotaban en la superficie manteniendo la red a flote. Entre la red y la orilla había, por lo menos un centenar de tiburones que se lanzaron como pirañas contra Flecha y Teresa en cuando vieron el primer chapoteo. Una enfebrecida ebullición de aletas dorsales, colas y cabezas buscando carne donde hincar el diente.

—¿Qué hacemos?

—Aquí no podemos estar. Pongámonos a cubierto. Volvamos hacia el acantilado, nuestra única oportunidad es escalar antes de que salgan a por nosotros y perdernos entre la maleza. Con un poco de suerte verán tus zapatos en la orilla y pensarán que hemos sido devorados por los tiburones —dijo Flecha con muy poco convencimiento.

—Eso no funcionará, y lo sabes —dijo Teresa—. La única posibilidad que hay de salir de esta es que atacemos por sorpresa.

—¿Cómo?, ellos son nueve y tienen gafas de visión nocturna y un arma blanca —dijo retorciéndose de nuevo por una punzada de dolor en la herida del abdomen—. Nos verían a leguas de distancia y se abalanzarían sobre nosotros como una jauría de perros rabiosos.

—Pero es a mí a quien quieren...

Los cazadores se acercaron, andaban todos a la misma altura y con una separación de dos metros entre ellos. Teresa estaba en la playa junto a la orilla del mar. A su lado estaban los zapatos de Flecha.

—No deis un paso más o yo también me tiro al agua —dijo resuelta.

—Vamos, ¿por qué ibas a hacer algo así? —dijo Nerva adelantándose un poco del grupo con las manos levantadas en tono conciliador. Se quitó las gafas de visión nocturna y tendió una mano a Teresa en la que ampararse—. Esto no era más que un juego, querida. Ya te hemos encontrado y Flecha desgraciadamente a perecido víctima de un accidente. No queremos que nadie más se haga daño, ¿verdad?

Teresa cogió tímidamente la mano que le ofrecía Luis Nerva.

—Ven conmigo. Vamos dentro de la casa, te das un baño caliente y te metes en la cama, y verás como mañana te sientes mucho mejor.

Teresa asintió dos veces de forma distraída. Nerva le pasó el brazo por encima y se la llevó hacia la entrada de la casa por la gruta, con todos los miembros de la cacería siguiéndoles de cerca, esperando a ver qué nuevo truco les tenía preparado el ministro.

Mientras tanto, junto al ascensor, estaban dos de los gorilas montando guardia, esperando órdenes del señor Nerva. Flecha sacó su bolígrafo del bolsillo de la camisa y, empuñándolo como un cuchillo, se lo clavó en la tráquea a uno de ellos. Para cuando el otro gorila quiso reaccionar, ya tenía ocho centímetros del bolígrafo clavado en el ojo. Flecha se dobló otra vez por el dolor de su abdomen, pero pronto se recompuso y arrastró a los dos enormes cadáveres fuera del campo de visión.

Luis Nerva llegó con Teresa bajo el brazo y el grupo de enfermos mentales siguiéndoles de cerca. El ministro notó que los gorilas no estaban en sus puestos, pero le restó importancia pensando que probablemente les habrían llamado de arriba para sacar a algún invitado que se estaba poniendo pesado.

Pidió a sus invitados que esperasen en la bodega mientras él acompañaba a Teresa a sus aposentos.

Flecha entró a la planta principal de la casa. Todos los invitados habían salido al jardín y las puertas de acceso a este estaban cerradas. Desde una ventana pudo ver cómo un complicado número de acróbatas entretenía al personal con su espectáculo.

Unas pisadas se acercaban por el pasillo, no había ni tiempo ni lugar donde esconderse; agarró una lámpara, la levantó y fue a estrellarla contra la cabeza del hombre que entraba en el descansillo.

—¡Rafa!

—¡Flecha! ¿Qué haces aquí? ¡Qué susto me has dado!

Rafa Sánchez se agarraba el pecho con la mano después del susto mortal que le había dado. Después de recuperar el aliento, explicó a Flecha lo que hacía.

—Tenía que ir al baño. No entiendo estas casas gigantes: tienen de todo, pero si te entra un apretón tienes que andar dos kilómetros hasta que encuentras un baño. Cuando salí, todo el mundo

se había ido y las puertas de la casa estaban cerradas por fuera... ¡Oye, estás sangrando! ¿Qué te ha ocurrido?, ¿qué está pasando?

—Es muy largo de explicar y no tenemos tiempo. Aquí corres peligro, Rafa, tú y muchas más personas. Tienes que salir ahora mismo. Vete fuera, coge a tu esposa y marcharos tan rápido como podáis.

—¿Cómo puedo salir de aquí?

Flecha se acercó a una ventana con la lámpara de metal todavía en la mano. Miró primero fuera y luego atravesó con la lámpara el cristal de la ventana haciéndolo añicos.

—Por aquí.

Rafa se subió al alfeizar de la ventana y se dispuso a saltar, pero cuando estaba cogiendo impulso paró y se volvió hacia Flecha.

—Puedo ayudarte, Flecha. Dime qué puedo hacer.

Flecha pensó un segundo.

—Sí que hay algo que puedes hacer. Necesito que llames a este número —dijo garabateando un número de teléfono en un posavasos de la mesita más cercana—. En cuanto hayas salido y encuentres un teléfono, llama, ¿harás eso por mí?

—Sí, claro. Descuida. A pesar de lo que dice la prensa amarilla, los tenistas tenemos cabeza para pensar, no solo para peinarnos el flequillo, como dice alguno de nuestros detractores. Estelle dejó su teléfono en el barco, en cuanto lleguemos, llamo —dijo, y salió por la ventana.

Al cabo de un instante, Rafa volvió a asomar la cabeza dentro de la casa con su azorada sonrisa de niño.

—Perdón, se me olvidó preguntarte... ¿qué es lo que quieres que diga cuando llame a este número...?

—Diles que Flecha necesita al séptimo de caballería.

Flecha subió a la planta superior, donde se encontraban diez de las doce habitaciones de la casa. No sabía muy bien lo que estaba buscando, Petete le había dicho que en la casa debería de haber un ordenador parecido al que él tenía en su casa. En la bodega, en la zona de las celdas, había visto que tenían una sala con ordenadores y muchas pantallas donde uno de los gorilas había estado montando guardia en todo momento, pero Flecha sabía que esa era la garita de seguridad. Lo que Petete le había dicho tenía que ser algo totalmente diferente.

Fue directo a la habitación del fondo del pasillo de arriba, que tenía todos los visos de ser la estancia principal. Abrió sigilosamente la puerta, entró y cerró detrás de él.

Sobre la cama había lo que parecía ser una piel de oso polar, y sobre la piel de oso polar, lo que parecía ser la esposa de Luis Nerva bajo los efectos del alcohol, o de las drogas, o del alcohol y las drogas, claramente inconsciente, pero respirando.

Ruidosamente.

Flecha miró rápidamente por toda la habitación, no había nada que se pudiera asemejar a un ordenador, menos aún a un complejo servidor informático. Se volvió a la puerta y se dispuso a marcharse, pero al apagar la luz de la habitación, notó que bajo el rodapié del vestidor se veía una luz. Volvió a cerrar la puerta de la habitación y se metió en el armario. Tanteó los bordes de la pared, y finalmente encontró, detrás de unos zapatos, un picaporte para abrir la puerta al despacho secreto del ministro.

El despacho tenía todos los lujos y comodidades que un hombre pudiera soñar para su retiro espiritual. La habitación tenía un estilo inglés clásico con grandes estanterías de caoba y gruesas alfombras persas cubriendo todo el suelo, como un club de caballeros del siglo XIX. A un lado, junto a la ventana, un escritorio pulcro y ordenado sobre el que reposaban tres pantallas de ordenador colocadas en abanico como si fuera un tríptico. En el suelo, a un lado del despacho, había tres torres de un complejo sistema informático.

En el frontal de la torre central vio tres clavijas para USB e introdujo en una de ellas el pen drive que le había dado Petete.

—¿Luis? ¿Luis, eres tú? Vamos, cariño, sal del armario y tumbate conmigo un ratito —oyó decir a una mujer en el dormitorio contiguo.

Flecha salió muy despacio del armario y se paró delante de la cama, donde la esposa de Luis retozaba sobre el oso.

—Siento informarte de que Luis ya salió del armario hace mucho tiempo.

La esposa del ministro se le quedó mirando sorprendida, y luego soltó una sonora carcajada por la ocurrencia de Flecha.

—No sé si me consuela el no ser la única que lo sabe. Pero tú no pareces su tipo, se te ve más.... ¿hetero?

—No, yo siempre he sido más tradicional; llámeme arcaico, pero a mí siempre me gustaron más las mujeres. Cuando estuve en la cárcel eso decepcionó mucho a mi difunto compañero de celda.

La esposa de Luis Nerva volvió a reír.

—¿Usted ha estado en la cárcel? Ya sabía que le conocía de algo. Usted es el militar que

encerraron por el asesinato de su esposa —dijo volviéndose más seria.

—Efectivamente. Imagino que esto es lo que diría cualquier convicto condenado a la cárcel, pero, por si le sirve de algo, yo no maté a mi esposa.

—Ya lo sé que usted no fue. Fue mi marido.

Esta afirmación sí que sorprendió a Flecha.

—¿Usted lo sabía?

—Claro que lo sabía, el animal de mi esposo traía la cabeza de esas pobres criaturas después de cada asesinato. Las encontré una noche en una cámara de frío que tenemos en la bodega. ¡Casi me muero de un infarto! Luis me encontró en el suelo, desmayada, y en lugar de ayudarme a levantarme, empezó a reír frenéticamente. Desde entonces soy prisionera en mi propio hogar. Luis me hizo ver los videos para asustarme, y me dijo que si decía algo o trataba de escapar, las atrocidades que vi en los videos me parecerían un masaje tonificante en comparación con el sufrimiento que me haría padecer.

—No te preocupes. Hoy vamos a detener a tu marido y a todos sus acólitos.

—Dígame qué puedo hacer para ayudar.

—¿Sabe en qué habitación puede Luis tener encerrada a Teresa?

—¡Esa pobre criatura! La trajeron esta mañana con un golpe en la cabeza, sangrando todavía y medio desmayada de hambre y de sed. Luis me mandó a su habitación a curarla y ponerla presentable para esta noche. No quiero ni saber los planes que tiene para esa joven.

—Cualesquiera que sean sus planes, usted y yo se los vamos a estropear. Lléveme hasta ella.

Luis Nerva se había llevado a su séquito a la sala de guardia, en la planta de los sótanos, donde estaban las celdas. Sus invitados estuvieron a punto de amotinarse al ver desaparecer a la chica por el ascensor y, además, haber perdido la oportunidad de dar caza al capitán.

Nerva consiguió apaciguarles diciendo que Teresa había subido a arreglarse, pero que en breves momentos se la traería a la celda para su deleite.

—Conecta las cámaras de la habitación de invitados —ordenó Nerva a su jefe de seguridad.

En las seis pantallas de cuarenta y seis pulgadas aparecieron con una nitidez sorprendente las imágenes de la habitación y el baño de Teresa. Ella estaba en ese momento quitándose la ropa frente a la cama, y en el baño el agua caía ruidosamente en la bañera.

—Acerca la imagen.

—Sí, señor.

Teresa estaba en ropa interior, para regocijo de todos los invitados y del agente de seguridad que miraba atento sin perderse ni un movimiento del cuerpo de la mujer.

Teresa echó sus brazos hacia atrás mostrando a la cámara sus definidos músculos del hombro cuando fue a desabrocharse el sujetador, pero un ruido en la puerta de la habitación la hizo parar en seco.

La pantalla del centro superior cubría la entrada al dormitorio, y todos vieron, primero con sorpresa, luego con confusión, y por último con rabia, cómo por la puerta entraba Flecha.

—¿Quién está con el capitán? —preguntó el inglés.

—Parece que está acompañado de doña Estefanía —informó el guardia.

Luis Nerva le fulminó con la mirada, pero no le dijo nada.

—Jefe, Flecha sigue vivo —añadió el guardia.

—¡No jodas! —prorrumpió Nerva a su guardia de seguridad perdiendo los modales—. ¿Te crees que no tengo ojos para verlo?

El guardia se levantó de su silla y fue a coger el cinto de trabajo con su arma, linterna y esposas, y se dispuso a salir de la sala.

—¿A dónde crees que vas?

—A detener a ese hombre, señor.

—¿Y privarnos a nosotros de la diversión? —dijo Nerva sonriendo a sus invitados, dándoles a entender que la noche no había hecho nada más que empezar—. Tú quédate aquí. Tengo una idea mejor.

Doña Estefanía había traído de su propio armario unos pantalones caquis para Teresa, una camiseta roja y unas zapatillas. Tenían prácticamente la misma figura, aunque tal vez no la misma definición.

Flecha abrió la puerta de la habitación y asomó la cabeza por el pasillo mientras Teresa terminaba de vestirse. No había nadie en el pasillo. Fue a avisar a ambas mujeres de que era el momento de salir, pero de pronto todas las luces de la casa se apagaron y unas persianas metálicas

comenzaron a bajar por las ventanas, bloqueando la poca luz que provenía del exterior.

Flecha las instó a darse prisa, y los tres corrieron escaleras abajo en busca de la ventana por la que había salido Rafa minutos antes. Al llegar a la planta principal, las persianas también estaban cerrándose, y por un resquicio de la ventana por donde salió minutos antes el tenista, alcanzaron a ver y oír a los invitados en el jardín correr asustados mientras por megafonía alguien les decía que habían recibido una alarma de atentado contra el ministro y que debían evacuar inmediatamente por motivos de seguridad.

Luis Nerva y sus invitados volvieron a colocarse las gafas de visión nocturna y el pinganillo en la oreja, pero esta vez Nerva repartió una Glock con silenciador a cada uno de los participantes.

—Ahora es cuando el juego se pone divertido. ¿Habéis jugado alguna vez a las tinieblas cuando erais niños? Pues esto es lo mismo... pero para mayores.

El expresidente americano dejó escapar una risita de excitación.

—¿Cuáles son las reglas? —preguntó.

—Las reglas son que aquí no hay reglas. El que cace a Flecha mejor que lo cosa a tiros y se asegure de que esta vez esté muerto. El que coja a Teresa, que la traiga a la celda del fondo y avise a los demás por el auricular.

—¿Qué hacemos con tu esposa? —preguntó el ruso poniendo en palabras lo que todos los demás estaban pensando.

—Con mi esposa podéis hacer lo que os plazca, siempre y cuando muera antes de acabar el día. Esparciros por toda la casa y mantened los ojos bien abiertos. Nadie puede salir de este lugar. Todas las salidas están cerradas a cal y canto y el jefe de seguridad está fuera de la casa con otros dos hombres con órdenes de disparar a cualquier cosa que vean moverse por fuera de estos muros.

—Estefanía, lleva a Teresa al despacho del armario de tu marido y encerraos ahí —pidió Flecha.

—¿Y si vienen a por nosotras? —preguntó la mujer asustada.

—El único que puede encontrar ese armario es tu marido. Si él entra ahí antes de que yo le haya encontrado, te aseguro que Teresa tiene tantas ganas o más que yo de agradecerle personalmente su hospitalidad. Y ella no tiene ni para empezar con él. No tienes de qué preocuparte.

—¿A dónde vas tú? —preguntó Teresa.

—Me voy de caza —dijo, y se dio media vuelta. Teresa le paró y le cogió de la mano. No había ninguna luz y Flecha no podía verle la cara, si no habría visto genuina preocupación por él.

—Ten cuidado, Marcos —le imploró.

Flecha asintió, aunque su gesto fue en vano ya que nadie lo pudo ver en la oscuridad. Acompañó a las mujeres a la primera planta. Siguieron hasta el final del pasillo y Flecha oyó la puerta de la habitación de Estefanía cerrarse tras ellas. Él luego entró en la primera habitación del pasillo junto a las escaleras, dejando la puerta abierta —nadie registra una habitación abierta de par en par—, y se quedó muy quieto a esperar detrás de la pared.

Siete minutos más tarde, el sonido de la fricción de tela, y una tabla del suelo del pasillo quejándose levemente bajo el peso de una bota, delató la presencia de visita indeseada en su planta. Flecha respiró profundamente y relajó sus pulsaciones como cuando se preparaba para hacer un disparo de *sniper* a gran distancia.

Podía oír perfectamente el sonido de alguien en el pasillo al otro lado del muro contra el que tenía la espalda apoyada. El cañón de una pistola apareció por la puerta y barrió el fondo de la habitación, pero sin llegar a entrar dentro. Como había esperado, solo echaron una rápida ojeada y siguieron a registrar las habitaciones cerradas.

—Nada —dijo el hombre de la pistola en un susurro a su compañero.

—Vamos a la siguiente —contestó una voz detrás de él.

Eran dos. Eso era mejor aún que lo que había esperado.

Flecha saltó al pasillo colocándose entre los dos hombres y gritó con todas sus fuerzas atravesando el silencio de la casa como un tren expreso, y volviendo a saltar enseguida de vuelta a la habitación.

Los dos hombres dispararon al mismo tiempo sorprendidos y asustados. Ese día recibieron una clase práctica de lo que era el ‘fuego cruzado’ de la mano de uno de los mayores expertos en la materia en el Ejército español. Desgraciadamente no vivieron para contarlo, ya que se atravesaron el uno al otro a balazos.

Los dos cayeron al suelo.

Muertos. *Dos menos.*

Flecha cogió las gafas de visión nocturna del que tenía más cerca; también el arma y el pinganillo que tenía en la oreja.

Ahora es cuando de verdad empieza la caza, pensó Flecha.

En cuanto se puso el pinganillo en la oreja, pudo oír varias voces asustadas preguntando en voz baja qué había sido todo ese ruido.

—¿Estáis todos bien? —reconoció la voz nerviosa de Luis Nerva—. ¿Qué ha ocurrido en la planta de arriba?

—Perdón, he sido yo. No quería hacer tanto ruido. Espero no haberos asustado...

—¿Flecha? —sonó más como una exclamación que como una interrogación.

—Exactamente. Ya han caído dos de tus perros. Todas las salidas de la casa están cerradas, nadie puede venir de fuera a ayudaros y ninguno de vosotros puede ahora salir. ¿Queríais un juego excitante? Pues ya lo tenéis. Os voy a matar a todos, uno a uno.

Se habían tornado las piezas, ahora la presa era el cazador y los cazadores las atemorizadas presas.

Flecha bajó sigilosamente las escaleras, con la pistola en posición recogida frente a su pecho, como había hecho cientos de veces, ¡miles de veces!

La luz verde y surrealista de sus gafas de visión nocturna iluminaba la sala, pero realmente no le ayudaban en ese momento en nada. Luis Nerva y los otros estarían escondidos, así que cerró los ojos y bajó a tientas las escaleras. Tal vez fuera una tontería, pero Flecha siempre había pensado que oía mejor con los ojos cerrados.

Un ruido.

Alguien había pisado los cristales de la ventana por la que había salido Rafa. Flecha abrió los ojos.

Terminó de bajar las escaleras dando dos grandes zancadas.

Dos disparos sonaron en la sala como dos fuertes palmadas a pesar del silenciador y se tiró al suelo dando una voltereta ladeada al caer sobre el recibidor para evitar las balas. Flecha le correspondió con otros dos disparos con la rodilla hincada en el suelo, pero los suyos fueron disparos certeros al pecho, sin emoción, sin duda, con exactitud, como había practicado a diario en el campo de tiro y en el campo de batalla durante los últimos quince años.

Tres menos.

El sonido de unos cacharros contra el suelo de la cocina le puso en movimiento. Paró en la puerta de la cocina y escuchó un momento.

Nada.

Se agachó y empujó levemente la puerta y dos balas golpearon la madera como dos martillazos.

Flecha tomó dos pasos de carrerilla y se abalanzó sobre la puerta entrando como una exhalación, chocando contra los fogones que estaban en medio de la cocina. Alguien vació el cargador de una Glock. Flecha se imaginó al atacante apretando el percusor con los ojos cerrados fuertemente y sin darse cuenta todavía de que no quedaban más balas en el cargador.

Se sentó en el suelo junto a los fogones, justo encima de la sartén que había causado el escandaloso ruido hacía un momento.

—Flecha, no dispaes. ¡Me rindo! —Oyó decir a Luis Nerva con voz de auténtica desesperación—. Coge mi pistola, ahora estoy desarmado.

Se escuchó el sonido de un objeto pesado de metal resbalar desde el otro extremo de la cocina hasta llegar a sus pies.

Flecha se levantó y se acercó a Luis Nerva. La figura empequeñecida del ministro se veía en la esquina de la cocina.

—Tú ganas, Flecha. He sido yo. Puedes llevarme a la cárcel —dijo acercándose.

—Luis, ¿qué escondes ahí? —Nerva tenía una mano pegada al lateral de su pierna—. Luis, no des un paso más.

Luis Nerva siguió acercándose.

—Estoy desarmado. Tú tienes mi pistola, te la he dado.

—No te acerques, Luis. Enséñame las manos.

Luis Nerva dio dos pasos más y, cuando estuvo a metro y medio de Flecha, se lanzó contra él blandiendo un cuchillo de cocina. Flecha apartó el ataque dando un paso atrás y empujando el codo de su adversario, haciéndole perder el equilibrio. Con la otra mano cogió una sartén que estaba sobre los fogones y le asestó un tremendo revés en la cabeza que habría hecho a Rafa Sánchez levantarse de su asiento.

Luis Nerva cayó al suelo sin sentido. Flecha lo levantó y se lo subió al hombro como un saco de patatas. Lo llevó al recibidor, y subió las escaleras de tres en tres para ir a buscar a Teresa y a doña Estefanía.

Bajaron los tres hasta la bodega, Flecha cargando a Nerva sobre el hombro sin que nadie se interpusiera en su camino, tal y como había imaginado.

Panda de cobardes.

—Soy Luis Nerva. Tengo a Flecha. Le tengo bajo custodia en la celda de torturas. Venid si queréis darle su merecido —se escuchó en un medio susurro en el auricular de los cinco cazadores que quedaban con vida.

Tardó un rato en oírse la reacción al mensaje.

—¿Y las chicas? —preguntó una tímida voz con acento nórdico en el auricular.

—Aquí las tenemos también. No pueden ir a ninguna parte. Primero nos quitamos de en medio a este incordio y luego podéis jugar con ellas.

Unos minutos más tarde, llegó el resto de los cazadores en grupo. Probablemente se habían refugiado todos juntos asustados para esconderse de Flecha. Ahora estaban envalentonados cuando vieron a través de sus gafas el recluso atado a la mesa de tortura.

—Ahí lo tenéis, es todo vuestro.

Los cazadores se agolparon para entrar y, sacando sus puñales, empezaron como una manada de lobos a asestarle puñaladas en todo el cuerpo.

En medio de la vorágine, las luces volvieron a la casa, cegando a todos los cazadores que aún llevaban las gafas de visión nocturna. Se las quitaron todos al tiempo con una mano, sin soltar el cuchillo.

Desde la garita de seguridad, doña Estefanía y la inspectora Teresa pudieron ver unas nítidas imágenes en los monitores de los distinguidos invitados de Luis Nerva: unos con el cuchillo todavía en vuelo, otros quitándose las gafas de visión nocturna y frotándose los deslumbrados ojos con sus manos ensangrentadas, y el expresidente americano todavía ensañándose apuñalando el cuerpo, ya sin vida, de Luis Nerva.

Esas imágenes fueron oportunamente grabadas para la posteridad y para el juez, en caso de que su señoría precisara de más pruebas para encerrarles de por vida.

Flecha echó la llave a la celda, dejando encerrados a los asombrados invitados con la sangre todavía cálida y líquida brotando de las decenas de puñaladas del cadáver de Luis Nerva.

Se quedaron estupefactos, escrutándose los unos a los otros en completa confusión. Mirando sus manos ensangrentadas y los cuchillos que blandían. Al ver la puerta cerrada de cristal empezaron a vislumbrar la situación en la que estaban metidos.

El juego había terminado.

Teresa y doña Estefanía, desde la sala de control de seguridad del complejo, accionaron los botones para abrir las persianas de la casa. La tenue luz del día naciente empezó a filtrarse por los ventanales. Pronto, la luz del amanecer se vio acompañada de centenares de luces azules y rojas intermitentes de las patrullas de la guardia civil y de la policía nacional, que llegaban en tropel a la casa del ministro de Interior. Helicópteros de la policía y de la televisión rodeaban la casa como un torbellino de avispas enfurecidas alrededor del panal, y abajo, en la cala, dos patrulleras de la guardia civil cubrían las salidas al mar.

Flecha subió a la planta principal con una mano apretada en el abdomen para cortar el sangrado de su herida abierta. Abrió la puerta de la entrada a la casa y se puso de rodillas en medio del recibidor, levantando los brazos y entrelazando sus manos detrás de la nuca.

Los primeros en entrar fueron los caras negras de la Unidad Especial de Intervención de la guardia civil, que acababan de bajar del helicóptero.

Por la puerta aparecieron cinco hombres en sus monos verdes y los chalecos antibalas negros. Dos de ellos cubrieron el perímetro con sus MP5, otro tiró a Flecha al suelo mientras el cuarto le esposaba las manos a la espalda. El quinto hombre del grupo de asalto, apuntó a Teresa y Doña Estefanía, que bajaban por las escaleras, diciéndoles que no se movieran de donde estaban y enseñaran las manos.

Todo esto ocurrió en un fragmento de segundo. Después comenzó la espera.

Era ya casi mediodía cuando llegó el comisario Santonja junto con la prensa; en otro helicóptero, y de forma más discreta, llegaba también el inspector jefe y Petete.

El comisario se acercó con una sonrisa y con los brazos abiertos a Flecha, quien estaba siendo atendido por un equipo de enfermeros.

—Querido Flecha. Sabía que había hecho bien en pedirle que nos ayudara con la investigación.

Una cámara se había encendido y lo estaba grabando todo. Flecha miró a Petete, que se acercaba con el inspector. Petete asintió con la cabeza.

—Comisario, no soy policía y por lo tanto no puedo tener el placer de ponerle las esposas personalmente, pero lo que sí que puedo hacer es decirle que se va a pudrir en la cárcel el resto de su vida por los asesinatos de Iván Schumann y Jaime Garzón —dijo fríamente Flecha.

El inspector se colocó detrás del comisario y sacó unas esposas del cinturón.

—Yo, en cambio, sí que puedo ponerte las esposas, Santonja. Gente como vosotros sois la escoria del país y quienes le dais mal nombre al cuerpo —intervino el inspector jefe.

Cerró las esposas, quizás con más fuerza de lo que era necesario, y le empujó hacia otro agente que venía con ellos y le dijo que no le quitara la vista de encima.

—Flecha —dijo el inspector jefe acercándose y tendiéndole la mano—. Tengo entendido que finalmente ha decidido dejar el Ejército. Dígame qué tengo que hacer para convencerle de que entre en la policía.

Flecha no pondría la mano en el fuego, pero juraría que vio una sonrisa en la cara del inspector

jefe.

—Creo que voy a necesitar un tiempo para recapacitar y ordenar mis ideas. En cuanto esté listo para tomar una decisión, será usted el primero en saberlo... bueno, tal vez el segundo.

Flecha giró la cabeza y miró a Teresa, que estaba apoyada en la ambulancia que atendía a doña Estefanía. Teresa le miró de vuelta y sonrió. El futuro de la inspectora Casas iba a verse enormemente afectado por las decisiones que este exconvicto tomara en el futuro.

Chris Endsjø de padres escandinavos, nació y se crio en Madrid. Pronto sus raíces vikingas le empujarían a una vida de viajes y de aventuras. En su juventud trabajó en Nueva Zelanda, en los bosques de Suecia, en Alaska en la pesca del salmón, en Chicago... Hoy en día vive en las montañas de Carolina del Norte con su mujer y cuatro hijos dedicado a la importación y exportación de maderas de todo el mundo. En sus ratos libres nos entretiene escribiendo trepidantes novelas de acción y suspense.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes lugares e incidentes son fruto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares no es más que una curiosa coincidencia.